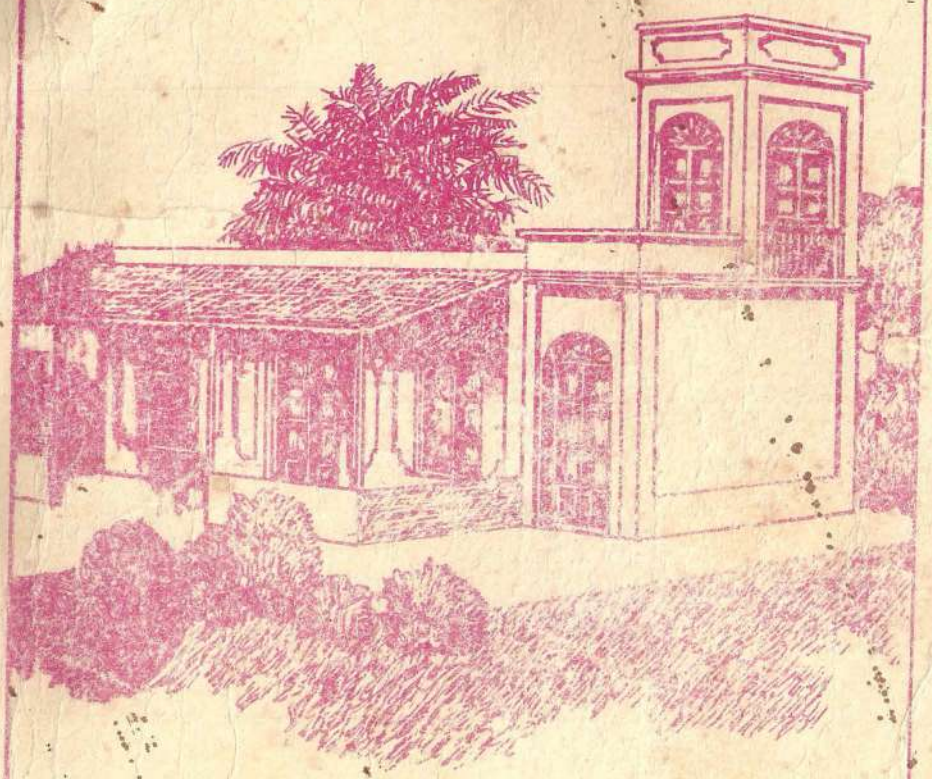
José Paca

FRANCISCO HORACIO FRANCOU



"EL ALMA DE MIS PAGOS"

FRANCISCO HORACIO FRANCOU

"EL ALMA DE MIS PAGOS"

Libro Costumbrista

Dedicatoria:

A MI HERMANO JORGE

A LOS HABITANTES DE VILLA ELISA Y SUS COLONIAS

Recoger en un libro el pasado de un pueblo, en forma casi familiar, es cosa grata a mi espíritu.

En varios años de trabajo he cosechado estas memorias que bajo el título de "EL ALMA DE MIS PAGOS", han de hacer perdurar en las generaciones de Villa Elisa y sus colonias, lo que podría calificar como juventud de las mismas, en un período que abarca desde 1890 a 1943.

Hablar del alma es hablar de la cultura de un pueblo a través de la cual se reflejan sentimientos, costumbres, trabajos, modalidades, lenguaje y un sin fin de cosas que la configuran para mostrarla tal cual es en el panorama colectivo.

Cuando se trata de un individuo el asunto se simplifica tanto, como se complica, cuando se trata de diferentes nacionalidades.

Formar unidad con elementos distintos es posible y he aquí que surge el problema en nuestra patria argentina para unificar todas las razas del mundo que concurren constantemente con su aporte de costumbres y lenguaje tan diferentes.

Tal deseable unidad será imposible si no robustecemos los elementos básicos con que ya contamos: el idioma, la religión, la historia nacional y las tradiciones populares.

Hay que evitar que nuestra patria sea una nueva Babel.

El idioma configura el entendimiento de los seres en la expressión hablada o escrita. La escuela primaria es el gran crisol.

La religión es base indiscutible para la formación moral del ser humano y por ende de la sociedad. Hay que llegar a la unidad de concepto de lo que es el bien y el mal, evitando interpretaciones que colocan a aquél bajo el dominio de éste.

Los pueblos de Israel, Arabes, Indo, Chino y otros son ejemplos

incuestionables del poder unificador de la religión.

La Historia es la madre que enseña desde lejos. Ella fortalece los sentimientos patrióticos por el conocimiento de nuestra epopeya libertadora, de las virtudes de nuestro próceres, de nuestra evolución política, económica y social.

Las tradiciones populares, compendiadas en la palabra inglesa "folklore", mantienen vivo lo que viene desde el pasado remoto hecho música, canciones, poesías, leyendas, creencias, cuentos, refranes, diversiones, viviendas, vestimentas, armas, comidas, útiles de trabajo, manualidades, industrias caseras, festejos, procesiones, velatorios, etc.

En este libro costumbrista pienso que he trazado la biografía de un pueblo, y por eso es que en él hay de todo.

Los diecisiete capítulos que lo integran, contienen una verdadera biografía de la zona, con más de trescientos temas diferentes, que hacen un total de seis volúmenes de unas doscientas páginas cada uno.

Sólo me cabe expresar que lamento no poderlo publicar totalmente, por su elevado costo, pero como lo que nunca hay que perder es la esperanza, a ella me aferro como en Dios, que desde arriba inspira a las almas buenas.

Cuando en el festival realizado en la Biblioteca General Mitre solicité la ayuda popular para su publicación, lo hice convencido de que a "El Faro de la Cuchilla", le faltaba el complemento y helo aquí, con el único deseo de que no me haya equivacado y pueda decirles, la misma verdad que José Hernández dijo a sus admiradores, al publicar la vuelta de su personaje inmortal:

"A MI LIBRO, LE FALTABA LO MEJOR".

El autor

UN EJEMPLO EDIFICANTE

La Comisión Pro-publicación de la obra "El Alma de mis Pagos" y la Municipalidad de Villa Elisa, han dado un ejemplo edificante a toda la República.

Formado el pueblo de Villa Elisa y sus colonias aledañas, por colonizadores venidos desde Francia, Suiza, Italia, Bélgica y España, regiones de las más cultas de Europa Central y Occidental, es natural que sus descendientes lleven en potencia esa jerarquía moral e intelectual que le legaron como un don preciado los primeros pobladores.

Si todos los pueblos del interior tuvieran sus relatores y las personas capaces de comprender lo que significan las raíces del pasado, no hay duda que en cada uno de ellos surgirían almas generosamente dotadas para hacer posible el conocimiento formativo de cada centro del país.

Se evitaría así que los escritores desamparados tuvieran que andar mendigando de las instituciones creadas por el Estado ayuda que pocas veces llega a muchos y también el tener que someterse a exigencias desmedidas, a concursos y especialmente a jurados que algunas veces son incapaces de saber valorar una obra auténticamente regional, por desconocimiento integral de cada medio, tal cual lo puedan hacer personas pertenecientes al mismo.

A la gente del interior le interesa mucho más un libro que le habla de las cosas de su lugar, aunque no tenga tanta jerarquía literaria o la enjundia filosófica de los autores consagrados, que otros de esos premiados en concursos que satisfacen a un reducido grupo de intelectuales.

Son los Gobiernos o Comunidades de cada provincia los que deben favorecer en cada pueblo, a estas Comisiones de vecinos responsables, dándoles apoyo y ayuda económica, tal cual aconteció en la Municipalidad mencionada.

Recordando al poeta y periodista colonense Ernesto Bourband al comentar "El Faro de la Cuchilla" diré: "Ejemplo digno de imitarse si se quiere escribir un capítulo hermoso de la evolución provincial en una era de trabajo fecundo, de paz y de progreso".

"Ojalá (escribía el novelista entrerriano Mario César Gras, en oportunidad de comentar el libro mencionado) cada pueblo de la patria tenga un hijo que sepa cantar la belleza y exaltar su historia" concepto que yo completo agregando; y comprovincianos de corazones altruistas como los de esta Hble. Comisión, capaces de poner mente y corazón para hacer realidad cosas que pasarían como sueños sin auroras.

No tengo duda que han de surgir en muchos lugares de la patria, seres bien inspirados para seguir la huella auspiciosa que marcó sobre un pedazo de tierra entrerriana, esta benemérita Comisión, haciendo el milagro de dar a las generaciones de Villa Elisa, algo que se valorizará paralelamente al paso de los años.

Francisco Horacio Francou

Buenos Aires, marzo de 1961

A la Presidenta de la Comisión Pro-publicación de la obra "El Alma de mis Pagos"

Señora Néliz Küttel de Castex.

De mi más distinguida consideración:

Al hacer donación de mi obra a la Comisión de su digna presidencia, sabía sobradamente que la entregaba a personas honorables, de hondo arraigo en el medio social, de cultura reconocida y que además sienten como yo, las vibraciones de un pasado que es historia de una región llamada a grandes destinos humanos.

Deseo sea intérprete de mi reconocimiento más profundo ante la Municipalidad, ante los pobladores de la zona, ante los que contribuyeron con su aporte pecuniario y especialmente ante los que trabajaron denodadamente para hacer posible la publicación de este libro.

Manifiesto a Ud. que soy único responsable de todo lo que escribo en estas memorias.

Sea para esa benemérita Comisión mi homenaje más transcendente, el poder estampar en estas páginas la nómina de sus integrantes, para que el tiempo que es lección de eternidad, siga señalando la huella bienhechora que hizo posible el alumbramiento de un libro.

Saludo a la Sra. Presidenta con mi mayor atención.

FRANCISCO HORACIO FRANCOU

COMISION PRO-PUBLICACION

Presidenta: Sra. Néliz Küttel de Castex.
Secretaria: Sra. Estela Sigot de Meyer.
Tesorero: Sr. Francisco José Scarazzini.
Vocales: Sres. Nélida Lombardini de Jáuregui, Isabel Pérez de Küttel, María Teresa Claá, Francisco Guex, Cipriano Bobbett, Pbro. Américo Pezzarini, Edith Firpo, Argentino Quirós, Augusto Guiffrey, José María Sigot, Omar Francou y escribano Rosendo Pablo Roude.

DICCIONARIO VERNACULO

La otra "banda": República Oriental del Uruguay.
La Potenciana: cañada existente en el campo del Dr. Quesada, que desagua en el Gualeguaychú.

DESPUES DE LA SANTA MISA

Ventajeros: los que sacan ventaja llegando primeros al lugar.
Tintón: vino tinto.
Colorao: vino tinto.
Afirmaban: prendérsele con la boca, a la botella.
Párvulos: gurises; niños pequeños.
Chinchivirra: bebida azucarada, gaseosa, de mucha aceptación que fabricaba la licorería de Bard Hnos. de Villa San José.
Domadas: así se dice cuando se come el melón o la sandía, entrándole hasta la cáscara a diente, lo que hace que el que "doma" se ensucie hasta los cachetes.
Lechiguana: variedad de avispas que hace sus comoatíes casi en el suelo o en lugares muy bajos.

EN LAS HORAS DE LAS ALEGRIAS

Torniquete: así designábamos a un pedazo de alambre de un metro de longitud, más o menos, uno de cuyos extremos terminaba en una espiral hecha con el mismo alambre sobre el mismo eje con el propósito de darle mayor peso y asegurar la dirección del tiro. El otro extremo terminaba en una argolla para poner el dedo y poderla revolear.
"A lo Farruco, flor y truco": dicho que popularizó don Camilo Sautier.
"Más gritón que chancho hambriento después que pasan las nueve": sabido es que cuando pasa la hora de la comida, estos animales son insoportables por lo gritones.
"Viejo Choto": viejo ya torcido para andar; también se toma la expresión por chueco o ladeado.

"Ganso de Regueyra": refrán muy popularizado en el pago. Regueyra fué un mayordomo que hubo en la estancia San Miguel. Sucedió que en la estancia había un ganso que durante muchos años vivió solo y cuando le trajeron una compañera se murió.

Pampa: carrera falsa; de acomodo entre los dueños de caballos para engañar o estafar a los que apostaban. En el truco se hacía referencia a cuando un tipo cantaba flor sin tener las tres cartas de un mismo "palo".

Don Clemente Paredes: excelente comisario que tuvo Villa Elisa, allá por los años 1909 a 1913. Era un hombre muy educado y de honorabilidad reconocida. Decían que era bachiller.

Buche de avestruz: es especial para forrar mates rajados, por su tamaño y resistencia. Cuando un mate estaba bien "curado" costaba desprenderse de una prenda tan valiosa, entonces se recurría al tan mentado órgano de esta ave corredora.

Don Francisco Willimán: antiguo vecino, peluquero en aquellos años. Sus dichos son célebres: "Pase otro guineo" (por cliente); "Le chilla como recao nuevo"; "Cosa bárbara mi petiso", dijo Willimán y venía remando en el barro, por el medio de la calle, con un par de zapatos de charol "nuevitos" que eran de Lino Eyhartz, en desquite de alguna broma recibida anteriormente.

UN DOMINGO DE TANTOS OTROS

En función de arriba: sin pagar entrada.

Chanchas Moras: lugar inexistente; equivale a: "Para la loma del diablo".

Isabelino Bergara: hijo del ex soldado de Urquiza don Isabelino. Es un criollo honrado, bueno, trabajador y correcto. Fue de los primeros cantores del pago con acompañamiento de guitarra. Le dió vida a una canción muy en boga en mis días de gurí: "El cardenal Amarillo"que decía así:

"Soy cardenal amarillo
de pluma fina y dorada,
soy un ave destinada,
a vivir en el presidio"

Despatarre: desparramo.

ENTREVERAO CON EL GRINGAJE

Bufar: gritarle fuerte

Agachada de tero: engaño.

BAILES

Aguada: despacho de bebidas.

Bravas: caña doble de una graduación hasta de 55 grados.

Llorando sus penas: contando.

Camatí: lo correcto es camoatí.

Carrera que se corrió: que se casaron.

"Vamos a acollararnos ": por vamos a casarnos.

No se largó esa depositada: no se casaron.

Cargador: atropellador.

Entrevero de venga y vea: necesario verlo para tener una idea exacta.

Que hace punta: que va primero.

Clinas: lo correcto es crines.

Changüí: equivalente a darle soga; hacerle creer; aflojarle para engañarlo.

Tarja: era una costumbre grosera, tal como hacerle un tajo en el sombrero, en el pañuelo, en el saco o en otra prenda de vestir a una persona sin que tuviera derecho a enojarse. La tarja se hacía cuando alguno se daba corte o se alababa de alguna conquista de mujer. Se le decía: "valió tarja" y sin más ni mas se hacía el tajo tranquilamente, así se estropeara la prenda de vestir.

Bruta como yegua de dos galopes: por todavía torpe.

La de doble hilera: acordeón de doble teclado.

Gateando: caminando medio agachado y como escondiéndose.

Don Francisco Schualman: viejo vecino de Villa Elisa, casado con doña Josefina Perrond. Lucía con orgullo un bigote descomunal por su tamaño, émulo al de don Manuel Delaloye, don Andrés Roude y don Juan Fusay. Contrastaba con su baja estatura, lo que lo hacía más monumental. Se podía comparar con los del ex rey Humberto I de Italia. Ambos parecían tener una comadreja abajo de la nariz. Fue un hábil colchonero y excelente quintero. Hombre muy bueno y apreciado. Cuando falleció dejó el pedido de que su velorio fuera alegre.

"Pucha que es fiero andar sin plata": refrán de doble intención, para significar que una persona es fea.

"Se fué mocho": serio; sin importársele de los que miran.

Yaguané: piojo con una raya medio negra en el lomo.

"La de doble paño": bombacha de doble ancho, llamada también oriental.

Color medio bajo: moreno.
"Que era un encanto": un placer.
"Hasta tirar pa arriba": vale por abundancia; desperdiciando.
Liviano como marlo: por flojo.
Amargo: vale por mandria, flojo.
Sacar el cuerpo: no tomar parte.

EL SECRETO O SECRETEADORES

Galeno: célebre médico griego existente del año 131 hacia 210.
Empédocles: médico del siglo V antes de Jesucristo. Se arrojó al volcán Etna para que sus compatriotas creyeran que se había ido al cielo, pero el volcán, después de devorar su cuerpo, vomitó sus sandalias descubriendo su mentira. En su intención equivale a "empedo" que significa borracho.
Baco: dios del vino.
Mompelao: animal muy igual al zorro, pero un poco más grande. Con José María Fontana matamos uno grande, sobre los sarandisales del Gualeguaychú, un día que con mi hermano Ambrosio nos queda-
mos a almorzar en su casa paterna.

Fué digno de ver, como peleaba contra una jauría de cinco o seis perros, a los cuales les dejó como recuerdos indelebles unos tajos impresionantes en el cuero. Respaldado por los troncos los peleaba de sentado y de frente. La lucha fue cruenta y si no interviene José María, abatiéndolo de un formidable hachazo en la cabeza, con seguridad que se le escapa a la jauría a la que ya tenía acobardada.

UN JUEVES A LA NOCHE

Farra y compañía: chupandina y pelea.
Como si fuera un angelito: inocente.
Pa la dirección que gusten: refrán que significa para cualquier lado.

Agalludo: hombre taura, bravo, corajudo, valiente.
Taura: toro.
Adobo: con mucho alcohol en el cuerpo; muy borracho.
Pistón: célebre personaje andariego, suizo, que recorrió la campaña desde Colón a Villa Elisa durante cincuenta años y al que le gustaba la grapa, la caña y el vino. Era inofensivo y se le tuvo gran estima. En otra parte me ocupo extensamente de esta vida singular. (Ver los que perdieron el camino).

DON JUAN, LE SALVE LA VIDA

De rompe y raja: reñido; con dichos, carcajadas, refranes y palabras de todo calibre.
Indio: en el concepto vulgar tape, moreno, chinón, son sinónimos.
Moreno: morocho, tirando a negro.
Mojar: pegar porque sí nomás; de aprovechadores.
Pelar un amojosao: sacar un arma herrumbrada por falta de uso; en esta narración era un facón.
Mona: Borrachera.
Ese viaje: Por ese tiro; esa estocada.

"¡SALUD!..."

Ensillado: vestido.
Se bandeó: se pasó; se emborrachó.
Ganar cueradas: arrollar, dominar con la parada.

LOS BIGOTAZOS DE DON FROILAN

Cosario: perseguidor sin aflojar.
Entre San Juan y Mendoza: medio borracho.
Se le alzó: por se le enojó.
Bigotito Gaviota: como una línea blanca tal cual se pintan en las láminas marinas. Cuando es negro le llaman bigote golondrina, por razón de color.
Lo pasa: lo lleva preso para la comisaría.

AHORCANDOSE CON LA LENGUA

Picar: disparar rápido.
Carpió: disparó.

CINEMATOGRAFO EN CARÑAVAL

Tosqueada: pedrea.

UN REDOMON SANGRE DE TORO

Atracóse a la rueda: entró a formar parte.
Hecho un guanaco: porque escupió. Es costumbre del animal nombrado.
Hinchó el lomo: arqueó.
Menearle guasca: pegarle mucho.

MOJONANDO LA EXTENSION

Con el propósito de tener un panorama total de la región donde Villa Elisa ha de ejercer su influencia desde su fundación en 1890, por don Héctor de Elía, he querido que los mojones marcadores de distancias sean los establecimientos que ya existían y que abarcaban una superficie de más de ochenta mil hectáreas.

LAS ESTANCIAS

A la memoria de la vieja pobladora de Puente Gualeguaychú, doña Clemencia Santa Cruz de Almada.

1

En la infinita extensión,
abarcando las distancias,
se encontraban las estancias
que poblaban la región;
compendios de tradición
de nuestra patria querida
a recordar me convida
el cariño que me aferra,
a las cosas de la tierra,
que fué cuna de mi vida.

2

En campos de eterna aguada,
al Norte de Villa Elisa,
La Avelina se divisa (1)
sobre una verde lomada;
allí mostró la peonada
mucha habilidad campera,
destreza grande en la yerra,
para domar, corazón;
¡Fué un jirón de tradición
como flameando en mi tierra!..

3

Doña *Natalia Benítez* (2)
que Leyes, se apellidaba,
más acá del *Puente* estaba (3)
en su campito divino;

de un lado era su vecino
el criollo *Manuel Lezcano* (4)
del otro un noble paisano, (5)
en la otra "banda" nacido,
oriental que había venido
a vivir como entrerriano.

4

Resuelto y con mucha prisa,
por el *Puente Pantanoso* (6)
llegó ya hace mucho un *mozo* (7)
que fue fundador de *Elisa;* (8)
cerca de allí se divisa
un ranchito de totora,
donde vivió *Ña Teodora,* (9)
criolla, tal vez, "no muy leída",
esposa de don *Juan Leiva,* (10)
que fue sargento de Urquiza.

5

Algo más hacia acá había
campos de mucha extensión,
los que compró don Elía,
para su gran fundación;
una casa fué el mojón
que marcó esa inmensidad,
donde *Ña Cecilia* está (11)
como evocando las horas,
de ya lejanas auroras,
que no volverán jamás.

6

"El Porvenir" fué divisa,
para la casa divina,
que fue de don *Juan Medina* (12)
antes de ser Villa Elisa;
del mirador, la cornisa
que indica do está la estancia,
con su imponente arrogancia,
se eleva hacia el infinito,
disputando a un eucalipto,
ser el guía, a la distancia.

7

Del puente de don *Fontana* (13)
remontando correntada,
hay una hermosa lomada,
después de *La Potenciana* (14)
la estancia que la engalana,
tiene nombre de mujer,
y el Gualeguaychú al correr,
la contornea horas tras horas,
mientras las aves canoras,
cantan a más no poder.

8

Se llama estancia "La Flora",
—su nombre es una acertada
de don *Francisco Quesada,* (15)
en honor de su señora—;
las bellezas que atesora,
son dignas de ser cantadas,
o a una tela ser llevadas,
para deleitar los ojos,
y satisfacer antojos
de ilusiones evocadas.

9

Fue un tal don Sixto Moyano
el que eligió ese lugar,
allí levantó su hogar
para dominar el llano,
ese gran río entrerriano
le dió toda su hermosura,
en montes con su espesura,
aves, flores y pradera;
¡Si parece que Natura,
se volcó para ella entera!

10

Más allá de lo Quesada,
—siguiendo hacia el rumbo aquél—
no se encierra en la mirada,

todo el campo "San Miguel";
de todo lo que hay en él,
Miguel Peyrallo fue dueño,
Enrique Arana, hoy su yerno,
dice de muy buena gana,
que la estancia de su sueño:
¡Es flor de estancia entrerriana!...

11

Por Puente Gualeguaychú,
en la primera lomada,
lo doña *Clemencia Almada* (16)
está indicando un ombú;
otro varón de esa cruz,
—criollazo de estirpe rancia—
"Juanita", llamó a su estancia,
en homenaje a su amada;
su nombre es Felipe Almada; (17)
¡Flor de hombre, por su prestancia!

12

Otros *Benítez* aún viven (18)
cerca de doña Clemencia,
gente noble, de conciencia,
criollos, como el caracú;
ellos tienen otro ombú,
que gemelo —se decía—
del ya nombrado y sería
planta de la misma raza;
era tambien una guía
para el que buscaba casa.

13

Rumbo para Villaguay,
hora y media, galopando,
árboles hay, indicando
la estancia de Yrungaray; (19)
allí siempre albergue hay,
para el que pasa o reposa,
tiene tradición honrosa
y fama bien merecida...

¡Si es como ofrenda encendida
por su dueño a Santa Rosa!... (20)

14

Saliendo de Villa Elisa,
y hacia el sudoeste rumbeando,
campos se ven ir brotando,
de la sucesión de Urquiza:
a tres leguas se divisa,
la estancia *"El Pantanoso"*,
muy cerca de un monte hermoso
y un arroyo cristalino;
¡es un lugar tan divino,
como para ser dichoso!...

15

Más allá de lo Garnier (21)
—camino hacia San José— (22)
hay una estancia --tal vez—
de las más chicas y hermosas;
es del señor Carlos Rozas, (23)
llamada *"Santa Cristiana"*,
en homenaje a una hermana,
del que fundó Villa Elisa;
por su campo se desliza
el riacho que la engalana.

16

Por donde el sol se levanta
iluminando el confín,
la estancia de Ballestrín (24)
tiene un paisaje que encanta;
tendido bajo su planta,
el monte con sus praderas,
el arroyo, sus laderas,
los juncales y totoras,
sus plantas y aves canoras
son eternas primaveras.

17

"Perucho Verna" al pasar (25)

hacia el "Río de los Pájaros",
forma un bañado en sus bajos.
¡Maravilla de lugar!...
Lindo es allí ver llegar,
en bandadas cimarronas,
bandurrias, garzas, palomas,
mixtos y tordos volar,
mirar los patos nadar,
y el paisaje de las lomas.

18

Precioso para el pincel,
por las bellezas que encierra,
es el pedazo de tierra,
que une a Fellay con Küttel; (26 y 27)
los arroyos que hay en él,
nacen de los manantiales,
los extensos pajonales,
que esconden dichas sin nombres,
son lugares que hoy un hombre
quisiera hacer inmortales.

REFERENCIAS

(1) *"La Avelina":* fué propiedad del doctor Juan Andrés Vázquez. Este fué uno de los primeros alumnos del histórico colegio de Concepción del Uruguay, fundado por el Organizador de la Nación General Urquiza.

Era uruguayo de nacimiento y graduado posteriormente de abogado en Montevideo, llegó a ser ministro del gobierno del coronel Lorenzo Latorre.

Emigrado a Entre Ríos, compró su campo a don Alcibíades Mabragaña, fundando más tarde la colonia que lleva su nombre.

LLegó a centenario y recibió en las postrimerías de su larga existencia el homenaje de las flores que la juventud de Uruguay le hizo llegar hasta su casa en cada aniversario de la batalla de Caseros.

Conoció y distinguió mucho a mi padre, que trabajó de amansador de bueyes en su estancia. Muchas vaces fué huésped en mi casa paterna. (Datos del Sr. Pedro Irungaray).

(2) *Doña Natalia Benítez de Leyes:* fué propietaria de los campos que hoy pertenecen a la sucesión de don Cándido Fontana. Fué madre de don Silvestre Leyes y de doña Juana Leyes de Bergara.

(3) *Puente:* Puente Gualeguaychú, sobre dicho río.

(4) *Manuel Lezcano:* fué dueño del campo que hoy pertenece a la sucesión de don Andrés Roude.

(5) *Noble paisano:* se refiere a don Atanasio Riquelme, que fue dueño del campo de la hoy colonia "Berro".

(6) *Puente Pantanoso:* existente en el límite de la colonia Elisa y Fontana.

(7) *Un mozo:* se refiere a don Héctor de Ella.

(8) *Fundador de Elisa:* Don Héctor de Ella, en 1890.

(9) *Ña Teodora: vivió su ancianidad nonagenaria en un ranchito que estaba cerca del Puente del Pantanoso.*

(10) *Don Juan Leiva:* fue sargento de la guardia personal de Urquiza, a quien acompañó en todas sus campañas militares. Fué muerto por un rayo en los palmares del Yuquerí.

Más tarde doña Teodora hizo llevar sus restos a su rancho donde los guardaba adentro de un tarro a manera de urna. Una Cruz, aún existente en el camino, recuerda al viajero la caída de un héroe.

(11) *Doña Cecilia Fagundez:* fué una antigua pobladora del Pantanoso. Es madre de José, Ventura, Cecilio, Timoteo, Esteban, José (el Indio), Manuel, Gregorio, María y Blas.

(12) *Don Juan Medina:* Este hizo construir para residencia suya, el edificio que actualmente existe y que en su época fué una regia mansión.

Había allí dos gigantescos eucaliptos que se divisaban desde una distancia de leguas, entre montes de paraísos, álamos, casuarinas, aromos y frutales.

Nació en arroyo la China y fué amigo personal del General Urquiza, a quien

acompañó en sus campañas guerreras.

Casado con doña Claudia Pavón, tuvo dos hijos: Pedro y Carmen. Su señora falleció en casa de su yerno don Victoriano Vázquez, casi centenaria.

Era prima hermana de los generales Francisco Ramírez, Apolinario Almada y Ricardo López Jordán (padre).

Fué don Juan un espíritu dinámico y emprendedor. Cuando joven tuvo carnicería en Uruguay; después tuvo un saladero de yeguas cuyos productos industrializaba una gran fábrica de jabón; fundó el establecimiento ganadero donde se fundó Villa Elisa; tuvo también en Villaguay otro establecimiento en la región boscosa, donde explotaba los productos forestales; poseía una tropa de carretas, tiradas por bueyes, para llevar los productos al puerto Yeruá, donde cargaba un barco de su propiedad.

En una oportunidad fué sorprendido en su buena fe: el capitán (un italiano) y un consignatario de Motevideo, se le quedaron con su barco cargado con miles de toneladas de cueros, carbón, postes de ñandubay. El barco no regresó más.

Falleció en Villaguay, nonagenario. (Estos datos me fueron brindados por don Pedro Irungaray, hijo de don Alejandro, que fuera socio de don Victoriano Vázquez en el establecimiento ganadero Santa Rosa).

(13) *Puente de Don Fontana:* Se refiere al viejo puente sobre el Gualeguaychú que hizo construir don José Fontana, con autorización del gobierno de la Provincia de Entre Ríos. Para pasar por él, había que pagar el peaje, de acuerdo a la concesión dada por el gobierno.

Don José tuvo una empresa de diligencia entre Uruguay y Villaguay. Las postas eran: Las Achiras, Puente Gualeguaychú, Puente Santa Rosa y Arroyo Vergara.

Don Cándido Fontana hijo de aquéi, se radicó en su estancia Santa Bárbara. Casado éste con doña María Iglesias, sus hijos son: María Magdalena, María Dominga, María Otilia, María Adelaida y José María.

(14) *La Potenciana:* cañada que desagua en el Gualeguaychú.

(15) *Doctor Francisco Quesada:* Era hijo del Cnel. Isidro Quesada, quien actuó en Chile, Perú con San Martín y en la Batalla de Caseros. Fué propietario de "La Flora". Era médico y tuvo destacada actuación pública: médico de la Armada Nacional, Senador Provincial, Diputado Nacional desde 1894 a 1898. Su retrato entronizado en un aula del Colegio Nacional del Uruguay perpetúa su memoria de médico y maestro de la juventud de la ciudad histórica. Ayudó a la subvención de la escuela pública en 1892.

Casado con doña Florencia Camalot, sus descendientes son: Juan Isidro, María Magdalena, María Teresa, María Leonor, María Florentina, Manuel Augusto y Francisco Dionisio.

Falleció en Buenos Aires a los 58 años de edad.

(16) *Doña Clemencia Santa Cruz de Almada:* vieja pobladora de Puente Gualeguaychú. La conocí octogenaria en su estancia. Se apoyaba en un báculo, pero tenía plenitud mental. Falleció en 1912. Sus hijos son: Anastasio, Concepción Almada de Mena y Nemesio. Hoy, pertenece a don Alfredo Maichtry.

(17) *Don Felipe Almada:* Fue dueño de "La Juanita", hoy propiedad del señor Alberto Maichtry.

(18) *Otros Benítez:* Crisóstomo, Santos, Aurelio y Juan Pío.

(19) *Don Alejandro Irungaray:* fué un estanciero vasco. Su estancia gozó de merecida fama hospitalaria entre todo el paisanaje de antaño.

El Hospital de Villa Elisa "San Roque y María Aguer de Francou" tuvo en él un decidido protector.

Casado con doña María Sponda, son sus descendientes: Pascual, Pedro, Alejandro, Francisco, Angela, Teresa, Josefa, Flora, María, Manuela y Valentina.

(20) *"Santa Rosa":* Así se llama la estancia y fue dueño de esos campos don Fidel Sagastume. En la zona se la denominaba comúnmente "Estancia de Irungaray".

(21) *Don Julio Garnier:* colono de los primeros, que es nonagenario y vive en un lugar donde estuvo ubicado un puesto de la estancia de don Juan Medina, cerca del Perucho Verna, pasando el arroyo "El Paraíso".

(22) Núcleo de la colonia San José fundada por Urquiza en 1857.

(23) Don Carlos Rozas, era cuñado de don Héctor de Elía. Fue hombre de bastante cultura y tenía conocimientos de medicina, que aplicó para aliviar males en la gente lugareña, en época sin médicos cercanos.

La estancia hoy es propiedad del Sr. Victorio Treboux.

(24) *Don José Ballestrin:* era itliano, casado con una cuñada del Gral. Urquiza. Fundó la colonia "La Matilde". Sus hijos son: Susana, Samuel, Justo, Juan Carlos, José, Micaela y Cayetano.

(25) *Perucho Verna:* arroyo que nace en Villa Elisa y que desagua en el Uruguay en La Calera. Su recorrido es de cinco leguas.

(28) *Don Isidoro Fellay:* vivía a pocos metros de la alcantarilla que da paso a la colonias "La Matilde". y "Villa Elisa" y que en la toponimia lugareña se llama "Alcantarilla de Fellay".

Casado con doña Francisca Francou, de su casamiento nacieron: Juan, Eduardo, Isidoro, Antonio y Francisca Martina.

(27) *Don Juan Kuttel:* primer colono radicado en la colonia Villa Elisa. Sus hijos son: Juan, José y Rosa.

LA CASA DE TODOS

A todos los que le pusieron vida plena.

Hay una casa en la villa que durante más de un cuarto de siglo fué el imán de la nueva fundación y de sus colonias tributarias.

Esa casa fue mi hogar paterno.

La numerosa prole de mis padres, aumentada mátematicamente en una unidad cada dos años, hasta completar la decena y el sueldo exiguo del jefe de la familia, obligáronle a buscar en otra actividad una fuente de recursos para subvenir a la mejor crianza de la misma, defendiéndola así de la estrechez de vida que imponía una remuneración que apenas alcanzaba para cubrir las necesidades más apremiantes.

Es así como a los pocos meses de mi nacimiento dejaron "El Faro de la Cuchilla", para ir a ocupar la fundación que ya habían hecho en 1890, cumpliendo la cláusula del contrato con don Héctor de Elía, por la cual el comprador de "concesiones" en la colonia, se obligaba a poblar en el término de dos años el sitio que como donación le correspondía en la planta urbana.

Viviendo mis padres en la colonia San José (Cuartel Norte), ya habían hecho edificar la primera pieza y la panadería en Villa Elisa, la que era atendida por su sobrino Adolfo Francou.

Pasado como maestro a Villa Elisa, mi padre hizo construir poco a poco el enorme caserón que aún se mantiene de pie, pese a las modificaciones importantes que le hizo su comprador don Andrés Guifre.

En ese caserón vivierón el pueblo y sus colonias tributarias, la época más hermosa: la de su juventud.

¿Qué poblador de los fundadores y de las demás colonias vecinas o qué hijo de ellos no pasó alli fiesta tras fiesta, horas inefables de alegría o de dolor desbordante?

Basta recordar a todos los pobladores de "La Matilde", Vázquez, Hocker, Pos Pos, Berro, Quesada, Fontana, El Pantanoso, Puente Gualeguaychu, Caraballo, Primero de Mayo, Las Achiras, San Francisco, El Carmen, Santa Rosa, San Miguel, etc., para tener un cuadro general que corrobora este nombre con el capítulo.

A todos ellos los he conocido en plenitud de su vigor físico ya casi todos envejecer a la par del crecimiento de sus descendientes. Hoy sobran los dedos de las manos para contar los que aún gozan la dicha de ver la luz del sol.

Sabido es que esas colonias eran profundamente cristianas, pero hoy sin dejar de serlo, han cambiado sus costumbres festivas.

Por eso escribo estas líneas de evocaciones, con el propósito de que todo aquello que forma parte de la tradicción de un pueblo y que no es otra cosa que su historia misma, no se borre del telón del tiempo.

Los pueblos sin tradiciones no tienen unidad de espíritu, les falta la belleza de sentimientos y se tornan egoístas.

Villa Elisa no sólo tiene trigales, linares, maizales, arrozales, y haciendas en la inmensidad de sus campos feraces; tiene también un alma que cultivar para que no le falte la belleza del espíritu, supremo tesoro que Dios dió a la criatura humana, para que sea feliz en la tierra.

DOMINGOS DE MI NIÑEZ

Desde los primeros años de la fundación, todos los domingos y días festivos, la gente de las colonias llegaba en caravanas interminables de carros, sulkys, americanas, jardineras, coches y caballos montados,desde los cuatro puntos cardinales, con el fin de cumplir en la parroquia del pueblo sus obligaciones de creyentes con la Santa Iglesia Católica.

Cuando en 1897 se construyó la primitiva iglesia, el aumento de feligreses fue tan numeroso que la amplia nave resultaba pequeña para contener toda la gente allí congregada. (Ver pág. 273 de "El faro de la Cuchilla").

DESPUES DE LA SANTA MISA

Terminados los oficios religiosos del día y confortadas las almas en la Gracia de Dios, la mayoría de los colonos no regresaba a su casa hasta horas avanzadas de la tarde, evitando así los soles abrasadores de los estíos quemantes, el polvo molesto de los caminos largos, la sed y el cansancio de los nobles caballos que arrastraban sus vehículos.

Los amigos del "bon vino", del "bel canto" y de "la murra", solían amanecerse "como pegados a los mostradores".

Todos esos cientos de colonos con sus mujeres e hijos, se dirigían a "La Popular" (nombre de la casa de negocio fundada por mi padre) y allí en verdadero asalto de posiciones invadían los lugares del caserón y sus adyacencias: despacho, comedores, habitaciones disponibles, corredor, patios, galpones, jardines y las tres canchas de bochas que, protegidas por un paraisal, recibían fresca sombra del follaje tupido.

Como el continente resultaba pequeño, la gente se protegía de los rigores del sol, ocupando dos hileras de paraísos que había frente a la casa (calle de por medio), plantados por mi tío don Juan José Joannás. (Ver pág, 81 de "El Faro de la Cuchilla").

Era impresionante ver tanta gente agrupada, acomodada lo mejor que podía, sentada en bancos, cajones, troncos, tarros, ladrillos y en

el suelo.

Los más "ventajeros" ocupaban las mesas con sus mejores comodidades y ya sabemos aquello de que "el buey lerdo toma el agua turbia".

¡Qué trajín para atender tanta gente!...

Es verdad que éramos muchos en familia y que algunos ayudantes se ponían, pero en determinados momentos era imposible dar abasto a la multitud.

¡Cómo corría el "tintón"!... *¡Cómo les gustaba "el colorao"*, a los piamonteses!...

Con la escasez de vasos, los más, se le "afirmaban" a la de a litro, con un amor desesperado, frenético, báquico. ¡Qué "besos " largos y cariñosos!...

Había viejos que se sentían "párvulos" y creían tener una mamadera en la boca. Si parecían —por la manera de prendérsele al gollete— terneros que desde la noche anterior no veían a las madres.

¡Qué sed!... Algunos decían: "Si fuese de vino el mar" y otros completaban: "y yo pato para nadar".

¡Cómo engullían tortas, chorizos, bollos, palotes, masitas, dulce de membrillo, caramelos, sardinas, etc, etc!...

¡Si parecían avestruces por el buche!...¡Qué manera de tragar!...

Eran de ver las hornadas de facturas que desaparecían ante la voracidad de grandes y pequeños. ¡Qué langosta!...

De esta manera celebraban las fiestas dominicales y religiosas las colonias de mi evocación.

Era el premio al trabajo de la semana, del mes, del año.

Limpio el espíritu ante el Altar de Dios, con poco gasto padres, madres, hijos y amigos, en hermosa comunión de familias, regalaban sus paladares con el amable "mendoza o del país"; con la dulce limonada, la efervescente "chinchivirra" de Bard Hnos., de Villa San José, y las deliciosas tortas de "La Popular".

Había que ver para reír, las domadas de tortas con azúcar rubia que hacía la gurisada. ¡Qué lamidas formidables!..

¡Si parecían lagartos después de "colear" las lechiguanas!...

Quedaban las tortas más lustrosas y lisitas, que el camino bien "trillado" y los cachetes de "los domadores", embadurnados hasta cerca de las orejas.

Era el desquite contra el "pan colono"; la felicidad ante lo que por no ser de todos los días, siempre se encuentra más rico.

REUNION DE FAMILIAS

Estas reuniones descriptas, facilitaban el acercamiento de las familias de la zona que rodeaba a Villa Elisa.

Eran espléndidas ocasiones para que se encontraran las mismas, después de muchos días y también para que se enteraran de las novedades más importantes ocurridas en el medio rural de su existencia.

Eran en suma, verdaderas fiestas populares consagradas a las familias, transporte de costumbres europeas traídas por los primeros colonizadores.

¡Cuantos jóvenes que unieron sus vidas en matrimonio y otros que no llegaron a él, porque así lo dispuso el destino, cruzaron sus primeras miradas y sintieron nacer su primera ilusión, en ese caserón que fue como el hogar de todos!..

Niña de aquellos días lejanos, madre o abuela de hoy: ¿no recuerdas aquel "Domingo de Ramos", aquella fiesta de "La Virgen Niña", aquel otro de "Navidad", el de "Los Muertos" y el más inolvidable de todos... ese que sólo tú y él lo saben, porque lo recordaron muchas veces, reviviendo el pasado?..¿No fué alli, en ese caserón, donde lo viste apuesto, gallardo y simpático como a ninguno?..

Y tú, amiga mía, que quedaste "para vestir Santos"...¿No fue allí, verdad, donde viste quebrarse el rosal de tus ensueños y morir tu primera ilusión, porque fué para otra el jovencito aquél que tanto te hacía suspirar?...

¿No fué allí también, verdad, donde tú, mocito timorato, dejaste que otro más audaz te robara la luz de aquella estrella que iluminaba el cielo de tus noches, en los primeros ensueños de tu vida y donde aquellos viejos que ya habían olvidado las mieles de amor sin ambiciones, troncharon despiadados, los vergeles de tu alma que buscaba aquella diosa de tus horas para un mismo destino?....

¿No fué alli, acaso, mocetón de aquellos días —hoy abuelo respetable— donde luciste tu mejor sombrero de ala muy ancha, y tu pañuelo de seda atado al cuello, bordado con iniciales grandes, al que tendías gallardamente y compadrón sobre tus anchas espaldas?...

¿No fue allí donde mostrabas ufano aquel prendedor en el que podía leerse algo que en el alma se te hacía cierto: *"Eres mi amor", "Te quiero", "Eres mi esperanza", "Siempre tuyo", "No me olvides", "Eres mi vida"*, o donde lucías colgando puntas desde el bolsillo superior del saco o blusa, aquel pañuelito de seda, rojo, verde o blanco, de iniciales bordadas y con el cual tantas lágrimas de celos le secaste amorosamente.?...

¿No fue allí también, donde al pasar frente a ella, le pediste a tu flete su mejor escarceo, luciendo al mismo tiempo sobre su pelaje reluciente, recado con cabezas labradas y hermoso cojinillo de hilo azul, pretal, riendas, bozal y cabestro, todos adornados con monedas y virolas de plata?...

¿Qué has hecho de tanto primor en tu lejana juventud?...

¡Cuántas retirads contentas y tristes a la vez, y cuántas esperanzas prendidas como un dolor o una alegría a tu pecho de varón, des-

pués de la fiesta inolvidable!...

Contentas si, porque la viste y pudiste hablar con ella largo rato; tristes porque te alejabas llevando en el alma el arrullo de su palabra simple de amor, que era un mundo maravilloso de ilusiones en tu edad juvenil y de esperanza también, porque pronto llegaría la otra fecha ya "marcada", en la que encontrarías en el caserón, para seguir soñando con las quimeras que endulzan las horas y llenan de fantasías la primavera de la vida, que como la juventud pasó llevándose lo mejor de la existencia.

Tú también puedes exclamar como Rubén Darío:

"Juventud divino tesoro,
te fuiste para no volver,
cuando quiero llorar no puedo,
y a veces lloro sin querer".

EN LAS HORAS DE DOLOR

A Benito y Margarita Ferrond

Llegaban a "La Casa de Todos", después de un entierro o de la Misa para algún difunto.

Vestido de riguroso luto, las mujeres se encaminaban al comedor grande, mientras los hombres se acercaban al mostrador para beber algunas copas de caña, ginebra o grapa.

Enseguida el jefe de la familia pedía: pan, tortas, chorizos, sardinas, matambre, queso, vino y lo que podía llevar a la mesa, donde esperaban las mujeres.

Ubicados alrededor de la misma, comenzaban a comer.

El silencio de algunos, la voz baja con que se expresaban otros, el llanto entrecortado de las dolientes y los lacrimosos de hombres que apretaban el corazón para no estallar como las mujeres, llenaban el ambiente de cierta solemnidad religiosa y de respeto, a la cual adherían todos, ya que difícilmente los deudos allí reunidos no eran viejos amigos de mi padre, compañeros de mis hermanos o condiscípulos míos.

En esos momentos de tristeza vi en mi infancia, escenas que no he olvidado, porque no se olvida nunca lo que impresiona hondo en el alma.

Madres, hijos, esposas, hermanas, amigos, entre llantos desmayos o ataques histéricos de alguna doliente, gritaban su desesperación por la ida sin retorno del muerto querido, mientras los hombres ahogaban en sus rudos pechos de varones, el dolor que destroza el corazón y acalla la angustia condensada en gruesos lagrimones.

Desahogada la pena, decaídos los espíritus por el desgaste emocional, entre despedidas temblorosas y agradecimientos sinceros, al retirarse las personas "La Casa de Todos", guardaba en sus ámbitos espaciosos, una jornada más de dolor, que no tardaría en ser renovadas por otras parecidas, en la misma, semana o en las siguientes.

Así durante un cuarto de siglo.

¡Cuántas lágrimas cayeron sobre tus pisos y cuántos sollozos guardaron tus muros, caserón de mis mayores!...

Y sobre ese velo de dolor, mi madre como un ángel tutelar de los desesperados, con su palabra cristiana, infundía consuelo y resignación piadosa a cuanto doliente veía gemir su amargura.

LAS HORAS DE LAS ALEGRIAS

a don Pedro Sabaño

La ley del equilibrio que rige el mundo sideral, también rige para el mundo de los seres vivos.

Cuando se piensa sobre tantas cosas que parecen inútiles y hasta perjudiciales existentes sobre la tierra y se ahonda el análisis de las mismas, surge incontrastable la verdad de que la naturaleza es sabia y que nada existe de lo creado por Dios, que es necesario.

Así el ser humano, al ver una mosca parada sobre un manjar, se irrita y vocifera contra tan molesto como peligroso insecto.

Si la araña pensara y hablara...¿diría lo mismo, cuando teje su red cazadora del insecto que el hombre menosprecia?...

No piensa éste lo mismo de la abeja, cuando saborea su exquisita miel, que cuando recibe el dolor del aguijón.

El médico teme menos que el enfermo a las enfermedades que justifican su existencia.

La lluvia fecundiza los sembrados que las inundaciones arrasan y el sol que nos da luz, calor y vida, algunas veces hiere y mata.

El árbol que el hombre abate para sus necesidades, purifica el aire al asimilar el carbono con el cual los animales al respirar, envenenarían la atmósfera y cede el oxígeno vivificador, sin el cual no podrían vivir los seres de la naturaleza.

Admirables simbiosis de coexistencia recíproca, que es ejemplo de equilibro vital de las especies animales y vegetales.

El óxido de carvono escondido en el engaño de una brasa, da la muerte, mientras aquélla brinda calor y vida. También el perfume de las flores envenena el ambiente nocturno de una habitación, mostrando la belleza cuajada en un ramo.

Si tú hombre que razonas, haces daño justificado por las necesidades ineludibles del vivir, destrozando plantas y bellezas, acepta resignado el castigo que equilibra tu soberbia de rey de la creación.

El dolor se neutraliza con el calmante, la pena con la alegría, la guerra con la paz, el delito con el castigo, la libertad con la responsa-

bilidad, el amor con el odio, el aburrimiento con el trabajo etc., etc.

En estos ejemplos, como en todos los actos del vivir, encontramos el equilibrio, que es la verdadera armonía de la vida de los seres.

Por el equilibrio universal, los astros y planetas ruedan en lo infinito del espacio y del tiempo, sin chocar jamás y sin importárseles de las leyes de Newton, lo mismo por él los seres viven devorándose o protegiéndose mutuamente.

"El pez grande se come al chico", es verdad proverbial, pero la naturaleza dotó a los mismos del asombroso poder de la procreación, salvando la supervivencia de los débiles.

Microbios hay que dan la muerte, mientras otros luchan por la defensa de un organismo.

¿Quién hubiera imaginado que del moho se iba a extraer penicilina, como panacea de muchas enfermedades peligrosas para el hombre?...

Sólo al hombre —rey de la creación— le es dado discernir sobre el bien o el mal, para ajustar su conducta a los dictados de la conciencia y de sus sentimientos.

Los animales irracionales luchan solamente por su existencia y no se les puede censurar como al hombre, cuando cometen actos que justifican su derecho a la vida.

Un cuadro que perdura desde mis días de niño, me lleva a las reflexiones que leerán después de la narración siguiente:

Sobre la caña de un flexible junco extendido e inclinado sobre la superficie tersa de un arroyo, un Martín Pescador se balancea suavemente.

Su vista fija sobre el transparente líquido lo sustrae totalmente de lo que le rodea.

Bajo del alado, cazador, infinidad de mojarritas viborean ágilmente, saliendo y escondiéndose alternativamente entre las hojas extendidas de los camalotes en flor.

A diez metros, sobre la cima de un añoso ñandubay, un halcón afila su encorvado pico, contra la superficie rugosa de una rama.

Treinta pasos más lejos, oculto entre unas pencas, un cazador busca un claro para probar puntería sobre la rapaz sanguinaria, sin ver que próximo a sus pies, un reptil se enrosca para morder.

Cerca del cazador un muchachito, con honda de horqueta en el bolsillo y alambre de torniquete en la mano, aguanta la respiración y suspende sus movimientos para ver la escena en su realización total.

El escenario es "Los Sauces de Beristain", (hoy Dubulluit) arroyo Perucho Verna, linde con el campo de don José Ballestrin (hoy Guionet).

De pronto el Martín Pescador tras vertiginosa zambullida, sale luciendo al sol su plateada presa, para caer inesperadamente entre las puntiagudas garras de la rapaz certera.

Segundo después, el cazador dispara su arma y la rapaz cae sin

vida al mismo tiempo que la víbora muerde con rabia la bota de aquél.

El muchachito que ha visto al reptil, machuca con furia la cabeza de éste, levantándolo sobre su alambre.

Cadena interminable del derecho a la existencia, al placer, al bien, al mal y al castigo.

"De todo hay en la viña del Señor", para admirar la grandeza de Dios en el equilibrio de la vida de los seres.

Felicitémonos de que al ser humano le haya dado lo mejor al hacerlo a su imagen y semejanza y agradezcamos que le haya dado el tesoro del pensamiento para que sepa discernir.

Con cuanta razón pudo cantar nuestro poeta inmortal al eternizar el entendimiento en esta bella estrofa.

"Le dió claridad a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dió vida y movimiento
dende el águila al gusano,
pero más le dió al cristiano,
al darle el entendimiento",

Al hombre no le dió garras, ni lo armó de poderosos dientes o cuernos, pero lo dotó de un cerebro para que busque con inteligencia el equilibrio de las potencias físicas y morales, a fin de que su vida sea lo más hermosa en los goces equilibrados de los placeres del mundo

Por ese mismo equilibrio, muchos de los que ayer lloraban en el camposanto o alrededor de las mesas de "La Casa de Todos", ríen hoy junto al rodar de las bochas, equilibrando las penas que matan, con las alegrías que animan las horas de la existencia.

EN LAS CANCHAS DE BOCHAS

a la memoria de don Victorio Morard

Después de merendar y pasado los rigores del sol, poco a poco, la gente empezaba a "desbandarse" en busca de sus hogares.

Algunos colonos combinaban el regreso de las mujeres e hijos, quedándose ellos para terminar la tarde o la noche en la villa.

Se retiraban juntos a la madrugada, si eran vecinos, o se quedaban hasta que el sol de un nuevo día los llamara a la realidad de la existencia.

El juego de bochas tenía aficionados de todas las nacionalidades, pero era evidente que entre los italianos, tenía sus adeptos empedernidos.

No se jugaba por dinero, sino por la consumición de una caña, un vino, un atado de cigarros o por alguna otra cosa cuyo valor puede justipreciarse en diez centavos.. Más que para ganar, se jugaba para pasar la tarde agradablemente.

Todos los presentes no jugaban; los más mirones que llenaban los contornos de las canchas, protegidos por la sombra de coposos paraísos que hacían del lugar un ambiente de grata frescura.

Muchísimas personas a caballo o a pie, contra el tejido que limitaba el sitio con la calle, seguían con entusiasmo las incidencias del juego.

Como en todo juego donde la habilidad tiene importancia principal, había participantes a los cuales se observaban en sus menores detalles.

Las discusiones de los mirones para establecer quien era el mejor "bochador", el que mejor arrimaba, el más "limpio" o "sucio" al ejecutar los pasos o "troncos" al tirar la bocha, ponían la nota deportiva en el ambiente, dando verdadero interés a este juego tan difundido por nuestras campañas entrerrianas.

Entre los grandes bochadores (a César lo que es de César), debo nombrar a mi padre, no porque no hubieran otros tan diestros como él, sino por la reacción que sus "chantas" producían entre sus admiradores.

Tenía él un ascendiente muy grande, fácilmente explicable, sobre muchísimo de los presentes, por ser amigo de todos, por ser ex maestro de la mayoría de la mozada o por esa gracia ingénita - que Dios le dió - puesta constantemente de manifiesto en refranes y dichos que le afluían a flor de labio con oportunidad y que la gente festejaba a grandes carcajadas y comentarios que aun perduran en mis oídos. (Ver "El Faro de Cuchilla", página 120).

Cada "chanta" en que su bocha quedaba "como dormida", en el lugar de la otra, motivaba una bulliciosa alegría general.

Hubo otros jugadores que destaco por su serenidad, corrección, elegancia y forma impecable de arrojar la bocha con la palma de la mano hacia abajo.

Acuden a mi memoria muchos, como en tropel, pero tiene relieves nítidos don Luis Lambert, de la colonia "La Matilde", vecino al Perucho Verna y Don Antonio Joannas, de la Colonia Primero de Mayo.

No "eran mancos"para bochar don Esteban Serra y don Filiberto Sigot.

Entre los mejores "arrimadores" debo nombrar a don Victorio Morard, José Grand, Mariano Sigot, Wenceslao Medina, Mercedes Martínez y Justo Quintana.

Se jugaba hasta que la luz solar lo permitía. Después era "el desparramo"; unos para sus casas y otros para el boliche donde se iniciaban comentarios, partidos de truco o mus, llenándose los comedores y el despacho, de risas, gritos, carcajadas y voces indefinibles.

"A LO FARRUCO, FLOR Y TRUCO Y LOS DESNUCO

a Camilo Sautier

Era la voz de Camilo la que dominaba el escenario de una mesa donde se habían trenzado en reñido truco Arturo Talamarca y José Camilo Testaferro, (ambos de la colonia), contra una yunta de criollos, "más conocida que la ruda", e inigualada en entreveros de "agachadas" y mentiras.

Nicasio era el más joven y don Prudencio se llamaba el otro.

Dos criollos, contra dos descendientes de gringos. Suaves aquéllos y gritones éstos.

Muchos mirones apretados "como granos de maíz en una espiga", rodeaban la mesa siguiendo con interés el partido, porque éste era "de esos que no se empardan", debido a lo parejo del tanteador, a los innumerables dichos y salidas y por las verdades, mentiras y "verseadas" que se festejaban con las bocas "abiertas hasta las orejas".

Recostados contra la pared, la ventana, un barril de vino o alguna barrica de yerba, surgen en los recuerdos de mi niñes y adolescencia,

las siluetas juveniles de José, Teófilo y Plácido Hiritier. Augusto, Juan y Francisco Bondaz; Bautista, Augusto, Francisco, Remigio y Fernando Schanseud; Juan, Eduardo, Isidoro, y Antonio Fellay, Zelungo, Ramón, Carmelo, Prudencio, y Emilio Aguirre; Isabelino, Demetrio, Rito y Melitón Bergara; Rufino, Lidio, Teófilo, Ramón, Domingo, Aurelio y Justo Riquelme; Francisco Guex, Rogelio Carricarte, Ventura Benítez, Domingo Aguirre, Juan Leiva, Froilán y Ricardo Medina, Próspero Pin, Francisco, Victorio y Marcelino Treboux; Inocencio Monzón, Mercedes Martínez, Bibiano Ruiz Díaz, Tomás y Cipriano Bobbett; Francisco y José Bornissen; Francisco, Apolinario y Corazón Lugrín; Batistín Casse, Césareo, Tobías, Antonio y José Francou; Antonio y Francisco Roude, el "Paraguay" Juan Pedro Medina, Pablo Chupitea, Marcelino y Rafael Quiroga y otros muchos hijos de criollos o extranjeros, mezclados como bandada de gallinas en un comedero.

Cada jugador con las cartas en la mano izquierda, "orejeaba"con la derecha, buscando con atención "la pinta" que le traería una "flor" o un punto alto para "la falta envido".

Era pié esta vuelta, Nicasio, muchachón con mucha picardía criolla y gracia incomparable para decir las cosas.

—"Venga; mi negra me juegue". (Llamó el pié, al mismo tiempo que se "se le pegaba" el ojo izquierdo y "la trompa" se le hacía a un lado, al hacer la seña del bastillo y del siete de espada).

—"Voy entonces ..., (dijo don Prudencio, al jugar un cuatro).

"Mientras tanto Camilo, que era por naturaleza"," más gritón que chancho hambriento adentro del chiquero, después que pasan la nueve", le preguntaba a Arturo Talamarca, "meneando" las cartas a ras de la mesa:

¿"Cuántas y cuántas me escribe"?..

—"Las viejas, si le gustaban", (contestó su compañero achicándose como perdiz, cuando la rondan a caballo", pero dando al mismo tiempo un "cabezazo" tan conocido en el juego, que significaba: "hasta la falta no pare").

—"Dos reales envido" (gritó Camilo con fuerza y "sobrador", pensando gozoso en "prender" un tararira del ojo en el primer arrastrón nomás.

—"Agárrelo Ud., compañero"...(Dijo don Prudencio, con su prudencia característica).

—"Con la tenaza caliente".. contestó Nicasio, chacotón como siempre. Después de pensar un rato dijo: "Dejémoslo que engorde" jugado por Camilo. "Ahora con manos negras ganamos", prosiguió y... "Sobre el pucho la escupida"; "Truco en fija".

Se buscaron con la vista los contrario y entonces vimos "al mano", revolear lo claro del ojo (blanco como clara de huevo cocido) mirando hacia el cielo para hacer la seña de la espadilla. De casualidad no se le cayó el sombrero.

—"Quiero retruco", contestó Camilo, "barajándolo en el salto, como dorado a la carnada" y más engolosinado que muchacho chico con carmelos, haciendo al mismo tiempo la seña del siete de oro, en un estirón de trompa "como goma de honda".

—"Quiero, dijo Nicasio, quien con "la primera" a su favor y con haber tragado las cartas que tenía en la mano, no podía perder. Haciendo enseguida ... "de la duda un mostrador", para que "agarrara viaje" su contrario, agregó: "Vale cuatro"..

—"Quiero ver con que nos ganan", replicó Camilo, después de haber tragado el anzuelo "a lo anguila", hasta cerca de la cola.

Esta vuelta fué de los criollos y se armó una discusión intranscedente, porque uno "de la rueda" dijo: "perdieron con cartas para ganar".

Se emparejaron "los granos" al "achicarse" con nueve en este "bueno" a dieciocho tantos, entretantos a la segunda parte con un tanto cada uno.

Arturo era pie esta vuelta; Don Prudencio hacía rato que había jugado, mientras tanto Camilo "orejeaba" sus cartas diciendo cosas como estas:

—*"Abrite no seas ingrata"... "Abrite si sos pimpollo"... "Abrite y hacete"...*

Medio cansado Nicasio por la demora de aquél, dijo repentinamente:

—*"Así vas a orejear a "La Catalina" o a "La mula tuerca e Vigatto".*

Una carcajada general festejó "la salida" de Nicasio, recordando los presentes a las populares bestias que daban vueltas en los malacates de la panadería de mi padre y en la fideería de don Angel.

"Abrite y hacete flor", dijo finalmente Camilo, gritando fuerte y contento y metiendo al mismo tiempo más escándalo y barullo "que gato adentro de un cajón, cuando cae en una trampa". "*' lo Farruco, flor y truco y los desnuco"*... prosiguió, medio parándose sobre el banco.

Se miraron los contrarios como consultándose y dijo Nicasio:

—*¿"No nos correrá con la vaina, el mocito"?...*

—*"Yo una vueltita tengo",* respondió don Prudencio.

—*"Mire que se nos van lejos"...* replicó aquél.

—*"Y vamos a darle...; total se ponen en la "cantora" y sea lo que Dios quiera"..* sentenció don Prudencio, cerrando el *"Quiero".*

Ganó el de la flor y truco y el tanteador se puso de uno a "seis buenas".

Dominando la escena, Camilo se frotaba las manos contento, sonriente y más parlanchín "que cotorra criada en cajón de agujero".

Su boca "como pororó" al reventar en la olla, se floreaba en un montón de dichos como éstos:

—*"Qué tirón si fuera de la pera". "Los llevamos como ciegos a*

la letrina"... "Me dijo don Goyo, que pelara a estos pollos"... "Hay que creer o reventar... que la leche es alimento"; ..."Mejor sería que se entreguen y vayan pagando... Total el patrón fía"...

Al par de las salidas de Camilo, su barra festejaba sus ocurrencias juveniles, con risas en tropel, las que ponían marcada alegría en el ambiente del boliche.

Don Prudencio guardaba silencio solemne. Era el hombre de "respeto" entre los circundantes.

—*"No se aflija compañero, es la ventaja que le podemos dar a un chambón";... "Es un aflojecito, para encelarlos";... "Ya verá como mueren atorados, igual que gato con queso"... "A éstos les va a pasar, lo que al ganso de Regueyra"...* peroraba Nicasio, levantando el ánimo de su compañero, que "Más serio que milico con mando", estaba en pose de hombre de respeto.

Dió las cartas don Prudencio y jugó "la mano", llamada por su compañero.

Simultáneamente Nicasio "orejeaba" sus cartas canturreando las célebres relaciones que hicieron famoso a don José Morard:

"Anima que andás penando,
abajo de unas higueras,
¡cómo no vas a tener frío,
sino tenés espuelas!...

Al fallarle la flor dijo: *"El que nada tiene, nada juega"*, dejando caer un cuatro sobre la mesa.

Jugó Arturo Talamarca y al tocarle el turno a don Prudencio preguntó:

—*"Y diai"... ¿"Tiene algo compañero"?..*

—*"No, viejo choto"*, contestó Nicasio en voz baja y medio tapándose la boca con las cartas.

Todos los presentes quedaron sorprendidos por la respuesta y pararon las orejas, como liebres.

Al no entender la respuesta, don Prudencio interrogó de nuevo:

—*¿"Ligó, o no ligó... compañero"?*

—*"En la misma forma"*, respondió el interrogado.

Rieron todos los presentes, repuestos esta vez de la primera impresión.

Medio "amoscado" don Prudencio y desconfiando por las risas que oía, preguntó alzando la voz:

—*"¿Y le digo o no le digo compañero?"...*

"No, viejo choto", reiteró Nicasio, siendo esta vez oído.

¡Para qué lo habrá oído!...

Se desbordó como leche hervida el viejo y ahí nomás, poniéndose de pie "lo bufó a lo potro", entre las carcajadas de los testigos que

festejaron ruidosamente el espíritu chacotón de la juventud, frente a la reacción de la vejez que exige respeto para sus canas.

—*"¡Choto yo... que soy más derecho que pararrayo!"...* barbotó ofendido don Prudencio, sin haber visto en el espejo, que al andar "parecía loro caminando sobre el borde de un tarro".

Serenado don Prudencio por las explicaciones y "el achique" de Nicasio, prosiguió el juego, después de esta incidencia como humareda de fósforo y dijo:

—*"Real envido y truco"*, con voz que aún llevaba rastros del momento anterior.

Creyeron los contrarios que lo dicho era fruto del momento y aceptaron el real y el "rabón", perdiendo los dos.

El partido se puso seis a seis.

—*"Está, como para pagar entrada"*, dijo un mirón.

—*"Más entreverao, que pelea e perros"*, agregó otro.

—*"Caballo que alcanza, ganar quiere"*, sentenció don Prudencio.

—*"Y chancho que escarba, también quiere"...* continuó Nicasio, atusándose el bigote, mirando de soslayo y haciendo señas con la vista hacia Camilo, que no terminaba de embarullar las cartas, tomándolas con el pulgar y el índice.

—*"Corte o pise y verá el pastel que le hice"*, canturreó el dador, poniendo el mazo sobre la mesa.

De nuevo cada uno con sus cartas, no se veía más que dedos "orejeando", oyéndose simultáneamente "verseadas" promisorias en boca de los jugadores.

Al no ser correspondido Arturo, agarró "para el lao de Chancha Moras", al mismo tiempo que Nicasio estaba...

—*"Quisiera ser y no ser ...*

(Y aquí se "paraba" para repetir lo mismo varias veces). En un momento dado "se afirmó", tirándose a fondo y "verseó":'

"Quisiera ser y no ser,
Quisiera ser y no puedo
Quisiera ser esta "flor"
Que se está abriendo en mis dedos".

—*"Contra flor al resto"*, gritó Camilo, aturdiendo a los oyentes en un arranque de entusiasmo y "enarbolándose como bandera para agrandar un día de fiesta".

—*"Con flor quiero"*, contestó Nicasio, tendiendo las cartas "encimadas" y diciendo: *"Canta la mesa"*.

Nervioso Camilo, empezó a "resbalarlas" con el índice, pensando que fuera "pampa", al tiempo que Nicasio le decía:

"Así vas a pelar, un cuero que tengo para hacer lonjas" o "Las papas para hacer puchero".

Todos rieron al unísomo ante la nueva "salida" de Nicasio.

Ganó de mano éste con treinta y cuatro puntos.

—*"La mano castiga... al niño"*, sentenció don Prudencio poniéndose de pie, para acercarse al mostrador. *"Deme una caña doble; paga el mocito"*, dijo con toda seriedad.

—*"¿Y vos Nicasio, vas a tomar leche?"*... le pregunté, haciendo una de mis primeras entraditas en el mundo de las intenciones.

—*"La leche es pa los terneros"*, me barajó en el aire y agregó ligero de pico: *"A mi me servís un vino"*.

—*¿Con agua?*, le retruqué, progresando "como nene en la lectura" y conociendo esa "esponja de mostrador".

—*"¡Con agua !"*... repitió asombrado. *"Estás loco o has comido miel?... El vino se toma puro"*.

Decía el viejo Paredes,
Que tomen agua los bueyes.
Que tienen el cuero duro.

verseó recordando a don Clemente Paredes, que fuera excelente comisario de Villa Elisa de 1909 a 1913 (más o menos) al mismo tiempo que se acercaba al mostrador, donde lo esperaba un vaso como de cuarto litro, lleno hasta el borde.

Con amor desesperado se "lo empinó", previa despedida en estos términos: *"¡Hasta más verte, mi vida!"*...

Una andanada de dichos brotó de todos los lados, mientras Nicasio embelesado con "el tintón", se imaginaba que tenía una mamadera en la boca.

—*"¡Que buche, pa forrar mate!"*...

—*"¡Ni el de un avestruz lo iguala!"*... exclamaron uno después de otro, dos que lo estaban mirando asombrados, mientras un tercero "entreverándose" en la chanza añadía:

—*"¡Pero, si tira más al pecho, que a la cincha, mi petiso viejo... dijo Williman"*, al par que un cuarto le gritaba:

—*"Che bárbaro, mirá que el vaso no se traga"*...

Insensible Nicasio a las bromas, saboreó "el tintón" y relamiéndose los bigotes, "igual que gato después de comer pescado", resbaló sobre ellos "en un viaje sin retorno", el brazo, desde el hombro hasta la muñeca, haciendo de su manga un trapo y exclamando contento, chacotón y muy suelto de cuerpo:

—*"La higiene ante todo, dijo don Goyo... y se dio vuelta la camiseta al revés"*; *"¿No te parece hermano?"*...

—*"De los chanchos... sacan cuero para arreos"*, le repliqué siguiendo la jarana.

Mientras tanto esto sucedía, cuatro mocetones ya se habían sentado en torno a la mesa, haciendo en otro truco, sus primeros "escarceos"...

UN DOMINGO DE TANTOS OTROS

A la memoria de Juan Lombardo

Seis mocetones alrededor de una mesa, hacían más barullo que vascos en una fonda.

Era la juventud siempre ruidosa, representada en esta oportunidad por esos muchachones, ninguno de los cuales tendría veintidos años.

El más joven, apenas adolescente, tenía más pelusa en el bozo, que durazno recién formado.

Otro mostraba unos pelitos "como rompan fila" (según refraneaba Isidoro Barragán), los que crecían "pa la dirección que gusten".

El mayor de todos se atusaba compadrón, porque tenía "como matorral de orégano", por lo tupido.

Contrastaba el bigote "como raíz de ajo", que lucía Tito, con el "golondrina" de otro, el que se le dibujaba una línea negra sobre el labio superior.

El que parecía más hombre de todos, a juzgar por su tamaño y apostura, tenía unos pelos desparramados en forma despareja sobre los cachetes, promesa segura de una de esas barbas llamadas "cruz".

Formaban el grupo: Tito, Emilio y Eduardo de compañeros y Lombardo, Celestino y Rogelio, de contrarios en ese truco de mi evocación.

En los recuerdos desdibujados de caras ya lejanas, veo rodeando a los nombrados, a todos aquéllos que viven atados permanentemente a mis días de adolescencia.

Así es que en ese cristal que incesantemente van empañando los años están: "Ricardo Rieter, Aquilino, Zenobio y Américo Küttel, Angel, Tico y Jochengo Oyarbide, Vicente Gaggino, Juan, Fermín y Martín Zermatten, Pedro Sala, Juan, Isidoro y Antonio Fellay, Rosario y Gregorio Almada, Francisco Guex, Cipriano Bobbett, Julio y Simón Mena, Inocencio, Martín y Bernabé Cuturier, Cirilo Sigot, Zacarías Cáceres, Paulino y Victoriano Acevedo, Justo, Ramón, Celestino, Benito y Emilio Faure, Isidoro Barragán, Domingo Aguirre, Isabelino Bergara, Inocencio Monzón, Juan Leiva, Ventura Benítez, Mercedes Martínez, Pablo Chupitea, Cirilo Lemos, Desiderio Olivera, Benigno Abrigo, "El Pa-

raguay" Juan Pedro Medina, el Negro Victorio, Pancho Mendoza y otros más.

Como no se pagaba entrada todos los claros estaban "como butacas en función de "arriba".

Era un partido de "tome y traiga", en el que había más "orejeadas" que en majada grande y relaciones y dichos... "para todos los gustos y pedidos", según decir de Pedro Irungaray.

Cada jugador ponía una nota, ya de poesía, o ya de risa, al rimar alguna cuarteta simultáneamente a la "orejeada".

Los que no eran favorecidos por la suerte "verseaban", en cualquier forma, agarrando para la "Loma del Diablo".

Ya se habían escuchado aquellas inolvidables de José Morard, famosas en su tiempo ya lejano y que complacido escribo para que perduren, aunque sea como un homenaje a las gracias que causaban:

"Entré por la boca "el horno",
y salí por la tronera,
si no te gustan mis amores,
sacale lo desparejo".

Muchas otras relaciones y "verseadas" anónimas se dijeron esa noche, algunas de las cuales recuerdo perfectamente, porque tenían carta de ciudadanía en el pago:

"Abeja del "colmenal",
que cuido con tanto amor,
para llenar tu panal,
liba néctar desta flor".

Doña Manuela Contreras
a su hijo José le escribe,
diciéndole que ella vive,
como flor, en la tapera.

Mariposa primorosa,
que luces lindo color,
no pases tan presurora,
baja a chupar "desta flor".

Me dicen que Tejedor
con una paciencia loca,
le metió al general Roca
un julepe de mi flor.

"Tente... tente... tentador...

chupa... chupa... chupador,
mi envidia tiene esta flor,
del iris de tu color.

Hasta aquí llegó mi amor
y ésto si, ya se termina,
tres tantos vale esta flor,
"chupate esa mandarina".

Cantar es lindo destino,
—pero no "para el carnero"—
yo le ruego a Ud., aparcero,
que en tanto "la pinta" aclara,
le haga llegar la guitarra,
al "Payador Argentino",
el de nombre Isabelino
y apelativo Bergara,
pidiéndole por favor,
que mientras mi voz se entona,
haga gemir a la prima
y llorar a la bordona,
para cantar esta "flor".

El tigre tiene su amor,
su cariño la paloma,
la rosa brinda su aroma
y hasta el cardo tiene flor.

Si me pretendés ganar,
no "orejiés" tan largo rato,
pedí y ponete a "orejear"
la *mula tuerta e Vigatto;*
si la idea que te doy,
te resulta peregrina,
"orejeá" la mula e Franco,
que se llama *Catalina.*

En vueltas redondas "como la luna" y "mano a mano" alternativamente, se "cantaron flores" de todos colores y perfumes.

¡Si más que una mesa de truco, ya parecía un jardín en primaveral

Así Tito, con su alma de poeta, prendía a las cuerdas de su mandolín armonioso esta cuarteta pintora:

"Todas las hizo un pintor,
pintó el sol, pintó la luna,
y en medio de una laguna
pintó una tremenda "flor".

Emilio "orejeando" las páginas de la historia patria, no en vano era hijo del maestro del pueblo, se acomodaba cantando:

"Cuando Urquiza en Caaguazú,
peleó con la correntinada,
llevó para la jornada
la "flor" de la juventud".

Eduardo Fellay, por cuyas venas corría sangre de "buen humor", tironeando las cartas, como si fueran las orejas de "la mula tuerta de Vigatto", canturriaba con intención:

"Allá en un campo desierto,
donde "relincha" el peludo,
hay un lagarto bien muerto,
con una "flor"... y truco macanudo".

No le iba en zaga Celestino Sala, quien recordando a su zaino, marca de lo Irungaray, más lindo que una pintura y con más chafalonías en su apero que en taller de platería, jugueteando sus escarceos se prodigaba cantando:

"En mi zaino escarceador,
luzco plata de la fina,
no hay blanca, negra, ni china
que me desprecie esta "flor".

Juan Lombardo, muchachón que en su niñez se crió en mi casa paterna y que de grande fue "mozo alentao" por su porte y su vestir, tan buen panadero, como hombre de campo en el sud de la provincia de Buenos Aires, requitándose el sombrero y luciendo pañuelo de seda blanca sobre sus espaldas, se afirmaba, como sobre los estribos de su apero primoroso, para brindar a sus amigos el brillo de su inspiración.

En la misma forma, como solía "dormírsele" a la prima en un "despatarre" de dedos y sonidos para cualquier lado y "martillando" con el pulgar a la bordona, en un compás que no perdía "aunque vinieran degollando", cantó en un "desafine descomunal" esta relación:

"Garganta de dulce canto,
dame tu acento mejor,
para brindar esta "flor"
que recogí por el campo".

Y por fin Rogelio Carricarte, como presagiando su ida para otros lares lejanos, dejó flotando en el ámbito del caserón esta despedida que encierra una evocación de muchas noches refundidas en una sola:

"Entre promesas y halagos,
pasé mi vida mejor;
antes de irme pa otros pagos
dejo a todos esta flor".

Así, entre cantadas y risas, aquella juventud florida de Villa Elisa, compendiada en seis nombres, y una noche, alternaba las horas del trabajo y de las alegrías, con la amistad, en años inolvidables.

"Y aquí termino este canto,
de un tiempo que ya pasó
Dios quiso que fuera yo,
en esta oportunidad,
quien les diera eternidad
a seres que quiero tanto".

ENTREVERAO CON EL GRINGAJE

a José Durand

¿Qué pasa que hay tanta bulla en la mesa donde juegan un mus don Plácido y mi padre, contra don Pascuale Cantalgalo y don Mercedes Martínez, mixturado con el gringaje?

No es para menos. Frente a frente están los dos ases de la mentira en el truco y en el mus.

Rodean la mesa: Francisco, Victorio, Pablo y Adolfo Coullud, Jacinto Moyano, Eduardo Rouggier, Alejandro, Camilo, Antonio y Juan Orcellet, Francisco y José Durand, Pancho Vernaz, Isidoro Fellay, José Grand, José Zermatten, Filiberto Sigot, Filiberto Orcellet, José Roude, Pedro Babaño, Juan Walser y otros.

Cuando mi padre y don Pascuale jugaban de compañeros, si los naipes los ayudaban un poco, formaban una

yunta temeraria.

No se sabía cuando mentían ni cuando decían la verdad.

Muchos fueron los que pagaron esta modalidad engañosa de los nombrados, perdiendo partidos que casi tenían ganados.

En cambio jugando de contrarios, "olfateaban, iguales que chanchos buscando trufas".

Lo recuerdo bien: en cierta oportunidad, en un partido muy reñido, vi a don Pascuale ganarle una falta envido a mi padre, con un siete para cantar.

Esta noche, no se oía más que: *órdago y órdago,* en boca de don Pascuale.

Es que lo llevaban *como ciego a la letrina* (según la conocida expresión de Camilo Sautier).

—*Para nosotros no hay cosas chicas,* decía don Pascuale, haciendo "galopear" el toscano de extremo a extremo de los labios, frotándose las manos y acomodándose el jockey, de adelante atrás y viceversa.

Cuando le tocó jugar, "bufó", fuerte para agrandar los pares: *Ordago a la grande,* golpeando simultáneamente la mesa con los naipes y apoyando los codos en la misma, en pose muy característica cuando mentía "grande".

Mi padre "olfateó la trufa"; no en balde había andado cerca de treinta años entre los gurises, adivinándoles los pensamientos e intenciones.

Contestó: *No se quiere,* y atusándose el bigote en una modalidad muy suya se sonrió, previendo, sin duda, íntimamente el momento que vendría.

—*Pares tengo,* agregó, porque era mano.

—*No tengo,* dijo don Mercedes, con su voz ronca y haciendo brillar, como dos estrellas, sus ojitos relumbrosos, entre un matorral de cejas, barba y pelos negros, que lo hacía parecido al caudillo riojano Facundo Quiroga.

Se adomodó "el panza e burro", echándoselo en la nuca y le pegó una "pitada querendona" a uno "de hoja" que se movió como barra de romana cuando le cuelgan una res del gancho, apuntando para el cielo con el brazo, como si fuera telescopio o cañón antiaéreo.

Azuladas volutas lo envolvieron, pero "ni pestañeó siquiera".

¡Si estaba más curtido que caño de chimenea!...

—*Va bien,* dijo don Plácito, con su clásica expresión, componiéndose el pecho "como para anunciar el día", y haciendo de su pucho de toscano "un subi-baja". Al cla-

varle los dientes para que largara jugo más fuerte, le rabonó la cola y casi lo perdió bajo su bigote frondoso. Después de una chupada interminable arrojó una humareda, que eracomo para espantar mosquitos de la costa de un arroyo o bichos moros de un tomatal.

—*Tengo y órdago,* bufó de nuevo don Pascuale, "enarbolándose como bandera de remate", pero retratándosele en el semblante pálido y en sus ojos azules "la vaina" con que venía corriendo a sus contrarios desde hacía un buen rato.

—*A la mesa,* dijo tranquilamente mi padre, extendiendo dos ases sobre la misma.

Todos creyeron que era "una agachada de tero" muy común y esperaron que largara el otro as, para la "media" o el otro par para el "duble".

No sucedió tal cosa. Eran solamente dos ases.

Había ganado de mano.

Tragó saliva, mordió al toscano, retorció su bigote crespo don Pascuale, porque le parecía un sueño lo sucedido y exclamó contrariado:

—*Tiene que haberme visto las cartas; no es posible...*

Nada de esto había ocurrido. Fue "una corazonada" que salió bien al autor, como pudo salirle mal, pero que dejó un saldo inolvidable de risas y de asombro.

Mientras esto acaecía a un metro de mi atalaya, en otra mesa más alejada jugaban otro mus varios parroquianos infaltables a "La Casa de Todos".

Más allá de los cristales que enturbió el tiempo, paréceme distinguir entre la cerrazón que oscurece en mi retina imágenes queridas, a don José Mendiberry, Mauricio Küttel, Francisco Bel y Mariano Sigot, rodeados de una masa informe de mirones que siguen las alternativas de los hombres serios, prendidos en un partido que lo cuidan "como a herencia de viuda".

.....

Al final se impuso el "vasco molinero", que no en vano era de la tierra donde dicen que nació ese juego y que según mentas del pago, fue quien lo trajo a Villa Elisa.

LA MURRA

A la memoria de Pierrotín Bourlot

Como a eso de las veinticuatro, la gente se iba raleando y sólo quedaban en el boliche aquellos a quienes denominábamos "farristas".

Era de oirse el barullo que metían estos italianos y de ver las posturas que tomaban frente a la mesa, al poner los dedos sobre la misma, cantando al mismo tiempo: *Ses... Ses... Ses... du pichulín... Otoribela... Triaca... Setenta mile... Nove novara... Tutaembarca...* y no sé cuántas combinaciones más.

Como en todo juego de habilidad, había algunos participantes que eran "seguidores" y cuando tomaban una "olada", se pasaban sin largar, a cuatro o cinco contrarios, anotando simultáneamente con los dedos de la mano izquierda apoyando el codo sobre la mesa, los puntos que iba sumando a su favor.

Si varios se hicieron famosos y agradables por el compás y las palabras con que acompañaban el canto, hubo otros no menos famosos por la forma de poner los dedos encima de la mesa, esperando siempre que el contrario los pusiera primero, con el fin de poner después ellos los que hacían falta y completar así el número cantado.

Estos mañosos o tramposos, ponían la mano medio cerrada y si hacían falta dedos, los estiraban y sino, los escondían hábilmente.

Lógico era que estas trampas produjeran incidencias "demás lindas", pero sin consecuencias desagradables: una intentona de conato, algún "remolino", alguna "trenza" formidable, algún tramposo "cogoteado" y con la lengua afuera una cuarta durante un rato y otros entreveros, como para pagar entrada.

Ante tanto uso de las gargantas, éstas se ponían "más ásperas que soga de pozo" y era necesario mojarlas frecuentemente con "tintón", que como lubricante no tiene nada igual, para cierta clase de cuerdas.

Entre el griterío continuado de *Nove-novara... Tuta-embarca... Ses... Otoribela...* etc. Baco hacía sus víctimas taimadamente.

Sin embargo, había algunos "demás baquianos" para burlar al ale-

gre dios del vino: èn un momento cualquiera del juego, el que se sentía descompuesto (como dicen de los niños bien cuando andan borrachos) salía a la calle e introduciéndose los dedos en la garganta vomitaba el antes codiciado elixir, no sin que a "boca de jarro" oyera de algún émulo esta célebre expresión: *Lanzá lagarto... lo que has comido*

El que había descargado su dosis excesiva, quedaba en condiciones para empezar de nuevo con el codiciado brebaje, "más fresco que una lechuga".

EL BEL CANTO

A don Mariano Sigot

Las dos... las tres... las cuatro de la mañana y el coro seguía llenando de armonías el silencio de la aldea.

Eran los cantos que sacaban del corazón los recuerdos de la tierra lontana; de la tierra querida que no olvidaron nunca, porque los vió nacer, jugar y partir para no retornar jamás.

Eran los cantos aprendidos allá donde tuvieron padres, hermanos, amigos, montañas, ríos, animales, amores, angustias, un mundo de pequeñas y grandes cosas y que un día dejaron para no volverlos a ver, pero que añoraron siempre porque son tesoros del espíritu que sólo se pierden con la muerte.

Vivían todos ellos a través de las armonías de esos cantos, en un pedazo de la patria distante trasplantado a la de sus hijos argentinos.

Allí estaban en "La Casa de Todos", casi todos los que llegaron del Piamonte laborioso.

Sus caras marcadas por el insomnio, reflejaban las mismas nostalgias y las voces en sus distintos registros o timbres de tenor, barítono o bajo, llevaban en sus acentos todas las gamas recónditas de cada alma, para seguir confundidas en combinaciones ya "pianíssimas", ya "fortes", ya "maestosas".

Todos cantaban con devoción; pocos muy bien, muchos bien, algunos regular y otros mal. Estos pasaban desapercibidos, ocultos entre la esplendidez de los primeros.

Hubo dos voces que durante cuarenta años llenaron el silencio de incontables noches, con sus acentos admirables de bajo y de tenor, al par que con la dulzura y maestría con que se ajustaban al tono.

Esas voces fueron la de don Mariano Sigot y la de mi padre.

Se conocieron en la colonia "Villa San José" (Cuartel Norte).

Contaba mi padre que una noche apacible de luna llena, en la calma infinita de aquella inmensidad de plata, oyó desde la escuela vieja, llamada entonces "de Meyer", una voz que venía desde muy lejos trayendo reminiscencias de allende el océano.

El trepidar rumoroso de "un carro colono" hacía acompañamiento grave, a una sonata dulcísima.

El feliz poseedor de esa voz, era don Mariano Sigot.

Poco después se encontraron y no se separaron más hasta que la muerte se llevó a mi padre en 1933.

Don Mariano aún lleva con toda felicidad sus ochenta y seis años, junto a su digna esposa doña Isolina Gautier, seis años menor que él.

Don Mariano es uno de los primeros colonos radicados en la colonia Villa Elisa, en el año 1891.

Piamontés de origen, tuvo una descendencia numerosa de hijos laboriosos, cuyo número es de nueve: Eugenio, Augusto, Apolonia, Jorge, Andrés, Hilario, Celestino, José y Carlos.

Hasta hace pocos años formó parte del coro de la iglesia, conjuntamente con don Pedro Joannás y don José Guí.

Poseía una voz formidable, la que aún conserva (pese a sus ochenta y seis), algo de la potencia y del timbre de sus días juveniles. En 1951, lo fui a visitar y evocando días de glorias y felicidades pasados con mi padre, me cantó viejas canciones que llenan una época larga de la vida de la aldea y que perduran en mis oídos con nostálgica amargura. Su voz aún conservaba la vibración que la hizo famosa.

Si esa voz hubiera sido cultivada en la técnica del canto, no habría desmerecido a muchas que he oído en el teatro Colón de Buenos Aires, y que la crítica periodística calificó de muy buena.

Podían cantar diez, veinte o más; no había peligro que la voz de don Mariano se perdiera en el conjunto. Ella sobresalía siempre, potente, robusta, incontenible dominando el escenario.

Poseía además un acento armonioso que la hacía agradable, porque había más allá de su vibración un alma que sentía lo que interpretaba, haciéndola cálida y de emoción contagiosa.

Contrastaba la de mi padre con la de don Mariano, porque su voz era alta, en su registro de tenor.

Aún me parece verlos a los dos bien juntitos, uno enfrente del otro. La boca de don Mariano casi pegaba al oído de mi padre, busca la nota para ajustar el tono del acompañamiento.

Balanceando el cuerpo, sigue el ritmo del canto, mientras mi padre medio cerrando los ojos, se pierde suavemente en el cielo de su inspiración, donde se encuentran las dos voces para bajar a la tierra, esparciéndose por toda la aldea, impregnadas de las mismas dulzuras.

¡Cantos de Italia en noches argentinas!... Sólo quedarán los ecos de un pasado en estas páginas, como testimonio de que por la aldea naciente que arrulló mi cuna, pasearon su arte hecho canciones, los que no volvieron al terruño inolvidable, porque sus hijos argentinos los arraigaron para siempre en la madre tierra que los acogió generosamente.

LOS BAILES

A Apolinario Lugrín (a) "El Flaco"

ACLARACION

Debo destacar que los diálogos que se leerán en el transcurso de estas memorias, no se deben tomar como expresión auténtica del momento en que se bailaba, sino a los comentarios jocosos que se hacían después del baile, algunas veces por los propios protagonistas varones y otras por muchachos divertidos, que le ponían "la sal" para hacerlos reideros y que yo procuro interpretar tal como los oí.

No vaya a pensar alguno de mis lectores que yo tenía un auricular para captar las conversaciones de las parejas.

Los temas son reales, lo mismo que el refranero. Los personajes son nombrados con seudónimos.

De todos esos elementos surge evidentemente el panorama ambiental que deseo perpetuar en "El Alma de mis Pagos".

Durante unos diez años los bailes organizados por las colectividades extranjeras, constituyeron la alegría más notable del pueblo y sus colonias tributarias.

Estos bailes eran de carácter popular y se realizaban en la casa de don José y Enrique Bourren (hoy don José Moix) y en la de don Mauricio Bourren (hoy casa de doña Francisca Roude de Portenier).

Había dos efemérides extranjeras que se festejaban ruidosamente: la del XX de Setiembre y la de la "Confederación Helvética".

También se festejaban la de los franceses y la de los orientales.

La fiesta de los italianos se hacía con desfile, banderas desplegadas, comilonas y bailes. La misma duraba varios días.

No había ser en las colonias que fuera indiferente y por eso se agrupaban todos, participando de la alegría general.

Poco a poco fueron desapareciendo esa clase de festejos y el último baluarte de los suizos y franceses, fue la fonda de don Víctor Gastal, primitivamente de don Adolfo Carricarte hasta 1904 y hoy taller del señor Alejandro Ruiz.

Las fiestas de las dos grandes efemérides argentinas, se realizaban en la casa de los dos comerciantes primeramente nombrados. (Ver pág. 150 de "El Faro de la Cuchilla").

Los bailes que se hacían en "La Casa de Todos", tenían un incipiente carácter social, ya que era indispensable el cumplimiento de ciertas exigencias para poder participar en ellos.

Eran organizados por un grupo de jóvenes del pueblo y de la colonia. Los días preferentemente elegidos eran los sábados.

Previamente los interesados solicitaban el salón a mi padre, quien siempre lo cedió gratuitamente. Era en aquellos años, el único disponible.

Resuelta la fecha del baile, se invitaban a las familias de las colonias y del pueblo, las que concurrían en gran número.

Los varones debían pagar entrada a la comisión formada.

El despacho quedaba completamente independiente del salón de baile, por motivos fáciles de imaginar.

Había entonces un espíritu extraordinario para la danza. Recuerdo perfectamente que antes de la puesta del sol, ya iban llegando los carros, sulkys y jardineras, llenos de bailarinas, las que eran recibidas por algunas muchachas del pueblo y los jóvenes que formaban cabeza en la organización de la fiesta.

¡Si habré cortado pimpollos de rosas blancas de un rosal que en profusión inimaginable florecía sobre un techo y parte de un patio de mi casa paterna!... Ellos eran para engalanar las cabezas de las jóvenes —según costumbre de entonces— a fin de presentarse al salón lo más hermosas posible.

Apenas entrado el sol y llegadas las primeras sombras de la noche, ya todo estaba listo para la iniciación.

El acordeón dejaba oir su ronquido de fuelle, invitando a los presentes a danzar.

Fue músico obligado durante muchos años, el vecino don Justo Llorand.

Era éste el rey del acordeón de doble hilera de teclas, con bajos de cucharas. No había entonces por esos pagos otro instrumento que lo superara para el baile.

Llorand fue en su época el mejor acordeonista de la zona. Muchos ejecutaban piezas, pero ninguno igualó su habilidad, su gusto y su resistencia, ni tampoco la variedad tan grande de su repertorio.

Su hermano Alberto y su hermana a la que se conocía con el nombre de "La Rubia Llorand", también eran hábiles ejecutantes.

Valses, mazurkas, polkas y schottinch eran las piezas bailables en boga.

Llorand era incansable y seguidor sin rival. No perdía tiempo en aprontes o floreos inútiles y ejecutaba con tan buen compás y gusto, que incitaba a "no perder una pieza". Sentía verdadero deleite en ejecutar, al verse halagado por el juicio de todos, que lo preferían a otro alguno.

Existían también aficionados que solían reemplazarlo, para darle un descanso necesario.

La concurrencia de hombres y mujeres fue siempre numerosa, rebazando la capacidad del salón, de otras habitaciones y del patio .

Los viejos "se amontonaban", como hormigas, en el boliche, donde mataban las horas jugando a la murra o cantando en italiano.

Lo numeroso de las parejas obligaba a poner un "bastonero" para dirigir los turnos y el número de piezas, en forma equitativa.

El más notable de los "bastoneros", fue don Juan Lambert. Enér-

gico, decidido, y justo, en cuanto veía que alguno se quería hacer el pícaro no soltando la compañera o bailando más piezas que las establecidas, ordenaba con voz estentórea al acordeonista: *"Pare la música"*.

Acataba la orden, se dirigía resueltamente al que había violado el compromiso y lo obligaba a cumplir lo convenido.

Sacaba pecho don Juan, se pasaba la mano por su renegrida y tupida barba, se atusaba el bigote exuberante y sonreía satisfecho de su omnipotencia de "bastonero".

Justo es reconocer que en esa disciplina de circunstancia, las cosas se hacían bien en orden y justicieramente.

Sin embargo siempre había algún chistoso que de intento para verlo actuar y gozar del espectáculo risueño del enérgico bastonero, no sentaba a su compañera. Don Juan no se casaba con "ninguno".

A las bailarinas y a las madres se las invitaba con galletitas, pastillas, confites con versitos adentro y con copitas de menta. A eso de la media noche, se les servía chocolate.

Los hombres bajaban a la "aguada", donde bebían algunas bravas de cincuenta y cinco grados, para volver con coraje a llevarle la "serenata" a alguna colona o muchacha del pueblo.

Se bailaba con entusiasmo contagioso y había que aprovechar la ocasión para descargar del alma penas y pensamientos que la atormentaban.

En el claroscuro de las sombras que pasan en mis recuerdos confusos unas veces y nítidos otros, ato en estas líneas de evocaciones, nombres figurados que en mis horas de gurí inocente, se grabaron profundamente en mi alma.

Por allí, "entreverado" entre las parejas, se acerca un tal llamado don Juan, al trotecito "como el zorrino", siguiendo el compás de una mazurca tristona.

Luce una barba tan tupida, que parece tener un cuero de oveja pegado al rostro, como si fuera una careta para carnaval en la que brillan como encendidos, dos ojos vivaces y resplandece por la boca una dentadura hecha de perlas blancas.

"Le va llorando" sus penas a una tal Romualda y le dice muy suelto de lengua:

—Hace rato que vengo viendo Romualda y Ud., me gusta que es porquería.

Con más escarceos que muchacha pueblera, ella le contesta:

—Tiene que decírselo a mi mama.

—Pero si no es su mama la que a mi me gusta.

—Es que yo no me comando sola, porque soy menor de edad.

—Qué va a ser menor de edad, si ya no se cocina ni en tres hervores.

—Le juro que si, pero tiene que decirselo a ella.

—Pero... es que no me animo a torear ese "camatí".

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo que me piquen las avispas.

—No tengà miedo, que mi mama es más mansa que una vaca.

—Mansita nomás... ¿y cómo lo corrió con un arreador a Segismundo?

—Porque era un sinvergüenza, pero a Ud., lo va a recibir con los brazos abiertos.

—Vea Romualda... "pa que le via decí"... yo me animaría a "estrellar" un tigre y no a la mansa de su mamá...

Finalmente ella llegó a convencerlo y con el andar de los días llegaron al Altar de Dios.

.....

Se pierda en la rueda la pareja y ocupa el claro Teófilo Malatesta, el que largo como una alfajía y entradito en años, se trae "a la rastra" a una petisa gordota, la que juguetona se balancea al ritmo de la danza, igual que hoja mecida por el viento.

—¡Qué petisa corajuda!... exclama asombrado el Rengo, al verla estirar el cuello a lo "avestruza", para poder oir lo que su kilométrico acompañante le dice desde cerca del techo, donde tiene la cabeza.

La boca "de oreja a oreja" y grande "como para jugar al sapo", deja ver una dentadura "linda para desgranar maíz", al mismo tiempo que escucha interesada lo que le cuenta su inconmensurable bailarin.

—Yo tengo como cincuenta hectáreas y una casa con muchos animales y gallinas.

—¿Y sembró mucho maíz para las gallinas? (dice gozosa la Petisa, por la esperanza que le llega desde cerca del cielo).

—La mitad nomás, porque no tengo quien me haga la comida, me lave la ropa, me atienda las gallinas, cuide los chanchos, ni quien ordeñe las vacas.

Si Ud. quiere, vamos a acollararnos...

—Tiene que decírselo a mi Tata, (contesta la que ya medio colgada del "álamo" que le promete sombra, se regodea contenta, porque también en amor, la ley de las compensaciones es como tela de araña invisible, donde quedan prisioneros los corazones).

No se largó "esa depositada".

.....

Pasan las parejas en procesión interminable y se llenan los claros.

Allí se acerca "más prendido que un saguaypé", con una moza de la colonia, un mocito del pueblo de nombre Mariano.

Lindo el mocito en sus veinte años, es cantor y "más cargador que pulga de tapera".

Le sienta muy bien a su cara rosada, un bigotito rubio y un ancho sombrero de ala clara, graciosamente echado hacia un costado en forma discreta.

Bien juntitas las caras —pero viéndose luz— la lleva "como dormida", hablándole acariciador en el tono y prometiéndole un cielo de dichas.

Ella, romántica en sus dieciocho primaveras, baja la vista luchando con un imposible, porque el mocito es atrayente y más "seguidor" que perro.

—Si yo tuviera la dicha de ver coronadas mis ilusiones, sería el más feliz de todos los mortales, (le dice Mariano a Filomena en tono tristón).

—¿Y qué es lo que Ud. quiere? (le pregunta ella sonriente y moviendo el abanico suavemente, como ahuyentando la emoción de gustarle el mancebo, sin poderle decir que sí).

—Que un ángel como Ud., baje del cielo, para endulzar mis horas.

—Eso es imposible...

—¿Por qué imposible, si yo la adoro y pienso llevarla hasta el Altar?

—Porque Ud., es del pueblo y no se va a fijar en una muchacha de la colonia, (contesta la festejada, sacándose con dolor ese dardo del corazón, que Cupido clavó sin medir los imposibles).

—Pero si mi corazón no hace distingos y Ud., vive prendida en mi alma, como clavel del aire a la rama que le da vida... nunca la podrá olvidar.

Irreductible en su prejuicio, la moza resultó una trinchera inexpugnable.

.....

—¡Guarda con el mancarrón!... se oye exclamar a un bailarín, al mismo tiempo que se hace a un lado para dejar espacio libre a otro que dando más saltos "que perro en cancha de bochas" y abriéndose paso a fuerza de "rempujones", encuentra la pista chica.

—¿De qué marca será ese bagual?, pregunta con intención uno de los mirones y que agrega picarescamente:

—¡Qué patas pa pisar barro e ladrillo!...

"Mocho" en sus remesones, el bagual de referencia se pierde en el torbellino de las vueltas, rumbo al olvido.

.....

Corre el tejo en la cancha y se para en el cielo de dos almas juveniles.

Hace tiempo ya, que los tules impalpables de las ilusiones más rosadas, envuelven en un ensueño de fantasías a dos corazones que se aman.

Ella en sus quince primaveras, duerme con las Hadas de los cuentos de Grimm.

¡Oh edad florida!... ¿Por qué vuelas tan de prisa?...

El hace tiempo que quiere decirle que es necesario más intimidad en el trato y cree llegado el momento de proponérselo.

Con el temor que da el corazón, cuando el amor es puro, le dice

avergonzado, trabándosele la lengua, porque es corto en expresiones medio habladas:

—Vea Julieta, yo creo que ya es tiempo de que empecemos a putearnos.

Poniendo ella los ojos, grandes como el dos de oro, por el asombro, pero reaccionando prestamente, le tiende con toda delicadeza a su galán, un puente de salvación:

—Para tutearnos, es muy pronto todavía... tenemos que conocernos mejor...

El, que no es "lerdo", se ase del hilo que ella le tiende, insistiendo en su pretensión, pero rectificando la palabra:

—Me parece que ya tenemos bastante confianza para tutearnos, Julieta.

Después de varias piezas, la traía de la boca, "más blandita que una seda":

—¿Cuándo nos vemos che Julieta?...

—Cuando vos quieras Romeo...

¡Ah varón de aquellos años!...

.....

En el hormiguero de las parejas que se apretujan, al son de la de "bajos de cucharas, que ronca entre las manos de Justo Llorand, se acerca *"El Ñato"*, el que con la cabeza arriba "como lagarto entre yeguada" (según refraneaba el paisano Cabrera) y con la boca como horqueta "de oreja a oreja", se desgrana en requiebros y floreos a una rubia que parece una Virgen de cera por su belleza y su vestido color celeste.

Preciosa la moza, igual que la flor que simboliza su nombre, sonríe dejando ver una dentadura que envidiarían las perlas.

Todo en ella es suavidad, gracia y mesura.

De haber una reina en la fiesta, el símbolo del emblema real, se posaría en el oro de sus cabellos de ángel.

Nada hay de artificio en esa joya natural con que Dios engalanó mis pagos natales.

Contrasta la belleza de esta rosa primaveral, con el Ñato de marras, pero el mocito tiene otras cualidades morales y físicas que lo hacen merecedor.

Es donoso, bien plantado y cantor. Sus veinte años y su donaire lo hacen simpático y agradable a las jóvenes bailarinas.

Luce con prestancia bota "fuerte", anda bien montado, le gusta el trabajo y es muy bien hablado.

Cuando enfrenta a un grupo de criticones, uno de éstos, envidiosos de la dicha ajena, dice:

—¡Qué nariz para clasificar yerba!... Lo que es éste en el Paraguay no se muere de hambre, por falta de trabajo.

.....

Se llena el último claro que deja la noche al venir el día y se ve avanzar un joven de la colonia que le viene haciendo "el amor por libro" a su compañera de baile, endilgándole una página aprendida de memoria, que la víctima escucha resignadamente.

Así, entre ritmos, escarceos y declaraciones de amor, la juventud de aquellos años, no perdía bailes para descargar intenciones, danzando con entusiasmo toda la noche.

Recuerdo bailes que continuaban, pese a que el sol ya hacía rato que se había despegado del horizonte.

¡Bailes de antaño, sin orquestas, de gente sencilla, pero con juventud en el alma y en el cuerpo! Quién los llevó de mis pagos, que ya no están?

Los que lean estas páginas de recordación y que fueron partícipes de ellos, verán en el fondo de sus recuerdos, como giran aquellas parejas que rodaban tiempo al día para agrandar la noche y asentirán añorando las horas que pasaron dejando ancha y profunda huella en los corazones, porque *¿Quién a los veinte años no acarició una ilusión?...*

Que naufragó esa misma noche... que creció hasta llegar al cielo... que se rompió como un cristal alejando para siempre dos corazones.

Que más da.

Vida que Dios maneja desde el Cielo... ¿Dónde está tu destino?

1906 A 1910

a Francisco Guex

La colonia ya se había retirado de los bailes de la villa.

Concurría a los populares, que de tanto en tanto, se realizaban para la Beneficencia, aun no organizada.

En estos años "La Casa de Todos" estaba dividida en dos secciones, porque el frente fue alquilado al turco Amalio Félix, quien instaló una tienda, almacén y despacho de bebidas.

Los bailes de beneficio y otros se hacían durante la tarde, en un extenso patio con piso de ladrillo, protegido por un gran parral, enredaderas de madreselvas, jazmín del cielo y de Chile, dama de noche, caracol y un enorme rosal.

Pese a la trama apretujada de gajos y hojas que hacía casi invulnerable el lugar a los rayos solares, se colocaba encima del follaje un gran encerado.

De uno de esos bailes, recuerdo perfectamente que una joven a quien llamaban la Rubia Llorand, a ruego de algunos jóvenes, ejecutó piezas en el acordeón, con suma habilidad.

Linda la moza en la primavera de su vida, tiene en mis recuerdos de gurí, ¡algo de ángel, que perdura!...

¡Qué bailes!... Eso sí que era un entrevero de "venga y vea".

Rubias, negras y pelos zainos; ruanas, alazanas y bayas; chinas y gringas; altas, bajas, gordas y flacas; viejas y jóvenes; feas, lindas y regulares, andaban entreveradas con viejos y mocetones que lucían toda clase de indumentaria: bombachas, pantalones, botas, alpargatas, zapatillas, pañuelo al cuello, vicuña al hombro y rebenque en mano, haciendo del lugar una mezcla abigarrada de cosas pintorescas.

¡Lindos bailes para balconear.

En el tropel confuso de las parejas, algunas se pintaron fuerte en mi retina de gurí y van apareciendo a medida que la pluma hurga en los recodos del corazón para sacarlas de nuevo del largo sueño que dormitan desde hace más de cincuenta años.

Y allí se vienen, como bandadas de mixtos buscando el monte, cuando la oración cae sobre los campos, unas después de otras, en

sucesión interminable, para iluminarse en esta tarde otoñal de mi existencia.

El que "hace punta" es un tape viejo grandote, como de cuarenta años de edad.

Tiene los bigotes caídos sobre el labio superior. ¡Si parece que se tragó un burro y la cola le quedó afuera!...

Luce "bota fuerte",con más pliegues que fuelle de acordeón y un pañuelo de seda blanca, tendido sobre la espalda, en el que se ven bordadas dos iniciales negras como de diez centímetros cada una. Las mismas responden a su nombre Arturo Güemes.

Completan el indumento, una vicuña negra doblada en cuatro, puesta sobre su hombro izquierdo y un rebenque de mango grueso y sotera ancha, que cuelga de su muñeca.

Al dar vuelta sobre si mismo, se le ve sobresalir del borde inferior del saco, la punta plateada de la vaina del arma que le acompaña.

Se lleva el tape, "como atada a los tientos", una china con "las clinas", "como cerda de chancho".

Viste ésta de color rojo subido y ostenta en la mano izquierda apoyada sobre el hombro de su compañero, un pañuelito de seda del mismo color, perfumado con agua florida.

El la conversa de firme y ella le da "changüí".

Después de varias piezas, el pañuelito había cambiado de dueño.

Fue esa prenda, la causa de una "tarja", que le hicieron en el sombrero, cuando en rueda de fogón se dio "corte" de esta conquista "facilonga".

.....

—*¿Amenaza tormenta el cielo, que se pone tan negro el día?*, pregunta "El Mulato", haciendo seña para el lado por donde se acerca una pareja, siguiendo la rueda en movimiento.

—*No digas eso que se va a enojar el "dotor"...*, agrega otro chancero de ocasión, haciendo alusión a un negrito de la estancia La Flora, que se viene quebrando "como leña seca", al compás del acordeón.

Chiquito el "muschinga", parece pluma por lo liviano para hamacarse.

Mueve las tabas con agilidad llamativa y es fantástico en sus balanceos.

¡Si en cada hamacada, parece que va a volar al cielo!...

Luce el "muschinga" sombrero negro requintado, de ala ancha y pañuelo blanco de seda alrededor del cuello, sujeto adelante por una alianza que parece de plata, con un corazón de oro en el centro, donde "El Paraguay" Juan Pedro grabó a buril las iniciales C.L., de su nombre.

Se agranda su pequeña estampa, con bombacha oscura, modelo porteño y bota fuerte con espuela de espiga y rodaja chica.

¡Qué pleito más enredao, el de don Héctor!... (exclama Mateo Ro

jas) haciendo alusión a la exuberancia pilosa del que por abajo del ala del sombrero deja ver el comienzo de unas motas, más enredadas que porra de yeguarizo, las que delatan su origen racial de color negro lustroso.

Educado y respetuoso "el de color tizón" (no en balde había crecido entre gente bien) se trae "como marejada un camalote a la orilla", a una colona más grande y gorda que chancha invernada para hacer chorizos.

Separado de su compañera a una distancia prudencial y estirado el brazo izquierdo en posición horizontal, pende de la manija del mismo, un rebenque con cabezal de plata y una sotera que arrastra la punta por el suelo.

Trae a su compañera, como a remolque "sudando la gota gordea" pero resignado con su mala suerte.

Le blanquean los dientes al sonreir, lo mismo que mazamorra en olla negra, porque comprende resignado que es mucha carga para su endeble eje y en mente va deseando que termine la pieza, para largar "el paquete" que le trajeron "Los Reyes", ese día de fiesta.

Largó por fin "el playero" que andaba como en campo quebrado y sacando un pañuelo de color rojo subido, se secó el "gualicho" que le bañaba la cara más lustrosa que charol.

Rumbió para el portón de salida en busca de sus compañeros de "La Flora", Desiderio Olivera y Benigno Abrigo.

—*¡Qué tal Cirilo!...* (le preguntó Benigno con sonrisa sobradora, al mismo tiempo que Desiderio decía, en chanza alegre:

—*¡Pero ha carneado gordo... Don Placido Sigot!...*

—*¡Dejame hermano!... Si había sido más bruta que yegua de dos galopes. Me le fuí al humo en la rebatiña para no quedar sin compañera, pero me ensarté fiero.*

—*Vamos a tomar una "brava", que trabajé más que si hubiera jineteado un burro en "La Flora"*, y sin parar en apreciaciones se dirigió a "la aguada".

—*Sirva tres cañas pulpero, que yo pago...*

.....

Suena de nuevo "la de doble hilera" en manos de Justo Llorand y se mueven las parejas en el remolino de un vals.

Pasan unos después de otros los bailarines, "igual que carros en entierro de italianos". El primero va "como pisando víboras con los tacones", por los saltos que da para todos lados; otro camina "como gateando patos con la escopeta" y varios, "iguales que matungos que se llevan los alambrados por delante".

Algunos van con la cara, "como potrillo zarco", y otros con la osamenta transparentada. *¡Si parecen terneros de la parición de agosto!...* por lo entecados.

Cruza como luz de relámpago, uno con las piernas combadas, de-

jando entre ellas un espacio suficiente como para una pelea de perros. *¡Si parece domador de oficio!...*

Se viene orillando la rueda, un viejo con más vigote que un vizcachón abuelo", y los dientes como los de nutria, por el tamaño y la nicotina, seguido de otro que trae como atravesado abajo de la nariz, algo parecido a un aperiá.

¡Flor de mostachos para colar borra!... Si son dignos rivales de los de Humberto 1° de Italia o de los de Francisco Schualman, que fueron los más "monumentales" del pago.

.....

Pasa en la seguidilla, un criollo de bigote duro como púa de alambrado, que le hace juego a una pera de chivo viejo... *¡Si dan ganas de balarlo!...* pero asusta la cara bronceada y curtida del moreno.

Hosco, igual que todo cuando se prepara para embestir, tiene en la cara unos surcos que parecen labrados a cuchillo.

Luce bajo del ala del sombrero, el corte clásico de aquellos paisanos de la estancia de San Pedro, que los distinguía fácilmente de los de otros pagos .

"¡Flor de porra!"..., dice en voz medio baja don Mercedes Martínez, mientras que "El Mulato" (más liviano que "panadero" de cardo para aguantar un remolino) agrega sin rodeos:

—*¡Si parece gallina Rácola!*

—*¡Pucha que es fiero... andar sin plata!...*, exclama con intención una voz que parece la de un ventrílocuo.

—*¡Le han hecho escaleras, como para subir al cielo!...* dice Socotoco.

—*¡Pero "guineo" que lo han "'clineao" a lo yegua!...* dice sorprendido don Francisco, mientras que dos del montón de los críticos exclaman uno después de otro:

—*¡Si parece que se le han cortado a cuchillo!*

—*¡O que se la mascaron las vacas!...*

No se da por aludido el paisano que luce bajo del ala del sombrero unas crines como cortadas con molde de taza y sigue "mocho" la caravana rodante.

Aún pueden verse por el pago algunas melenas que recuerdan aquéllas llamadas: "Marca del General" o "Estilo Sampedrerc".

Hay allí dos rubios inmortales, que la lucen como reliquia del pasado.

.....

Presentes en la reunión, están *"Los suizos De La Puente"* (como solían decir algunos sin importárseles de la gramática y bautizados así por Isidoro Barragán).

Allí están prendiendo "como lazos al pegual", Aurelio Domínguez, Pedro y Sabás Errecarte, Juan Pío, Crisosto y Aurelio Benítez, Toribio y Rosario Almada (Papiro), Rito Bergara y otros más de la Suiza.

En bandadas como bandurrias, bajaron con los parejeros a "La Casa de Todos", entreverándose en el fandango.

Siguen las vueltas y pasan las parejas rumbo al olvido.

Orillando la rueda, se acerca el turco Mamet-Alí. Viene a los tirones con una china, "igual que perro con ahuras en una carneada a campo abierto" y haciendo más fuerza que cuando lleva un atado de doscientos kilos sobre las espaldas.

Calza unas botas amarillas que parecen de cuero de chancho por lo gruesas.

Arrugadas en el empeine, sus puntas miran para el cielo, como pidiendo agua y jabón.

Por atavismo racial, le gusta al árabe "la pelo zaino" y le ofrece un mundo de felicidad a través de sus "veines", "vainetas", "verfumes", "vañuelos", "vendedores" y "besos"...

Con las pestañas pintadas, le hace a la morena, cada caída de ojos, como para hipnotizarla.

Esta "le juega risa" y con sus escarceos juveniles, lo lleva mareado al enamorado hijo de Mahoma.

Al enfrentarnos el de las botas, uno de los mirones, vaticinando las lluvias por fenómenos conocidos de la gente de campo, y que está recostado contra el tejido que limita el patio , dice con marcada intención:

¡Está bravo el tiempo!... Parece que va a llover...

¡Pero!..., ¿le habrán removido el barro a los chanchos o andará algún zorrino por la leña?... pregunta otro con segunda intención.

.....

Más prendida que un abrojo en la lana de un carnero, pasa doña Merenciana, siguiendo los "remesones" de don Ambrosio Troncoso, que tieso como un palo de alambrado, luce al dar vuelta una barba que le llega hasta el pecho.

Barba de imponencia masculina y de respeto de hombre antiguo, se va a escapar si es bruja, de las alusiones de algunos de los presentes que gozan, más que bailando, con las ocurrencias de oportunidad, según las parejas que pasan cerca de ellos.

—*¡Qué linda barba!...* alcanza a exclamar José Socotoco, porque el Rengo Lombardo "lo baraja en el salto", ganándole las albricias:

—*Pa criadero..., Yaguané que allí se gane, no lo sacan, ni con rastrillo.*

—*¡Si es un vizcachón, la cara del viejo!...* completa Celestino.

Ya el sol enrojece su disco atrás de las arboledas de don Pedro Joannás, las canchas de bochas callan sus tableteos y la gente se ralea despaciosamente.

Unos se encaminan para el boliche y otros buscan los caminos hacia todos los rumbos de las colonias.

Los pocos que van quedando se agrupan alrededor de un cantor,

que al compás de una guitarra se lamenta como un zorzal al caer la oración sobre el boscaje:

"Si tu quieres dueña mía,
corresponder a mi amor,
Yo te amaré con fervor
y constante simpatía;
mi dicha eterna sería,
poder vivir a tu lado,
dichoso si soy amado,
con la fe que yo te quiero;
sólo tu respuesta espero,
hermoso cielo, adorado".

———

Si tu corazón está,
libre de otro compromiso,
entonces querido hechizo,
nada nos puede estorbar;
dime si podré alcanzar,
la dicha que anhelo tanto,
válgame de tu quebranto
y mi pasión tan inmensa,
y dame por recompensa,
tu amor que estoy esperando.

(Autor anónimo)

Ante insistentes pedidos Próspero Pin cantó el compuesto "El Pardito", al compas de una milonga, compuesto que había aprendido a un tal Calderón, mozo cantor y guitarrista que supo andar por el pago y que yo alcancé a conocer por allá en el año 1907, más o menos.

EL PARDITO

Durmiendo estaba la siesta,
a su mújer recordó;
le dijo: mujer despierta,
que tengo que hablar con vos.

Te diré lo que me deben
y lo que les debo yo
cosa que si yo me muero,
quiero que lo sepas vos.

Mujer aprontame ropa,
que quiero ir a pasear,
a la costa e las Achiras,
y a "El Carrizal" a pelear.

La mujer aprontó ropa,
y él su facón afiló,
y montando en su caballo,
pa "El Carrizal" agarró.

Llegó a lo de don Antonio,
a eso de salir el sol;
"buenos días", don Antonio,
"buenos días", te dé Dios.

¿Qué andás haciendo Pardito?
tan al aclarar el día,
¿No sabés que el capitán
para vos ha puesto espía?

No importa que el capitán
ponga espía para mí,
si yo salí a las Achiras,
o al Carrizar a morir.

Y ya se arriman toditos,
a la puerta, pa escuchar,
y oyen la voz del Pardito,
que dice: "diez pesos más".

Ya se corrieron las voces,
dieron parte al capitán
que estaba el pardo mentado,
jugando en "El Carrizal".

"Salí pa fuera Pardito,
preso, te vengo a buscar,
que si las armas no rindes,
la vida te va a costar".

"¿Qué dice mi capitán?...
"¿Qué dice?... ¿Qué se le ofrece?"
"pues yo no rindo mis armas,
aunque la vida me cueste".

Desde el marco de la puerta,
se hicieron una topada,
como los dos eran diestros,
ni uno ni otro se hizo nada.

A las dos o tres topadas,
era ya cosa importante.
El Pardito lo llevaba,
al capitán por delante.

Mira el capitán y dice:
"muchachos... ¿cuál son sus miras?"
"viendo que me lleva mal",
"¿qué hacen que no le tiran?"

Le contestan los soldados:
"en las buenas ocasiones,
"ahí se aprende capitán,
a ganar bien los galones".

Y le tomaron los punto,
¡pobre!... daba compasión
vino una bala perdida
le traspaso el corazón

Y le dice el capitán:
"tú eres el Pardo mentado",
"a las diez muertes que has hecho",
"a las once la has pagado".

Y le contesta el Pardito,
en su sangre revolcado:
"no es hazaña capitán,
con armas aventajadas.

Y aquí se acaba el compuesto,
de este Pardito mentado,
que se anduvo divirtiendo,
tierra en tierra, pago en pago.

He respetado el verso pese a sus imperfecciones, tal cual me fuera escrito por el Sr. Próspero Pin, que fuera uno de sus intérpretes.

Muchos años después se lo oí cantar muchas veces con gran éxito de público, a mi inolvidable y siempre recordado amigo Héctor Claá

(Tito). No hay duda que estos relatos interesan más por el contenido, que por la perfección poética en que puedan escribirse. La tradición tiene sabor a tierra nativa y esa es la mayor belleza que podemos encontrar en estos versos sencillos y sin pretensiones literarias.

1910 A 1918
LA COLONIA SE FUE DEL PUEBLO

a José, Bautista, Melitón y Félix Guiffrey

El cuello corre al pañuelo, el botín a la bota y el pantalón a la de "doble paño".

Es la época en que aparecen "los magnates".

Los colonos no querían ser "manates".

En un baile memorable realizado en la escuela que funcionaba entonces en la casa de don José Deymonnaz, un colono de amplia bombacha y de familia muy honorable en todo sentido, invitó a bailar a una señorita sentada en el salón.

Esta se horrorizo y casi se desmaya

El caso fue en que se armó "un tole-tole" mayúsculo, en el que se repartieron trompadas a granel entre dos bandos que se formaron. De un lado los con cuellos y pantalones y del otro los de bombachas y botas.

Algunos puebleros no piensan lo mismo y no se pierden bailes en las colonias, donde muchos son recibidos con cordialidad y otros resistidos, armándose algunas veces grescas y bochinches fenomenales, algunos de los cuales (Dios mediante) no han de escapar a mi pluma revividora del pasado, con el propósito de buscar todos los actos que puedan fijar con precisión el alma de mis pagos.

Los puebleros que forman el núcleo más significativo, tienen su sede en mi casa paterna y lo constituyen mis hermanos Emilio, Ambrosio y Alfredo; Héctor Claá (Tito), Aquilino y Zenobio Küttel, Cirilo Sigot, Inocencio Cuturier, Celestino Sala, Zacarías Cáceres, Vicente Gaggino, Rosario Almada, Angel, Tico y José Oyarbide, Alberto Almada, Félix Paredes, Ricardo Rieter, Martín y Julián Arteman, Domingo y Arturo Moix, Juan Lombardini, Agustín Vizcarra, Leandro Campodónico y otros que eran aves de paso.

Las señoritas que engalanan con su belleza juvenil, llenando de gracia exquisita y de matices primaverales las reuniones de estos años señalados son: Carolina y Hubertina Bel, Hortensia, Amada y Amanda Mendiberry, Isabel y Angela Firpo, Néliz y Haydée Küttel, Balbina Lom-

bardini, Victoria Rodríguez, América Pesci, Natalia Jeaunmer, Dora Deymonnaz, Flora y Dora Evequoz, Adelina Sigot, María Dominga, María Adelaida y María Teresa Fontana, Siomara Rieter, Susana Francou, Amalia y Dorila Oyarbide, Ercolina Terenzi, Carmen Gardou, Teresa Rebort y dos hijas de don Apolinario Lugrin llamadas Mercedes y Justina.

Con este plantel de jóvenes la villa empieza a tener importancia y categoría social, fundándose en mi casa paterna el club Progreso.

En un baile que se realiza en 1911, hago mi debut de violinista integrando un terceto de cuerdas, conjuntamente con Tito Claá de mandolinista y mi hermano Ambrosio de acompañamiento con guitarra.

Formado el Club Progreso (cuya historia relataré en el capítulo destinado a deportes) menudean los bailes de carácter social y dos de ellos realizados en 1913 en la casa de don Juan Deymonnáz (hoy del Sr. Ramón Manuel Delaloye) marcan una nueva era. En estos bailes se encontraban presentes Albino y Herminia Gay, quienes se habían radicado en Casilda de Santa Fe en 1904.

La muerte de mi hermano Alfredo en 1918, marcó el ocaso de los bailes en "La Casa de Todos".

EL SECRETO O LOS SECRETEADORES

a Luis Antonín

En el despacho de "La Casa de Todos", encuentro este personaje que representa uno de los tantos seres que formaban parte de un grupo numeroso de individuos que explotaban la credulidad de "tontos" unas veces y otras "la desesperación" de personas que se veían deshauciadas por los médicos y esperaban curar lo que la ciencia considera imposible.

Estos no son tan dañinos como los curanderos. No obran arteramente sobre los males físicos para salir finalmente dañando el alma.

Hay quien posee el secreto para curar quemaduras, para el dolor de muelas, para el reumatismo, para el agusanamiento de los animales, para el mal de orina, para "cortar" tormentas, para apagar incendios, para el amor y para hacer caer las verrugas.

Un día estaba un extranjero haciendo "el secreto", en el despacho de mi casa paterna. Debía sanar a un enfermo "a larga distancia".

Había puesto en un vaso lleno de agua, trece gramos de trigo.

Mirando fijamente a los granos y "conversándolos" en francés, empuñaba una tijera en su diestra.

Debo manifestar que el "secreteador" de ese día (según mentas populares) tenía en su casa un libro de ciencia médica donde bebía su sabiduría.

Esta mañana equivocó la "fuente" y bebió de una botella de caña, saturándose más de lo debido.

Estaba hecho un verdadero "Pistón", lo que equivale a decir "propiamente: una guinda en caña".

Se santiguó varias veces y otras tantas "besó" con fruición la copa.

En un momento dado, alzó ésta en alto sin dejar de "conversarla" y se quedó como en éxtasis.

Si parecía que estaba oficiando, por la solemnidad con que actuaba.

Para mí, el secreteador se imaginaba que el contenido era grapa.

Instante después movió la cabeza en signo negativo y quedó medio tristón.

¡Qué lástima!... (dijo entre dientes). "Que no es caña", completé yo, maquinalmente.

Después de otras murmuraciones, "como si fuera mangangá alrededor de un tirante para perforarlo", acercó la tijera y con pulso inseguro por la dosis alcohólica que tenía encima, se puso como a descabezar los tres o cuatro trigos que quedaron flotando en la superficie del líquido.

Graciosísimo resultaba ver "las escapadas" que hacían los granos a la tijera y los movimientos de vaivén del cuerpo del "cirujano" operador.

Le erró varios tijeretazos y al perder el equilibrio, un tanto difícil de sostener por el estado de saturación, fue a dar casi sobre el mostrador.

—*No rempujen...* dije yo, faltando al respeto en momento tan solemne.

Me miró como pato al arreador, pero no dijo nada.

"Se afirmó" de nuevo don Mamerto, abrió bien las piernas buscando más sustentación y reinició su trabajo. Los granos parecían enjabonados y se les escurrían, ya para el fondo, ya para el costado o para la superficie.

En ese momento se acercó mi padre y con toda oportunidad, gracia y sonriendo le dijo:

—*¡Qué tal Empédocles!... ¿Curará el enfermo?...*

Lo miró de reojo don Mamerto y en francés aguardentoso le retrucó cosas que yo no entendí, pero que ellos festejaron a grandes risas.

Después mi padre le preguntó:

—*Pero decime "Mamerto", ¿estando borracho, también vale el secreto?...*

Nada contestó el interpelado y tomando una actitud de éxtasis, dio su diagnóstico: *No tiene cura.*

Con sed se acerco "al manantial" y se embeleso frente a una caña doble entonando:

Allons enfant de la patrie; Le your de gloire est'arribé...

UN JUEVES A LA NOCHE

a Luis y José María Beytrizón

Estaba don Chicho recostado en el mostrador, teniendo sujeto de una cadena a un "mompelao" mansito, que había domesticado después de mucha paciencia.

Ya se "había pasado" (sin pestañear siquiera) varias "bravas" de cincuenta y cinco grados, capaz de incendiar un vaso si le arrimaban un fósforo.

Don Chicho era tartamudo y al hablar accionaba con el dedo pulgar en tal forma, que movía a risa y a deseos de imitarlo.

Algunos muchachos lo hacían mejor aún que el original, ya que agregaban el arte imitativo, que algunas veces supera a lo natural.

La Luz a kerosene y las únicas dos personas que estaban "como en misa", ponían cierta nota de tristeza en el espacioso ámbito del despacho.

Por suerte "para alegrar la reunión" se apareció como caído del cielo, don Francisco, hombre por demás conocido en el pago "como esponja de mostrador", "pegador de cayado" y tartamudo.

—*Bueno; cayó piedra que daba miedo,* me dije en voz baja.

La tartamudez de éste era distinta a la de don Chicho, pues solamente le costaba "la arrancada"; después "se iba de un viaje" hasta el final de lo que deseaba expresar.

—*Bu... bu... bu.. buenas noches...* dijo don "Cayetano". (Así lo apodaban por la costumbre que tenía de pegar de callado).

Rebenque en la mano y luciendo una hermosa estampa varonil, estaba como para enmarcarlo en un cuadro.

Alto de más de uno ochenta y grueso igual que un tala centenario, tenía unas espaldas, como para hombrear bolsas de doscientos kilos.

¡Flor de varón!... era don Cayetano.

Sentaba muy bien a su persona, sombrero de ala ancha, pañuelo blanco de seda anudado al cuello en una "galleta" esponjosa y grande, blusa con botonadura hasta cerca de la nuez de Adán, bombacha de doble paño y bota fuerte hasta más arriba de las rodillas.

Machaza rastra niquelada cerraba un cinto charolado que al apretarle el vientre le hacía sobresalir un pecho formidable.

Realzaba su imponente talla, una barba renegrida "como plumaje de tordo en primavera", donde, cada vez que sonreía resplandecía —igual que perlas semiescondidas entre aquella noche de hebras sedosas y brillantes— una dentadura demás hermosa.

Al lado de esta estampa, de varón hermoso (que estaba como enmarcada en la puerta del despacho) las regias figuras de Enrique IV de Francia y de Carlos 1° de Inglaterra, pintadas por Rubens y Van Dyck, respectivamente, se hubieran desdibujado para dar lugar a este arquetipo de mis pagos, digno por su imponencia varonil de ser esculpido en bronce.

El esmero con que estaba recortada su renegrida barba y el perfume a agua florida con que saturó el ambiente, eran indicios seguros de que el "fígaro" don Rafael Oyarbide o don Francisco Williman, lo había dejado "como nuevo".

Tanta apostura varonil ¡lástima grande!... se empequeñecía por el defecto ya mencionado.

—*Bue... bue... na... na... na... no... no... noche,* contestó don Chicho, costándole "un triunfo" cada arrancada.

—*De... de... de... deme una caña con bitter,* dijo don Cayetano que "no era manco" para ninguna clase de "entreveros".

Se pasó varias "bravas" y con otras que traía "como atadas a los tientos", se le enturbió la vista y pensó seguramente en "una farra".

Dirigiéndose a don Chicho le dijo:

—*Ju... ju... ju... jugamos un truco.*

—*Bue... bue... bue... no... no... no...*

—*Co... co... co... como no,* replicó don Cayetano, pareciendo gallo, cuando llama a las gallinas. (Solamente había entendido las tres últimas sílabas de don Chicho.

Sentáronse a la mesa y "en las primeras de cambio, ya fue farra y compañía".

—*Fa... fa... fa... falta envido y truco,* gritó don Cayetano medio como cantando. (Baquiano el tartamudo, sabía que entonando como si fuera canción, solamente le costaba la primera nota).

—*A... a... a... pu... pun... pun... punto... to... to... qui... quie... quiero...,* contestó penosamente don Chicho y agregó *Ca... ca... caca... caca... caca... can... cann... cante..,* cacareando como gallina que acaba de poner un huevo.

—*Tren... tren... tren... treinta y tres...,* cantó la mano.

—*¿Cua... cua... cua... cuan... cuan... cuántas?...* preguntó el pie, como llamando los patos y "atorándose" con el toscano, por lo que oía sin creer.

—*Tren... tren... tren... treinta y tres,* repitió don Cayetano, haciendo más fuerza en la arrancada, que para sacar agua de un pozo a roldana.

—*¿Cua... cua... cua... cuan... cuan... cuántas?...* volvió a solicitar don Chicho.

—*Tren... tren... tren... Treinta y tres,* respondió finalmente aquél, coloreándosele como carmín las mejillas y "empacándose" a lo toro mocho, porque creyó que era una broma.

—*Cua... cua... cua...,* no terminó de llamar a los patos, porque recibió de "Cayetano" tan certero "mangazo" en la mollera, que quedó sin rumbo, "igual que tábano sin cabeza".

Medio recuperado don Chicho, pero aturdido por el garrotazo, preguntó:

—*I... i... i... i... mi... mi... mimi... mon... mon... monpe... pepe... pepelao?...*

Mientras tanto don "Cayetano" salía afuera "como si fuera un angelito", agregando una más a las muchas "madrugadas" que lo hicieron famoso como pegador de "callado", motivo por el cual en el pago lo apodaban con dicho sobrenombre.

DAVID Y GOLIAT O LA HORMA DE SU ZAPATO

a Luis Lambert

Conocido es el episodio bíblico en que David vence al gigante Goliat, al desplomarlo sin sentido de una pedrada en medio de la frente, disparada con su honda de pastor, cortándole la cabeza después.

Don Cayetano, a quien ya conocen mis lectores por el relato anterior, es el Goliat de mi cuento y hace las veces de David, un paisano chiquito.

Tenía el pobre, la boca lo mismo que "tararira vieja", y la cara "con más arrugas que un cuajo". Si era "como para agarrársela de a puñados", según decía mi primo Eduardo Fellay.

Cuatro pelos "locos y pa la dirección que guste", formábanle una barba "cruz", la que ponía de manifiesto su origen racial indígena.

Tanto andar enhorquetado desde gurí en los matungos, potros y redomones, había crecido patizambo y al andar con las piernas abiertas y los pies chuecos, parecía loro caminando sobre el borde de un tarro.

El nombre de Barbaridad con que fue bautizado en mote pueblerino, hacía juego parejo a la fealdad física con que natura le dió al mundo.

Su trabajo más destacado fue de domador, el que alternaba con otros, como ser: arreos de haciendas y esquilas en las estancias de la comarca.

Vestía indumentaria de criollo humilde. Un sombrero muy castigado por los soles, las lluvias y los años, de ala muy ancha y de color marrón, le daba conjunto de hongo después de una lluvia, por lo desproporcionado de su estatura baja, con semejante "paragua" sobre su cabeza.

Si daban ganas de gritarle: *Sombrero... o... o... o..., deja ese muchacho;* pero quien se animaba "a torear ese camuatí".

Un pañuelo de algodón, la más de las veces, circundaba su cuello.

Una bombacha muy ancha y abotonada a la altura de los tobillos, dejaba ver más abajo unas alpargatas que tuvieron sus días de blancura. Lucía en éstas —con orgullo criollo— nazarenas bien sujetas con tientos de cuero crudo y más rezongonas que "vieja malhumorada".

Las descomunales rodajas y las chuzas de sus estrellas de cinco puntas, hacían pensar con pena en los nobles brutos que debían sentirlas rodar o clavarse en sus paletas o ijares.

Completaban su atavío, un culero con flecos hasta el suelo y una cuchilla cabo amarillo de grandes dimensiones, que era en él, herramienta de trabajo en sus andanzas de tropero y su única seguridad de hombría en los boliches o reuniones de carreras.

Barbaridad también tenía sus "pilchas domingueras" las que sabía lucir, de cuando en cuando, realzando entonces su escasa belleza.

Cuando se reía con ganas, la boca se le hacía horqueta de oreja a oreja y mostraba hasta cerca del corazón.

Su voz era grave y cuando hablaba parecía hacerlo a través de un caño de seis pulgadas.

Como a casi todos los hombres pequeños, la estatura se le fue para la laringe.

Era parco en el hablar y no recuerdo que fuera "boca sucia".

Su trato era cordial y pese a su fealdad, se le estimaba por hombre trabajador.

En cuanto a coraje, era más "agalludo" que un dorado. Sus mentas era muchas. Ganó varias "cueradas" y más de uno de esos tenidos por guapo, aflojó fierazo ante su decisión de "hombre taura".

Volviendo al cuento comenzado antes de la descripción de mi David elisense, diré que los dos personajes habían bebido mucha caña, de suerte que los vapores del alcohol ya habían enturbiado el entendimiento de ambos, despertando instintos nada recomendables.

De los dos, el que tenía *adobo* más fuerte, era don Cayetano. El tartamudo estaba propiamente, "como guinda conservada en caña".

Para no perder sus viejas mañas de tigre cebado, don Cayetano varias veces se había envuelto la sotera del rebenque en la mano derecha, esperando la oportunidad, para "de puro cayetano nomás", dormir de un "mangazo" a su ocasional contertulio.

Se había corrido tantas "imperdibles" cerca de los mostradores, que una vez más, "el campo se le hizo orégano y la vizcachera playa".

Barbaridad que era "como zorro guaqueado", para olfatear el peligro, no le perdía pisada.

Yo quería cerrar el boliche pero... ¿quién no sabe lo que cuesta sacar a un borracho de "la aguada"?

Entre tire y afloje, avances y retrocesos, los dos "Pistones" de mis recuerdos, por fin ganaron la puerta y salieron a la acera.

El *adobo* de don Cayetano era de "padre y señor mío", de suerte que al querer pasar por debajo de la baranda existente en la calle, se enredó en sus botas y quedó "boqueando", con su monumental armazón humana toda "desparramada" por el suelo.

No fue fácil incorporarlo, ya que pesaba como ciento diez kilos.

Barbaridad con paciencia ejemplar trataba que don Cayetano se fuera para su casa.

Desató su tordillo, le acomodó la cincha y los cueros, teniendo especial cuidado de no darle la espalda porque sabía "con el buey que araba". Alcanzándole las riendas le dijo que montara.

Serían en ese momento, las veinticuatro de una noche de luna llena, sin que nubecita alguna empañara la limpidez zafírica de su cielo.

Giraba el tordillo sobre sus remos traseros, al mismo tiempo que

don Cayetano asido de la cabezada del sirigote y estribando con el pie izquierdo, tomaba posturas, amagando "volear" la pierna derecha sobre el anca de su hermoso pingo. Muchas fueron las vueltas que dio el tordillo, con don Cayetano en la actitud descripta.

En un momento que le pareció descuido ajeno, levantó su diestra enarbolando el cabo de su rebenque con aviesa intención.

Rivalizando en velocidad con la luz, se vió en la noche clara como día, el resplandor de un acero cayendo como centella entre las guampas de un toro que se desplomó ante un convite obsequioso:

Tome asiento, don Cayetano

Un planazo "flor", abatió la soberbia del gigante.

Tanto andar por mal camino, aquél había encontrado la horma de su zapato.

Epilogo:

Un paisano que se aleja del lugar, montado en un roano y que toma rumbo hacia lo don Filiberto Sigot, dobla en dirección al molino harinero de Roude Hnos., a lo don Francisco Bel, y a los álamos de don Pedro Joannás. Allí dobla tomando el camino hacia la estación del ferrocarril, perdido bajo la sombra de un paraisal.

Poco después, un hombre grande como un guayabo, se despierta como de un sueño, toma su sombrero, monta trabajosamente en su tordillo primoroso y se dirige con rumbo a lo don José Mendiberry, Simón Mena, Mercedes Martínez. Va haciendo equilibrio con el cuerpo de derecha a izquierda y viceversa.

Media hora después, en el silencio de la aldea, una guitarra suena dulcemente bajo la serenidad de un plenilúnio fantástico y un corazón se desangra cantando sus veinte años, frente a esa inmensa noche de plata.

DON JUAN LE SALVE LA VIDA

Al viejo poblador don Juan Rojas

Un domingo de los tantos que pasé trotando atrás del mostrador para atender al público, que como racimo de uva se apretujaba en todos los lugares del amplio despacho, en un quinto de segundo salvó una vida.

En una mesa se jugaba un truco de "rompe y raja", mientras en un rincón *El Paraguay* Juan Pedro, hacía maravillas en un acordeón de "una hilera", rodeado por muchos mocetones amigos de la música lo que por cada pieza que ejecutaba le pagaban una caña.

Día de gloria era para *El Paraguay* ya que el ambarino líquido

sabía a licor de dioses.

Añoraba aquél en sus "chamamés", "guarañas", polkas y otros motivos guaraníes, el cálido terruño de sus días de muchacho.

Todas las dulzuras del alma paraguaya parecían brotar de su inspiración semi alcoholizada, porque sus notas dolientes llevaban en sus vibraciones, algo así, como una caricia de madre perdida, de novia ausente o de pagos lejanos.

La gente lo rodeaba suspensa de su inspiración, mientras él con los ojos tristones, mirando hacia horizontes perdidos, vivía ensimismado en el mundo de las armonías.

Vida trabajada en el dolor desde la infancia y con un mundo de ilusiones y esperanzas tronchadas —que muchas veces me confiara— encontraba en la música y en el alcohol, el bálsamo que dulcifica los recuerdos de seres y cosas queridas y el veneno que adormece los sentidos, haciendo olvidar sinsabores y penurias.

Detrás de su aspecto tosco, de sus dedos gruesos y de su vocabulario poco refinado, había una sensibilidad exquisita y un arte que era expresión acabada de los sentimientos que pueden anidar en lo recóndito de un alma.

En verdad gustaba oirlo. Hacía un trabajo admirable de fuelle en su instrumento musical, asombrando realmente por la seguridad, limpieza y compás exacto que le imprimía a las piezas.

Pocos son los que saben hoy, lo difícil que es ejecutar piezas en un acordeón de una sola hilera de teclas.

Solamente al viejo Farfalla, pude oir hacerlo con habilidad aproximada al *Paraguay* no alcanzando, empero, al virtuosismo de éste.

En los años que recorren estos recuerdos *El Paraguay* era un hombre como de cuarenta años, fuerte, incansable, seguidor y capaz de no "aflojar", mientras hubiera caña en el barril.

¡Si por lo curtido, era como odre de grapa añeja!...

En medio del salón y alejado del mostrador, como a tres metros, estaba don Juan Rojas, sentado en cuclillas sobre un barril de vino turnbado en el piso.

Don Juan Rojas, es uno de los criollos que llegó a la villa con su madre doña Zenobia y demás hermanos, en los albores de su fundación.

Después de algunas andanzas, se radicó definitivamente en ella y sus ochenta y pico, aún no han doblado su existencia dura como ñandubay.

Conocí a doña Zenobia en mis días de repartidor de pan.

Alta, delgada, de voz clara y ya muy vieja, irradiaba todavía una distinción propia de gente educada y que es como un signo común en los primeros criollos que poblaron Villa Elisa.

Siempre he oído decir —para censurar o para enaltecer— cuando se hacen referencias a virtudes y defectos que llevan los hijos y que

mostraron en vida sus ascendientes esta sentencia, que no suele fallar:

Lo que es heredado, no es robado.

Para mí, todas esas virtudes que apreció en los primeros criollos de mis pagos, son ecos lejanos de la gallardía y nobleza hispánica, dejados por los conquistadores en América, junto a la lengua de Castilla y a la Cruz del Señor.

De tal palo, tal astilla, y no podía ser de otra manera quien se amamantó en esas virtudes, que si no son todo en la vida, sirven para ganarnos el respeto y el aprecio de los que nos rodean.

Era don Juan un hombre prudente, sereno, callado, respetuoso y por eso respetado.

Apreciado entre sus amigos criollos y extranjeros, compartió horas de esparcimientos en las canchas de bochas y boliches de mi aldea natal dejando saldo benéfico de estimación y afectos que perduran.

Había caído al poblado, en aquellos años de mi adolescencia, un tape bastante "bajo", de color, del cual decían que era mayordomo de una estancia.

Fiero, "como maldición de madre" (según díceres de mis pagos) estaba esa tarde, saturado de alcohol.

No sé a ciencia cierta, lo que pasó entre los dos hombres que mueven mis recuerdos en esta narración, pero cuando vi el comienzo de la escena, al punto presentí el final.

¡Había visto tantos entreveros!...

La postura de don Juan, sentado en cuclillas sobre el barril tumbado, era difícil, porque el tape se le había arrimado bien cerca, como para no dejarlo mover.

Todo sucedió en un quinto de segundo.

No oí palabra, pero sí vi y oí dar en pleno rostro del moreno, con rapidez de luz, una soberana cachetada que sonó como un latigazo.

Igual que piedra despedida por una catapulta, el moreno fue arrojado, hacia atrás, no cayendo al suelo, porque lo sostuvo el mostrador, sobre el borde del cual afirmó la espalda a la altura de los riñones.

Yo que seguía la acción sin perder un punto, vi que mientras trastrabillaba el "indio", echaba mano a la parte delantera de la cintura buscando arma.

Instinto o que se yo, el caso fue que por encima del mostrador me le "prendí" a lo gato del brazo, haciéndole perder ese "quinto", de tiempo, salvador de una vida.

Muchacho al fin, no lo pude sostener mucho, pero sí lo suficiente como para que don Juan saltara con velocidad felina hacia un costado, al mismo tiempo que una daga como alfiler hacia silvar el aire buscando una vaina de cuero más suave que la que tenía.

Fueron tantas las ancias y rabia puestas en esa puñalada perdida, que si da en el blanco, la hoja se hunde hasta la empuñadura. Por suerte sólo rozó la blusa sin tocar el cuerpo.

Rápido recogió el brazo, el mala entraña, buscando con la vista a la presa, para que no se le escapara, pero al querer "cargarla", de nuevo, ocho o más personas se le avalanzaron "como perros a un gato", sujetándolo por todas partes.

Se vió entonces un remolino confuso de gente y un brazo en alto —sujeto por la muñeca— que en la maño empuñaba la daga brillante, que por Gracia de Dios, no se manchó con sangre de cristiano.

Inerme el tape, ya fue robo la cosa...

Salí ligero por atrás de la casa para cerciorarme si don Juan estaba herido, llegando a él, en el momento en que Benigno Abrigo le prestaba su enorme cuchillo cabo de plata, para que lo "topara" al mala entraña.

Don Juan no era hombre de pelea, ni de llevar armas, pero "no era de arriarlo en dos tirones", de suerte que me fue fácil sacarle el cuchillo y devolvérsele a su macanudo compañero.

Aproveché para cerrar un portón con el fin de que don Juan no pudiera salir a la acera y me corrí hasta la puerta de calle del negocio para saber como había terminado adentro el entrevero que cuando lo dejé, parecía "pelea de perros", por el escándalo y la "trenza" que se formó.

En el preciso momento en que yo enfrentaba la puerta, "el chinón" ganaba la calle, más bravo que una pantera acosada por los perros.

Es que adentro le habían propinado "una marimba de órdago". Le pegaron tantas trompadas en la mollera que salió despavorido... "loco e la vida".

Todos los que pudieron "mojar, mojaron", aprovechando la ocasión.

"Los mojadores de arriba" nunca faltan en los entreveros y en esta oportunidad propicia, se multiplicaron "como hongos en la humedad".

Enceguecido de ira, se dirigió el foragido contra Alberto Hiritier (totalmente ajeno al bochinche), quien al verse agredido "peló un amojosao", que parecía asador por el largo, con intención de "fricarle el lomo", para serenarlo.

No tuvo necesidad porque cuando pasó el moreno, por entre un grupo de mirones, recibió un puñetazo "como patada de avestruz" en la cabeza que lo tumbó boqueando entre el barro.

Vuelto en si, a los cinco minutos, ganó el medio de la calle —que estaba como para empantanar sulkys— y revoleando un poncho de vicuña color negro, que no había largado ni en el peor de los momentos, desafiaba a todos los presentes que lo miraban desternillándose de risa al ver aquel hombre que con el barro había quedado "más gracio-

so que toni de circo".

Puso fin al sainete, el sargento Agapito Gómez, quien después de mucho trabajo lo llevó a la comisaría para que recuperara su estado normal al pasársele "la mona" que lo había aconsejado tan mal.

No sé si alguna vez supo don Juan por alguno que vio bien desde el comienzo, que yo fui su salvador, pero en mi mente siempre vivió la convicción de que si no le hago perder al hombre de la daga, ese quinto de segundo. no le erra "ese viaje" ue llevaba ansias de matar y que Dios por mi intermedio, hizo desviar para que él pueda escuchar de labios de algún nieto, esta historia que le recordará en su anciani-dad. horas que están lejanas y que se fueron llevándose la juventud y para agradecer que un hombre no purgara con su vida en una cárcel, un momento de ofuscación engendrado por el alcohol.

MAS LIGERO QUE LA LUZ

Eugenio, Augusto, Jorge, Andrés, Hilario, Celestino, José y Carlos Sigot

En una mesa, cuatro mozos jugaban un truco, separados como a dos metros del mostrador.

Recostados a éste, dos hombres "hechos y derechos", a los cua-les unía una vieja amistad de familia, bebían caña desde hacía largo rato.

Juan se llamaba uno y Pedro el otro.

Ambos estaban alcoholizados y empezaron a discutir por motivos fútiles o mejor dicho, porque estaban borrachos.

Estos discuten hasta con la sombra.

Uno de los que jugaban en la mesa se llamaba Ernesto y era her-mano de Pedro.

Sentado Ernesto en un extremo del banco acompañante de la me-sa, tenía la pierna derecha doblada sobre si misma y el cuerpo des-candando muellemente encima de ella. Dicha pierna hacía las veces de almohadón a su asentadera.

Su pie izquierdo estaba apoyado sobre el piso, pero hacia la parte exterior del banco, lo que le permitía incorporarse velozmente y sin es-torbo de ninguna clase. *"El diablo sabe por diablo"*...

En un momento de la discusión los borrachos se acaloraron, di-ciéndose palabras obscenas y prepararon sendos rebenques para re-solver a "mangazos" (según costumbre de la época) sus diferencias.

La escena llega a su lógica culminación de garrotazos.

La actitud de los contrincantes es definitiva y ya parece culminar

—*Pegame vos primero*... dice uno de los discípulos de Baco.

—*Pegame, vos, ya que sos tan guapo*... dice la segunda edición del dios del vino.

Varias veces repitieron "el convite" y en eso estaban,cuando Er-nesto (que orejeaba sus cartas como si estuviera ajeno completamen-te a lo que ocurría a dos metros de él) en un santiamen, dio un salto de felino, descargó el peso del cabo de su rebenque sobre la cabeza de Juan que le daba la espalda y tal cual si fuera una pelota que vuelve de rebote, para no perder el hijo de la "orejeada", dijo muy suelto de cuerpo, como si nada hubiera ocurrido:

—*Dos reales envido y truco*...

Juan trastrabilla sin rumbo, pero no cae.

Un poco de caña sobre el chichón del cráneo, y unos dedos que revuelven "una porra" que "desde que anduvo con la partera" no veía jabón, desinfectan y lavan el promontorio.

Los que vieron la escena, la rapidez del pegador de "cayetano" y la tranquilidad con que simultáneamente dijo: *Dos reales envido y truco,* rieron de buen grado, por la originalidad del chiste.

—*¡Qué chiste!* Si es de no creer...

Juan, Pedro y Ernesto continuaron siendo amigos inseparables en los cientos de entreveros de boliches y en las reuniones de carre-ras.

Cuando el comisario se enteró de lo sucedido exclamó:

—*Cosas de borrachos... Con una buena garroteadura encima se les pasa; ya han de caer por casa y la pagarán con réditos.*

EL SECRETO

a José y Luis García

Teodoro Arancibia y Jacinto Pedernera, eran viejos vecinos de Vi-lla Elisa.

El primero de los nombrados tenía algunas "cositas pequeñas" en su contra. El segundo era manso como un buey viejo.

Cientos de veces, junto a los mostradores, habían bebido y con-versado en grata camaradería lugareña.

Ambos eran parroquianos asiduos de "La Casa de Todos" y esti-mados cordialmente por quienes los trataban.

Pero si está comprobado que el borracho tiene un Dios aparte, para salir bien de los golpes que se da contra el suelo o para caer en las zanjas del camino, también debe tener un diablo en el corazón, que induce al mal o una fiera que despierta los instintos ancestrales más bajos.

Jugaban ambos, esa noche, un truco entre cuatro, sin mayores resonancias y por la consumisión de una caña o un atado de cigarros, cuyo valor no excedía de diez centavos.

Después de terminado el partido Teodoro llamó a Jacinto para ha-

cerlo "secretamente" y ambos se encaminaron hacia afuera del negocio, llegando hasta cerca del alambrado de la propiedad hoy perteneciente a la sucesión de don José Deymonnáz.

Sólo Dios vio lo que pasó, porque era de noche, pero posteriormente se supo la verdad del hecho lamentable.

Una imprecasión altisonante, una mano izquierda que ciñe al cuello un pañuelo de seda, pretendiendo asegurar la presa ahorcándola y una cuchilla amenazante en la diestra de Teodoro Arancibia, es el "secreto" que Jacinto Pedernera, trata de eludir con instintiva desesperación en la oscuridad que le rodea.

Entre el forcejeo de uno y otro, la filosa cuchilla corta las ropas y se hunde traspasando la carne del vientre.

Consumado el delito, el victimario huye, mientras la víctima aterrorizada porque se le escapa la vida, llega al despacho, pálida, descompuesta y asiéndose con la mano la sangrante herida.

Asombro de todos, por lo inesperado; maldición de muchos, por lo criminal del hecho; socorro de otros para el pobre herido, es lo que se ve en ese momento doloroso.

Acaso por temor, por arrepentimiento tardío o previendo la justicia de los hombres hecha ley, Teodoro Arancibia escondió su arma manchada por el delito, entre los pastos y yuyos del potrero que calle de por medio con la manzana del molino harinero, limita por el noroeste.

Teodoro Arancibia fue pasado a Colón y el Juez de Crimen de Uruguay lo condenó a varios años de prisión.

Jacinto Pedernera salvó la vida milagrosamente y aún vive por esas colonias aledañas.

Muchos años después de lo narrado y ya cumplida su condena me encontré con Teodoro Arancibia. Yo ya era un hombre, pero guardaba (pese a su repugnante atentado) profunda estimación por el condenado, hija seguramente de los años de mi niñez.

Lo había visto trabajador, hábil carneador de cerdos y parroquiano con defectos minúsculos, de importancia intrascendente.

Acaso él guardaba para el gurí que muchas veces lo despachó en el mostrador, le llevó pan a su casa o le cambió una yunta de canarios, la reciprocidad que se mantiene incólume sin medir distancias de edad.

Me habló aquel dia de su arrepentimiento, de su vida en la cárcel y de su angustia más honda en la libertad.

—*Los amigos me huyen... Mi hogar está...* y al decir esto tembló su voz y lo ahogó algo que venía desde muy adentro del pecho.

Confieso que me "sacudió" el corazón.

Han corrido muchos años en el reloj del tiempo. Casi todos los de aquellas horas se han ido por distintos caminos siguiendo los tres rumbos de la Y griega: tierra, cielo e infierno.

¡Cuánta pena en mi alma al desandar lo andado!

Al volver a mis viejos amores reconstruyendo vidas o hechos y evocando seres queridos, confieso que más de una vez me "tiembla el corazón", y tengo necesidad de descansar sobre las planas, reclinando mi frente sobre ellas.

Niñez, adolescencia, hogar, horas felices. *¡Qué mundo de recuerdos y cuánta angustia!...*

Con cuánta razón escribió el poeta:

No hay sitio bajo el cielo
más dulce que el hogar.

Que por ley de Dios cada hogar tenga nacimiento, contingencias lógicas y su fin inexorable, es cosa, que por lo normal la aceptamos con resignación cristiana; pero que por un momento de ofuscación alcohólica o instinto irrefrenable de bestia, lo perdamos irreflexiblemente, es castigo que llega mucho más allá que la ley de los hombres, para destrozar el alma con amarguras que sólo la muerte puede liberar.

¡Maldito alcohol!... ¡Cuántos hombres buenos lloran por tu culpa!...

AVE DE RAPIÑA

A don Alejandro Riquelme

Ese día había mucha gente en el despacho y en la acera del caserón.

Desde la baranda que limitaba aquella, hasta el alambrado de don José Deymonnáz —calle por medio— una masa informe de cabalgaduras llenaba el camino.

Atadas unas en la baranda, en los postes y en los árboles o maneadas en el medio de la calle, tascaban los frenos impacientes, mientras otras mansas y resignadas descansaban displicentemente el peso de su cuerpo sobre uno de los remos traseros.

Prácticamente la calle estaba cortada para el tránsito.

Se oían adentro del local ruidos de vasos, risas, carcajadas y palabras en todo tono imaginable.

En las mesas se jugaban trucos bullangueros, mientras que algunos hombres de pie, hablaban de mil temas distintos.

No faltaba el cantor que pulsando la guitarra de desangraba en lamentos de zorzal, en el centro de un grupo de admiradores.

Una niebla azulada formada por el humo de los fumadores, estaba como un cortinado suspenso sobre las cabezas ensombreradas.

Entre ese bullicio de multitud abigarrada, mis hermanos y yo ayudábamos a nuestro padre en el trajín extraordinario propio de los días festivos.

Hacía poco tiempo que andaba por el pago un oriental, cuyo nombre —si la memoria no me engaña— era Gregorio Sandoval.

Casualidad de nombre, ya que era homónimo de aquel teniente coronel que traicionando al "León de Río Bamba" (general Juan Lavalle), entregó prisionero al jefe rosista general Oribe, a don Marcos M. Avellaneda (gobernador de Tucumán), el que fue fusilado por orden de aquél en Metán, el día 3 de octubre de 1841.

No era de extrañar la presencia de un forastero de la procedencia apuntada, en aquella época posterior y cercana a 1904, en que "blancos" y "colorados" recordaban lamentando tanta lucha fratricida.

La figura del caudillo "blanco" general Aparicio Sarabia, aureolada por la tradición hablada, cantada y escrita, en versos, vivía prestigiada y altiva en cada uno de los derrotados y perseguidos que vadearon el río Uruguay, para encontrar la paz que los campos y poblados entrerrianos les ofrecían magnánimos.

Difícilmente llegaba un oriental que no fuera guitarrista y que no atara en sus bordonas o primas un estilo o milonga con letra del poeta criollo don Elías Regules, autor de "La Tapera", y muchas otras poesías de incomparable sabor campero.

Muchos de ellos fueron aves de paso por nuestros campos y poblados, en los que dejaron el recuerdo de sus canciones de su altanería clásica, de su prestancia singular, de sus refranes entradores, de su pasión por la taba, afición a los naipes y carreras y de sus "gauchadas" de amor.

Otros, en cambio, arraigaron hondo en la tierra hospitalaria.

Físicamente Gregorio Sandoval no tenía estampa digna de perder el tiempo, tratando de encontrar en ella algún rasgo para destacar hermosura.

No era ni tape ni blanco. Más que al tipo criollo característico de nuestro medio pueblerino elisense, "tiraba", al cruce "criollo español", acercándose más a este último.

Era bigotudo en ancho y las hebras negras del bigote buscaban hacia abajo, tapándole la boca. ¡Si parecía que se había tragado un burro quedándole la cola afuera!... según he oído decir por el pago.

Su talla era escasa y su indumento sencillo.

Usaba generalmente zapatillas, bombacha abrochada a la altura de los tobillos, golilla negra y sombrero de ala corta e igual color que el pañuelo.

No le faltaba en el cinto una pistola a fulminante y gatillo como escopeta antigua y un cuchillo de dimensiones grandes.

Sus cualidades de cantor y guitarrista eran pocas. Apenas se "defendía" el hombre.

En cuanto a "patacones" y "libras" (orgullo y ostentación de quienes podían mostrarlos), nunca le vi echar "paradas", muy de costumbre en aquellos años de "tanto tienes, tanto vales", por lo que colijo

que no debía ser su punto fuerte para enamorar.

Trabajo no le conocí ninguno, lo que ya de por sí es una mala recomendación, porque si no se trabaja, se tiene que vivir del juego o se cae en el delito.

Compendiando valores físicos, morales y materiales de mi forastero para dar un juicio concreto, veraz y definitivo, diré que era una porquería de hombre, ya que ni siquiera se engrandecía como cantor, guitarrista, ni belleza irresistible.

Forastero en el pago, encontró en el rancho de don Filemón Contreras, la mano abierta del amigo y la generosidad proverbial de sus horcones legendarios.

Bajo la paja brava de su techumbre humilde, no le faltó yerba, galleta, carne, fogón, unas bajeras para reposar, ni un poncho para taparse.

No le faltó tampoco, tabaco, ni librillo de papel para liar un cigarrillo.

Tuvo todo lo que las almas generosamente dotadas brindan sin reservas al amigo que se cree leal.

Tanta generosidad de hombre bueno fue pagada con una canallada, como suele ocurrir siempre que la ruindad escondida supera a la nobleza de un corazón.

Una vez más el bien fue defraudado por el mal, pero también una vez más el mal fue vencido finalmente por el bien.

Sucedió que el forastero, lo mismo que "tordo intruso", se ganó el nidal ajeno y un día "se voló", llevándose la prenda infiel.

Muchas veces vi a la indigna y confieso que aunque guri, sentía una profunda antipatía por ella.

Una mañana, pocos días después de lo narrado, don Filimón le contaba a mi madre, en mi presencia su historia amarga:

No me importa por ella, decía el criollo burlado, *sino por los gurises que son chicos y por la acción sucia del hombre a quien le tendí una mano.*

Había en estas expresiones: indiferencia por la perjura, dolor de padre, nobleza ofendida y amistad manciliada.

Pasaron los años; don Filemón se fue —ignoro hacia dónde— y como ocurre siempre en estos dramas de amor (curiosidad satisfecha es tranquilidad de espíritu turbado o "no hay tiento que no se corte ni deuda que no se pague"), esta Elena de mis pagos se quedó sin su raptor.

Retomando el hilo de mi relato, les diré que ese domingo apuntado al comienzo, se apareció en la puerta del despacho don Alejandro, viejo poblador criollo del lugar y sargento en la ocasión de la comisaría local.

El sargento desde la puerta, se dirigió imperativo a Sandoval, ordenándole que entregara las armas al patrón, de acuerdo a las dispo-

siciones severas del comisario por las cuales se prohibía la ostentación de las mismas.

Echó mano a la cintura el nombrado, en un ademán de "apronte" tan aparatoso, que todos los presentes creyeron que era de resistencia a la autoridad.

Hombre acostumbrado don Alejandro a manejar "el corvo", dio un paso atrás, desenvainándolo con presteza, blandiólo con la zurda, lo revoleó con baquía rápido como un remolino y finalmente le amagó un puntazo en el vientre a Sandoval.

Con tanto juego de esgrima gaucha que hizo para engañar a su contrario, cuando "se afirmó" como para fricarlo de un planazo, levantó con la punta del sable un pedazo de piedra del umbral de la puerta.

Abrió los brazos "el mandria" y dejó caer su cuchillo entre unos barriles de vino.

¡Había sido como boleadora de marlo el forastero, por lo "liviano"!, dijo uno de los presentes.

¡Amargo el paisano, además de mal amigo!... dijo otro sin perdonar lo que todos conocían.

No podía ser de otra forma, ¡qué diantre!... exclamo yo con la misma indignación de cuando era guri.

No se puede tallar en bravura o coraje, un corazón capaz de una traición.

¡ SALUD !

A José, Antonio, Miguel, Camilo, Máximo y Celestino Joannás

Heriberto Sosa había llegado al pueblo, allá por el año 1906 o principio de 1907.

Trabajaba por aquel entonces en una de las cuadrillas de peones de la línea en construcción del ferrocarril que unió desde 1907 a nuestra villa con Caseros.

No era éste su trabajo habitual. Su oficio era de panadero, pero por causas que desconozco habíalo dejado temporariamente para seguir la caravana de los que tajeaban las cuchillas entrerrianas abriendo los campos para que por sobre las paralelas de hierro penetrara la civilización, florecieran colonias y se levantaran poblaciones a su vera.

La persona de Heriberto Sosa era simpática, tanto por su aspecto físico como por su trato sencillo y amable.

No había que estudiarla mucho para caer en la cuenta de que el trabajo que realizaba en las vías y terraplenes, no era su medio común.

Su estatura baja y su desarrollo esquelético más bien débil, presentaban a un hombre de poca fortaleza física e inapta para trabajos

rudos, a pleno sol y en "jornadas de luz a sombra".

Vestía muy bien a su diminuta estampa, un traje negro, zapatos finos, pañuelo de seda blanca en el cuello, hecho moño y chambergo del mismo color que el traje, muy sentador a su cara y altura.

Ostentaba orgullosamente un bigote grande extendido, "como ala de tordo cuando se despereza", sobre sus mejillas y muy cuidado por el cosmético y el peine.

Una hermosa melena negra, brillante, ondeada, peinada con raya al costado y esmeradamente recortada con constancia envidiable, coronaba una cara de facciones finas y de muy agradable conjunto masculino.

El color de su piel era blanco bronceado y se adivinaba fácilmente en él un cruce racial español-criollo, con preeminencia hispánica.

Era Heriberto Sosa de muy buena familia de "criollos acomodados".

Su voz era de "timbre pueblero", al igual que su lenguaje correcto y su tipo cuidado.

Sus ademanes eran moderados y en el medio, por lo general rústico de aquellos años, su prestancia de "forastero pueblero" llamaba la atención de la gente.

Existía en la cuchilla que alumbró "El Faro", por los años donde corren estos recuerdos, un boliche con billar en la casa que fuera negocio de Nazario Candelario, Bartolomé Bourren, Pedro Jatal, Plácido Sigot, Horacio Rieter, sucesivamente y que hoy pertenece a la sucesión de don Isidro Marchand.

Una mañana que —como de costumbre— llegué con mi reparto de pan a ese negocio, me llamó la atención un forastero "muy bien ensillado", que se entretenía volteando palitos de jugar al casín o haciendo penetrar las bolas de billar en las troneras que tenía el mismo.

Confieso que lo miré "como a sapo de otro pozo".

Conocedor del oficio de panadero, el hombre se me acercó conversando, olfateó mi mercadería y entró a preguntar y yo a responder.

Finalmente me inquirió si no necesitaban un panadero en mi casa y al decirle que sí, inmediatamente rumbió hacia ella.

Habló con mi padre y "cerquita no más" se acomodaron. El forastero impresionaba muy bien.

Pasaron varios meses y se pudo ver que el mensual nuevo, era excelente panadero y una bella persona.

Medido de lenguaje, correcto en sus modales, cuidadoso de las cosas ajenas, limpio en el oficio, dinámico en el trabajo, madrugador sin pereza, buen amasador y maestro de pala, veloz brillador de galleta chata, lector incansable en los momentos libres, escritor enamorado, camarada chistoso, ocurrente y risueño, muy pronto se conquistó la simpatía general.

Pero tan excelente hombre tenía su doble personalidad. A una ha-

bía que verla en estado normal y a la otra bajo la acción del alcohol.

En la primera salida que hizo, como a los seis meses de entrar en la panadería como mensual, se recorrió todos los boliches (que eran como veinte) bebiendo en cada uno de ellos "sus bravas de caña doble" y como es lógico, "se bandeó pa el otro lado", pero no del Uruguay.

Ebrio era insoportable y como nadie lo conocía, *ganó muchas cueradas en forma fácil.*

Muchos "tauras" se amilanaron y aflojaron "como gallinas", porque Heriberto Sosa "para ganar el tirón", parecía que se había adoctrinado en Martín Fierro.

El sabía muy bien el refrán que *ganándole el tirón, no hay animal pescuecero,* y lo practicaba con admirable éxito.

Pasaron muchos meses y su fama fue creciendo paralelamente, porque ninguno se animaba a "destaparlo", para ver que había "más allá de las posturas".

Pero está visto que fama que no es legítima, no puede durar mucho tiempo.

Mi forastero era "como pandorga"... pura armazón y más flojo que "tarasca" para jugar a los tajos.

Y acaeció lo inesperado:

Esa tarde Heriberto Sosa, de pie junto al mostrador, *echaba paradas* a granel, en todos los tonos, mientras en una mesa cercana cuatro hombres jugaban un truco, rodeados de curiosos.

Cuando en lo mejor estaba Heriberto Sosa en su perorata altisonante, lo tronaron desde el grupo antes mencionado.

Rápido como la luz, se dio vuelta el festejado tan admirablemente y asiendo con la mano derecha un vaso lleno de "tintón" se dirigió al grupo con decisión y empuje, tratando de ganar otra "cuerada" de las que tanta fama de guapo le habían dado.

—*¿Quién fue el que me festejó?...*— preguntó imponente, ganando como veinte centímetros de estatura y enarbolando en alto su vaso amenazador.

Si parecía que lo iba a estrellar, para hacerlo añicos contra alguna cabeza.

Titubearon los presentes por el arranque arrollador de Heriberto Sosa. Algunos pusieron "pies en polvorosa", abriendo ancho claro y buscaron la puerta de calle iguales que perros con la cola entre las patas.

Un silencio significativo fue la respuesta a la interpelación altanera.

Sin respetar *pelo ni marca,* como en los desafíos famosos de carreras de parejeros, Heriberto Sosa volvió a preguntar, sin perder arrogancia ni apostura:

—*Vamos a ver... ¿Quien fue el sotreta ese?...*

Haciendo de "tripas corazón", Faustino respondió con actitud resuelta;

—*Yo fui, cuñao... ¿Y qué hay con eso?...*

—*¡Salud!... entonces...*— exclamó Heriberto Sosa, empinándose la copa, hasta las heces y como si nada hubiera ocurrido.

El asombro ahuyentó la angustia de los corazones, mientras "una armazón se quebraba como caña de pandorga", al primer empuje de un ventarrón.

Heriberto Sosa, en estado normal era un santo varón, pero estando ebrio, se le ganaba el diablo adentro del cuerpo y entonces dejaba de ser ente humano.

Cuando retorno en el tiempo evocando días de mi niñez y adolescencia, al detenerme en la doble personalidad de Heriberto Sosa, me pongo triste sin querer, porque Heriberto Sosa está en muchos hogares de mi tierra para hacer reir a los hombres y llorar a las madres y a sus hijos.

PASAJES DE SU VIDA: LA SERENATA

A Isidoro Barragán

Las dos de la mañana. Silencio profundo en la aldea. Noche de plenilunio.

Se acerca Heriberto a la ventana del dormitorio del patrón y da en la misma los golpecitos clásicos de las serenatas pueblerinas.

—¿Quién es?...— pregunta una voz desde el interior.

Sin responder, aquél empieza el silbo de un vals "sui géneris", que tiene de todo menos armonía y que dura un minuto.

Le sigue la siguiente dedicatoria:

"Este vals se lo dedica su peoncito Heribertito a su querido patroncito don Emilio Francou, para que vea que no es ningún pavo". "Usted, don Emilio, es como mi padre y le debo respeto porque es un gran hombre".

"Usted, doña María, es la mejor mujer del mundo, para que vea y usted, don Emilio, últimamente, no vale nada y salga usted y toda sus porquerías, etc., etc., y se "desparrama" en denuestos de todas clases y calibres.

De pronto se abre la ventana y Heriberto "sale que se las pela" más ligero que un avestruz, es dirección a la Pioli, seguido por el patrón que trata de alcanzarlo.

"Tanto fue el cántaro al agua", que una vez sucedió lo del proverbio.

Traído medio a la rastra, el patrón amenaza con echarlo al horno

ante los forcejeos desesperados y el susto mayúsculo de Heriberto. Esto pone fin a las innumerables serenatas reideras del trovero nocturno, pero el recuerdo perdura con sus imitadores en farra, años tras años, hasta sumar más de cincuenta.

.....

CINCO "POTRILLOS" DE LONA

Las tres de la madrugada.

Cinco "potrillos" o catres desparramados por el patio que cubre un enorme parral, sostienen cinco cuerpos cansados, de mocetones que pueden ser Simón y Julio Mena, Rosario Almada, Alfredo Francou y Héctor Almada.

Heriberto llega silenciosamente y sin decir "agua va" toma el catre de Simón por una punta con el durmiente encima, lo desparrama con colchón y cobijas por el suelo, para salir disparando más ligero que una liebre perseguida por los perros.

Simón cree que es "un terremoto" que lo zarandeó por cielo y tierra, pero al darse cuenta, sale en persecución de Heriberto, inútilmente, pues éste que está, "que es un venado" por lo ligero, ya se encuentra lejos.

Al otro día, los dos hombres están trabajando en el torno de la panadería y en un momento dado Heriberto sale "ahorcándose con la lengua" perseguido por Simón que le va pisando los talones empuñando una enorme cuchilla cabo negro.

Heriberto llega al despacho más blanco que un papel y más tartamudo que el don Chicho en mi truco, buscando protección del patrón quien, por acto de presencia, le aliviana la "carga de jabón que trae como atada a los tientos".

—*¡Pero qué negro loco!...*— exclama temblando Heriberto, sin acordarse seguramente del desparramo de "potrillo", hombre y cobijas, que había hecho la madrugada mencionada.

SU PUNTO VULNERABLE

Noche clarísima de luna.

La boca de Heriberto está "que es un pororó", por lo conversadora.

Diez muchachones se divierten a sus expensas, escondidos en yuyales aledaños al lugar.

A Heriberto "se lo lleva el diablo" cuando le hacen manifestaciones ruidosas con la boca y aquellos aprovechan el punto vulnerable.

Repartidos estratégicamente en los biznagales, cuando Heriberto echa al aire una de sus "paradas" clásicas, de un sector lo festejan ruidosamente.

Sale entonces hecho un tigre de un escondite y lanza una andanada de insultos a los cuatro vientos.

Nuevos y numerosos festejos tienen el mismo efecto que "tocarle la cola a una yarará" y entonces se desborda el río por ambos lados, en un desconcierto de denuestos y risas.

Por fin los muchachones abandonan al enfurecido Heriberto, que también poco a poco se apacigua, vencido por el sueño y el alcohol.

Al otro día, el vecindario comenta asombrado.

S O L E D A D

Heriberto conversa hasta con la sombra.

Una noche llega frente al boliche de don José Bentancour, casa donde viviera don Julio Bourren, José Gay, Ambrosio Rodríguez, Alejandro Zialceta, Zamaja y que hace cruz con el negocio de don Félix Moren.

Abrazado a uno de los paraísos añosos plantados en la calle es sorprendido por don Esteban Serra (habitante entonces de la casa hoy propiedad del Sr. Félix Moren), quien lo oye monologar prendido a un corpulento ejemplar, diciendo:

—*Querido paraisito.. Vamos a la cuadra de "Franco" a tomar mate con bollitos y varias tortitas. No me digas que no, porque ando solito, querido paraisito.*

Lo del abrazo, acaso no fuera tanto por el cariño, como para mantenerse en pie y en cuanto al convite, puede que creyera estar hablando con alguna "nena" según decía él cuando se refería a alguna doncella.

UN TERREMOTO

Ocurrió en un cuarto para peones de mi casa paterna.

"El Paraguay" Juan Pedro dormía su "tranca" fenomenal, sobre un catre de lona, la boca abierta y grande como la de un escuerzo.

Las moscas "jugaban" a quien le depositara más quereza en la comisura de los labios.

En eso llegó Heriberto "del brazo con mendoza" y al ver "el potrillo" y su jinete encima, lo aventó con bajeras y todo, como si fuera basura maloliente.

En el primer momento "El Paraguay" creyó que estaba soñando, pero cuando se tomó las costillas doloridas, un chichón "como mingo de bocha en la cabeza y lo vio a Heriberto que encima "lo bufaba" lla-

mándolo "mamao", lo atropelló de firme y cazándolo de una pierna dio con él en tierra.

"Sobre el pucho" nomás, lo "amontonó" buscándole el costillar con los puños y como al compás del tambor batiente empezó a "masajearlo" fuerte, diciéndole al mismo tiempo:

—Tomá... Esta es pa que aprendás lo que es rigor...

Y esta pa que sepás lo que es respetar...

Y esta pa que te acordés...

y enfurecido hubiera acabado con Heriberto sino pasa en ese momento mi hermano Ambrosio, quien se lo sacó de encima, dejándolo más machucado que si le hubiera pasado un camión por arriba.

Heriberto todo dolorido decía:

—¡Pero qué hombre bruto es este "Paraguay"!...

¡Cómo pega de fuerte!...

"¡Al ñudo nomás!"... onstestaban las costillas aporreadas, con cada lobanillo grande "como huevo e pato".

LA MULA "CATALINA"

"La Catalina" era una mula blanca, célebre como su congénere conocida con el nombre de "La Mula Tuerta de Vigatto".

Pese a los muchos años que llevaba de malacate, era bastante arisca, manoteadora y mordedora.

No era "de ser facilitada", por estas dos últimas cualidades.

Cuando estaba en su reducto galponero, era cosa seria y de cuidado.

Heriberto lo sabía bien, pero seguramente esa tarde "más bandeado" que de costumbre, fue traicionado por la confianza.

El caso fue que en un cruce, "La Catalina", lo cazó con los dientes y atrayéndolo hacia ella, empezó a "acariciarlo amorosamente" con las manos, en forma por demás "efusiva", destartalándolo "como a rancho viejo".

"No hay cosa como el peligro" para refrescar a un hombre y a duras penas y arañando la tierra con las uñas, Heriberto salió de su situación comprometida, medio descaderado y caminando en "cuatro patas".

—Mula sotreta, decía el vapuleado. *¡Si no fuera domingo te ato al malacate, para que no seas tan loca!...*

La mula parecía decirle:

—Si no fuera domingo, vos no andarías así.

EL FORASTERO

Aunque Heriberto era más liviano "que panadero de cardo", tenía sus "empaques de toro" y en la primera atropellada era capaz de ganar cualquier "cuerada".

Acaeció que en cierta oportunidad "cayó" al boliche un paisano forastero, quien después de pedir una cañita, "quebró su cadera", haciendo descansar medio cuerpo sobre el mostrador.

Heriberto que estaba "como guinda en caña", se le acercó y lo empezó a interrogar en los términos siguientes:

—¿Usted conoce a don Agamenón Quiroga?... (tío suyo).

—No señor, (contestó humildemente el paisano)

—¿Y a don Robustiano Mendoza? (otro tío suyo)

—Tampoco (replicó sencillamente el desconocido)

—¿Y a don Robustiano Mendieta? (otro tío suyo)

—No señor, (dijo con suavidad el interpelado)

—¿Y a Heriberto Sosa? (éste era el mismo)

—Tampoco (respondió el incógnito)

—Entonces usted es un pavo de miércoles; no conoce a nadie, (terminó groseramente Heriberto)

El forastero que no era de "arrearlo con chicote", tomó su rebenque y a no mediar la intervención del patrón, seguramente le da una "lonjeada flor".

El "gallina" de Heriberto, enseguida se hizo perdiz.

"MARCHE PA LA COMISARIA"

Heriberto tenía también sus asuntitos, de cuando en cuando, con la policía.

En la época de este pasaje era comisario don Clemente Paredes, hombre bueno, de cierta cultura general (decían que era bachiller), sociable y de honestidad reconocida.

La comisaría estaba instalada en la casa que fuera de don Francisco Roude y que actualmente pertenece al viejo fundador y querido criollo don Domingo Aguirre.

Actuaba como sargento don Alejandro Guevara, viejo poblador de Puente Gualeguaychú, radicado entonces en Villa Elisa.

Don Alejandro ya era medio viejo y poco a poco iba perdiendo la visión.

No sé que había hecho Heriberto, pero el caso es que el sargento "lo arreaba" a pie, en dirección a la comisaría.

Eran como las veintidós, la visión de don Alejandro se achicaba enormemente y para compensar la desgracia, repetía de cuando en cuando:

—Marche pa la comisaría; marche pa la comisaría; marche pa la comisaría.

Heriberto que conocía la debilidad visual del sargento, con toda precaución, cuando enfrentó el portón que daba a la panadería, se hizo a un lado de la huella, sin que don Alejandro se percatara.

El sargento siguió marchando y repitiendo su ya conocida orden.

Cuando llegó a la comisaría le dijo al comisario:

—Aquí le traigo este "mamao" don Clemente...

—¿Cuál?... preguntó asombrado éste, no viendo a nadie.

Por más que abrió los ojos el sargento, no encontró al preso.

Mientras tanto, la voz de Heriberto vociferaba en la panadería, contra la policía, a la que tan graciosamente había burlado.

"EL PERERE, PERERE DE LOS MILICOS"

A don Clemente Paredes, lo había sucedido don Salvador Dardán en el cargo de comisario, de donde infiero que ésto debe haber acaecido por el año 1913.

Heriberto tenía la inveterada costumbre de vociferar a deshoras de la noche, contra los milicos de la villa y contra el comisario.

Por más "camas" que le habían tendido para poderlo cazar en campo no vedado a la autoridad, las había eludido con sagacidad.

Así por ejemplo, en un momento dado se paraba cerca de la esquina de don José Irastorza, pegaba unos rezongos descomunales que se oían a varias cuadras, e inmediatamente desaparecía para ocultarse entre la leña, los sitios llenos de yuyos o en los galpones de mi casa paterna.

Cuando llegaba la policía al lugar mencionado, "el zorro" ya no estaba en el gallinero.

Heriberto gozaba de lo lindo, y los milicos bramaban tanteándose los covos.

Otra noche Heriberto "trinaba" por los lados de lo don Mauricio Küttel alborotando el barrio y prestanmente se evaporaba.

Cuando pasaba la partida enfurecida, Heriberto desde su guarida oteaba silenciosamente a los milicos, gozando del "pereré" de los corceles en dirección al Este.

Después de una tregua que podía ser de dos o tres meses, (el hombre era prudente), Heriberto "roncaba" por los lados de lo Eyhartz y hecho un *"Botafogo"*, buscaba su refugio invulnerable.

Se le llenaba el alma de felicidad cuando oía el tableteo de los cascos en la tierra seca.

Los sargentos Miguel Meistry, Rogelio Carricarte y el comisario Dardán, acechaban, en sus distintas épocas, a la astuta presa, pero respetando el dominio de la propiedad privada, no se decidían a entrar para sacarlo de la "cueva".

Por fin una noche don Salvador consiguió cazarla en plena perorata altisonante.

Desde lejos vió salir a Heriberto de mi casa y se ocultó atrás de un grueso paraíso existente hasta hace poco, en la esquina de la casa de Don Filiberto Joannas. Desde su escondite atisbaba la figura de Heriberto que calladito se paró a un metro escaso de distancia, como guareciendose en la misma sombra para lanzar sus andanadas contra el comisario:

—Usted don Salvador Dardán es un comisario que no vale nada y salga con sus perros azules, que son otras porquerías y para que vea que son otras basuras... y subiendo de tono y vocabulario se desgañitaba dando la espalda al tronco donde estaba oculto aquél.

—¿Qué esta diciendo mamao insolente?, preguntó repentinamente el comisario, dándole un manotón sobre el hombro derecho.

Heriberto sin inmutarse y sin perder el tono de la voz respondió con rapidez:

—Que usted don Salvador, es el mejor comisario del mundo y sus milicos la mejor policía del departamento Colón...

No pudo menos que reírse don Salvador y dejar en libertad al ser que lo sabía excelente cuando estaba fresco y que el alcohol transformaba tal cual se puede inferir de los hechos que voy narrando.

FUMADO EN PIPA

En cierta oportunidad Rosario Almada le hizo una diablura tan graciosa que no pudo menos que referirla a este último acto de las andanzas de Heriberto.

Le había hecho creer que le iban a dar una paliza al patrón (que era mi padre) pero necesitaban su ayuda para llevarla a cabo.

El asunto era así planeado: Heriberto en su estado "doble" debía penetrar al boliche y echar "unas paradas" contra el patrón, la panadería y sobre cualquier otra cosa, al solo fin de que aquél lo corriera.

Rosario y sus compañeros esperarían afuera, ocultos de tal suerte que apenas el patrón pasara el umbral lo pudieran tumbar de un garrotazo y después darle una paliza.

Trabajado muy bien Heriberto y convencido de que era cierto, penetró al boliche para empezar a "torear" al patrón.

Pidió una caña y al ratito nomás dijo:

—Decían que se habían terminado los aguateros, pero parece que quedan algunos...

Con semejante cuello, como no se van a enriquecer estos gringos.

En eso mi padre intentó salir para el otro lado del mostrador, pero sin intención ninguna hacia Heriberto.

Este no lo entendió así y ganó la puerta disparando hacia la calle,

diciendo al transponer el dintel, al mismo tiempo que levantaba los brazos en alto "protegiéndose la cabeza":

—*No peque compañero, que soy yo...*

Muchas veces hizo parecidas pantomimas hasta que "en una de esas" ya cansado el patrón de tantas impertinencias lo sacó "bajo un tormento" sin darle tiempo a repetir: "No pegue compañero, que soy yo", lo que aprovecharon para "sobarle el lomo".

EPILOGO

En el año 1913 Heriberto abandonó para siempre los pagos de sus reideras andanzas báquicas, pero su recuerdo perdura entre los viejos pobladores de la villa, que en los días que sucedieron los hechos narrados, eran adolescentes, mocetones o gurises.

Aun flotan en algunas conversaciones, refranes, palabras y salidas que pertenecieron a Heriberto, las que ponen una nota sonora en las risas que alientan el vivir.

Pero también cae una gota de amargura sobre un corazón que canta, ríe y llora, añorando cosas que no vuelven como la juventud y las horas lindas vividas en el hogar paterno.

¡BENDITAS LAS MANOS QUE SABEN TRABAJAR!

Una noche del año 1903

A don Domingo Pioli, Primer herrero de Villa Elisa.

La noche ya se había cerrado sobre las calles de la villa y la hora de cenar estaba próxima.

Varios parroquianos de los más antiguos del pueblo, conversaban de pie cerca del mostrador del despacho de mi casa paterna.

Los amaros servidos (aperitivo en auge en aquellos días) esperaban los últimos "besos" de sus dueños.

Dos hombres respetables destaco del grupo, porque discutían con cierto acaloramiento: don Domingo y don Luis.

Era la época en que la población, especialmente la de la colonia, estaba embarullada con las cuestiones del fundador y sus compradores de tierra.

Don Domingo era la bonanza personificada.

Incapaz de ofender a un semejante, defendía lo que él creía de su derecho, exponiendo sus argumentos con serenidad de hombre resignado.

Don Luis tenía otro temperamento. *Era como ají picante,* por lo bravo.

En un momento de la discusión pronunció una imprecación terri-

ble, dió un paso atrás, levantó en alto su pesado bastón de "coronillo" y se afirmó como para descargarlo con toda la fuerza que da la rabia, sobre la cabeza de don Domingo, el que nada hizo para atajarse el golpe que todos los presentes (menos uno) esperaron estupefactos.

Por suerte para don Domingo, don José Grand que se encontraba atrás de don Luis, le manoteó el bastón de marras, evitando el bastonazo suspendido, que de haberse concretado, hubiera abollado la cabeza del gran artesano de los primeros arados que tajearon las cuchillas y laderas de mis pagos inolvidables.

En el tumulto confuso que sucedió a la escena descripta, distingo a don Mauricio Küttel, José Bourren, Filiberto Sigot, José Grand, Mariano Sigot y a mi padre, apartando hombres, mientras mi madre, (que había acudido al oir el tono agrio de la discusión), toma a don Domingo por un brazo haciéndolo pasar por atrás del mostrador y desde allí, a través de la puerta de comunicación, a una pieza contigua. Finalmente lo hizo salir, por el jardín en dirección a su casa.

Don Luis quedó adentro del boliche, *más bravo que un zorrino.*

Los demás parroquianos trataban de calmarlo, mientras que mi artesano se perdía en lo oscuro de la noche, oyendo los consejos de una madre afligida.

Grande como Goliath y fuerte como Urso, el Vulcano de la fragua que encendió la primera hoguera en la aldea naciente de mi rincón nativo, no estaba hecho para la pelea.

Sus manos como tenazas y sus brazos hercúleos, capaces de doblar y moldear el hierro a su antojo al pie de la bigornia, estaban ejercitados para obras útiles únicamente y no para extrangular a un semejante.

¡Benditas las manos que saben trabajar y que son incapaces de ofender!...

LO CORTES NO QUITA LO VALIENTE

A Miguel Maisiry

Hacía pocos días que trabajaba de panadero en mi casa paterna, un oriental, ex revolucionario de las huestes del caudillo "blanco" General Aparicio Saravia.

Muerto éste en los campos de Masoller en 1904 y acallados los disturbios del otro lado del "Río de Los Pájaros", emigró de su patria para la República Argentina y después de vivir unos años en la provincia de Corrientes, se radicó en nuestra villa.

Su edad no pasaría de veintiocho años.

Buen mozo y "muy bien conversado", fuera de sus horas de trabajo andaba bien trajeado, luciendo su prestancia inconfundible de uru-

guayo pueblero.

Poseía una cultura general no muy vasta, pero en el medio pueblerino de aquella época, llamada la atención.

Había leído mucho y asimilado conocimientos que expresaba con facilidad, en lenguaje culto y con acento de gente de pueblo grande o ciudad importante.

Era un hombre fino en su trato y su cordialidad, le granjeaba espontáneas simpatías.

Risueño, conversador, amable, lleno de dichos oportunos, se engrandecía más, porque era fantástico en sus cuentos de hazañas soñadas o realizadas.

Poseía otras cualidades estimadas en mucho valor, tales como las de cantor y guitarrista.

Si bien no era un virtuoso en el arte de Santos Vega, el mozo "se defendía bien", haciendo excelente papel entre los seres de mis pagos, no muy exigentes entonces.

No bien afianzado todavía en el medio pueblero, ya se había conquistado muchas simpatías y así fue que una noche (que trato de ubicar en 1907) se le confió la custodia de la puerta del salón donde se realizaba un baile en mi casa paterna. Se le dió la consigna expresa de que no dejara pasar a ninguno sin la entrada correspondiente.

Altanero el uruguayo, estaba de centinela en la puerta, luciendo un traje gris claro y un hermoso pañuelo blanco de seda, en cuyas puntas abiertas, un monograma entrelazaba con hilo negro, las iniciales M. M., de su nombre.

Su melena castaña, algo ondeada, bien peinada con raya al costado y esmeradamente recortada era elocuencia manifiesta de que cuidada todo detalle personal con nimiedad llamatida.

Cortés —como todo uruguayo— el mozo repartía sonrisas y atenciones con prodigalidad de hombre bien educado.

Bien estaba en este modo el adagio que dice: *Lo cortés, no quita lo valiente.*

Acaeció que a un colono de nombre Torcuato Fonterrosa, se le ocurrió entrar al baile.

Al querer franquear la puerta de acceso fue interceptado por el cuidador de la misma.

Discutieron algo en tono áspero, y como don Torcuato intentara "pasarlo por arriba", el uruguayo "más ventajero que la luz" lo asió con su izquierda del cuello y "echando mano al cinto" sacó un cabo de plata que llevaba en la parte delantera, con el cual lo rayó por las costillas.

Quedó Fonterrosa como caído de la cuna, por la sorpresa.

Fue la del uruguayo una corazonada de hombre acostumbrado a ganar "el tirón" primero. Otros muchos "tirones" ganará posteriormente que le daran fama de "corajudo y ventajero" en todo el pago.

La oportuna intervención de otros asistentes al baile, evitó ulterioridades desagradables, porque algunos salieron en defensa del "sofrenado" tan inesperadamente.

Al rehacerse el baile, volvieron los bailarines al salón, ya que eran muchos los que se llevaron las puertas por delante en la disparada, pues según mentas posteriores, hubieron hasta quienes se ganaron debajo de las camas donde dormían los gurises que las madres traían a la fiesta.

Muchos días se comentó el suceso, acreciendo paralelamente al tiempo la fama de guapo de aquel oriental que además de cortés era valiente.

POLICIAS BRAVAS

A don José Schamillard

Eran años en que siempre "ganaba el caballo del comisario" y en que los derechos inalienables de los ciudadanos estaban a merced de policías prepotentes.

Cualquier milico con mando tenía "puerta abierta" para entrar a garrotear sin lástima, a honorables habitantes de la zona, porque los encontraban divertidos junto a los mostradores.

Eran los tiempos en que un milico ganaba diez pesos por mes, para que se mantuviera él y su familia a mate y galleta.

La noche que me lleva del corazón a recordar una época de nuestra evolución política y moral estaba don José Schamillard, recostado en el mostrador, bebiendo tranquilamente sus copitas de caña.

Schamillard fue uno de los primeros colonos radicados hacia el lado noroeste de la colonia Elisa y vivía en la chacra que hoy pertenece a don Juan Garnier. Posteriormente se radicó en "Líbaros".

Como todos los emigrantes de aquellos días inolvidables, tenía el hábito del trabajo y buscaba —de cuando en cuando— en los boliches, las expansiones comunes del medio y la camaradería vecinal.

Es muy posible que el milico que simboliza en este referido la brutalidad de un proceder, haya obrado por orden superior, como también puede ser que lo haya hecho por exageración de mando.

Siempre oí decir —con significativo alcance— que "darle mando a un ignorante es echarlo a perder".

No sé a quien pertenece tal aseveración, pero pienso que darle mando a un bruto, es para que haga barbaridades.

Conocido es el cuento de aquel milico al cual se le había dado la consigna de poner coto al vocabulario sospechado de mala intención, que usaban el payaso y el toni de un circo y que tenía alarmado al público de una docta ciudad, del interior.

Cuando de intención en intención los bufos hacían enrojecer las

mejillas de las doncellas y horrorizar a "las madres", por la inminencia del vocablo obsceno, "copó la parada" el representante de la autoridad y machete en mano, al mismo tiempo que amenazaba "molerles el lomo a palos", pronunció de viva voz la palabra que pensó iban a decir los cómicos.

Nada hacía esperar la escena que con angustia y pena, conservo en el alma.

Blandiendo el sable corvo policial, penetró el milico al despacho y sin más ni menos, la emprendió a planazos con el pobre Schamillard, el que a cada golpe arqueaba la espalda, como suncho de barril, quejándose de dolor.

La intervención energica de mi padre, que tranca en mano paro al enfurecido policía puso fin a esa escena brutal.

Schamillard fue llevado después a la comisaría y en el silencio de la noche aldeana, oí muchas veces con estupor de niño:

—*Marche pa la Comisaría: Paf...*

—*¡Ay!...*

—*Marche pa la Comisaría: Paf...*

—*¡Ay!...*

—*Marche pa la Comisaría: Paf...*

—*¡Ay!...*

Entre la tristeza de aquella luz mortecina desprendida de una lámpara de kerosene que escasamente iluminaba el despacho y manchaba de amarillo un pedazo de la calle a través de una ventana y una puerta, yo lleno de susto pintaba en mi alma a pinceladas de golpes, quejidos y horror, uno de los cuadros más dolorosos, que cincuenta años de distancia no han podido desvanecer.

¡Perdónalo, Señor!...

LOS BIGOTASOS DE DON FROILAN

A don Francisco Schualman

Don Froilán había sentado plaza de milico en la villa y andaba con la "lata en la cintura", hecho un general.

Como el comisario le había dado orden de que "corriera" a los menores de los boliches, estaba demás "corsario" con los mismos y no les aflojaba "ni bajo el agua".

Con el sable a la cintura, don Froilán era cosa por demás seria. Era inexorable en su papel de milico.

Cuando los menores husmeaban la presencia de don Froilán, se escondían entre las barricas de yerba o barriles de vino y así escapaban a la escrudiñadora mirada del celoso guardián.

Pero habiéndose dado cuenta del "jueguito" de los menores, una noche penetró al despacho para cerciorarse.

Debo manifestar que don Froilán no había escapado a las exigencias de la moda y de su enorme bigotaso canoso que casi le escondía la cara y que lo hacía parecer a un perro con una rata en la boca, sólo le había quedado un "bigotito gaviota", pequeño, angosto y tan blanco que parecía un trozo de algodón cruzado sobre su labio.

Al penetrar en el boliche se encontró con su compadre Zocotoco, que estaba "entre San Juan y Mendoza", quien al verlo con aquellos bigotitos como nieve (tan distintos a los mostachos a lo Humberto 1º de Italia o de don Francisco Schualman, que fuera el rey del bigote en el pago) le dijo en tono chacotón:

—*¡Pero mi compadre!... ¡Si parece ternero que ha estao tomando apoyo!...*

Se le "alzó" don Froilán y muy serio le dijo airado, que *rispetara a la autoridad* y no lo pasó para la comisaría por respeto al vínculo sacramental que los ligaba, que sino... 'lo pasa nomás".

Este episodio pinta de cuerpo entero y confirma lo referido en "Policías Bravas".

"SI ESTO ES UN MANJAR", DIJO RICARDITO

A la memoria de Ramón Mendiverry

Sucedió debajo del paraisal de "La Casa de Todos", el que cubría las tres canchas de bochas que entonces existían y cuyo sitio pertenece al Sr. Casas.

Se festejaba un simulado cumpleaños de Ramón Mendiverry, habiéndose invitado a varios muchachos amigos, entre los cuales estaba Ricardo Rieter, Américo Firpo y Bonebal Sánchez.

También estaba Celestino Sala dador del costillar que servía de imán a los comensales de esa noche.

El costillar había sido preparado con un día de antelación por don Esteban Serra, quien le había hecho un "adobo" como para hacer resucitar a un muerto.

Listo el asado y a la voz de: *Esta es la estancia de Berro y el que no tiene cuchillo coma a lo perro,* se le "atracaron" como "caranchos a una osamenta".

Ricardito que era todo amabilidad, se deshacía en elogios (al par que engullía a lo avestruz): *Si este asado está exquisito... Si es un manjar... Si está demás jugoso...*

Celestino con más estómago que una boa, revolvía el pan en la grasa y la paladeaba en un alarde incomparable de aguante.

Ramón masticaba la carne, la daba vuelta una y diez veces adentro de la boca y cuando preparaba la garganta para tragar el bolo, buscaba la orilla de la rueda con todo disimulo y la arrojaba sin ser visto.

Otros estaban silenciosos, pero "como langostas saltonas"...; "comían más que un sabañón".

Boneabal Sánchez, que era un muchacho conocedor de la vida campera y desde luego hecho a todas sus contingencias rudas, saboreando el asado, "sin recular un tranco", decía con suma gracia:

—¡Cha... asado viejo catingudo!... Si parece picana de avestruz... ¿Dónde habrán agarrado este macarrón?...

Llenos los estómagos y descarnados los huesos "del manjar", vinieron las explicaciones.

Pararon las orejas los presentes y entonces Ramón dijo que el asado que habían comido no era otra cosa que *el bayo viejo de Sala,* que ya inútil lo habían hecho carnear para aprovecharle el cuero.

Algunos comenzaron a hacer arcadas, otros se descompusieron y las tazas de "lusera" se repitieron sin parar.

¡Si hubo hasta quien guardó cama varios días!...

Mientras todo ocurría alrededor de Celestino, dueño del bayo sacrificado, aquél seguía "mocho" nomás, mojando el pan en la grasa y saboreando el manjar.

Desde aquellos días lejanos anda por el pago el dicho referido y cuando alguno elogia saboreando un asado repite:

"Si ésto es un manjar, dijo Ricardito".

"PARA QUE SON ESOS SALTOS, SI LA POLKA NO ES ASI"

A la memoria de Carlos, Pedro y Celestino Sala

Hubo una época de inquietudes grandes en Villa Elisa.

Había llegado una comparsa de "tapes basuras", extraños a nuestro medio pueblerino, que recordando al viejo don Pedro Errecarte, en una expresión muy suya que se hizo popular, yo repito entre comillas.

Eran de Corrientes y trabajaban unos de troperos y otros en las vías del ferrocarril.

Todas las noches sucedían dos o tres peleas a "machete" limpio", pero era el caso raro que nunca había heridos.

Se formaban "cada trenzas de ocho", que aquello "era un entrevero de perros". No se veían más que saltos y "culebreadas" para todos lados y ruidos de aceros chocando en el aire.

Los milicos del pago "un tanto conservadores", cuando el bochinche era en "La casa de todos", rumbiaban para lo Gastal (más allá de lo don José Moix) y cuando era en lo de Gastal, se dirigían a lo Schaufily, que tenía su boliche en el ángulo norte del pueblo, como a diez cuadras de los nombrados anteriormente. Así andaban siempre "sacándole el cuerpo al peligro".

Toda esta "basura" apuntada, duró poco en el pago, pero dejó como recuerdo de su paso poco edificante, la expresión del epígrafe y que habla del temple varonil de nuestros criollos entrerrianos, que cuando "sacaban armas", no era para andar haciendo "cabriolas y rayando", el suelo, sino para algo más definitivo.

Un domingo a la mañana bebían en el despacho dos de esos "tapes basuras" y como era costumbre en ellos, en cuanto tuvieron unas cañas en el estómago, ya salieron a los saltos, revoleando ponchos, a los gritos y facones en mano.

Ganaron el medio de la calle y eran de verse los saltos y "cuerpeadas" que hacían. Ni por broma se ponían "a tiro" del contrario. Cuando uno avanzaba, el otro retrocedía conservando distancia, como a tres metros.

Fue entonces cuando nuestro criollo que miraba la pantomima les gritó;

¿Para qué son esos saltos, si la polka no es así?...

"AHORCANDOSE CON LA LENGUA"

A José y Francisco Bournissen

Es esta una de las expresiones más acertadas que pronuncian algunos paisanos, para significar que una persona huye asustada.

Muchas veces he querido interpretar su origen y se me figura que está relacionado con lo imposible que es sujetar un caballo que se desboca, aunque la lengua lo ahogue al ser amontonada hacia atrás con el freno, no permitiéndole respirar.

Acaeció el hecho que oí narrar, en el año 1898.

Era la época primera de Villa Elisa, cuando los "lobizones" aparecían súbitamente transformados en perros o chanchos, que arrastraban gruesas cadenas y que gruñían amenazantes.

Muchos eran los que los habían visto y hasta aseguraban que las balas les rebotaban como si estuvieran "retobados con cuero de sataná".

Por fortuna "el lobizonte" aparecia los viernes y los vecinos, pasado ese día, respiraban tranquilos durante una semana.

No faltó en la villa el "chivo emisario" a quien cargarle la transformación. Todo el mundo se hacía cruces al ver el varón tan lleno de virtudes que había recibido semejante castigo de Dios.

Era el séptimo varón y cuando supe —después de grande— que el elegido era "hijo único", pensé en la barbaridad de algunas creencias supersticiosas.

El caso era, que los días viernes, andábamos chicos y grandes, "con las orejas como liebres" y "las remeras como venados", prontos

para "picar" al primer amago.

Salvo la inquietud que esa creencia producía en los espíritus más timoratos, la tranquilidad pueblerina corría pareja con la calidad bondadosa y moral de los primeros pobladores, de suerte que éstos salían de sus casas confiados, para alternar con otros convecinos unas horas de cordialidad necesaria al espíritu.

Don Antonio se dirigía esa noche a "La casa de todos", llevando en su mano un fino bastón con "estoque" de acero, arma en verdad temible en un brazo decidido.

Al caminar por la calle General Mitre (siguiendo el trillo del camino marginado de biznagas y otros yuyos altos que sobrepasaban la estatura de un hombre) y al enfrentar la casa de don Domingo Pioli (hoy Sr. Héctor Vilche) oscurecida aún más por la sombra de un enorme paraisal, se le apareció "el lobizonte", en forma de un enorme perro que arrastraba cadenas ruidosas.

Con susto y todo, el nocturno paseante, atinó a traspasarlo con su estoque, pero aquello sonó como un "cuero seco". Una y más veces se tiró a fondo con el mismo resultado de "cuero seco".

Ante tal resultado, empezó "a trabajarlo el chucho" y... ("patitas para que las quiero"), huyó como exhalación por la cuesta abajo, sin mirar para atrás, no parando hasta el boliche de mi casa paterna.

El susto debió haber lindado con la desesperación porque penetró: *ahorcándose con la lengua*

Unos tragos de coñac "le volvieron el alma al cuerpo".

Blanco como un papel, jadeante aún por la corrida y más tartamudo que el don Chicho de mi cuento conocido, contó a los presentes lo que le había sucedido.

Muchos miraban disimuladamente para la puerta de calle —como desconfiando— mientras don Antonio hablaba.

Tan impresionante fue el final, que nadie quería abandonar el boliche y sólo lo hicieron cuando la luna puso la noche como día.

Algunos mal pensados o habladores, decían que la luna salía en esa época como a las dos de la mañana.

Otros agregaban que *las botellas estaban contentas.*

Vaya uno a saber quienes tenían razón.

LA TARTAMUDEZ DE ALBERTO

A Alberto Quintana

Mala costumbre es la de asustar a los chicos y hacerles creer todas esas mentiras creadas por la fantasía popular.

Era la tarde de un viernes, a esa hora en que las sombras de la noche vencen los últimos destellos de la luz solar.

Esa hora en que los que saben otear en lo oscuro, se agachan para ver a ras del suelo algún bulto sobre la tierra ennegrecida.

Salíamos con Alberto del sitio de mi casa con la intranquilidad del día viernes en el alma y al enfrentar a lo de don Filiberto Sigot, salió de entre un yuyal enorme, a los brincos y haciendo un barullo descomunal de yuyos secos, un bulto que nos pareció grande como una casa, el que "sin darnos alce" enderezó como para pasarnos por arriba.

Al grito isócrono de *¡el lobizonte!...* salimos "como alma que corre el diablo", en direcciones contrarias. (Yo creo que no existe cronógrafo capaz de medir ese "pique"). Aquello fue: "un sálvese quien pueda".

Cada uno llegó a su casa con la lengua cerca del estómago.

Cuando nos encontramos con Alberto, éste estaba tartamudo. No pudo curarse más y con esa tartamudez se fue cuando Dios lo llamó a su lado en plena juventud, siendo cartero del correo local.

¡MAMA!... ¡EL LOBIZONTE!...

A la memoria de "Pistón"

Así gritamos a un tiempo, prendiéndonos a sus polleras, una noche que como a las doce regresábamos de una visita que habíamos hecho a tía Judith Bourren, que entonces vivía en la casa que hoy es de don José Moix.

Entre las muchas virtudes que los pobladores le han reconocido a mi madre, hay que agregar la del coraje y que algún día —Dios mediante— han de conocer en algunos hechos.

Sin arredrarse en lo más mínimo, se acercó a un bulto blanquecino, agachado en el medio de la calle, enfrente a nuestra casa y con decidida voz le dijo:

—*¿Qué está haciendo ahí?...*

Una voz "como mangangá alrededor de un tirante", casi ininteligible respondió:

—*Soy yo, doña María...*

—*¿Y qué está haciendo ahí?...*

—*Estoy mirando el cielo; parece que va a llover* —replicó poniéndose de pie y con un acento de mangangá triplicado.

Todos nos reímos de la ocurrencia de don Pedro, que tapado con una especie de capote blanco, se permitía el lujo de tomarnos el pelo.

Nosotros lamentamos no haber ido sin mamá y no haber encontrado terrones en el camino... sino *¡qué "tosqueada" en forma le hubiéramos "brindado"!*, como decía Charen.

¡De la que te salvaste, don Pedro!...

¡MADRE LA PATRIA ME LLAMA!...

A Francisco Guex, Apolonario Lugrin, José Morard, Tomás Bobbett, Juan Leiva, Ambrosio Guibaudo y Chichito Bourren

Así nomás es.

Los veinte años cumplidos imponían el deber sagrado de servir a la patria, vistiendo el uniforme del ejército argentino.

La voz del patriotismo golpeaba en los corazones juveniles de aquella muchachada sana de espíritu, que se aprestaba gustosa para partir.

Es así como una noche de 1902, que infructuosamente trato de ubicar en el calendario de los recuerdos, todos los componentes de esa generación elisense llamados bajo bandera, se reunieron en el boliche de "La Casa de Todos", dispuestos a festejar ruidosamente la próxima partida para los cuarteles.

Acompañaban a esa juventud entusiasta y bullanguera muchos otros hombres que también habían tomado parte en el baile de despedida que se les dió en la casa de don Luis Lugrin, quien en esa época vivía en la estancia de don Héctor de Elía.

En las imágenes borrosas de la noche que rememoro, fijando el alma de mis pagos en muchos pormenores, destaco netamente algunos mocitos muy "caros" a mis sentimientos y otros varones ya entrados en mayor edad.

Allí van algunos nombres para que vivan juntos a los afectos de un niño que desde atrás del mostrador o en algún rincón del despcho, grababa hondo, escenas que bajo el techo de la casa simbolizan el paso de la juventud de Villa Elisa en la alborada de su existencia:

Francisco Lugrin, Ambrosio Guibaudo, José Guy, José Ojeda (alias El Negro Tacuara), Francisco Guex, Apolinario Lugrin, José Morard, Tomás Bobbett, Juan Leiva, José Bourren (Chichito), Próspero Pin, Patricio, Domingo y Silvio Pioli. Esa noche bebieron los mostradores y los pisos como pocas veces se vio.

La alegría corría abrazada con Baco, mientras la mozada enloquecida seguía "tirando" hacia adentro para vaciar el barril.

No faltó el Payador Argentino, el que al compás del instrumento de Santos Vega, se deshizo en lamentos recordando a la amada ausente en una despedida de amor y de esperanzas, que el viento de la noche llevó al olvido, pero que hoy se enreda en la sutil remembranza de los sueños de un hombre que quiere ser poeta con el alma del niño de entonces.

DESPEDIDA

A la muchachada de esa noche

Vengo hasta el pie de tu reja,
trayendo mi alma en un llanto,
porque lo que sufro es tanto
que mi amor es una queja;
hoy el destino me aleja
del ángel de mi ilusión,
mi afligido corazón
se desangra con la pena
y llora la cruel condena
al compás de un triste son.

Quiere mi destino aciago,
con su cruel indiferencia,
que abandone la querencia
y en el dolor me deshago;
me voy, alma, hacia otro pago,
siguiendo mi triste suerte,
pero siempre he de quererte,
con la ternura más pura,
pues sólo en la sepultura
seré capaz de perderte.

No llores, ángel de amor,
por la desdicha presente,
y pide al Omnipotente
que mitigue tu dolor;
yo en mi amargo sinsabor,
ne de encontrar el consuelo,
pensando volver al suelo
a buscarte bien querido,
para hacer el tibio nido
que nos llevará hasta el cielo.

Y con el deber cumplido,
sin más penas ni dolores,
en ese jardín de amores
se mecerá nuestro nido;
entonces, mi bien querido,
la vida será un encanto,
y en las horas de quebranto
encontraremos la calma,

que llena de dicha el alma
cuando dos se quieren tanto.

QUE CANTE CIPRIANO

A Cipriano Bobbett

Esa noche que debe haber sido por el año 1903, más o menos, el boliche estaba lleno de gente del pueblo y de la colonia, la que se entretenía jugando al truco, hablando de carreras corridas o por correrse, de bailes en proyectos, tomando algunas copas en rueda de amigos o tal vez esperando la hora para rumbiar hacia alguna casa donde hubieran muchachas para festejar.

Por ahí se oyó una voz fuerte que dijo:

—*Que cante Cipriano*

Cincuenta voces más corearon lo mismo y ya se vino por sobre las cabezas ensombreradas, pasando de mano en mano, una encordada de tres pesos que nunca faltaba en los boliches de antaño.

El nombrado "Cipriano" era un mocito "alentao" en sus seguramente veinte años, más o menos. Vestía a lo "manate" (según pronunciaba la gente y llamaba a los de pantalón y cuello) y sentaba muy bien a su cara juvenil un sombrero claro de ala ancha, de acuerdo a la moda imperante entre la mozada de aquellos días.

Tomó la guitarra el nombrado y empezó a "achicarse" igual que gusano adentro del capullo cuando prepara la seda, mientras la gente engolocinada entro a "rogarlo" de firme.

Arisqueaba el mocito, pero "adónde irá el pato para nadar"... y no le quedó más remedio que largarse en la corriente.

Se hizo un silencio profundo cuando sonó el encordado en un tono de "la menor" y el cantor se compuso el pecho. Enseguida lo rodearon "como a muchacha bonita", agrandándose la rueda.

Se lamentó lindo el zorzal en una canción que busco en mi memoria y que si bien pudieran ser "Las Glorias Argentinas".

Y allá van, Cipriano, para que el tiempo que es eternidad nos encuentre en una guitarra y en una canción que le puso armonía a la tierra nuestra cantando sus glorias inmortales en la inspiración de un trovero que ignoro.

LAS GLORIAS ARGENTINAS

Cada provincia argentina
tiene su grandiosa gloria,
y hoy quiero hacer la memoria
de todas sin distinción;
comenzaré por decirles

que la hermosa Buenos Aires
tiene victorias muy grandes,
dignas de recordación.

ella tuvo grandes hombres
leales, nobles ciudadanos,
eran Moreno, Belgrano,
Lamadrid y Pueyrredón:
Paso, Azcuénaga, Larrea,
Alberti, Funes, Saavedra,
y otros valientes que han muerto
defendiendo mi nación.

Corrientes tiene el orgullo,
que allí San Martín nació,
Cabral también defendió
nuestra gloriosa nación;
y nuestra patria querida
siempre lo tendrá presente,
que un noble hijo de Corrientes,
nos ha dado libertad.

Santa Fe tiene un recuerdo
que aparece en nuestra historia,
y es la más grandiosa gloria
que tiene nuestra nación;
gloria que por donde quiera
que yo me encuentro payando,
siempre la voy recordando,
como argentino que soy.

Cuentan los santafesinos,
que cuando hay noche de luna,
un corcel echando espuma
suele cruzar por allá,
y un jinete enfurecido,
con una espada en la mano,
grita: al pueblo americano
yo le di la libertad.

Mendoza tiene el orgullo
que San Martín el guerrero,
de ahí sacó los granaderos
para los Andes cruzar,
de que allí le recamaron

de oro y plata la bandera,
que a la gran patria chilena
le ha dado la libertad.

San Juan también tuvo un hijo
lleno de gloria y talento,
y era Faustino Sarmiento,
el célebre pensador;
nosotros los argentinos,
mucho, mucho le debemos,
y es por él que hoy tenemos
un poco de educación.

Córdoba lo ha dado a Paz,
glorioso libertador,
a un caudillo lo venció
que lo tenía dominado;
le dió batalla en San Roque
legalmente lo venció
luego después ya le dió
a su tierra libertad.

La batalla de setiembre
de mil ochocientos doce,
la patria le reconoce
a Tucumán gran valor,
y Salta, la hermosa Salta,
mucho, mucho le agradece
de mil ochocientos trece
los laureles que ganó.

Si me olvido de Entre Ríos,
más que ingrato lo sería,
esa provincia querida
que la amo de corazón,
ella ha dado a Justo Urquiza
ese valiente entrerriano
volteó a Rozas, el tirano,
el año cincuenta y dos.

Cómo me voy a olvidar
de tantas glorias pasadas,
que a tanta provincia hermana
tanta sangre le costó;
las saco del corazón

y en pruebas van estos versos
que cual recuerdos dispersos
les dedico a mi nación.

TROVADORES EN MIS PAGOS

En memoria de los Castillo, los Galván y los Ortiz

¡Qué borrosas sus imágenes!...
¡Cómo suenan de lindo las guitarras!...
¡Cuánta armonía en las voces del recuerdo!...

Era muy de noche cuando entraron a "La Casa de Todos" cuatro mocetones vestidos a la usanza regional de 1900.

Cada uno llevaba una guitarra y después de saludar a los presentes y de hablar con el patrón, se acomodaron en los bancos que había en el despacho.

Eran los trovadores mencionados, de los lados del Pos-Pos y Caraballo.

Parecía dirigir el grupo don Antonio Castillo, eximio guitarrista de motivos tradicionales y piezas bailables.

Lo acompañaban un hermano (al que se le conocía con el apodo de "El Rengo") y otros coterráneos denominados "al barrer": Los Ortiz y Los Galván.

Sonaron los encordados y aquello me pareció cosa del cielo.

¡Cuánta armonía puso también Dios en el hombre!...

Esas guitarras en conjunto, hacían brotar maravillas de sus cajas.

¡Cuánto sabor a tierra gaucha, a tradición campera, al alma de la raza!...

Aquellos sonidos hacían estremecer el alma, electrizar los sentimientos y llorar el corazón.

Ejecutaron muchas piezas y la fiesta de la armonía dada por los trovadores de mi evocación, duró hasta la madrugada.

Los trovadores se fueron, pero sus notas y guitarras quedaron prendidas en mi vida, como si fuera el alma de la tierra que se ganó con sus dulzuras en mi corazón, para que pueda decir con orgullo:

—*No hay alma como la de mis pagos.*

UN ORIENTAL, UN SUIZO Y UN ITALIANO

A la memoria de Isidoro Fellay, Pancho Vernaz y Esteban Serra

Una noche de carnaval que trato de ubicar en 1905, penetraron al despacho tres enmascarados, haciendo toda clase de payasadas, pro-

pias de la fecha y de espíritus divertidos.

Los mismos se habían puesto sobre las ropas una trama de juncos quinchados, que le sobrepasaba la cabeza y barría el piso.

Estaban disfrazados de "rancho" y el barullo a paja seca que hacían al zarandearse, más las palabras en tono grave o agudo completamente variado que pronunciaban simultáneamente, llenaban de alegría el boliche.

Los tres estaban muy bien caracterizados y "chispiaban" de lo lindo, con ocurrencias interminables.

Mientras tanto los parroquianos querían conocer a las máscaras, pero fue vano el empeño puesto.

Cuando se cansaron de jaranear, bailar y hacer ruido con las pajas que parecían escobas barriendo el piso, se dieron a conocer.

Los tres humoristas de aquella noche inolvidable eran mi tío Isidoro Fellay, Esteban Serra y Pancho Vernaz.

Los tres formaban un terno de espíritu juvenil inigualable.

CINEMATOGRAFO EN CARNAVAL Y EN UNA NOCHE OSCURA

A la memoria de Mauricio Crespí

Cuando lo recuerdo, aún me río como aquella vez.

Durante muchos años, todas las noches se reunía en la vereda de "La Casa de Todos" la juventud de la época que comprende de 1911 a 1920, más o menos.

Allí la orquesta formada por Tito Claá, Ambrosio Francou, José Oyarbide y yo y aumentada desde 1914 con Juan Lombardini, ejecutaba piezas bailables, mientras se tomaba mate y se alternaban canciones.

A esas reuniones concurrían jóvenes jocosos que matizaban las horas con dichos, cuentos e imitaciones de personajes reideros del pago.

Presentes estaban casi siempre Celestino Sala, Morocho Zialceta, Aquilino Küttel, Toribio Chalier, mi hermano Alfredo y otros muchachos llenos de ocurrencias.

Esa noche estaba solitario "como carau en un pajonal" un colono al que lo designábamos con el sobrenombre de *Juan Moreira*, por su gran barba renegrida.

Moreira se le prendía "al alpiste" en el boliche y de cuando en cuando asomaba la cabeza por la puerta del negocio para observar su yegüita zaina atada a la baranda y de paso escuchar la música.

Con su barba renegrida y larga, Moreira parecía que estaba disfrazado de gaucho, pues sobre la bombacha tenía un chiripá de bolsa.

Varias veces ya le habían gritado: *¡Moreira!...* porque ese grito le hacía "ensillar el picaso" y se ponía furioso.

Cuando los chiquilines querían hacerse correr a caballo, no atenían más que gritarle el sobrenombre recordado y "apretar el gorro". Moreira "bufaba y trinaba" que era un encanto, y eso era nuestro placer mayor. Por suerte que nos "insultaba en francés" y no le entendíamos más que la intención.

Está visto que el diablo, tratando de hacer diabluras, siempre está dispuesto.

Sin decir nada a ninguno, uno del grupo se apartó sigilosamente, se fue al pozo, llenó un balde con agua, subió al techo y asomándose sobre la cornisa de la casa, justamente arriba de la puerta del despacho, esperó a que el solitario *Moreira* se asomara.

Cuando esto ocurrió, arrojóle el agua del balde con intención de bañarlo, pero por suerte, apenas alcanzó a salpicarlo en las piernas.

Todos quedamos sorprendidos y más sorprendidos aún, cuando *Moreira,* pese a la dosis alcohólica que llevaba adentro, desató con prontitud su zaina, saltó sobre ella y después de vociferar en francés aguardentoso: *Cochones; bugre de cochones* y algo más, le metió talón y lonja a su zainita oscura, en dirección hacia la calle que pasa frente al molino harinero, José Deymonnaz, Francisca Portenier, José Irastorza, la Comisaría, José Scarazzini, etc.

Como a un convite —que nadie hizo— salieron en persecución del fugitivo una treintena de mocetones y entre éstos varios con linternas eléctricas que alumbraban la escena reidera.

Era realmente una película cinematográfica la que estábamos presenciando, sin pagar entrada.

Al doblar *Moreira* hacia lo Portenier, empezó una "tosqueada" en forma, con terrones, entre las risas, gritería y corridas de todos.

Por fortuna la yegua era liberal y no le acertaron ningún terronazo al jinete alcoholizado.

Reflexionando sobre la seguridad con que escapó el perseguido, la sombra de Martín Fierro pasa por mi imaginación y dice a mi oído:

No hay cosa como el peligro,
pa refrescar a un mamao.

UN REDOMON SANGRE DE TORO

A la memoria de Rogelio Carricarte

La mañanita estaba demás linda, aquel día de mis vacaciones de 1920.

Tempranito nomás, antes de que "apretara el sol" con sus rayos calientes, estábamos Rogelio y mi hermano Emilio debajo del paraisal de las canchas de bochas, rodeando una pava petisona.

Emilio "tallaba" en un "galleta" lustroso, mientras Rogelio nos deleitaba ejecutando piezas en un acordeón con bajos de cuchara.

No era el músico ocasional, un Justo Llorand, ni un "Paraguay" Juan Pedro, pero hacía cada "requiebros" al fuelle que agradaba verlo y oirlo.

Entre pieza y pieza, mate y mate, contaba nuestro amigo cosas de las estancias "La Flora", "Santa Rosa", "San Miguel", de aquella u otra pelea, carrera, farra, domada y jugada de taba, las que matizaba con dichos criollos muy oportunos y en los que él era el protagonista principal.

La mañana se hacía entretenida y las horas avanzaban trayendo a los tientos el calor que al mediodía apretaría de firme.

Alrededor de las nueve, pasada al trotecito rumbo de Este a Oeste, hacia su querencia paterna, Augusto Sigot llevando un zaino colorado de tiro. El caballo era un bagual.

Paró su cabalgadura y se arrimó al tejido, preguntando cosas sin importancia.

"Bajate a tomar unos amargos", le gritamos, cosa que aceptó sin rogativas inútiles.

"Atracóse" a la rueda y contó el motivo de sus andanzas con el mancarrón de tiro, al que pensaba domar en su casa.

¡Para qué lo habrá dicho!... Prestamente "lo cargamos" a Rogelio para que lo montara y como el mozo era de no achicarse nunca, así "vinieran degollando", agarró el sirigote con todo su pilcherío y buscó el portón para salir a la calle.

Cuando arrojó sin cuidado el apero al suelo cerquita del colorado, éste resopló fuerte y amenazó "abrirse" como espantado, quedando después en actitud expectante.

Se le arrimó Augusto, lo conversó suavemente, le acarició la "carretilla" y extendiendo más y más el brazo, lo tomó de una oreja.

Echando el cuerpo hacia atrás, sin facilitarlo ni un chiquito, poco a poco lo fue dominando, hasta que el bagual "aflojó" del todo.

Ya recogido quebró Augusto la cadera sobre su pierna derecha, tomó del bozal al tembloroso animal y tapándole con el brazo el ojo del lado de montar, esperó que el domador empezara su trabajo.

Rogelio que para estas lides estaba como hecho a la medida, le fue amontonando los cueros sobre el lomo, hasta que por encima del sirigote le pasó la cincha.

Cuando recogio la argolla por debajo de la panza y le paso varias veces el correón, puso su mayor cuidado, porque el que venía, era un momento peligroso.

Con suavidad acercó las dos argollas, las que quedaron separadas como unos cuarenta centímetros.

El bruto temblaba como una zaranda, mientras el domador "hecho un guanaco" le arrojaba al correón unas escupidas que parecían lluvia de regadera.

Quedó la guasca como si la hubieran saturado de grasa.

Le previno a su ayudante para que no fuera sorprendido y afirmándole al matungo su pie izquierdo en el costillar, le pegó un tirón al correón como para partir por la mitad al prisionero.

Las argollas se juntaron, al mismo tiempo que el redomón, como si fuera de resorte, saltaba, gritaba y pateaba, al unísono con los alaridos del domador.

Cayó finalmente como plomo contra el suelo y sin darle alce, Augusto lo agarró de la oreja mientras Rogelio ya de pie el matungo, se le enhorquetaba en el recado.

Roncaba "que era un avión" el colorado y al grito de: *Largalo a ese toro,* empezó la función.

Sorprendido el animal quedó como paralizado, pero pronto el chasquido de un chirlo por las paletas lo puso en movimiento, al mismo tiempo que un grito del centauro de ese día lo llamaba a la lucha sin cuartel.

"Hinchó el lomo el sotreta" y trató de meter la cabeza entre las manos, pero baquiano el domador "le meneó guasca" por las orejas, como si fuera "aguacero por lo tupida", obligándolo a levantarla.

Entonces empezó un zarandeo impresionante para arriba, abajo, derecha e izquierda,como si fuera un oleaje enfurecido.

Aquello fue "sin respiro", al compás de lonja y grito.

El centauro estaba como pegado sobre el recado y por más que el bruto se debatía en la desesperación, sintió el rigor de aquel brazo machazo y se largó a disparar.

Enfiló enceguecido en dirección al tejido de don José Deymonaz, donde había una doble hilera de paraísos muy grandes.

"La cosa" se puso demás fea, por lo peligroso del lugar, pero Rogelio sin aflojarle un chiquito pudo salir airoso de entre los árboles y enfilarlo hacia lo de don Filiberto Sigot, bajo un torbellino de gritos y de azotes.

Por momentos parecía que se iba a estrellar contra la casa, pero la baquía del domador lo rumbiaba hacia la cancha de bochas y de allí al medio de la calle que pasaba frente a "La Casa de Todos".

Haciéndolo disparar derecho, al enfrentar el portón, le echó al animal todos sus hilos hacia atrás con un tirón que le hizo abrir la boca como "horqueta" y "lo paró en seco".

Otros tirones más lo hicieron recular sin resistencia, completamente entregado.

Le sacó el apero, le pasó el rebenque por el costillar, le palmoteó el pescuezo y de aquella fiereza hecha bufidos, sólo quedaba "un en-

tregado", unas escenas vigorosas, muchas emociones varoniles y risas en el ambiente.

Y como si nada hubiera ocurrido, el mate corrió de nuevo y un acordeón decía que debajo de aquella reciedumbre de varón, había un lugar para las ternuras en el corazón de un domador.

TODOS SOMOS UNO — DIJO DON CARLON Y ESTABA ABRAZADO CON UN CHANCHO

Sucedió que en el galpón de mi casa paterna, una chancha tenía como diez chanchitos a cual más lindo.

Contentos íbamos a ver esas preciosuras de animalitos a los que agarrábamos con el cariño que los niños del campo prodigan a los seres domésticos.

Mi madre me había hecho amontonarle mucha paja con el fin de que tuvieran mullida cama.

Contemporáneamente había un hombre al que llamábamos don Carlón, discípulo aventajado de Baco y amigo de agarrarse cada "tranca" tan fenomenales, que le duraban hasta una semana.

No venía muy seguido al poblado, pero cuando "caía" a él compensaba con réditos usurarios las ausencias prolongadas.

Esa noche don Carlón estaba lo que se dice "propiamente hecho una uva", por el jugo, el color y el olor.

Completamente extraviado, en la oscuridad se dirigió al galpón y una vez allí Baco lo tumbó sobre la mullida cama de paja donde durmió "su mona" junto a la chancha de marras.

Cuando se despertó, estando aún bajo el abombamiento del alcohol, barbotó filosóficamente:

—*¡Todos somos uno!...*

El refrán quedó para siempre en estos términos: *Todos somos uno, dijo don Carlón y estaba abrazado con un chancho.*

Su aplicación más corriente era cuando se hacían referencias a uno o más políticos sinvergüenzas, unidos en un mismo propósito, o a varias personas que se emborrachaban juntas.

ZAPATERO A TU ZAPATO

A la memoria de Justo Faure

Cuéntase que Apeles, el gran pintor griego que pintara el retrato de Alejandro el Grande, ocultó un día detrás del lienzo, oyó a un zapatero las críticas que hacía a la sandalia de uno de sus personajes.

Apeles, comprendiendo que el zapatero era entendido en la materia, corrigió su error.

Volvió el zapatero y ya frente al cuadro y al ver el arreglo de la sandalia, se creyó con autoridad de verdad, y empezó a criticar otra parte del cuadro.

Fue entonces cuando salió de su escondite el gran Apeles y le dio esta lección de prudencia diciéndole:

—*Zapatero a tu zapato.*

Hoy día, cuando una persona quiere hacer algo que no sabe o no es de su especialidad, le decimos lo del epígrafe.

Aconteció que mi hermano Emilio y yo nos propusimos "domar" unas yeguas chucaras para atarlas a un carro playero, que hacia trabajar en sociedad con Justo Faure.

Pedro Irungaray le había prestado para tal fin unas ocho yeguas cimarronas en un esplendoroso estado de inverne.

Muchos fueron los comedidos y así fue que varias habían sido incorporadas a los tiros del playero.

Faltaba una rosilla, que parecía de carrera por su hermosa estampa y una mañana nos propusimos "encararia" en el paraisal en las canchas de bochas.

Siguiendo paso a paso lo que habíamos visto hacer a los entendidos, la enlazamos y a los tirones la trajimos al lugar donde teníamos el atalaje correspondiente.

La yegua resoplaba fuerte y nos mezquinaba el cuerpo todo temblaroso.

Por fin yo la cacé del bozal con la mano izquierda y la oreja con la derecha, echando con toda precaución el cuerpo hacia atrás y tapándole el ojo izquierdo con el brazo para que no viera lo que ocurría del lado de montar.

Todo eso era lo que había visto hacer, pero desgraciadamente no era todo lo que se necesitaba saber.

Emilio, "hecho un Rogelio Carricarte" en función de domador, empezó a amontonarle bajeras en el lomo y después le pasó la cincha sobre el basto y acomodó el correón con varias vueltas en la argolla.

Y llegó el momento culminante: *el de apretarle la cincha.*

Simultáneamente al recio tirón que ciñó la cincha, la yegua me largó un manotón y con las patas, como catapulta, le hizo viento en la barriga a mi compañero de faena.

Por suerte que no éramos "tan dormidos", que si no yo creo ciegamente que Emilio emprende viaje para "de donde no se vuelve" y a mí me deja destartalado "hablando pavadas" como el don Chicho de mi cuento, cuando buscaba su "mon-mon-mon-pe-pe-pepelao".

Salió la yegua a la disparada, con el diablo adentro del cuerpo, gritando y corcoveando.

Se encontró en la disparada con un alambrado, el que saltó sin

tocarlo y enderezó hacia el fondo del sitio sin dejar de bellaquear de firme.

Torneó después hacia un maizal y a la par de hacer un descalabro de plantas como si fuera pampero, volvió cada vez más loca, porque tanto zarandearse y hamacarse hizo que se le aflojara la cincha corriéndosele para los ijares.

Despavorida por la cosquilla, enderezó sobre la yeguada, perdiendo al mismo tiempo el "pilcherío" uno a uno, dando coces "pa la dirección que gusten", sin dejar de roncar.

Entreverada con la tropilla, hizo un "desparramo" fenomenal, para salir finalmente aliviada de las bajeras, la cola arriba, como plumero, al trote, hamacándose como oleaje manso, roncando y piafando tal cual si la hubieran amaestrado para lucirse en un paseo público.

Por fin se serenó y cuando nos acercamos para verle las heridas que se había hecho en tanta batahola, haciéndonos cuernitos con las orejas hacia adelante como si fuera el diablo, pareció que nos dijera:

—*Zapatero a tu zapato*

Y así nomás es, afirma la sabiduría de muchos siglos.

II CAPITULO

HOGARES

Si bien es verdad que el hogar está constituido por la casa que sirve de morada a sus habitantes, cuando hablamos de él, nos referimos intrínsecamente a la familia.

Poco o nada significarían ellos a nuestros sentimientos, si le quitamos lo que constituye la vida y que forma el más preciado tesoro de nuestras almas.

Hogar sin seres que le den calor de vida, es como nido abandonado.

Para abarcar en su totalidad lo que forma un hogar, deben considerarse como complementos inseparables de cada uno, las plantas, los animales domesticados y los objetos diversos que el hombre utiliza, ya sea como satisfacción de gustos o como necesarios al sostenimiento de la prole.

Dos tipos de hogares presentaré en estas memorias, con la emoción y el respeto profundo que ellos merecen.

Humildes ambos, como los seres que los poblaron y llenos los dos del tesoro incomparable que la fecundidad de madres prolíficas regaló en hijos numerosos como frutos de un racimo, han de perdurar en estas páginas, como ejemplos de un pasado promisorio de la zona donde nací.

Extranjero el uno y criollo el otro, de cada uno se desprenderán como perfume de ambiente, sus valores esenciales, tal cual los he visto en mi niñez y adolescencia.

No tengo duda que los lectores verán a través de dos hogares que frecuenté, a todos los otros que le dieron vida palpitante al pueblo y a las colonias de mi recordación.

UN HOGAR EN LAS COLONIAS

Antes de elegir el hogar de extranjeros que tomaría como modelo real, para el trabajo en que estoy empeñado, analicé los valores más ponderables y dignos de tenerse en cuenta.

Fácil me fue la elección debido a que todos los que formaron la colonia Villa Elisa, eran laboriosos, de costumbres sencillas y cristianos.

Hubo dos razones que pesaron decididamente en mi determinación por el de don Luis Roude: el conocimiento más a fondo del imsmo, que me permitiría escribir verdades y la fecundidad extraordinaria de una madre que puede tomarse como modelo ejemplar.

Este esplendido ejemplo de hogar de extranjeros en la campaña argentina, puede simbolizar en toda nuestra patria la contribución de sangre que ella pide a sus hijos, para que su extensión no sea "un mal que aqueja a la República Argentina", como escribiera el gran sanjuanino Sarmiento, sino la prodiga mano de dios extendida sobre fronteras inconmensurables.

Hay otros hogares en la colonia que pueden presentarse como magníficos ejemplos de árboles genealógicos de copa muy frondosa, pero solamente citaré cuatro que al emparentarse entre ellos por casamientos entre sus descendientes, éstos se tornan incontables en sólo tres generaciones.

Esos hogares son: el de don Serafín Orcellet, Claudio Jacquet, Felipe Ducret y Ambrosio Augusto Francou.

Me particularizaré con el de don Serafín Orcellet, porque posiblemente habrá pocos ejemplos iguales en toda la república.

Los dátos que consigno fuéronme dados por su hijo Enrique Benito.

Fueron sus hijos: Angela Orcellet de Sigot, José, Antonio, Fermín, Sofía Orcellet de Casse, Camilo, Luciano, Alejandro, María Orcellet de Jacquet, Benito Enrique, Rosa Orcellet de Guiffrey, Alberto, Inés Orcellet de Rouggier, Anastasia Orcellet de Francou y Juan. Total quince hijos.

Descendientes de los nombrados:

Angela O. de Sigot	hijos: más de 5.....5 nietos: cincuenta.....50 bisnietos: veintinueve.....29	total: 84
José Orcellet	hijos: seis.....6 nietos: treinta y cuatro.....34 bisnietos: dieciseis.....16	total 56

Antonio Orcellet	hijos: cuatro.....4 nietos: diecisiete.....17 bisnietos:	total 21
Fermín Orcellet	hijos: seis.....6 nietos: veintiuno.....21 bisnietos:	total 27
Sofía O. de Casse	hijos: diez.....10 nietos: setenta.....70 bisnietos: ocho.....8	total 88
Camilo Orcellet	hijos: trece.....13 nietos: cincuenta y uno.....51 bisnietos: seis.....6	total 70
Luciano Orcellet	hijos: once.....11 nietos: cuarenta y nueve.....49 bisnietos:	total 60
Alejandro Orcellet	hijos: doce.....12 nietos: cuarenta y nueve.....49 bisnietos:	total 61
María O. de Jacquet	hijos: dieciocho.....18 nietos: cincuenta y tres.....53 bisnietos: cinco.....5	total 76
Benito E. Orcellet	hijos: diez.....10 nietos: dieciseis.....16 bisnietos:	total 26
Rosa O. de Guiffrey	hijos: doce.....12 nietos: veintiseis.....26 bisnietos:	total 38
Alberto Orcellet	hijos: trece.....13 nietos: treinta y nueve.....39 bisnietos:	total 52
Inés O. de Rouggier	hijos: diecinueve .....19 nietos: cuarenta y tres.....43 bisnietos:	total 62

	hijos: nueve.....9	
Anastasia O. de	nietos: quince.....15	
Francou	bisnietos:	total 24
	hijos: nueve.....9	
Juan Orcellet	nietos: cinco.....5	
	bisnietos:	total 14
	TOTAL GENERAL	759

Como puede comprobarse con los datos transcriptos, en casi tres generaciones solamente ya que no estan incluidos bisnietos en muchos de esos hogares nombrado, porque hay muchos nietos jovenes y aún no los formaron) los descendientes pasarían fácilmente de ochocientos.

No hay duda que no hogares así, bien tranquila puede estar nuestra patria, confiada en las reservas inagotables de sus hijos.

REALIDAD Y FANTASIA

Noviembre, sin número en el calendario.

Mucho sol en el cielo y fuego en la tierra.

Doce años de mi vida.

Cincuenta y tantas primaveras corridas desde entonces, abrieron corolas de encantos y alegrías, llenando las almas de dulces ensueños y otros tantos otoños cubrieron cabezas con hilos de plata.

Hombres que murieron, mozos que envejecieron, niñas que hoy son madres y abuelas venerables, nuevas esperanzas jugando en los brazos maternales, amigos del alma que no volverán, muchas caras nuevas y hogares que desaparecieron.

Vuelvo a ti suelo mío, sin poder decir como el poeta:

"¡Todo está como era entonces!...

Hoy como aquel día de noviembre, galopo hacia el mismo sitio, pero ya no monto mi viejo tordillo, ni canto al compás de sus cascos. El también siguió la huella inexorable... como otras tantas que el niño de entonces vio y amó.

Hoy cabalgo una ilusión que guía desde el cielo una estrella. Sé que cuando llegue a destino lloraré la pena que deja en el alma el recuerdo de las cosas que fueron.

¡Cincuenta y tantos años!... Poco habrá que reviva la historia de un hogar que fue un himno al trabajo y un canto perenne a la fecundidad.

RECORDAR ES VIVIR DE NUEVO

Alguno, al señalarme con el brazo extendido el rumbo que debía seguir, dijo estas palabras:

"Y desde allí, Gurí, en cuanto veas la arboleda más grande de esos lugares, ya no te podés perder".

Hacía rato que galopaba mi viejo tordillo, bajo los rayos de aquel sol abrasador, levantando más tierra del camino reseco, que humareda de rastrojo incendiado.

La blanca espuma que asomaba de su boca como enjabonada y los resoplidos con que acompañaba su rítmico galopar, me hacían pensar que era hora de "sacarle los cueros".

Por fin llegué al final de la avenida General Roca desde donde vi la enorme arboleda de que me habló el comedido que me dio el rumbo.

Un paraisal en hilera, como postes de alambrado, sobre el deslinde de la calle, terminaba cerca de un portón distante como una cuadra de la casa.

"Volié el cuarto" con agilidad de muchacho acostumbrado y abrí el portón. Mañereó el tordillo para pasarlo por encima, pero ante el amago de un chirlo y el empuje de un grito, todo salió a mi deseo. Hecho con hilos de alambre y palos cruzados de tala, espinillos y ñandubay, me pareció de plomo, cuando tuve que pararlo para que quedara como lo encontré.

De nuevo sobre mi flete me acerqué a la casa, sin mezquinarle talón para que avanzara, porque una perrada "que parecía de estancia por lo numerosa y barullenta", lo acosaba ladrando a destiempo y acercándosele tanto a los garrones, que varias veces se encogió como mezquinando el cuero.

Entre tanto una muchacha se adelantaba presurosa hacia otro portón que había cerca de un molino de viento, mientras otras tres quedaban un poco más atrás dando primacía a la mayor para que recibiera a la vista.

Algo más lejos don Luis y doña Margarita observaban la escena.

Ya apeado, tendí la mano a un ángel que parecía hecho de sol, cielo, auroras, incendios y rocío. Tal era la síntesis de belleza que Natura había combinado sobre catorce primaveras que florecían a la ilusión. Su nombre era Francisca.

Saludé enseguida a Elisa, Juana y Pepa, que se habían acercado contentas y risueñas.

Fui hacia el tordillo que descansaba bajo la sombra de unos paraisos coposos, para sacarle la maleta llena de ropa que mandaba Andrés a doña Margarita. Al darme vuelta, vi a don Luis, quien desde cerca me decía:

—¿Y por tu casa cómo están?

—Bien, contesté.

Al mismo tiempo aquél agregaba: "desensillá el caballo, dale agua y soltalo al potrero".

MI CREDITO INOLVIDABLE

No me hice repetir el ofrecimiento y acercando el tordillo al bebedero, le eché agua sobre el lomo y sus vacíos hundidos y palpitantes. Unos cuantos jarros de agua debieron ser como caídos del cielo para el noble animal, porque sacudió el cuerpo como un tembladeral, gozoso por el fresco que recibía, haciendo saltar al sacudirse temblando, miles gotitas finísimas que brillaron en iris fugaces al quebrarse en sus cristales vaporizados los rayos luminosos de aquel sol radiante del medio día.

Al estirar el pescuezo como jiraba, para alcanzar el agua que deseaba su sed incontenible, agachó las orejas y al hundir en el líquido su jeta belfa y espumosa, sus ollares como fuelles, encresparon la superficie quieta, haciendo formar en ella ondas concéntricas que balanceándose suavemente se agrandaron hasta perderse en los límites de la batea.

Tragos contínuos en rápida sucesión, cual si se corrieran los unos a los otros para llegar primero a su destino, pasaban por su garganta, levantando, a flor de cuero, pelotas grandes como "mingo" de bochas, las que después de recorrer como un metro, desaparecían en los encuentros del animal.

Satisfecho levantó la cabeza mirándome como agradecido y comprendiéndolo, le di una palmada por el costillar, que fue como una caricia de reciprocidad.

Hay animales a los que solo les falta la palabra, para dejar de serlo. Mi tordillo era de esos.

Le escurrí el agua de los costillares, del lomo y del anca, con el cabo del rebenque, a favor del pelo y quedó más lisito que niño peinado con gomina.

Finalmente, revoleando el freno le hice un amago que creyó verdad, ya que "mezquinando el cuerpo", salió retozando igual que pingo viejo en primavera.

Cerquita nomás se echó, revolcándose a su gusto.

Al poner las patas para arriba, me pareció perro que estaba pidiendo agua al cielo.

Receloso por temor a la perrada, me acerqué a la casa. Allí esperaba ansiosamente doña Margarita con el deseo de tener noticias frescas, ya que en el campo por aquellos años, éstas tardaban mucho o no llegaban nunca.

DON LUIS Y DOÑA MARGARITA

La mole de los Alpes en los confines del Piamonte con Francia, fue testigo de sus nacimientos en el pueblo montañés Les Arnauds, el año 1855.

Sus nieves eternas, sus abruptos precipicios y sus valles fecundos, vieron crecer a estos dos seres que juntos debían recorrer un mismo destino durante sesenta años.

Fuerte era don Luis como la roca alpina que le vio nacer y bella como sus rientes campiñas, en su despertar primaveral, era doña Margarita.

En las crestas nevadas, sus ojos de niños, primero y la ilusión de sus almas en eclosión de dulces esperanzas, después, bebieron la suprema albura de aquel manto milenario de armiño que corona el Monte Blanco.

En las albas cumbres de los picachos que parecían horadar el cielo con sus puntas, vieron quebrarse en pedazos, los rayos del sol y de la luna, que iluminaban el valle con haces de iris y de plata y que ellos no olvidaron nunca porque no es posible olvidar lo que Dios puso en las alturas para que las almas que creen y las que también duda, contemplen y adoren esas fuentes de vida y de bellezas eternas.

Hasta aquellos lugares llego la voz cautivante de "Argentina pródiga", "Argentina libre", "Argentina buena" y se vinieron lo mismo que muchos, siguiendo la huella que sobre anchuroso océano habían dejado los que los precedieron en la cruzada larga, peligrosa y sin retorno al terruño amado.

Tres meses duraba el viaje en aquellos años y los barcos eran tan inseguros ante la fiereza del piélago inmenso, que no todos los que deseaban venir se animaban a enfrentar la travesía.

Pero la voz cautivante de "Argentina pródiga", era un canto dulce a la esperanza y atrás de él marcharon buscando sus ecos armoniosos don Luis y doña Margarita. Llegaron a esta tierra de amor y paz en 1872.

En la iglesia de Villa San José unieron sus vidas ante el Altar de Dios, en mayo de 1874.

La colonia vieja, en el Cuartel Norte, les abrió su regazo para que en ella iniciaran su fecunda vida en hijos y en mieses.

Difícil les fue la lucha en los primeros años, pero el trabajo que es ley de la vida y la ennoblece tanto, le dio a manos llenas, doradas espigas, abundante pan, espumosa leche y todo lo demás que la naturaleza entrega gozosa a quien hunde en la tierra la bruñida reja y echa la semilla en el surco abierto.

De como cumplieron el precepto divino "Creced y multiplicaos", hablan con elocuencia los diecinueve hijos, cuyos nombres son: José, Andrés, Andrés (bis), José (bis), Pedro, Bartolomé, Ramón, Cesareo,

Emilio, Pablo, N.N. (mujer), Antonio, Francisco, Alejandro, Juan, Francisca, Elisa, Juana y Matilde.

Campo más grande necesitaba ese hogar que con nada empezó. La hacienda acrecía y los hijos también.

Más tierra, más vacas, más bueyes, más yeguas, más aves, más trigo, más árboles, más todo... pedían las ansias que el trabajo mueve en el ser que quiere surgir de su propio esfuerzo.

Y así, con ansias de todo llegó a Villa Elisa, ese tronco sano, de gajos frondosos, que en su descendencia más de cien frutos de buena semilla dejó en la colonia, para que no se pierda esa raza fuerte que de lejos vino y hoy puebla los campos de los pagos que añoro.

EN LA COLONIA VILLA ELISA

Se radicó en el año 1981, lindando con los campos de don Juan Andrés Vazquez, hacia el Noroeste de la colonia Villa Elisa y como a una legua del pueblo.

Como el hornero, levantó su casa, para proteger a su prole de los pamperos, lluvias, fríos, soles y peligros de la soledad en el campo.

Su casa simboliza en las colonias, la ciencia frente a la tradición; el progreso frente al pasado; la civilización del ladrillo, la cal la arena y el cinc, frente al barro crudo, la paja y el cuero; la plomada frente a los horcones retorcidos; el confort frente a la pobreza y la salud frente a las enfermedades.

Construida de ladrillos unidos con mezcla de arena y cal, ostentaba puertas y ventanas con vidrios y buenos marcos de madera. Su techumbre de zinc, tenía entre éste y las alfajías, tejuelas cocidas para contrarrestar el calor de los soles en el verano y el frío de las heladas en los inviernos.

Tenía cinco dormitorios grandes, con pisos de ladrillos, un salón comedor con piso de madera, baño, una amplia despensa y una enorme cocina que era —como en todos los hogares de esa colonia— el núcleo de la célula familiar.

En ninguna parte de la casa palpitaba tanto la vida de la familia, como en la cocina convertida siempre en el centro de las tertulias caseras. Al terminar las faenas diarias, todos los hijos se congregaban en ella y entre mate y mate mientras esperaban la cena, comentaban los sucesos del día, leían diarios o conversaban con algún amigo que nunca suele faltar en los hogares del campo.

En un lugar de la cocina estaba el fogón, el que tenía unos sesenta centímetros de altura. Sobre el mismo, una enorme campana que terminaba en chimenea recibía en su tragadero insaciable, el humo desprendido de la combustión de marlos, ramas y leña dura que abundaban por toda la casa.

Una mesa grande de pino, con dos bancos de la misma medida, algunas sillas, un aparador de cuatro puertas, de dos metros de frente por dos de altura y una batea para hacer el pan, formaban el mobiliario colonial de este lugar predilecto, que don Luis con su habilidad de carpintero —oficio de su mocedad en Europa— había hecho confortable.

Una batería de cocina, con ollas "como para un batallón", y demás utensillos necesarios, llenaban los estantes del aparador ya mencionado.

Varias cañas de tacuara suspendidas del techo, sostenían enredados como tornillos en las mismas, incontable cantidad de chorizos, los que en ese ambiente seco y ahumado, no sólo se conservaban sin deterioro sino que tomaban un agradable sabor a cosa bien sazonada.

Salames, lomos. jamones, tocino, latas de kerosene llenas de grasa, mostraban en abundancia la utilidad de la cría de cerdos.

Un zarzo colgado de los tirantes del techo y sobre el cual se ponían los quesos y otro en que se colocaba el "pan colono" que con mano maestra amasaba doña Margarita, completaban "el cuerpo de la abundancia", derramándose incontenible sobre un hogar de extranjeros en aquella colonia entrerriana.

Cerca de la casa, un horno para cocer el pan, mostraba su boca ennegrecida por el humo de mil jornadas jubilosas.

Una serie de grandes galpones hechos con paredes de ladrillos, argamasa y cinc completaban la edificación. Uno de ellos tenía diez metros, por seis y cinco de altura, estando destinado para guardar trigo, lino, maíz, cueros, lana, etc.

Otro de seis metros por cuatro y por cinco de altura, estaba destinado para depositar el forraje y finalmente había un tercero muy espacioso donde se guardaban motores, trilladoras, desgranadoras de raíz, aventadora de granos y otros implementos agrícolas, como ser carros, arados, segadoras, rastras y el sulky, etc.

Un pozo semisurgente, con bomba para extraer agua, provisto de molino de viento con tanque y una red de cañería que distribuía el agua a los bebederos y a las dependencias de la casa, constituia un verdadero sistema de agua corriente tan cómodo como del que se goza en una ciudad.

Corrales donde se encerraba a los animales durante la noche y chiqueros para terneros y cerdos, como así también gallineros para las mil aves que criaban los moradores, estaban a distancia adecuada a la vivienda principal.

Una gran quinta de árboles frutales en la que no faltaban naranjos, duraznos, ciruelos, manzanos, perales, higueras, membrillos, granados y moreras hacía la delicia de los veranos e inviernos abundantes de frutos.

Un gran viñedo extendido en varias filas de alambrados, como de una cuadra de largo por cincuenta metros de ancho, escondía entre

sus pámpanos los jugosos racimos de la vendimia promisoria de néctar y alegrías.

Paraísos en todas direcciones, una alameda de cientos de metros diseminada por el potrero, parrales, plantas de jardín y enredaderas de adorno, formaban a la casa un hermoso marco de verdor y de buen gusto, que ponía de manifiesto el espíritu de trabajo, y dirección del dueño de casa y su familia.

A cien metros de distancia, un cerco de varios hilos de alambre de púa, aprisionaba una hectárea de terreno. Era la huerta que producía papas, zapallos, boniatos, cebollas, porotos, ajos, arvejas, repollos, lechugas, orégano, perejil, ajíes, melones, sandías y toda clase de hortalizas necesarias a una buena alimentación.

Un rato antes de la puesta del sol, me fue dado contemplar un espectáculo inolvidable; fue el momento en que don Luis daba el maíz a las gallinas.

A un llamado muy conocido para atraer a las aves de corral, haciendo con la lengua el sonido de la R con la velocidad de una campanilla eléctrica, aquéllas surgían de todas direcciones como por arte de encantamiento.

Era sorprendente ver la velocidad con que acudían al lugar de todos los días. Saltando unas, corriendo otras, descolgándose de los paraísos las que ya habían buscado sus dormideros, gritando las más barullentas, llevándose por delante algún cajón las más hambrientas, o estrellándose contra los hilos de alambrados las más rezagadas, aquello era un revuelo infernal de gallinas que se entreveraban con algunos pavos y patos, también partícipes del festín vespertino.

En un momento dado, como mil aves se habían juntado en el lugar donde don Luis desparramaba baldes llenos de granos de maíz.

Un manto de plumas multicolores cubría toda la superficie del comedero.

Un silencio impresionante reinaba sobre la bandada entregada a no perder un segundo para engullir los amarillentos granos. Tal era la premura con que comían.

¡Aquello era una bandada sin cabeza!

REPLETOS LOS BUCHES EMPEZARON LAS PATADAS

"Ya están llenos", dice la sabiduría, popular acomodando el refrán a los que después de ingerir, andan a "los golpes".

Así sucedió esa tarde: ya eran dos gallinas las que se hacían "unos piques" sin importancia o unos pollitos que no se elevaban cinco centímetros del suelo, los que después de "trenzados" un minuto en pelea, quedaban pescuezo contra pescuezo y con la lengua afuera de can-

sados.

Poco después un "catalán" cara blanca, con más "espuelas" que patas y más "armadas que un lazo", parando las plumas de su cuello en hermoso aspecto de guerrero, cruzó sus armas, con un calcetudo pura cresta.

Más allá un "rácolo" con "más armazón que una tormenta", rayando el suelo con furia torera y "levantando más tierra que un remolino", se iba en aprontes, frente a un "africano" cogote pelado, que lo estaba como estudiando, para ver los puntos que calzaba.

Un poco más lejos un petiso compadrón "con más cola que una iguana" y más "rodeos" que la estancia de San Pedro", sacaba pecho —para ganar en altura lo que se "desparramó" en ancho— cerca de un blanco de apostura "donjuanesca" que hacía más filigranas en el suelo, que las que tiene un billete de diez pesos.

Había que ver al don Juan; si la cancha le parecía chica a juzgar por las "medialunas" que dibujaba sobre el piso.

En un momento... saltaron los dos a un tiempo y más largo de patas el blanco, le hizo un impacto matemático en pleno pecho.

Gritó el petiso y "puso los pies en polvorosa" ante la segunda carga que "sin darle respiro" le llevó el vencedor.

Un cochinchino con las patas como plomo, en la primera "topada", "revoleó por los aires" a un batarás, haciéndole volar más plumas que si lo hubieran agarrado los perros. Salió el pobre "como tábano sin cabeza".

Otras varias hubieron esta tarde, pero eran peleas de relleno y no para dominar sobre las cándidas gallinas, de suerte que no pasaban de simples "escarceos" y revuelos como de entrenamiento.

Mientras tanto la noche se acercaba. Poco a poco la gran bandada se dispersó buscando refugio entre las frondas de los paraisales o las cañas de los gallineros.

¡Cuántas bandadas, más grandes o más chicas que la que acabo de recordar, llenan las casas de los colonos de esa colonia privilegiada!... No es aventurado afirmar que ellas contribuyeron en gran medida a la prosperidad de esa gran zona avícola por excelencia.

Unas veinte parvas cónicas de trigo y algunas de lino en forma de rancho, agrupadas en parejas para facilitar la trilla y ganar tiempo con menos mudanzas de la trilladora, guardaban entre su paja los afanes y desvelos de todo un año, en granos que pronto llenarían bolsas repletas y que serían bella realidad en la esperanza que todo hombre de trabajo alienta como justo premio de Dios a sus virtudes.

A la distancia, manchones de rastrojos parecían arenales enormes extendidos sobre las cuchillas y laderas vecinas.

Al par que las horas marchaban con el sol a cuestas hacia el ocaso, el ganado del potrero se acercaba lentamente hacia la casa en busca del corral, sin que nadie lo guiara.

Una tristeza inexplicable cayó sobre mi alma al flotar la oración sobre los campos silenciosos.

¡Era la hora de la despedida!...

Saludé con respeto a aquellos colonos laboriosos y me despedí de mis amigas inolvidables, contento y agradeciendo las atenciones recibidas.

EL REGRESO

El sol se perdía lentamente tras de las cuchillas vecinas que ocultan el Gualeguaychú, incendiendo el horizonte de arrebol y orlando de rojo y oro las crestas de las nubes suspensas en la inmensidad del cielo.

Parvas cónicas, arboledas verdinegras, bandadas de mistos y de palomas medianas, eran pinceladas dispersas, que el "Artista de los Mundos" ponía en ese cuadro maravilloso extendido sobre los campos de aquella colonia opulenta de granos y de hijos.

Una estrella grandota en el poniente titilaba su brillo en aumento, al mismo tiempo que la noche se agrandaba cayendo sobre mi espíritu.

Al galope busqué la querencia cantando, al compás del redoble de los cascos del tordillo sobre el parche seco de la tierra, un triste de esos que la gente de campo tiene siempre a flor de labios, para no andar tan a solas por los caminos de Dios.

EPILOGO

Don Luis y doña Margarita se radicaron en el pueblo en el año 1924.

Poco antes de fallecer el primero de los nombrados, tuve oportunidad de llevarlo a Villa San José, en compañía de su hijo Ramón y del doctor Agustín Craviotto.

De aquel hombre activo y de trabajo múltiple, sólo quedaba su espíritu fuerte que lo hizo triunfar en la vida, porque quien cría muchos hijos, sostiene su casa, acrecienta su hacienda, es hombre ejemplar en el trabajo, en la familia y en la colectividad con la que convive, es un triunfador, ante el cual me inclino reverente.

Falleció don Luis el 10 de marzo de 1932 a los setenta y siete años de edad.

Doña Margarita le sobrevivió siete años, falleciendo a los ochenta y cuatro años de edad, el 27 de agosto de 1939.

Ambos están sepultados en el camposanto local.

CONCLUSION

Tal es la síntesis de lo que era un hogar en la colonia que fundó don Héctor de Elía.

Con mayores o menores variantes, todos estaban basados en la virtud del trabajo, en la moral cristiana, en la abundancia de los alimentos y en la fecundidad de madres abnegadas, buenas y ejemplares.

A través del hogar que he tomado como modelo, para dar un panorama general de la colonia, rindo mi modesto homenaje de admiración a todos ellos.

COSTUMBRES EN LAS COLONIAS

LAS TRILLAS

Dicen los viejos pobladores del lugar que la primera trilladora que entró por esas colonias tributarias de Villa Elisa fue una que don Manuel Beristain le compró a don Cirilo Bastián de la colonia San José, cuando tenía su casa de comercio en San Francisco.

La misma era manejada por don Francisco Bondaz, cuyas referencias he hecho en mi libro "El faro de la cuchilla", página 99.

Don Héctor de Elía en una anotación transcripta en la página 21 del mismo libro, dice: "En 1890 el señor de Elía introdujo por los puertos de Colón y Uruguay 367 familias de inmigrantes, 37 segadoras y 3 juegos de trilladoras".

También tuvieron trilladoras: don Juan Pons, Luis Roude, José Moix, Francisco Bel e Isidoro Fellay, en años sucesivos.

El primero de los nombrados le vendió al segundo su juego de trilladora. Cuando el motor ya no daba más por el desgaste sufrido en innumerables campañas, hizo traer uno nuevo, que finalmente fue comprado por don Francisco Bel.

Fue maquinista en las numerosas campañas que realizó aquél, su hijo mayor Andrés Roude.

Don José Moix también adquirió un juego de trilladora por compra que hizo a una sociedad formada en Villa Elisa, por algunos colonos. El mismo fue dirigido por don Francisco Bondaz y por don Emilio Lambert sucesivamente en numerosas campañas.

Don Isidoro Fellay fue dueño de otro juego de trilladora. La condujo en distintas campañas su hijo Juan Pedro.

Posteriormente se introdujeron otras trilladoras más a las ya citadas, que fueron cambiando de dueños en distintos años.

Debo determinar tres épocas distintas en la relación de estas maquinarias con las costumbres que implícitamente vivían como adheridas a ellas.

La primera y más linda para la pluma que hurga emociones de juventud, abarca desde la aparición de las trilladoras hasta que la administración de las mismas resuelve poner cocinero para la peonada.

La segunda época comprende desde esta innovación hasta que llegan las primeras cosechadoras.

La tercera es la contemporánea.

De las tres la única que merece el rastro de una pluma es la primera, porque la llegada de cada máquina a una casa era como una fiesta de juventud, esperanzas y alegrías.

Junto al trabajo que embellece y dignifica al ser, las máquinas traían la alegría y el amor que Dios santifica en el espíritu.

Lo que en estas líneas leerán mis indulgentes lectores, es común denominador de la colonia entera, de suerte que recordar la trilla realizada en una casa, es como si desfilaran todas las realizadas en la zona.

Buscando informaciones anteriores a mis recuerdos, he apuntado datos que me fueron brindados por mis tíos, padres, primos y amigos, tales como tío Jorge Francou e Isidoro Fellay, Tobías Francou, Andrés Roude y Francisco Guex, actuantes en los hechos de la primera época.

Por éllos sé de las "farras" incomparables que hacían los hermanos Jacobo y Rodolfo Brem, colonos radicados en la zona Norte de la colonia Elisa, en ocasión de las trillas. No hubo quien los igualara en prodigalidad, alegría y duración.

Debe destacarse en estas referencias, como un anticipo de intención juvenil, la compra de un acordeón para la campaña, el que después de finalizada ésta, era rifado entre todos los participantes.

En la zona había acordeonistas "como para tirar para arriba", valga el refrán por abundancia. Los había de muy buena calidad y también de los llamados "rumbiadores" que a falta de cualidades y agilidad en los dedos de la mano derecha, se le "dormían" a los bajos de "cucharas" con la izquierda, marcando el compás de una pieza bailable.

¡Si el compás de los bajos parecía patos marruecos cuando gritan desconfiando de una persona o perro que se les acerca!...

Cuentan que don José Morard, siendo el único acordeonista una noche en una casa de la colonia, se le "durmió" a los bajos de "cucharas" en un compás de "valseado", desde las nueve de la noche hasta la una de la madrugada.

"A falta de pan buenas son tortas", dijo un aprovechado en una casa cierta vez... y se envolvió un chorizo de más de un metro y medio en la cintura, "confundiéndolo" con faja, mientras los otros entretenían al patrón.

¡TRILLA EN LO DE TIO JORGE!

Triple motivo había en mi casa paterna para que exclamáramos contentos lo del epígrafe.

La sangre que atrae, los dieciseis años de mi hermana Margarita y el interés por la cosecha que daría una aparcería que tenía mi padre con su hermano Jorge en el cultivo de veinticinco hectáreas de su propiedad.

La máquina de don Luis Roude ya había dejado atrás las casas de Jacquet, Casse, Ducret, Charren, Orcellet, Rouggier, otras más y ese día terminaba las últimas parvas en la casa de don José Zermatten a mil metros de distancia.

Tempranito ya estábamos todos en lo de tío Jorge, más contentos y bullangueros que niños en el recreo de una escuela. Mi hermana Margarita enseguida se entreveró y andaba a los besos con tía Rosa, sus primas Francisca, Agustina, Josefina, Rosalía y otras muchachas vecinas que acudían para ayudar primero y bailar después.

¡Si había un "mujererío" como para formar rodeo!

Mis hermanos y yo, acompañados por nuestros primos Cesáreo y José ya habíamos recorrido las parvas de trigo y lino, que de a par, "como botones de capote", estaban esperando a la trilladora para desgranarse en sus entrañas.

Docenas de huevos habíamos recogido en nuestra pesquisa, "madrugando a los lagartos de dos patas", que venían con la máquina, los que contentos se los llevamos a tía Rosa.

Muchos vecinos habían llegado con el propósito de ayudar, los unos, para gozar del espectáculo más grato de nuestras faenas agrícolas, los otros y "soñando con el gollete de alguna damajuana o botella, de caña doble", los que no se perdían "la bolada de chupar de arriba".

Entre otros colonos de ley, estaban don José Roude, José y Julio Guiffrey, Francisco Mout, Celestino Lambert, José Zermatten, Mariano Sigot y los Orcellet.

El convoy en marcha estaba formado por la trilladora arrastrada por bueyes, el motor conducido por Andrés Roude, el carro cargado de paja para combustible y el carrito "aguatero" hecho con una pipa muy grande montada sobre dos ruedas y tirado por tres caballos o burros.

Toda la peonada dispersa al costado, atrás y adelante, marchaba a pie por el camino.

Cuando la máquina se acercó a la casa, la estridencia del pito hizo temblar los corazones y los brazos en alto, con sombreros en las manos y algunos gritos de alegría, fueron los ¡aleluyas!... de aquellas horas jubilosas.

Pocos minutos después la trilladora comenzaba a tragar paja gra-

nada, mientras cada peón en su puesto de trabajo era un anónimo servidor de aquella riqueza que engrandeció nuestras colonias opulentas.

Enseguida el "carrito aguatero" se perdió en dirección a la cañada que a unos trescientos metros de la casa cruzaba el potrero de Norte a Sur.

Al ratito no más de comenzado el trabajo, José, Alfredo y yo, traíamos cinchando en dirección al motor, un montón grandote de paja de trigo que sería usado como combustible.

Al mismo tiempo que el sol ascendía hacia el zénit calentando el ambiente y que el cuerpo sudaba su pan de cada día, la botella de caña —infaltable siempre— daba su vuelta interminable aplacando la sed de los trabajadores y las ansias de "los ventajeros" que siempre andaban con ganas de beber aunque no perdieran una gota de sudor.

Y "los ventajeros" abundan en todas partes.

EN LA CASA

Había que ver la actividad que desplegaba "el mujererío" y el barullo que metía. ¡Ni una bandada de loros arriba del nido lo igualaba!

Unas pelaban papas, algunas cortaban carne y otras cuidaban los fogones, limpiaban los tachos, traían agua, tendían las mesas bajo el frondoso paraisal que rodeaba la casa, repasaban los platos, los cubiertos y vasos, cortaban el pan, el queso y ponían "a mano" las damajuanas llenas de vino tinto.

Tía Rosa dirigía todo el "avispero" y de cuando en cuando tío Jorge se arrimaba para preguntarle si faltaba alguna cosa para la atención debida a los que ocuparían las mesas.

Terminó la última "tarja" y el pito del motor anunció la hora del almuerzo.

En menos que canta un gallo, no había un claro en las mesas y sí mucho silencio.

Era el turno de la sopa. Algunos parecían chanchos que estaban adentro de un "bachal", por el ruido que hacían al absorberla.

Cuando llegó el segundo "nudo" (así le llamaban a cada plato) consistente en un nutrido puchero, mascaban "como langostas en un parral". Ahí no habían enfermos del estómago. Todos tiraban "más al pecho que a la cincha", como solía refranear don Francisco Williman. ¡Si algunos eran caros por la comida!...

¡Qué manera de engullir!, parecía que andaban "atrasados".

Terminado el almuerzo los peones regresaban al trabajo, mientras algunos "demorados" le pegaban de lo lindo al tintón, los perros a los huesos y las mujeres a la limpieza general.

Seguía el día marchando con el sol y a eso de las tres de la tarde "por camadas" sucesivas de peones, para no suspender el trabajo, iban a las mesas para beber el mate cocido acompañado de abundante pan y queso.

Entrado el sol, se suspendía el trabajo hasta la madrugada y la gente se dirigía a cenar.

Después de la cena, "la de una hilera", empezaba a "roncar" algún vals o polka, incitando a las mujeres a revolear las polleras barriendo el piso de tierra con las colas largas, como si fueran escobas y a los jóvenes a "desentumir las tabas".

Se danzaba hasta media noche y después la peonada se "tiraba a lo perro" entre la paja, cerca de la trilladora, del motor, del carrito aguatero o en cualquier lugar, completamente al raso.

Había en todos un sano espíritu juvenil, compensatorio de las jornadas calcinantes.

Esos mocetones recios y curtidos, entre risas, cantos, dichos y chacotas, llevaban a las casas de los labriegos las realidades del fruto soñado y la alegría pasajera que rondaba sobre los patios regados para aplacar el polvo levantado por el vértigo de los remolinos humanos.

EL FINAL DE LAS TRILLAS

Tres meses solían durar las campañas de las trillas.

Después las máquinas eran llevadas a sus respectivos galpones, siendo costumbre entonces que las mismas pasaran por las calles del pueblo.

Marchaba el convoy en fila iniciada por el motor, carro pajero, furgón y trilladora. Al costado del convoy iba el carrito aguatero.

La peonada iba dispersa, caminando adelante, atrás, a los costados o encaramada en la trilladora.

Al aproximarse al pueblo, las estridencias alternadas del pito, anunciaba la alegría general de los peones.

El vecindario salía a la vereda y se acercaba para ver pasar la caravana.

Pañuelos, sacos y sombreros se agitaban en alto, oyéndose algunos gritos de regocijo que competían con el pito y el ruido del motor, mientras que un acordeonista sentado en un lugar destacado de la trilladora, abría y cerraba el fuelle poniendo las notas armoniosas de un vals, una polka o mazurca, en las calles tranquilas de la villa.

Guardadas las máquinas, sus peonadas respectivas organizaban los bailes y asados en los que siempre sobraban bailarines, carne, vino y caña.

En tanta alegría no faltaba la nota triste que daban algunos peones, al perder en un rato de pasión frente a una cancha de taba improvisada o una rueda de naipes, el sudor de varios meses de trabajo rudo, bajo los rigores de soles calcinantes.

¡Qué ignominia!

Finalmente, como etapa última, de mi evocación de estas costum-

bres desaparecidas, diré que el acordeón animador de tantas noches de juventud, era rifada entre los peones, para pasar a ser propiedad de quien la diosa suerte se la atara al carro de su destino.

LOS TIEMPOS CAMBIAN

Cambiaron los tiempos y con ellos se fueron del pago de mis añoranzas las fiestas descriptas.

La materia mató al espíritu. Los pesos obraron sobre el corazón y destruyeron los rosales del alma.

Se pusieron cocineros para la peonada y ¡adiós, juventud dorada!... ¡Adiós alegrías nocturnas de las trillas rememoradas!

No se juntaron más las muchachas para preparar el homenaje de sus atenciones culinarias y de sus gracias exquisitamente femeninas, a la juventud trabajadora y sana.

Eros no rondó más bajo las frondas verdes de los paraisales y el carcaj de Cupido quedó sin dardos flechadores.

La canción del trabajo perdió su tono de arpa eólica y el ruido de sus engranajes chirriantes, quebró los arpegios en las almas juveniles.

La luna pálida de los cielos de zafir alumbró con tristeza la amplitud de los patios callados.

El doliente acordeón plegó su fuelle y huyó el espíritu del corazón.

Se marchitaron los vergeles de los ensueños más sublimes y se deshojaron las rosas de las ilusiones más doradas.

¡La colonia había empezado a envejecer!...

¡Cuánto dolor!

"LAS DESCHALAS"

Fueron otras de las manifestaciones típicas de las colonias tributarias de Villa Elisa.

Duraron hasta que a un colono se le ocurrió hacer números sobre un papel, sacando como consecuencia que si se tomaban peones para ese trabajo, en vez de pagar el gasto que ocasionaba la fiesta, ahorraba algunos pesos.

Y una vez más allá —al igual que en las trillas— el vil metal mató la alegría juvenil de la colonia.

Más allá de las chalas encendidas que alumbraban la porción fijada por el dueño de casa como tarea a realizarse y más allá de los grupos afanosos por terminarla rápidamente, danzaban los veinte años de los mozos y las ilusiones de las mozas que se aprestaban para la ronda de los sueños primaverales que vive cada juventud.

En todos los ángulos y lados de las colonias, las candelas de hojas y tallos secos, que atesoraban hasta pocos momentos antes las espigas maduras, anunciaban con sus resplandores de incendios, la jubilosa fiesta del epígrafe.

Los días elegidos eran los jueves y los sábados, con gran predominio de éstos, por ser el domingo "Día de Guardar", según lo dispone nuestra Santa Iglesia Católica.

El día señalado para la deschala llegaban a la casa en son de trabajo y fiesta, la mozada de ambos sexos con ansias de baile y amor, luciendo sus mejores prendas de vestir y sus mejores encantos personales.

No faltaban los viejos enamorados, pero del "tintón" y de la "murra" bullanguera, ni tampoco las viejas "vigilantes" de las parejas soñadoras.

¡Qué lindas deschalas se hacían por todas partes de la colonia!... ¡Lástima que hayan desaparecido!...

Pienso sin embargo que algún día han de volver —como las golondrinas del poeta soñador— para que al fruto que premia el esfuerzo del colono, no le falte el encanto que solo puede brindar el alma a la materia conquistada con sudor.

Las fiestas de "la vendimia" en Mendoza y de "la zafra" en Tucumán, han de emular a las colonias de las praderas ubérrimas, la sana alegría de la juventud que canta, ríe, baila y ama en esa etapa humana de fantasías inigualadas.

UNA DESCHALA EN LO TIO ISIDORO FELLAY

Vivió mi tío nombrado en el deslinde de la colonia Elisa y la Matilde.

Por el medio de lo que fue su campo, cruzaba el arroyo Perucho Verna, que separa ambas colonias.

Su casa estaba levantada a dos cuadras de la alcantarilla que lleva su nombre, en jurisdicción de Villa Elisa.

Era mi tío, en lo que a espíritu se refiere, un hombre entusiasta y alegre.

Amigo del carnaval, muchas veces llegóse hasta la villa con don Pancho Vernaz, para buscar a don Esteban Serra, y andar después por los boliches en bulliciosa algazara propia de carnestolendas, llevando un poco de alegría a sus pobladores.

Varias semanas antes de la deschala, ya se corrían las voces por todo el pago.

Cuando llegó el día señalado, el patrón ya tenía preparadas las porciones de troje que se iban a deschalar.

Apenas las sombras de la noche triunfaban sobre las últimas claridades del día, empezaron a llegar intermitentemente, carros, sulkys y jardineras, llenos de muchachas, muchachos, viejos y viejas, todos entreverados.

La mozada caía de todos lados de las colonias montada en sus fletes más hermosos o en matungos de todo pelo y marca.

Como a eso de las doce de la noche se aparecieron cuatro mocetones de Villa Elisa, enancados a la moda de Portugal: "cuatro burros en un bagual", en el zaino picazo del Cura Padre Augusto Höflack, a quien se lo habían robado mientras el inolvidable y santo sacerdote dormía plácidamente.

Recuerdo que don Pedro Claá y Daniel Puntállaz, jóvenes en aquella época, de estas evocaciones, se "largaron" desde San José para no perder la fiesta recordada, según referencias del primero.

Muchos "livianos", acostumbrados a recorrer las colonias a pie o en caballos ajenos, también cayeron, "como chanchos a un zapallal".

Cuando comenzó "la función", había como veinte montones de caña de maíz distanciados cuatro o cinco metros uno de otro, bajo los paraísos que en profusión rodeaban a la casa y los patios embelleciéndolos.

Fogatas enormes hechas con chalas secas y dispersas por varios

puntos, alumbraban la escena bulliciosa, mientras al ruido de aquéllas al ser rotas para despojarlas de las espigas doradas, se agregaba el murmullo y risas de esas máquinas humanas que por momento parecían "chanchos entre las cañas" por el barullo infernal que metían.

Tío Isidoro recorría los lugares para vigilar el trabajo y especialmente para sorprender, "con las manos en la masa", a los graciosos o groseros que aprovechando la penumbra arrojaban con fuerza alguna espiga por el aire, la que al caer sobre la cabeza o el cuerpo de otro, le hacía "ver las estrellas", por el dolor.

Si el "Ordinario" —como se le llamaba— era sorprendido, con seguridad que era desalojado de la casa.

Otra finalidad de la vigilancia era tener el conocimiento de los que trabajaban de verdad y evitar así la infiltración de "Los Arribeños" o "Colados", que solamente llegaban, para participar del baile y la comilona.

A éstos no se les permitía bailar y tenían que quedar "como perros hambrientos", mirando un hueso sin poderlo alcanzar.

Como a las once de la noche la tarea ya estaba terminaba y en consecuencia, la gente se preparaba para el baile y otras yerbas.

Sonaba "la de dos hileras" y ya empezaban las parejas un entrevero fantástico.

Mientras los jóvenes eran como remolinos de ventarrón al compás de un vals, o "trotadores como zorrinos" siguiendo el compás de una mazurca, los viejos parecían que iban "gateando patos", en algún cañadón, para ponerle "los puntos con la de cargar por la boca", al ritmo de un schottich.

Las viejas "con los ojos como lechuzas" vigilaban a las muchachas, que con "la cola" recogida para no levantar tierra, se dejaban llevar coquetonas por los galpones, "más cargadores de pulgas de tapera".

No faltaban las escenas reideras y ellas se producían cuando algún viejo, recordando tiempos idos, salía a "la rastra" o a remolque con una vieja, alardeando guapeza y juventud entre los aplausos de todos.

Para convidar a los presentes se servía chocolate, café con leche, vino, caña, chorizo, asado, queso, para todos los gustos y pedidos.

La fiesta duraba hasta el amanecer.

MI DEBUT

Doce años llevaba en mi humanidad.

Hacía rato que miraba bailar a las parejas y una fuerza interior me empujaba fuerte para que me entreverara en los remolinos, pero un "freno" secreto me contenía indeciso.

Veía cada "mancarrones" abriéndose paso a fuerza de "rempujones", que por momentos me salía de mi mismo, con ansias de sacar bailarina del asiento.

Yo sabía bailar desde chiquitito, porque en mi casa paterna se bailó mucho y mi hermana Margarita tuvo fama de ser la mejor bailarina de su época. Ella enseñaba a todos los hermanos a danzar, declamar y cantar.

Durante muchos años se reunían en el patio de mi casa, muchachas de la vecindad y en esas oportunidades propicias aprendimos todos.

En esos esparcimientos estaban Margarita Bourren, María Schinger, algunas sirvientas que eran como de la familia y a compás de canto y silbo pasabamos horas sumamente agradables.

Por fin me decidí y en cuanto los primeros compases de un schottich hizo sentir "la de dos hileras", nos avalanzamos como tropilla en el portón de un corral, para buscar compañera.

Me le fui, "como gato al bofe" entreverado en el pelotón, a una muchacha muy simpática y de mi conocimiento, llamada Victoria Morard y "medio cortado" de lengua, le dije:

—*"¿Me acompaña señorita?"*...

—*"¡Cómo no!"*... —me contestó riéndose ante mi audacia de gurí.

Salí prendido, con la cara larga "como chancho de ocho pesos", en un compás de dos pasos y dos vueltas.

Iba más tieso que palo de alambrado y la vergüenza me "atoraba". No me animaba, ni a mirar a mi compañera; un rubor me quemaba los cachetes. Creía que todos se habían parado para mirarme. La lengua se me había trabado.

En un momento me dio ganas de largar la compañera y salir disparando para el patio. ¡Qué calor fenomenal!...

La moza además de agraciada era como un trompo y más liviana que una pluma, de suerte que no le dí ningún pisotón y por el contrario, sin duda para darme coraje y saber al mismo tiempo si no me había tragado la lengua, me dijo afectuosa:

—*"¡Habías sido buen bailarín!"*... *"No podés negar la raza"*...

Me animó el elogio, sonreí de "oreja a oreja" y seguí "mocho", nomás, al compás de la música.

Me pareció demás larga la pieza y cuando la senté, dándole las gracias, salí rápido para afuera, más contento que muchacho con traje nuevo.

Al pasar algunos elogiaron alegremente mi osadía.

A mi me pareció que había conquistado el mundo.

¡Había empezado a ser hombre!...

LAS VELADAS EN LAS COLONIAS

Los días acostumbrados para "las veladas" eran los jueves y los sábados.

Esos días los fígaros de la época Albino Gay, el francés Lalier, Francisco Willimán o don Rafael Oyarbide, no daban abasto cortando "porras" y "esquilando guineos", según las conocidas expresiones del tercero de los nombrados.

El polvo y el agua florida blanqueaban y perfumaban las caras curtidas "como cuero de chancho" y las melenas sedosas, o "porras grasientas" en huelga con el jabón.

Los hombres de trabajos rudos, que durante la semana o quincena no habían podido concurrir a la peluquería, parecían bichos peludos escapados de algún zoológico o monte cercano.

Después de "tuzados a lo yegua", según se chanceaba entonces y afeitados con todo esmero, parecían apuestos "don Juanes" prontos para conquistar todas las Dulcineas que encontraran por las colonias.

Muchos de ellos antes de tomar rumbo fijo, llegaban hasta "La Casa de Todos", para hacer tiempo.

Allí bebían algunas "bravas" (caña doble del Paraguay) jugaban algún truco o hacían tertulia con compañeros o conocidos de la zona.

Llegada la hora que a cada uno le parecía propicia se retiraban solos o acompañados.

En la colonia había casas donde el elemento femenino era muy numeroso y otras en que se reducía a la unidad.

Hasta allí se allegaba la mozada, la que era recibida por los dueños de casa con la sencillez y cordialidad propia de la gente campesina.

Las jóvenes se ponían sus mejores prendas y lucían sus graciosos dones, para recibir al hombre con el que soñaban llegar un día en alas de un ensueño hecho realidad, hasta el Altar de Dios.

Los galanes eran recibidos en la amplia cocina colonial o en los patios terrosos, según las estaciones y las noches.

Todos reunidos en rueda grande, conversaban de temas rurales, animales perdidos, peleas en algún boliche, carreras corridas o depositadas, bailes, casamientos, cosechas y de miles otros asuntos propios del medio ambiente.

Indudablemente que entre la numerosa "perrada" como graciosamente la clasificaban en aquellos días, había el "preferido" y por la muchacha o los viejos. Los buscadores de novia y los que estaban "como los chorizos de Donato", —es decir, sin aceptación— según se refraneaba en el ambiente comarcano, hacían número y estorbaban.

A los "estorbadores" que no hacían más que golpearse el caño de la bota con la sotera o cabo del rebenque, tomar mate y salir, de

cuando en cuando, afuera para mirar el cielo o bostezar, se les llamaba "paletas".

De aquí que a todo individuo que estaba demás en un lugar, haciendo como de estorbo a los novios, para que se mandara a mudar, le preguntaban con intención:

—*"Che N.N., cuál es el hueso más ancho del animal"?*

El mate era el amigo cordial de la rueda, que hacía entretenida la velada, mientras los favorecidos con las preferencias de las ninfas les "lloraban" o contaban a éstas sus pasiones amorosas.

Es claro que la "novillada" —como la llamaba Isidoro Barragán— era muy numerosa y sobraba en "el rodeo", de suerte que algunos "novillos" después de haber bostezado un rato optaban por irse a otra casa, no si antes dejar de hacer alguna pillería en un caballo ajeno, en algún recado u objeto del dueño de la propiedad.

Es así como solían aparecer a distancias grandes de la casa, un arado, una rastra o un portón que habían sido arrastrados con espíritu de molestar a los patrones.

Aflojar la cincha, sacarle el freno a un caballo, quitarle las maneas, desatarles las riendas o los estribos, etc., eran diabluras que estaban a la orden del día.

Como marco final de estos cuadros evocativos de una época, hay que agregar "las patotas".

Estas esperaban en los caminos a los viajeros noctámbulos con preferencia a los que eran favorecidos con las atenciones de las muchachas de alguna casa, a objeto de propinarles una paliza a "mango y sotera", o alguna formidable carrera, entre gritos, risas y hasta tiros de revólver al aire, y con el propósito bestial de que se estrellaran contra algún portón, pegaran alguna rodada en lo obscuro o se zambulleran en algún arroyo al errar la alcantarilla.

El fin ulterior de estas barbaridades espeluznantes eran alejar al rival, para que dejara campo libre, a otros pretendientes.

Otra barbaridad rayana en lo criminal, que se hacía en otra colonia cercana, era la de atravesar de poste a poste de los alambrados de una calle y a una altura de cuarenta o cincuenta centímetros del suelo, un hilo de alambre con la aviesa intención de que el caballo del que huía perseguido se boleara en plena carrera con el resultado imaginable.

EN UN FLETE SOBERANO

Una noche en un sector de la colonia, habían llegado unos mozos a la casa de un colono, donde vivían dos preciosas chicas "en edad de merecer".

Como eran "muchas piolas para tan pocos trompos", los madrugadores ocuparon los mejores lugares y los lerdos tuvieron que conformarse como los bueyes, es decir tomando el agua turbia o bien golpeándose el caño de la bota con el rebenque.

Y el caso frecuente era, que cuando uno ganaba el mejor lugar de la cocina no lo largaba aunque estuviera nada más que de "paleta" o de "novillo".

Uno de los "madrugadores" de esa noche era un buen muchacho en todo sentido: grande en el trabajo, mayor en la prudencia y manso entre la gente.

Los "novillos" de aquella noche resolvieron esperarlo en el camino para darle una buena paliza.

Como a la media noche pasada, montó el mozo en su mentado parejero y rumbió en dirección a la Villa.

Al desembocar la calle se separa las propiedades de dos colonos, salieron de entre las sombras de los árboles los que esperaban a la presa. Una luna magnífica alumbrada la inmensidad del campo.

El mozo que palpitaba la emboscada, traía su flete "picado al freno" pronto para disparar.

En cuanto oyó el primer "alarido" de la indiada de ese malón, le bajó el rebenque a su parejero sacándole ventaja.

Atrás de él, "una perrada de guapos encomparsados", inició la persecución, al mismo tiempo que se oyeron varios disparos de arma de fuego.

"Patitas para que las tengo" pensó en su desesperación el fugitivo.

Se estimó como goma de honda su pingo, pero el mozo iba tan obligado por el "jabón" que llevaba a los tientos, que erró la alcantarilla y se zambulló con flete y todo en la profundidad del arroyo.

Prendido con "uñas y dientes" (decía mi informante) pudo salir airoso, auque como pollo mojado por el chapuzón y seguir su desenfrenada carrera.

Mientras tanto los patoteros, muertos de risas por la "hazaña" realizada, abandonaban la persecución del jinete desesperado.

Y las mentas decían que el "julepe", fue tan grande que nunca más volvió por aquella casa tentadora.

TIROS AL AIRE

Otra noche en una colonia limítrofe con Villa Elisa, a un mocito que llevaba revólver al cinto, se le ocurrió descerrajar unos tiros al aire con el propósito, seguramente, de que algún rival se enterara de "que no andaba solo, sino acompañado".

Oído que fueron los disparos y reconocido posteriormente por su caballo atado a un palo de alambrado en una casa vecina adonde ha-

bía ido para "velar", dos mocetones de esos acostumbrados a "parar rodeos" entre guapos, resolvieron "darle un sosegate".

Así fue que a la hora del retorno lo esperaron en una boca calle y cuando el solitario viajero los enfrentó, fue sorprendido por los "gritos pampas" de rigor, en la inmensidad de la noche.

"El de los tiros al aire", no se acordó de que "no andaba solo" y encomendando su alma y salvación al "chuzo" que montaba, salió como liebre que la corren los perros.

Lo llevaban tan afligido al pobre, que en plena carrera y a rumbo nomás enderezó con su flete hacia el portón de un potrero que creía abierto.

Quiso su mala estrella que no fuera así, y a toda carrera se estrelló, igual que perdiz en los alambrados, cuando aún "no sabían leer ni escribir", cayendo conjuntamente con su caballo y portón de palos y alambres, en un entrevero descomunal.

El caballo después de sacudirse y patear para todos lados, salió bien, pero no así el jinete que quedó enredado entre los hilos de alambre de púa, sin que felizmente le sucediera nada grave.

"Lo sacamos, me decía uno de los protagonistas de esa noche, "más muerto que vivo", pero no sabía si era por el accidente o por temor a la "garroteadura" que seguramente esperó le brindaran los perseguidores.

Sin embargo éstos tuvieron piedad y le perdonaron los rebencazos y "mangazos" de rigor, en estas aventuras.

ATENTADOS CRIMINALES

Sin embargo los dos hechos narrados precedentemente, estaban muy lejos de adquirir la bestialidad criminal que tuvieron en cierta colonia aledaña a Villa Elisa.

Las patotas bravas abundaban y era lógico que cuando se encontraban en un boliche de campaña o en un baile, se armara una de "hacha y tiza".

Consecuencias: una cabeza rajada de un "mangazo", un "barbijo", en la cara, un "triperío" por el suelo o uno que iba a dar con su humanidad al camposanto.

Entre los procedimientos usados para ahuyentar a los "estorbadores", el del alambre atravesado en los caminos, de poste a poste, era sin duda alguna criminal.

El hilo se ponía a distintas alturas del suelo: bajo, si era para que la cabalgadura se "bolease" con el perseguido encima, y alto si la intención era de que el jinete quedara colgado del cuello o se degollara "a lo oveja".

¡Qué monada de diversión!... ¡Qué juego de nenes!...

¡Cuesta concebir en un ser humano semejante perversión de sentimientos!... ¡Qué barbaridad!...

Cuesta creer, pero, lamentablemente es confesarlo; hay personas que de tales, solamente tienen la posición vertical.

La patota merodeaba la casa esperando a la presa y cuando ésta se retiraba, la sacaban "como perrada a una liebre" entre gritos y tiros al aire, y ¡Guay!... si no volaba en su montado; le dejaban "el lomo más hinchado que la panza" a garrotazos, diré recordando frase auténticamente regionales.

Es de imaginar lo que podía ocurrirle al que escapaba de la jauría humana.

Con seguridad que el enamorado, no volvía más, de noche, en busca de su Dulcinea, por más Quijote que se sintiera.

En cierta época un mozo visitaba a una joven de dicha colonia. El mozo no era de "arriarlo en dos tirones", de suerte que enfrentaba resuelto las amenazas que se cernían sobre su humanidad y estaba dispuesto a jugarse la vida "por su honor y por su dama", sin aflojar "un tranco de pollo".

Una noche, después de otras muchas de "tanteos", la patota brava esperó al empecinado galán y empezó a pegar algunos gritos con el fin ya conocido.

El enamorado no se intimidó, y siguió al tranco de su zaino, pistola en mano y resuelto a vender cara su hombría.

Pasaron "los guapos" cerca al solitario jinete, diciendo guasadas de todo calibre y festejándolas con risotadas de "ordinarios", como solía decir graciosamente el indio Fagúndez, pero sin atraverse a llevarlo por delante o pararlo en el camino.

El que iba a ser la víctima propicia, reconoció la voz de uno de "los patoteros".

Sucedió que al domingo siguiente lo encontró en una reunión de carreras de parejeros y "ni lerdo, ni perezoso", lo encaró resuelto en presencia de un gentío numeroso.

Después de unas palabras fuertes, los dos se "tiraron al suelo" de sus pingos, pero uno para disparar y escabullirse entre la gente y el otro para correrlo, pistola en mano.

Resultó "demás amargo", el patotero.

Nada más que el susto ocurrió ese día, pero desde entonces, el don Juan de este hecho, no oyó ningún grito que rompiera el silencio profundo de las noches camperas por los caminos donde cabalgaba en pos de una ilusión juvenil.

A PLENA LUZ DE UNA LUNA LLENA

Juan y Marcelino habían tenido una diferencia sin importancia en una trilla.

Marcelino había acusado al primero de que le pinchó un buey con la horquilla y tuvieron unas palabras "medio fuertes". Según Juan no era verdad lo que aquél manifestaba.

Cuando Marcelino pasó la botella de la caña en rueda de trabajadores, "lo hizo puente", todas las veces que "besaron" la botella. Aquel era el dueño de casa y Juan no tuvo más remedio que "tascar el freno" y aguantar en silencio la afrenta o desaire ante sus compañeros.

"Ya te he de agarrar cortado", se dijo para si, y entonces te voy "hacer pitar del fuerte".

Así quedaron las cosas y la máquina, terminada la trilla en esa casa, cambióse a otra.

La escena que sigue, ocurrió después de algún tiempo, en un rastrojo y a plena luz de una luna llena.

La casualidad quiso que una noche se cruzaran por un camino y que Juan lo reconociese.

"Esperame aquí un momento", le dijo Juan a su compañero Vicente, "que tengo una cuenta que arreglar con aquél gringo" y sin darle tiempo a que le preguntara nada, dio media vuelta a su caballo, "le cerró piernas" y alcanzó al ofensor de aquél día referido, a quien paró "atravesandosele en el camino".

"Ahora que estamos solos, vamos a arreglar el asunto de los bueyes", y rápido, entre palabras y palabras, empezó el remolino de palos y caballos.

Primero fue en el camino, después en el rastrojo, "a mango de rebenque", sin lástima y a empellones de caballos.

Juan llevaba la mejor parte ya que perseguía a su contrario "meneándole garrote por el lomo" a "raja cincha", pero sin poderle "dar en la cabeza y bajarlo del caballo" para así "despacharse" a su gusto, me confesaba aquel, recordando con fruición los distintos momentos de la pelea.

Por momentos, los caballos daban vueltas uno alrededor del otro, como jugando a la ronda, sin mezquinarse "mango" los contendores.

"¡Era un entrevero flor!"... repetía el narrador y agregaba: "¡Si parecía un partido de polo!"...

El dueño de los bueyes llevando la peor parte, por "la abundancia de palos" que recibía, salió "loco e la vida", disparando a todo correr de su caballo, en dirección al rastrojo.

No abandonó su presa el ganancioso y allí en medio de la chacra siguió el entrevero. Andaban en todas direcciones, ya en plena carrera, ya en remolinos fantásticos, dándose mutuamente palos, por donde podían.

En una de esas escapadas, Marcelino salió a toda carrera de su flete, perseguido con su caballo bien tendido, por Juan.

Con toda picardía aquél, sofrenó de golpe su pingo y cuando Juan, que no adivinó la intención, pasó con el suyo a todo correr, recibió un soberbio impacto de "mango" en la frente, que lo dejó sin rumbo, situación que aprovechó Marcelino, para disparar a lo venado y perderse de vista.

Junto de nuevo a su compañero de trasnochada, siguieron hasta la casa hacia donde se dirigían anteriormente.

Sentados formando rueda en la cocina, no dejó de llamar la atención de los presentes la postura excesivamente inclinada hacia adelante del sombrero de Juan. Nadie se atrevió a preguntarle, porque el hombre era de "respeto".

Y recordando lo del sombrero que casi le escondía la cara, riéndose con ganas del episodio narrado, me dijo:

"Y que iba hacer, si el garrotazo que me acomodó "en medio de las guampas" el gringo aquel, me habia hecho un chichón grande "como huevo de pato", en la frente, justito en el lugar donde calza la boca del sombrero que resultaba chica"... "Pero le pegue tantos palos por el lomo, que le debe haber quedado como la panza, por la hinchazón".

UN BAILE EN LO DON CAMILO

a Juan, Fermín y Martín Zermatten

Lo prolífico de las familias de las colonias y la gran cantidad de mujeres que había en algunas casas, hacían posible la frecuencia de bailes.

Cuando se juntaban varias familias, había bailarinas hasta para prestar.

Además esas mozas, que eran un primor de juventud y de belleza, atraían con fuerza magnética a la muchachada de los contornos.

Los muchachos de Villa Elisa andaban "iguales que perros en cocina ajena y a deshoras de la noche", y no desperdiciaban oportunidad para hacerse presentes en cuanto se enteraban de algún baile.

'Parecían invitados de honor, por lo infaltables!...

Llegaban en grupos de cuatro o cinco, pero formando unidad, con el propósito de armar bochinche, sino los dejaban entrar.

Los de la casa y allegados, como es natural, no veían con simpatía a todos "los agregados" que iban llegando y especialmente si eran de color "medio bajo".

Algunos pasaban, pero otros quedaban, como si jugaran al "Martín Pescador".

Estos eran los que formaban el escándalo, para "parar" el baile.

Los bailes eran demás lindos, porque aparte de las damas, se be-

bía y comía "que era un encanto".

La generosidad de los dueños de casa fue proverbial. Había caña, vino, chorizos, queso, café con leche y otras cosas "hasta para tirar pa arriba", valga por abundancia.

No faltaban para el final, varios corderos asados.

Algunos, sabedores de la generosidad apuntada, se ponían a "ración medida" desde el día anterior.

De los innumerables entreveros que recuerdo haber oído narrar a protagonistas, describo los que leerán a continuación, porque realmente mueven a risa.

El baile estaba en su apogeo.

"Rezongaba" el acordeón y las parejas se movían "como pidiendo cancha".

Contentos estaban los de adentro y "bufando" los de afuera del cerco. Estos, ya resueltos a "parar" el baile, habían ocupado las posiciones estratégicamente.

Cuchillos, rebenques y trompadas, en un entrevero que alumbró una noche de luna llena, repartían planazos, garrotazos y golpes a granel.

Un colono grandote, pero "liviano como marlo" para los entreveros, trató de disparar del tumulto, con tan mala suerte que al querer pasar por un portoncito ocupado por Santo Cepi, fue cazado del cuello por este y después de revolearlo por el aire, "lo aventó" a varios metros de distancia.

Mientras el colono se revolcaba y gritaba de dolor, Santo llamaba en voz alta diciendo:

—*Vengan, que aquí hay uno que se está ahorcando.*

"¡PARE EL BAILE!..."

En otro de los bailes, el desorden fue hecho por dos morenos que miraban desde la puerta, porque estaban "como los chorizos de Donato", sin aceptación, según el refrán conocido.

Uno de los morenos, que era demás amargo para aguantar a otro varón, pero demás zorro para hacer armar líos y sacar él su cuerpo humano del medio del entrevero, le propuso a su compañero de angustias, "parar el baile".

Este "agarró viaje" y el incitador planeó la acción siguiente:

—*Vos, hermano* —le dijo— *cuando el baile esté en lo mejor, te plantás en el medio del salón y gritás fuerte: pare el baile.*

Yo les voy a ganar la puerta facón en mano y por allí no va a pasar nadie, te lo aseguro. El primero que intente, lo volteo de un planazo.

Aunque la cosa le hacía cosquillas en las "agallas", el amigo creyó en el empuje de toro de su compañero de aventura y aceptó el convite, diciéndole:

—*¿Pero vos me vas a cuidar las espaldas?*

—*Andá nomás tranquilo, hermano, y tené confianza en mí* —contestó el incitador.

Llegó el momento y en lo mejor de la danza "el chinón" se plantó en el medio del salón. Con voz resuelta y estampa engrandecida por las botas, el pañuelo de seda blanca tendido sobre la espalda, vicuña y rebenque en la mano izquierda, la diestra lista para echar mano a la cintura y el sombrero ancho y requitado, gritó fuerte:

—*¡Pare el baile!...*

Le abrieron cancha las parejas y algunos bailarines dispararon llevándose la puerta por delante, mientras que el mujerío gritaba azorado, amontonándose, "como gallinas en jaula de acopiador de aves".

Cuando el patrón de la casa, que por su tamaño era como tres hombres en uno solo, se dio cuenta del escándalo, entró como flecha al salón, tomó al pobre tape de la parte posterior del cuello de la blusa con la mano izquierda, lo levantó en peso, lo puso frente a la puerta de salida y le dio tan soberano puntapié en donde la espalda cambia de nombre, con una bota que debía ser como número cuarenta y cuatro, que lo aventó por "los aires", como si fuera bosta seca, diciéndole al mismo tiempo:

—*¡Mandate a mudar, tape basura!...*

Quedó el pobre moreno "como gallo que lo aporrearon los perros".

Mientras tanto su compañero de aventura, se había hecho perdiz. Era su costumbre vieja, armar lío y sacar su cuerpo humano.

Al rato nomás lo encontró. El pobre tape estaba como descuartizado a causa del puntapié y el golpe. Cuando se le acercó le dijo, medio resentido:

—*¿Y por qué no lo atajaste?*

—*Es que la cosa se puso demás fiera, hermano...* —contestó muy suelto de lengua el "zorro viejo".

"¡FLOR DE DESENTUMIDA!"

En una casa de la colonia Villa Elisa, una solitaria flor había abierto su corola entre muchas espinas.

Buscando la belleza y el perfume de aquella flor, muchos eran los que deseaban cortarla de su pedúnculo y a igual que los insectos de aromasolados reflejos en sus cuerpos o iris mágicos en sus alas, llegaban para rondar tan delicado primor de juventud.

El jardinero, celoso guardián de su única maravilla, cuidaba con esmero tan bella flor de su jardín,protegiéndola de las acechanzas de tanto insecto sediento de su néctar.

Un sábado, muchos rondadores nocturnos llegáronse hasta la flor;

por hermosa codiciada.

No eran menos de veinte los visitantes que en la amplia cocina, conversaban de muchas cosas.

La noche era oscura, me decía uno de los participantes de esta "desentumida de órdago".

A eso de las once o doce de la noche, se le ocurrió a uno de los presentes salir afuera de la cocina para bostezar a sus anchas y desentumecer sus coyunturas.

Como otro de los contertulios desconfiara de aquel, por temor a que le hiciera alguna pillería en su caballo, aflojándole la cincha, sacándole el freno, desprendiéndole los estribos, dándole vuelta el recado, sacándole la manea para que después el dueño anduviera "como loco en lo oscuro", buscándolo por el potrero, o alguna otra de las mil y tantas que el ingenio humano inventaba en aquella época lejana, salió atrás de él.

Otro seguramente pensó lo mismo de éste y siguió igual camino y así sucesivamente fueron saliendo, con intérvalos variados, algunos más.

Sin que se supiera como empezó "el berengenal", el caso fue que en la oscuridad impenetrable se armó un remolino de "ponchos, mangos y lonjas", de aquellos de "venga y vea".

Todo el que podía pegar, pegaba sin saber a quien y al que iba saliendo de la cocina para ver lo que sucedía afuera (encandilado aún por la luz) lo echaban al medio bajo una lluvia de sotera y palos, como granizada de huevos de avestruz contra las chapas, por el ruido de espaldas y cabezas.

Como los curiosos aumentaban, aquello fue un "San Quintín" en una noche oscura.

Toda cosa que se movía en la ronda que se formó, como bailando a compás de tambor batiente, con seguridad que recibía uno o varios impactos.

En la descomunal "tremolina" —decía mi informante— se oyó hasta el grito de un perro, el que al querer pasar la zona prohibida de ese torbellino humano, fue recibido con una andanada de palos en el lomo y la cabeza que lo alejó aullando de dolor.

"El tole-tole" fue tan grande que ni el viejo dueño de casa se libró de participar oen la danza, pues al querer "puertear" para imponer orden, fue echado al medio sin saberse que era él y le "sobaron el lomo" como a cualquier hijo de vecino.

En la oscuridad todos los gatos son negros "válgale" a los gritos que dio en su idioma natal, lo reconocieron, que sino, lo dejan de cama.

Pararon los "tambores del baile" y dejaron de revolearse los ponchos y rebenques.

Algunos montaron y se fueron sin despedirse, otros entraron nue-

vamente a la cocina exhibiendo chichones como huevos de martinetas.

Unos se tanteaban los costillas y espaldas porque el escozor los quemaba.

Y terminaba mi informante testigo de aquella noche, diciendo campechanamente:

"Aquella sí que fue, ¡flor de desentumida!"

MADRES ABNEGADAS

Le faltarían a estas páginas que van recogiendo lentamente el alma de mis pagos, la esencia más sublime de la vida, sino les dedicara un recuerdo de veneración a las abnegadas esposas de los primeros colonizadores de esa comarca para las cuales he formado un altar de amor en mi corazón.

Sería interminable hablar de cientos de ellas, pero todas están en lo más querido de mis sentimientos, y no tengan duda mis lectores, de que al referirme a una, es como si compendiera las virtudes de las otras.

Desde la ciudad de las luminarias, voy cortando campo y ríos con la imaginación, buscando auroras, días, noches y casas campesinas para encontrar aquellas mujeres de polleras amplias y ajustadas batas, de cabellos recogidos y pañuelos en la cabeza, de rostros curtidos a soles y heladas, de manos ásperas, voces extranjeras, acentos cadenciosos, de músculos pulposos y antros fecundos.

Así eran ellas, las heroicas y abnegadas madres de mis pagos natales: pródigas como la tierra que las acogió enseñándoles el camino de la fecundidad en sus entrañas virginales.

Tuvieron a Dios en sus conciencias, la fortaleza insuperable junto al compañero de afanes, alegrías y pesares y la vida palpitante de las generaciones que seguirían por siempre jamás.

Pareciera que fueron elegidas por el Supremo, para florecer en aquel mar de cuchillas ondulantes y fructificar en sus hijos las virtudes de la raza y de sus almas.

¡Bendito sea Dios, porque mi madre vivió entre ellas y pude verlas de cerca en la eclosión fecunda de sus hogares cristianos!...

En los tules de mi alma pasan en procesión de diosas, con sus caras curtidas de soles, vientos y lluvias, como surgiendo de lo insondable del espíritu para hacerme exclamar;

¡Qué mujeres estupendas!... ¡Qué madres ejemplares!

Y como no serlo, si parecían mujeres modeladas en la Biblia, para florecer en la tierra argentina las virtudes que Dios sólo da a sus criaturas elegidas.

¡Salve, oh madres inmortales de las colonias de mis pagos natales!

Para ustedes, en holocausto, este recuerdo emocionado y esta lágrima porfiada que quiere desprenderse para caer sobre cada letra como homenaje de un corazón.

LA TIA ROSA

Era hermana de don Luis Roude y casada con mi tío Jorge Francou.

Su primer hogar matrimonial estuvo en el Cuartel Norte de la colonia de Villa San José, cuya propiedad hoy es de don Cirilo Pent.

Cuando don Héctor de Elía fundó Villa Elisa, tío Jorge compró las concesiones sitas sobre la avenida Gral. Mitre que conduce al camposanto y a unos dos mil quinientos metros del linde del pueblo.

Allí levantó su morada, perteneciente actualmente a su nieto Omar Francou.

Sus vecinos más cercanos fueron doña Luisa Guiffrey de Mout, José Orcellet, José Zermatten y José Roude.

Su fecundidad de madre dio vida a sus hijos: Tobías, Adolfo, Antonio, Cesáreo, José, Francisca, Agustina, Josefina y Rosalía.

Yo solía pasar temporadas largas entre mis tíos y lo que he visto forma un conjunto tan grande de escenas, que al referir algunas parecen palpitar de nuevo ante mis ojos inocentes de entonces.

Tía Rosa cocinaba, cosía, sacaba agua del pozo, ordeñaba, cuidada la huerta, daba de comer a los cerdos, y gallinas, aderezaba la carne para hacer los chorizos, amasaba la harina y hacia el pan, calentaba el horno y horneaba... y todavía le sobraba tiempo para trabajar la chacra a la par de su marido, hijos e hijas.

Como si aun no fuera bastante, le quedaba fortaleza para hacernos rezar arrodillados al pie de la cama, frente a un San Juan Bautista que pendía de la pared, sobre la cama de Yuyé.

Si de la suma de todas esas cualidades hechas trabajo y espíritu y de otras muchas que he omitido deliberadamente no surge el temple en que se forjan las virtudes de su raza, sería el caso de pensar que el Reino de los Cielos está también cerrado para los buenos o que el premio de Dios es inalcanzable aún para los que son modelados a su imagen y semejanza.

Tengo la seguridad de que tía Rosa alcanzó aquel Reino de la felicidad eterna.

EN LA CHACRA

La segadora arrastrada por caballos corta los trigales sazonados, largando a su paso las gavillas cargadas de granos.

Ambos tíos, sus hijos varones y mujeres y yo entre ellos, recogemos el preciado premio al trabajo, para hacer los montones coníferos, que a semejanza de menires dispersos, quedan unos días en el rastrojo, para ser llevados después al lugar donde se harán las parvas, cerca de la casa.

Entre todas las siluetas que se mueven en el rastrojo, se destaca la de mi heroína, abrazada a cuatro gavillas, dos apretadas debajo de los brazos y contra el cuerpo y otras dos asidas de la piola sisal, una en cada mano.

Enorme sombrero de paja, hecho capota al ser apretado en sus alas con un pañuelo anudado debajo de la mandíbula, la protege del sol.

Un ir y venir, como hormigas cargadas con sus provisiones, acerca o dispersa alternativamente al laborioso enjambre formado por esos seres de un pequeño colmenar humano.

Por momentos, tía va hasta la casa cercana para ver alguna cosa que demanda su presencia e inmediatamente vuelve al rastrojo para mezclarse al grupo en actividad.

Así por las mañanas y las tardes de la siega estival, descansando únicamente en las horas del almuerzo y de la noche.

A eso de las tres de la tarde marchamos José y yo rumbo a la chacra, llevando el mate cocido en un balde especial y los cubiertos necesarios a la sobria merienda de pan y queso.

Terminada la faena del día los varones íbamos hasta el "Tajamar de Franco", donde después de una enjabonada flor, de unos zambullones a lo carpintero y unas brazadas iguales a aletazos de tarariras, salíamos como para empezar de nuevo el trabajo.

COMO MUEREN LAS ALMAS CRISTIANAS

Era tía Rosa un alma verdaderamente cristiana, y en esa sublime Fe, educó a sus hijos.

Como a todos los mortales, le llegó su hora postrera de este mundo terreno y así fue que su fortaleza física decayó hasta el sueño eterno.

Hombre ya, tuve oportunidad de poder llevarle el Cura para que le diera la Extremaución. Era párroco entonces el Padre Héctor Dito.

En una de esas treguas en que el dolor decae y el espíritu se alienta, llamó a sus hijos para que se arrodillaran en torno a su lecho de moribunda y juntos rezaron el Rosario. En ese instante su vida se apa-

gó plácidamente, bajo el arrullo de la Oración que nos acerca a Dios.

Sesenta y cinco años de existencia fecunda, rindieron al fin, su tributo a la Ley de Dios.

Tío Jorge le sobrevivió, falleciendo a la edad de ochenta y cuatro años.

Ambos descansan cerca del lugar donde estuvo enclavada la Cruz Mayor del camposanto que fuera regalada por el padre de tío, adquiriendo por tal motivo el privilegio dado por los vecinos de ser sepultado al pie de la misma.

LA TIA FRANCISCA

Era hermana de mi padre y casóse con don Isidoro Fellay.

De su matrimonio nacieron Juan, Eduardo, Isidoro, Antonio y Francisca Martina.

Al igual que todas las madres de las colonias llenaba el hogar con los quehaceres domésticos ya detallados al referirme a tía Rosa.

Situada la propiedad de tío Isidoro en las Puntas del Perucho Verna, que ya conocen mis lectores, y teniendo hijos a los cuales les gustaba el agua más que a los patos, era natural que mis hermanos y yo pasáramos temporadas que fueron inolvidables.

De los recuerdos que anidan en mi memoria recogeré aquellos que por su intensidad resplandecen más que mi alma, para dejarlos caer sobre estas hojas que cantan su postrer adiós a las vidas que ya pasaron por mis pagos queridos.

Y si no las traigo, como he traído tantas... ¿quién podrá rescatarlas del olvido que pone el tiempo en las cosas que fueron?

JINETEANDO TERNEROS

En el numeroso plantel de vacas lecheras que había en la casa teníamos terneros de todo pelo y tamaño.

Algunos eran pequeños, pero había otros que ya era hasta una vergüenza que anduvieran a los cabezazos rondando los manantiales maternos.

Estos grandotes eran los que preferíamos para nuestras "jineteadas estupendas".

La "Pituca" y yo (así lo llamábamos a mi primo Antonio) teníamos sendos lazos de soga gruesa, con los cuales hacíamos los "aparte" de rigor para encerrarlos en los corrales.

Cuando "puerteaba" un ternero de los más grandes, nos mandábamos cada 'piales" que ni Crisosto Benítez que tuvo justa fama, nos igualaba. Y había que vernos cuando nos afirmábamos para el cimbronazo de la cuerda, al pretender "clavarlos" dejándolos con las patas como perro pidiendo agua al cielo... Ni aquel famoso piel del peludo que nos referia don Anastasio con la "verseada" de "caracú hueso, rodá y quebrate el pescuezo", nos igualaba.

Prisionero el "grandote" uno lo sujetaba de las orejas, mientras el otro se le enhorquetaba en el lomo.

Afirmado el domador con los talones, el "apadrinador" pegaba un grito y "sobre el pucho" nomás, una palmada en el costillar o anca del ternero.

Salía éste a los saltos para todos lados, igual que carro entre los terrones o en campo quebrado, mientras nosotros más prendidos que "saguaypé" en un cuero y a los gritos jubilosos, tratábamos de mantenernos montados.

En ocasiones el espectáculo era duradero, pero en otras, al primer corcovo "quebrado" o en seco, nos dejaba "como taba clavada en el barro, o nos zambullía como flecha entre las espinas o alguna torta de vaca.

Quedábamos... como pintados al óleo y con más rayones en la cara, piernas y manos, que bancos de escuela.

Como el terneraje era numerosos, nuestra diversión vespertina nos dejaba "de cama" y apenitas tía nos servía el café con leche, con cada pedazos de pan colono, "como para atorar loros" (los que si no engordaban de "golpe" nos ponían más panzones que terneros "guachos"), nos íbamos a dormir.

¡Con cuanta ansiedad esperabamos al día siguiente la caida de la oración!...

Que lo digan los corrales y los terrenos jalonados por metro, a fuerza de porrazos y revolcones.

AL TERCER VOLIDO

Era creencia arraigada entre nosotros cuando las perdices aún "no sabían leer ni escribir" y se estrellaban con suma facilidad en los alambrados de los caminos, que las mismas levantaban el vuelo tres veces quedando después agotadas de cansancio entre los pastos o matorrales, lo que permitía que se pudieran coger fácilmente.

Entre la numerosa caballada que había en la tropilla de la casa, tres eran veteranos y a los cuales podemos denominar sin ofenderlos: "matungos", "sotretas" o "mancarrones".

Uno se llamaba "El Bonito", era de pelaje zaino colorado y al que tío quería entrañablemente, pues había sido el flete de sus años mozos, cuando visitaba a la dueña de su corazón.

El otro era "El Blanco". Este tenía los ojos zarcos y era más "lagañoso" que muchacho al que lo "agarró" dormido el sereno de la luna.

Entre las pocas habilidades que le conocíamos, debo destacar la "baquía" para penetrar en los tembladerales más movibles y peligrosos del bañado, en demanda del pasto verde y tierno que con exuberancia imaginable crecía en esos lugares de dificilísimo acceso.

Sabía andar "El Blanco", disfrazado de verde, lleno de sanguijuelas y hecho una indecencia.

Era el pasto verde peor que el "calostro" para los terneros recién nacidos.

El otro sotreta, dejado exprofeso para la presentación, era el llamado "Barroso" más panzón que un buey en el verdeo y al que le sonaba la barriga como si tuviera una revolución en las tripas.

Fue el matungo ideal para el "chacaneo", por su mansedumbre.

Era más lerdo que un catamarqueño para hablar, de suerte que para hacerle agarrar trote había que "lonjearlo" unos cincuenta metros, otros cincuenta para que galopara y como doscientos para que corriera a media rienda.

A cada rebencazo, contestaba revoleando la cola, igual que si fuera espantando las moscas.

En fin, era "un burro" y no un caballo como para salir en busca del médico o de la partera.

El caso era que el mancarrón de marras, se prestaba para que lo montáramos a la moda de Portugal: "cuatro burros en un bagual".

Pese a sus patas de plomo, era ideal para cazar perdices al "tercer volido".

Sucedió que una perdiz levantó el vuelo con su batir de alas y ruido correspondiente. Isocrónicamente el jinete gritó: "al tercer volido", meneándole lonja y talón al sotreta viejo que cabalgaba.

Quiso su mala suerte que el mancarrón rodara y lo "escondiera" en un "pozo de toro", cayéndosele encima y tapándolo como si fuera un poncho.

No lo "reventó" de casualidad o porque los muchachos están hechos de goma, para no quebrarse "como leña seca".

El susto se entrevero con la risa... y felizmente no paso nada.

Sin embargo el dicho al "tercer volido", quedó como grabado en bronce entre los participantes de aquella correría impagable.

LOS CASAMIENTOS

Hasta que no se creó el juzgado de paz de Villa Elisa en 1913, los casamientos por el civil se realizaban en la ciudad de Colón, cabecera del departamento.

Cumplido este requisito de orden legal, sucedíale el casamiento de orden religioso, que era realmente el de las almas unidas ante la

pureza del altar de Dios y en el que se exteriorizaba la alegría del acontecimiento.

De mis recuerdos de gurí conservo escenas borrosas, sin poder distinguir protagonistas con sus nombres propios.

Así pasa dibujada una hilera de varios carros de colonos al trote largo de los matungos, metiendo más ruido en su marcha que una tormenta con truenos y levantando de los caminos más polvareda que un remolino.

Los novios sentados en el primer carro y acompañados por los padrinos "hacían punta" en dirección a la iglesia, seguidos por otros carros llenos hasta los topes, de participantes familiares y amigos.

Cerraban el cortejo, mozos montados en sus cabalgaduras, que lucían sus mejores prendas de vestir y de ensillar.

Bajaban frente a la iglesia y allí se amontonaban, como hacienda en los potreros perseguida por la "mosca brava", alrededor de los novios.

En confusión desordenada, pero atrás de los novios, avanzaban lentamente hasta la puerta principal del templo, para seguir hasta el Altar donde los esperaba el Padre Augusto Hoflack, para el ritual solemne.

No se oía ni música ni canto y sí el sollozo emocionado de alguna madre. ¿Recuerdos?... ¿Temor? ... ¡Vaya uno a adivinarlo!...

Rápidos, algunos mozos se corrían hasta lo Irastorza, Bourren o Deymonnáz y después de pasarse unas "bravas" por el buche (era día de farra) y de comprar muchas gruesas de cohetes, esperaban la salida y partida de los desposados.

Unidos los novios por el lazo indisoluble de la Santa Iglesia Católica, ocupaban de nuevo "la carroza" nupcial.

De nuevo el tronar sordo de los caminos por el rodar de las llantas y el piafar de los caballos, alborotaba la aldea tranquila.

Este era el momento de mayor alborozo.

La mozada montada en sus pingos cruzaba a todo correr por el costado del carro señero, arrojando gruesas de cohetes encendidas, pegando alaridos de todo tono y calibre, revoleando los ponchos y haciendo "rayar" el suelo a sus chuzos enardecidos por las explosiones ensordecedoras.

En estas correrías, cruzaban y volvían una, cinco o diez veces los jinetes, hasta que el carro dejaba los lindes del pueblo.

Al llegar la caravana cerca de la casa, se repetía la alegría bullanguera, pero con menor intensidad.

EL CASAMIENTO DE TOBIAS

En una carta que me escribiera mi hermana Margarita, padrinos con mi primo Adolfo Francou del casamiento de Tobías Francou con doña Anastacia Orcellet, me cuenta cosas interesantes que serán siempre historia viva en el tiempo demoledor de cosas y costumbres.

Pese al resquemor que le da a mi prima Anastasia "ahora que todos son finos y que los novios precisan una cola larga y puro acompañamiento de automóvil", creo que interesa al propósito de este libro que lleva un nombre símbolo, fijar acontecimientos, ya que los hechos valen por lo que representan en la época en que acaecieron.

En mi sentir yo me inclino emocionado hasta lo indecible cuando pienso en la sencillez de esas madres fecundas que llenaron de hijos argentinos nuestras campañas y sacudo tristemente la cabeza cuando veo la disminución prolífica que no ha permitido que tengamos hoy día cincuenta millones de habitantes en nuestra amada república.

Las colas de seda de diez metros de largo y los acompañamientos fastuosos, sin hijos o con una o dos unidades como resultado, se oscurecen y se transforman en trapos y fierros herrumbrados, ante la visión de aquellos "carros-colono" promisorios de decenas, docenas y veintenas de hijos.

Estos hechos hay que situarlos entre los años 1890 y 1902.

En el casamiento de Tobías, los contrayentes, los padrinos y algunos familiares, viajaron hasta Colón, en el carro de don Alejandro Orcellet, destinado especialmente a llevar las jaulas de aves y cajones con huevos a ese puerto de embarque para Buenos Aires.

El carro era "monumental" y en la parte inferior tenía adherido la jaula donde se colocaban los pollos y gallinas durante el acopio de aves por las colonias.

Pese a lo llamativo de la "carroza nupcial", "nosotras íbamos orondas y paquetas", apunta graciosamente mi hermana.

El viaje de ida y vuelta duraba desde las tres de la madrugada hasta las ocho de la noche.

LA FIESTA

El galpón grande existente en lo de tío Jorge estaba adornado como nunca lo estuvo antes.

Bancos y sillas dispuestos en el contorno del improvisado y espacioso salón hacían juego con los gallardetes de papeles de color y flores distribuidas en preciosos ramos.

Un acordeón "de una hilera" en manos de Eduardo Rouggier o Cesáreo Francou, rezongaba los compases alternados de un vals, una polka y un schottich.

"Rompió el fuego" entre aplausos la feliz pareja, haciendo de un vals, un remolino humano que siguió hasta que el sol sobrepasó el mirador de la estancia de don Héctor de Elía.

A las doce de la noche el baile estaba en su apogeo, danzándose con un entusiasmo sostenido.

Mientras tanto en la amplia cocina colonial, los lechones, corderos, pavos, pollos, gallinas, patos, pasteles y las damajuanas con vino, aquietaban los estómagos y levantaban los espíritus de un ciento de comensales dispuestos a divertirse.

En una mesa especial, un grupo de hombres conocidos, le sacaba astillas a la misma, trenzado en una murra formidable que el "tintón" hacía más bullanguera.

En otros apartes unos mocetones se habían afirmado como perros a unos caracuses, chupándoles hasta los tuétanos. Habían venido "livianos" demás y estaban como "engordando".

"Aprovechate gaviota"... "que no te verán en otra", dijo uno al pasar, en tren de broma.

Más hacia la madrugada, los de la "murra" ya estaban "bandeados" por el tintón, y en canciones evocativas de la patria lejana, cantaban a cuatro o cinco voces bien timbradas.

También rondaba por los patios en penumbras, la damajuana del licor ambarino llamado caña doble. Se oían cada besos en el gollete, que parecían ventosas sacadas de golpe.

¡Qué besos!... ¡Si parecían de terneros mamones!...

Nunca faltaba un oportuno que le gritara "al mamón": "de arriba se cayó un gato"... "metele que son pasteles".

Alguno ofendido, retrucaba: "por lo que ha de ser con su plata"... prendiéndosele enseguida a la damajuana como si fuera una mamadera.

Las damas tenían un merecimiento especial y pasaban a tomar el chocolate de rigor, sirviéndoseles alternativamente confites, pastillas, caramelos, licores y galletitas.

Al despuntar el sol sobre las cuchillas del levante, empezó el desbande de algunos mientras otros más demorados le seguían sacando lustre a los ladrillos, o "arriaban" para el buche los últimos despojos del alegre festín.

No faltó una guitarra ni un cantor del pago, que le pusiera el acento de esta tierra a la fiesta, enredando en una milonga o un estilo campero la magnificencia de nuestra tradición en un ambiente de extranjeros que supo echar raíces imperecederas en aquel retazo de tierra criolla.

LAS MADRUGADAS

Siempre se ha dicho que la gente de campo es como las gallinas: "apenas oscurece ya está durmiendo".

En aquellos años era verdad, pues lo frugal de la cena abreviaba la mesa familiar y el cansancio de la jornada vivida llamaba al descanso. Además la faena para el día siguiente la hacía previsora.

Es así que apenas los tíos se iban a su dormitorio, los imitábamos y pronto nos quedábamos dormidos profundamente hasta el otro día.

Apenas los gritos de las tijeretas, el canto de los gallos y los gorjeos de las tacuaritas, anunciaban el despertar de la naturaleza precediendo al astro de la luminaria eterna, tía Francisca y tío Isidoro pasaban para la cocina.

Pronto los marlos encendidos en el tizón incandescente, reflejaban sus llamaradas y el ruido de las cacerolas o tachos, ponía la casa en actividad.

No pasa mucho tiempo cuando la voz de tío, de vuelta para el dormitorio decía:

"Vamos, muchachos, que la mañana está linda", "y ya va a salir el sol".

Empezaba entonces el "regodec" de los últimos instantes: bostezos, refregadas de ojos, estiradas de piernas y brazos, para finalmente arrollarnos como matambre y quedar iguales que al principio.

¡Tira el colchón, en las mañanas frías!...

Poco después cruzaba de nuevo tío y a su voz inovidable decía: "Arriba, muchachos, que hay que atar los bueyes"...

Otro "regodeo" y otros cruces de tío que decía: "Arriba, muchachos, que el café ya está servido y hay que soltar los terneros del chiquero y llevar los animales al potrero".

Y tantos "vamos y arriba" terminaban por fin con nuestra somnolencia y hasta la palangana para lavarnos la cara,no parábamos.

Mientras tomábamos el café tío daba las instrucciones para el trabajo que cada uno tenía que realizar.

Poco después cada cual partía para su quehacer: al corral, a la chacra, al potrero, al terneraje, a los galpones, etc.

ALBORADAS DE ORO

Cuando cierro los ojos buscando adentro de mí mismo, las pinceladas maestras que la naturaleza dio sobre la tela impalpable donde pintaba con sus gamas inigualadas de colores los paisajes del levante, un resplandor de rosa, oro y verde, colorea de poesía, emoción y belleza los amaneceres indelebles del Perucho Verna.

Sea por la ladera pastosa que se acuesta en el bajo, por el juncal y el monte que verdean la hondonada, por el arroyo y el bañado que platean el cauce o por las cuchillas que enmarcan como en un cuadro gigantesco el inmenso panorama, la verdad es que mi imaginación vive hoy los divinos resplandores con que se ilumina la evocación de aquella naturaleza maravillosa.

Me ocurre lo que al observador junto al cuadro del paisaje transplantado a la tela por el artista.

La belleza de un picacho se desdora apenas la vista se posa sobre el agua encrespada contra las piedras; el agua se enturbia si fijamos la atención en un sauce que bordea el cauce; el sauce desaparece para dar paso a un arrebol de sangre; el arrebol se diluye en un camino ondulante, ante un rancho vencido, la quietud de un lago o ante tantos motivos cambiantes de la naturaleza. Una belleza supera a la otra y al pretender elegir, no sabemos con cual quedarnos.

Un color como brasa de ñandubay, tiñe el horizonte fijando en las cumbres de las cuchillas, nubes que parecen dormidas sobre la inmensa mesa de los pastizales.

A los pocos minutos el rojo de aquella brasa se desvanece en una rosa pálido que se desmaya sobre el oro reluciente del medallón que emerge su rostro sonriente entre los cortinados vaporosos suspendidos desde los espacios siderales.

Entre tanto el monte que era un borrón de tinta, se viste de un verde que domina momentáneamente el paisaje.

Los lomos de las cuchillas se transforman en manchones claros sobre las sombras de las laderas ocultas.

El bañado se va cambiando en una inmensa lámina de plata, al par que los juncos y totoras delinean el cauce tranquilo.

Bandadas de patos silvestres y bandurrias barrosas, descienden suavemente sobre la hondonada.

Los teros gritan sus alegrías casamenteras, interminablemente.

Las puertas de los corrales caen pesadamente y la vacada busca en el potrero los pastos jugosos.

El arado describe la égloga de los surcos abiertos y de las espigas opulentas.

La vida surge como de un manantial invisible. pausadamente.

El sol rebasa la cuchilla y muestra su cara resplandeciente.

Las gallinas, patos y gansos corren presurosos atrás de la estela de granos amarillos que caen del balde llevado por tía Francisca.

Un pavo inflado "jinetea una guampa" y grazna su alboroto.

Los pájaros cantan dando vida a las arboledas y a los follajes verdinegros.

La Creación es un eterno paisaje.

Canta la vida e inicia una nueva jornada de trabajo y amor.

Bendigamos a Dios que nos dio ojos para ver, tela donde pintar y corazón para cantar tanta belleza y armonía.

"EL CHORREAO"

Tu también mereces mi recuerdo

A mis primos Juan, Eduardo, Isidoro y Antonio Fellay

I

Era un buey petiso de guampa muy larga,
manso como una oveja, o algún ternero guacho,
fornido de cuerpo y en el surco tan guapo
como hormiga negra que va con su carga.

Cada cuerno torcido, era un palo ladeado,
clavado en su sien; su destino era ley:
servir de poste al maneador sobado,
que al yugo uncía su testuz de buey.

Cada esquina del anca, era un palo clavado,
le cortaban el rabo a ras del garrón,
castigada sus flancos, aunque medio cortón,
"EL CHORREAO" le llamaban, por su pelo manchado.

Tenía la panza grande, como vejiga inflada,
si era más combada que barril de vino;
cada surco le dijo al fin de la jornada:
llena bien las alforjas, largo es el camino.

Formaba la yunta con su hermano "El Palomo",
obediente a la voz o a la picana hereje,
se afirmaba en las cuatro, hinchando duro el lomo
y el puñal de la reja entraba hasta la ese.

Quinientos metros de ida, quinientos de venida,
abriendo surcos hondos en tierra renegrida,
las amelgas que tío a tranco había marcado,
como a telas bordadas las dejaba el arado.

Así por las mañanas, apenas aclaraba,
así todas las tardes hasta el inmenso incendio,
subiendo hacia la loma o hacia el bajo volviendo,
babosa... resignada... la yunta andaba, andaba.

II

Eduardo y la Pituca, Juancito e Isidoro,
Ambrosio, Alfredo y, según las ocasiones,
seguíamos la huella que vestiría de oro,
el trabajo fecundo de dos bueyes sobones.

Las hondas y las toscas prontas en cada mano,
nuestra vista de lince, buscaba la perdiz,
qué silbando asustada corría por lo plano,
para caer muerta o herida la infeliz.

Bandadas de palomas y tordos cimarrones,
cuerpeándole a las toscas, seguían o bajaban
para pintar de noche o en gris a los terrones,
buscando el grano de oro, que voraces tragaban.

III

Al desatar los tiros de aquel pesado arado,
cuando caía el yugo por su testuz doblaba,
mi mano cariñosa despacio resbalaba,
sobre su cuero suave, sudoroso y chorreado.

Entonces me miraba con sus ojos tristones,
acaso espejos fieles de su destino ingrato:
estar atado al yugo, rumiar de noche el pasto,
arar y siempre arar... ¡No tener ilusiones!...

Yo vi en aquellos ojos, plomos como laguna,
la imagen de una vida que no tuviera halago,
un testamento mucho dejado allá en el pago,
por quien fue como tantos, forjador de fortuna.

Símbolo en las colonias fue el viejo buey "CHORREADO",
igual que sus hermanos, aró muy hondo el suelo
que regaron las lluvias de mi nativo cielo,
transformando en espigas, cada grano sembrado.

Un monumento sea su imagen recogida,
en las cuchillas claras o en verdes hondonadas,
esta canción de gracias a su fecunda vida,
este canto de amor, a las tierras labradas.

Que subiendo a la loma, o volviendo hacia el bajo,
resignado y baboso, siga andando y arando.
monumento que sea como un himno al trabajo,
que el niño hoy hecho hombre, le consagra cantando.

LOS ACOPIADORES DE HUEVOS Y AVES

Llenaron un largo período de nuestras costumbres coloniales.

Recorrían dos veces en la semana, las distintas casas de las colonias y algunas de la villa, comprando huevos, aves y conejos, los que posteriormente eran enviados a Buenos Aires.

Los más viejos acopiadores fueron: don Isidoro Lugrín, Justo Lugrín, Enrique Mafioly, Eduardo Fellay, Apolinario Lugrín, José Francou y otros más.

El tipo de jardinera que usaban era común agregándole en la parte posterior e inferior de la caja, una jaula donde se ponían las aves compradas.

Adentro de la caja se colocaban dos cajones muy grandes destinados a colocar los huevos, en cuidadosas "camadas", separadas por un colchón de "casullo", o sea la cámara del grano de trigo que se sacaba de las trilladoras.

Muchas veces acompañé a mis parientes en las recorridas y pude apreciar de "visu" la extraordinaria producción de lo que ha llegado a ser uno de los baluartes de la riqueza regional.

Hecha después la selección de lo recolectado, se la llevaba al puerto de Colón para su embarque a la Capital de la República, dirigida a viejos conocidos de la zona, como mis tíos Juan Pedro Moix, José Bourren, Isidoro Fellay o a otros de estas colonias, como Esteban Moix y Pablo Barral.

Cuando en 1907 se estableció el servicio de tren en Elisa, este tráfico se hacía frecuentemente por la estación, aunque no se abandonó el que se hacía por el puerto mencionado, por razones de costo del flete.

Este sistema de acopiadores cayó posteriormente en desuso, porque los colonos llevaban directamente el producto a los negocios del pueblo, aprovechando la competencia de los mismos para vender a mejores precios.

Cuando recuerdo las sudadas de los pobres mancarrones en los soles del verano y los fríos y lluvias invernales, lo mismo que las leguas que debían recorrer, valoro el sacrificio inútil de bestias y hombres, realizado durante tantos años, teniendo la comodidad de los mostradores.

La Cooperativa la "Vencedora" de Villa Elisa, vino a terminar esa

vieja costumbre, con gran beneficio para todos.

Sin embargo en la tristeza que dejan en mis recuerdos las cosas que llenaron un capítulo del pasado de aquel pueblo, los acopiadores se me asemejan a los Reyes Magos que sembraban alegrías y esperanzas en los hogares donde había niños. Ellos no dejaban juguetes, pero si el manojo de los billetes codiciados, que mueven el mundo.

ENTRE FIERROS

A mi amigo Patricio Pioli, hijo del primer herrero de Villa Elisa

Había de las colonias, toda clase de gringos
llegados en bandadas, aquel día domingo;
lo mismo que los tordos, los mixtos y palomas,
cruzaron muchos bajos, subieron muchas lomas.

Hormigueaba la gente saliendo de la misa,
había de todo pelo, tamangos y tamaño;
es que ese día estaba de fiesta Villa Elisa,
igual que un Veinticinco, como un primero de año.

No faltaron los criollos del campo y de la aldea,
de a pie o en redomones, de espuelas y culero
preguntaban ansiosos: ¿...y adónde es la pelea?
¿Es a daga o facón? ¿O sable el "entreviero"?

Un colono grandote daba su parecer,
caminando hacia el sitio, campo de la trenzada,
"más que el "Ruso" me gusta, en fija el "Oliver" (2).
El "Triunfo" (3) es corto de uña, "no ha de servir pa nada".

Frente a lo de Irastorza, toda la gente junta,
se amontonó en un sitio que entonces allí había,
en tanto los tres héroes, cada uno con su yunta,
bajaron a la arena, a dirimir porfía.

"Pero era cosa e gringos", dijo una voz perdida;
"yo creiba que otros fierros, eran los de la hazaña";
"Esos que fueron lay, por toda la campaña",
"cuando dos hombres tauras, se jugaban la vida".

Un gringo bigotudo, nariz pico de loro,
con más barba que un chivo, o lana en un carnero,
mirándolo asombrado, le dijo en extranjero:
"ma cuesto e un altre cosa; ma cuesto e un laboro".

"Y si es de oro", pa que dientre le llaman "Entre Fierros":
"fierro bueno aparcero, es este que aquí llevo
en la vaina e cuero, que aprieta mi culero,
marca "SOL" garantida, y es lo que yo más quiero".

Quedó inconclusa la gaucha explicación,
porque entraron al sitio ya repleto,
para empezar el formidable reto,
los que auspiciaban su marca en la reunión.

Hizo punta entre todos don Alberto,
a Vazón lo siguieron los demas.
don Juan Eyhartz y don Juan Deynonnaz,
y atrás de éstos entraron mil expertos.

(1), (2) y (3) presentados por las casas Deymonnaz, Vazón e Eyhartz, respectivamente; (2) marca Oliver.

TIERRA BORDADA

Prontos a la "trenzada",
en lucha bien pareja,
la punta como daga, de la reja
por la yunta arrastrada,
penetró la entraña inmaculada,
que se abrió, como flor, sin una queja.

Seis idas y venidas,
abrieron en porfía,
la tierra bendecida;
negra como la noche en que dormía
el sueño del pasado,
para aflorar al paso del arado,
la virginal pureza en que yacía.

Yo no sé quien triunfo en la porfía
del hombre, de los bueyes y de la reja,
sólo sé que la lucha fue pareja,
en medio de una gran algarabía,
y que añorando hoy el alma mía,
ve en ancho surco y el terrón volcado,
la imagen de dos bueyes y un arado,
que libran con la tierra eterna lucha
y un acento en la que ella siempre escucha
una canción con los nombres del pasado.

IMAGENES IMBORRABLES

Imágenes de bueyes y de arados,
tajeandc aquella tierra renegrida,
son óleos imborrables, bien guardados,
que me hablan de la "Tierra Prometida";
al mirar la extensión hoy florecida,
evoco aquellos seres que pasaron,
y al ver la región que transformaron,
abriendo surcos, levantando hogares,
mi devoción eterna corre a mares,
y rezo la "Oración" que ellos rezaron.

Laderas y cuchillas que no olvido,
manchones verdinegros y amarillos,
curvas viboreantes de los trillos,
y borrones de tierra renegridos;
animales que pacen confundidos,
arroyuelos de cauce zizagueantes,
bandadas cimarronas ondulantes
que surcan los espacios siderales,
y arreboles de oro, sin iguales,
que doran cortinados deslumbrantes.

Nubarrones como copos de algodón,
que en sombras se dibujan en el suelo.
cataratas suspensas en el cielo,
que riegan con sus lluvias la región;
parvas de oro que mojonan la extensión,
y pagan al labriego sus constancias,
carros que recorren las distancias,
con sus cargas preciosas de cereales,
y vida palpitante en los eriales,
que el colono transforma en esperanzas.

Y soberana sobre la cuchilla,
donde un pueblo labora sus destinos,
en La Cruz donde mueren dos caminos,
se alza la humilde iglesia de mi villa,
y mientras en el cielo inmenso brilla.

el sol que fecundiza la simiente,
abrumada de pena aun mi alma siente
la plegaria que elevaban con fervor,
agradeciendo de rodillas al Señor,
los que ya descendieron el poniente.

A LA MEMORIA DE MIS HERMANOS

JUAN EMILIO
PEDRO AMBROSIO
JUAN JOSE ALFREDO
CARLOS ALBERTO
ESTHER JUDITH
ADOLFO IRENEO

COMISION PRO-PUBLICACION DEL LIBRO
"EL ALMA DE MIS PAGOS"
DEL PROFESOR FRANCISCO HORACIO FRANCOU

Presidenta: Sra. Néliz Küttel de Castex
Secretaria: Sra. Estela Sigot de Meyer.
Tesorero: Sr. Francisco José Scarazzini
Vocales: Nélida Lombardini de Jáuregui, Isabel Pérez de Küttel, María Tresa Claá, Augusto Guiffrey, José María Sigot, Omar Francou, Escribano Rosendo Pablo Roude, Edith Firpo, Pbro. Juan Esteban Rouggier, María Angélica Bobbet de Monfort, Elva Doris Guex de Cevallos.

BAJAS:

Francisco Guex. Año 1964. Fallecido.
Cipriano Bobbett. Año 1960. Fallecido.
Pbro. Américo Pezzarini. (Cambio de destino)
Argentino Quirós. (Cambio de destino)

"LOS INMORTALES"

Inmigrante traído por el mar
a mi suelo natal ,
por lo mucho que hiciste allá en mi aldea,
tu nombre en cada hogar
y en el tiempo inmortal,
¡bendito sea!...

Del canto "Los Inmortales" del libro "Siguiendo la Luz del Faro", del mismo autor.

VILLA ELISA, PROVINCIA DE ENTRE RIOS, EN SU SETENTA Y CINCO ANIVERSARIO

Veinticinco años han transcurrido desde aquel inolvidable acontecimiento en que Villa Elisa y su colonia festejaban alborozadas el primer cincuentenario de su fundación, por el prohombre don Héctor de Elía.

La Comisión que presidía el inolvidable ex-intendente Dr. Agustín Gutiérrez, formada por beneméritos pobladores, me concedió el insigne honor de que fuera el intérprete de ese momento excepcional, honor inmerecido, que traté de corresponder como hijo de ese pueblo inolvidable de mis sentimientos más profundos.

El discurso que pronuncié entonces, está impreso en mi libro "El Faro de la Cuchilla", publicado en 1942 y en él puede encontrar la juventud surgida posteriormente, los primeros pasos de la hoy floreciente población entrerriana.

Es digno de recordarse en este aniversario la aparición del semanario "Jornada", de la localidad, que en nutrido número de páginas, dejó un panorama histórico de gran importancia para los que quieran rastrear los orígenes de esa colonización.

También debe traerse a la memoria del presente, la figura batalladora por el bien de Villa Elisa, de don Francisco Guex, quien en diarios y revistas de Colón y otros lugares, escribió datos interesantes para la posteridad, vistos, oídos y vividos por él.

Muchos seres queridos que nos acompañaron en aquellos días de auforia local, son hoy un recuerdo en el mundo de los vivos, y de aquellos radicados en 1892 que aún viven en el pueblo, solamente quedan, como testigos de un pasado lejano, las señoras Juana Beristain de Eyhartz y Margarita Francou de Roude.

De los nacidos en otros lugares y venidos con sus padres a la nueva fundación, sé que aún andan por los caminos del mundo, algunos de ellos como doña Ursulina Vigatto de Deymonnáz (en la Villa), Samuel Vigatto (en Bs. Aires), Lorenzo Vigatto (en Suárez, Provincia de Bs. Aires), Pedro Munist (en B. Aires), Juan Munist (en Concepción del Uru-

guay), Antonio Munist (en Bs. Aires), Próspero Pin (en Córdoba), Silvio y Luis Pioli (en Urdinarrain), Inés Joannás de Viscontti y Rosa Joannás de Berggero (en Témperley, Prov. de B. Aires), Teresa Mena de Urtazún (en La Plata), Hipólito Jorge Francou (en B. Aires), Augusto Bondaz (en B. Aires), Víctor Gastal (en Colón), María y Luis Bournissen (en Concepción del Uruguay), Ercilia Sala (en Avellaneda), Tomás Bobbet (en Concepción del Uruguay), Anastasia Mena de Benítez (en la Suiza, Puente Gualeguaychú), Eduardo Fellay, en Matheu (Prov. de B. Aires), Carlos Morard (en Tolosa, Prov. de Bs. Aires). Habrá otros, cuyo paradero ignoro, por eso no figuran en esta lista.

Desde el cincuentenario en 1940 al presente, el progreso de Villa Elisa y su colonia primera, más las que se han agregado a su jurisdicción, como "La Matilde" y "Vázquez", ha sido extraordinario tanto en el número de sus habitantes, edificación, caminos, comercio, industrias, autoridades, talleres, servicio de automotores, embellecimiento edilicio, plazas, monumentos, como en centros culturales, sociales y deportivos. Su desarrollo llama justicieramente la atención de los que por allí transitan.

La cultura de sus habitantes, marcha pareja con su gran incremento agropecuario, industrial y avícolo. Sus colonias florecientes, por sus hombres de trabajo, ha hecho popular este decir: "Cuanto en Villa Elisa se sienta la pobreza, ya los otros pueblos se han muerto de hambre".

Nos encontramos a setenta y cinco años de su fundación por don Héctor de Elía, en 1890, con un pueblo y colonias tributarias que hacen honor a la Provincia de Entre Ríos.

No puedo silenciar la creación del Colegio Nacional y Anexo de la Escuela Normal el 15-11-1959, cuando era ministro de Educación de la Nación el Dr. Luis Rafael Mac Kay, el que ya ha dado la primera promoción de maestros primarios en 1963. Director Luis Ingol, la escuela primaria "Emilio A. Francou" en 1962, denominada así por resolución del Excmo. Sr. Gobernador Dr. Carlos Contín, su ministro de Instrucción Pública, Dr. Benjamín Stubrin y el Presidente del Consejo General de Instrucción Pública de la Provincia, en homenaje al primer maestro de Villa Elisa; primera Directora Sra. Margarita Trigo de Crepy. También debe recordarse la Escuela Nacional N° 213. Directora Telma N. Küttel.

Merece recordarse en esta fecha el semanario aparecido en 1943 "Sol", ya desaparecido, como así la terminación de la nueva iglesia, comenzada por el ex-cura Pbro. Jorge Schoeder, habilitada en 1960 y la restitución del nombre del hospital "San Roque", "María A. de Francou", por decreto del ex gobernador Dr. Raúl Uranga y su ministro Dr. Ricardo Irigoyen. También es digno de destacarse el monumento al Libertador en 1950 en la plaza de juegos infantiles, el levantado en memoria del Pbro. Augusto Huberto Hoflack (el primer cura de Villa Elisa) el 1-11-1957, en la plazoleta que lleva su nombre; el monumento a Sarmiento el 11-11-1958, como así también el afianzamiento progresivo del Círculo de Obreros Católicos, fundado el 7-12-1913, bajo el Curato del Pbro. José Megna; el Club Progreso, del Club Atlético (campeón departamental en 1961 y 1964, este último honrosamente invicto), del Jockey Club y la fundación, el 20-6-1961 de la entidad "Amigos de Villa Elisa", que simboliza la inquietud auspiciosa de personas que quieran el mejoramiento del pueblo, a iniciativa del escribano Rosendo Pablo Roude.

Los nombres puestos a varias calles evidencian la acertada estimación de los que saben ver en el propio colmenar, quienes están unidos a la grandeza de la Villa. Los nombres de don Héctor de Elía, Emilio Augusto Francou, José Guex, Pbro. Augusto H. Hoflack y José Moix, concretan el acierto comunal.

Nuevos nombres, como el del Dr. Agustín Gutiérrez (primer director del hospital) y el de don Francisco Guex, el pionero que durante 70 años luchó desde todos los puestos y en todas las instituciones, ya como soldado o como conductor en cuanta acción progresista puede acaecer en un pueblo en crecimiento social, cultural y de trabajo, no serán olvidados.

No han de faltar tampoco calles que recuerden a los colonos, a los artesanos y a los criollos que se sumaron a la fundación.

Agradezco a Dios me haya dado vida, para poder publicar este libro en tan fausto acontecimiento y poder participar en los actos de gratitud realizados en esta memoración histórica.

F. Horacio Francou

LA FUNDACION DE LA COLONIA VILLA ELISA

Del prestigioso seminario "El Entre Ríos", de Colón, de fecha 19 de mayo de 1965, extraigo los datos interesantes que hacen a la historia de los campos donde don Héctor de Elía fundó la colonia de Villa Elisa en 1890 y también una breve reseña histórica de la fundación de otras colonias aledañas a la hoy pujante población que sirve de núcleo a esa zona entrerriana.

Dice "El Entre Ríos": "El origen del campo se remonta al año 1881 cuando doña Dolores Costa de Urquiza lo adquirió al gobierno de la provincia, incluyendo el campo Quesada con estos linderos: norte, campo de Vázquez y Colonia San Francisco; al sud, Arroyo Perucho Verna y Pantanoso y al oeste el río Gualeguaychú". "Se escrituró el día 1° de julio del citado año, ante el escribano de gobierno don Juan N. Victorica".

"El 17 de junio de 1888 don Juan Medina compró a doña Dolores C. de Urquiza, transfiriéndolo al año siguiente a don Héctor de Elía". ("Datos extraídos del libro Urquiza y Mitre, escritos al margen, de puño y letra de don Héctor de Elía").

"En la obra *La Provincia de Entre Ríos*. Obra descriptiva. Paraná 1893, consta en pág. 432: "Además se fundaron en el distrito 2° del mismo departamento (Colón) las seis colonias siguientes: en 1879 la colonia San Francisco; en 1885 la de Hócker; en 1887 El Carmen; en 1888 la de Vázquez y Hambis y en 1890 la de Elisa".

Por datos del señor Francisco Guex, dice: "Los primeros pobladores del 90 eran italianos, franceses y suizos, pues el año anterior habían llegado belgas, pero éstos no eran compradores, sino inmigrantes, que había traído el colonizador Sr. de Elía, pero como procedían de ciudades y no eran agricultores sino artesanos, los resultados para estos últimos fueron negativos y debieron abandonar".

COLONOS QUE HABITARON EN VILLA ELISA E HICIERON SU GRANDEZA ECONOMICA

Antonín José María, Aduco Cándido, Allemand Máximo, Alvén Juan, Bournissen Francisco y Carlos, Bombín Pablo, José y Luis, Burgos Diego, Blancaire Ambrosio, Bren Jacobo y Rodolfo, Bondaz Francisco, Bastián Francisco, Blanc Juan Luis, Cottet Ambrosio, Coulloud Francisco, Casse Francisco, Canalle Domingo, Charren N.N., Chaulet José, Desimaux Francisco, Dubuluit Oscar, Deymonnáz Elías, Dupont Juan, Ducret Felipe, Erramuspe Pedro, Echeverry E., Egg E., Fagúndez José, Fellay Isidoro, Francou Jorge Hipólito, García Juan, García Casimiro, Goñi Gregorio, Gastal Silvano, Gobeed Edmundo, Gaubelet Francisco, Garnier Julio y Francisco, Girard Cesáreo, Giovenale Espíritu, Guillaunme Antonio, Guiffrey Julio y José, Guex José, Games N.N., Hiritier Carlos, Houdrissard Francisco, Irigoyen Tomás, Jaime Francisco y Fermín, Jacquet Victorio, Joannás José, Jucas Tomás, Joannás Pedro, Küttel Juan, Lambert Celestino, Luis, Juan, José, Emilio, Leswigner L., Luckman Alfredo, Lugrín Luis y Antonio, Lantelme José, Mafioly Julio y Enrique, Munist Pedro, Metrallet Juan, Malgor A., Mout Francisco, Augusto, Orcellet Juan, José, Antonio, Camilo, Alejandro y Enrique, Perdiguero José, Puet Bernardino, Pin Juan, Pourpour José Luis, Pinget Serafín y José, Ponzet P., Pulpo P., Rebort Esteban, Rouggier Gaudencio, Luciano y Eduardo, Rambaud P., Raviol Carlos, Schamillard José, Maximiliano y Augusto, Schanseaud Francisco, Schauffily Juan, Sunino Pedro, Sigot Román y Mariano, Sierro U.N., Tournur Ramón, Vigatto Angel, Villón N.N. y N.N., N.N., N.N. (por los que el olvido se llevó).

FUE UN COLONO

A TODOS LOS COLONOS DE MIS PAGOS NATALES

Bajó en Colón, el histórico puerto,
quince años aún no había cumplido,
de Italia, Suiza o Francia había partido,
siguiendo en pos, de su destino incierto.
A la colonia San José llegó,
la que el ínclito Urquiza había fundado,
y tras los bueyes, el surco y el arado,
nueva era en su existencia comenzó.
Cuando llegó el amor unió a su vida,
una joya encontrada en la pradera,

que también como él era extranjera,
y la hizo de su cielo, la elegida.
Unidos ante Dios en el Altar,
el precepto divino se cumplió,
y resuelto, más allá del monte oteó
las cuchillas de ese mar que ha de poblar.
Decidiéndose entonces a marchar,
pasó el Perucho Verna, con su esposa
y en la cumbre de la loma más hermosa,
frente a la inmensidad, plantó su hogar.
Allí Dios y el amor han de reinar,
como el sol en la tierra cuando pasa,
y al igual que el hornero que hace casa,
al compás del trabajo ha de cantar.

II

Llegó con las alforjas casi medio vacías,
con sus pocos ahorros pagó el rústico carro,
la tierra, las chapas, algún que otro cacharro,
la cama, escasos, muebles, baúl y chucherías.
A los contados días ya estaba levantada,
desafiando los soles y también los pamperos,
una sencilla casa sin revoque ni aleros,
que desde el suelo al techo, por él fue trabajada.
Fue don Domingo Pioli, quien le forjó el arado,
don Juan José Joannás le preparó las puertas,
y en los primeros días, de alboradas inciertas,
don Héctor le dió bueyes, semillas y arbolado.
En viajes posteriores a la "COLONIA MADRE",
trajo dos o tres cerdos y unas cuantas gallinas,
lechera con ternero, enseres de cocina,
que le prestó un amigo, el suegro o el buen padre.
Bien cerca a su morada, hizo pronto un corral,
la quinta de frutales a su vera formó,
una alameda inmensa a cien metros plantó,
y a su humilde vivienda, rodeó de un paraisal.
En un cerco de tierra la huerta delineó,
almácigos y rosas se dieron un abrazo,
y a veinticincom etros, a pala, pico y brazo,
halló por fin el agua, que a roldana subió.
Alternando faenas la virgen tierra aró,
a su seno fecundo tiró semilla sana,
y a la primera lluvia, al reír la mañana,

cuando miró su predio, sonrió, cantó y lloró.
Entonces hizo el horno, y fue su mejor canto
al trabajo y al pan que él mismo elaboró,
y al buscar el reposo, hincado frente a un Santo,
junto a su esposa e hijos, el "PADRE NUESTRO" oró.

III

Así el tiempo pasó,
y en mudanzas de soles, de lunas y fatigas,
desdichas y bonanzas, las doradas espigas
de los rubios trigales y azules linares,
pintaron de oro y cielo, las cuchillas sin pares ,
de ese mar sin orillas, donde su vida ancló.
"El grano de mostaza"
se hizo arboleda inmensa, bandada rumorosa,
tropilla promisora, vacada numerosa,
que inundaron su vida de un mundo de delicias,
mientras diez o más hijos, llenaban con sus risas
el patio y los contornos, de su sencilla casa.
Un domingo de tantos,
con su mejor cosecha, cargada sobre el carro
de sus primeras luchas en las chacras y el barro,
llegó a la iglesia, humilde, serena la mirada,
junto a su esposa dócil, fecunda y abnegada,
para orar ante Dios, la Virgen o algún Santo
Y en plenitud de vida,
en "LA CASA DE TODOS", con su hermosa familia,
gozó el placer del vino, en la mesa sencilla,
y añorando en canciones la patria tan lejana,
como un zorzal del bosque al venir la mañana,
desató en mil gorjeos, una pena escondida.

IV

Medio siglo pasó,
y el solitario,
que el noventa llegara
para poblar la tierra que comprara,
ya octogenario,
haciendo de su vida un diccionario,
con sencillez me habló:
"Cuando con mi mujer y dos hijitos

llegué a estas soledades,
estas inmensidades
eran un mar de horizontes infinitos".
"Los dos primeros que en el pueblo estaban,
fueron don Juan José Joannás
y don Domingo Pioli,
y pasando el Paraíso, ahí nomás,
sus casas levantaban
indicando el camino a los demás,
don Juan Küttel, los Jaime y don Mafioly".
"Yo fui más lejos buscando una lomada
entre el Gualeguaychú y el Pantanoso,
y cerquita nomás,
como en bandada,
llegaron presurosos,
contentos y gozosos,
Erramuspe y Munist, que fue primero,
Bournissen, Metrallet y Perdiguero,
Pedro Joannás, los Bonvin y Elisa Mout,
y con ellos también Jorge Francou".
"Don Mariano Sigot y los Lambert,
García y Rebort también anclaron,
y cerquita nomás, pronto poblaron,
casi a un tiempo que los Orcellet;
también poblaron don Villón, Jacquet
don Luis Roude y don José Joannás,
Desimaux, Antonin y algunos más,
tales como Cottet, Eggs y Ducret,
Smit, Rouggier, Charren, Aduco, Puet,
el criollo Burgos y don Francisco Cass".
"Cercano al Pantanoso, en la lomada,
José Zermatten su vivienda alzó,
y a quinientos metros levantó
don Antonio Guillaunme su morada;
José y Julio Guiffrey de atropellada
pasaron a Zermatten y a Charrén,
y vecinos de Fagúndez y Garcín,
los cimientos de sus casas hondo entraron,
en la tierra promisora que labraron,
igual que los demás, ellos también"
"También por el Oeste se ubicaron,
Spioussar, Echeverry, Juan Dupont,
Leswigner, P. Rambaud y don Juan Pons,
en los lotes que a don Héctor le compraron;
con estos pobladores se mezclaron

don Juan Alvén, Jucas, Gros y A. Malgor,
los que del contraste a su rigor,
muy pronto esas tierras dejarán,
y otros pagos ignotos buscarán,
donde haya que verter menos sudor".

"Y tirando hacia aquella rinconada,
de la nueva fundación la más cercana,
cerca al callejón Berro - Fontana,
se guareció la última criollada;
medio siglo ha de vivir acorralada,
la estirpe que en Caseros al Tirano,
le enseñó lo que vale un entrerriano,
sea Urquiza o Leiva su apellido,
A él sólo el arado lo ha vencido,
porque es noble, valiente y buen cristiano.

"Pasando la calle ancha que trazaron
desde el Gualeguaychú al Perucho Verna,
suizos y franceses en fraterna
comunión de familias se mezclaron;
desde Vázquez a Galván ellos poblaron
el nordeste de la nueva fundación,
cada humilde vivienda fue un mojón
que marcó del progreso la alborada,
de esa tierra virginal incorporada
a la fecunda civilización".

"Enfrente de lo Pioli levantó
José Guex su rústica morada,
y una numerosa paisanada
por esas soledades acampó;
si hasta el vasco Irigoyen se mezcló,
con Blancaire, Brem, Bondaz, Hiritier,
Schamillard, Houdrisard, Pin y Sautier,
don Schanseaud, Pourpour, Goñi, Bastián,
Schauffily y Gastal que poblarán,
puesta en esa tierra su gran fe"
"Contra San Francisco, allá acampó
Carlos Raviol, que fue el primer pocero,
y cerquita compró otro chacarero,
que el rigor de la lucha no aguantó;
creo que Alfredo Luckman se llamó,
el vecino que Raviol tuvo a su lado,
mientras que acercándose al poblado

un tal Jordán, medio lote se compró,
y al pocero Raviol acompañó,
en los tiempos lejanos que he evocado".
"Sobre las cuchillas que se extienden
desde la Matilde a Caraballo,
a Mafioly, Juan Küttel y Jaime hallo,
igual que monolitos que se encienden;
Isidoro Fellay y a Chaulet emprenden
la conquista por los lados del bañado,
al par que los Garnier del otro lado,
del arroyo Paraíso se ubicaron,
y Treboux, Girard, Giovenal y Blanc poblaron
juntos con Games todo ese costado".
"Y mientras a la villa se acercaban
Román Sigot, Dubuluit, Pinget, Colloud,
Deymonnáz, Allemánd, Ramón Tournour",
poblando los terrenos que compraban
y regando la tierra que labraban,
con el sudor que es pan de cada día,
desde el viejo morador que fue de Elía,
el anciano hecho bronce en mi recuerdo,
me dijo con... "YA NI ME ACUERDO"..."
y en la bruma de mi sueño se perdía.

V

Sombra de aquel sueño,
a quien la historia de estos campos escuché,
hoy busco con empeño,
la Cruz que imaginé
sería un día,
el madero,
que el último sendero
de tu vida fecunda indicaría.

Vengo de tiempos idos... ya casi viejo...
ha mucho que partí,
en las luces de la urbe comprendí
lo que ya está tan lejos.

Traigo de mi vergel,
flores que cultivé,
para ti, con mi fe;
a todas, día a día las regué
con la misma sencillez del tiempo aquél.

La corona que cuelgo conmovido
de tu rústica Cruz,
en sus flores esconde gratitud,
que en los campos natales he aprendido.

Viene en ella el poeta
que en tu imagen se inspira,
tañendo humilde lira,
para llegar al cielo do fulgura,
la estrella más radiante que en la altura,
busco lleno de amor desde el planeta.

Y ALLA TE VEO, EN ANCHUROSO CIELO,
TAL CUAL TE SIENTO:
IMAGEN EN EL LIMPIO FIRMAMENTO
DE LO MAS GRANDE QUE VIVE EN NUESTRO SUELO

Francisco Horacio Francou

LAS CREENCIAS

CURANDERAS Y SECRETEADORES

Cuántas cosas, pequeñas al parecer, ve el observador de hechos y la elabora después en su espíritu para fijar estados de conciencia en un ser o en un conjunto de seres que forman una colectividad.

Pretendiendo justificar el título de este libro, recojo en todos sus pasajes, escenas sin importancia al parecer, pero que imagino serán fuentes de información para los estudiosos venideros que quieran recorrer el pasado elisense en busca de inspiradores.

Es notable la fuerza de proyección que adquieren a través de los años, los hechos cronicados en los papeles y también las consecuencias espirituales que de ellos sacan las generaciones sucesivas.

Lo confirmamos en el diario vivir, cuando llegamos para abrevar jubilosos en los manantiales, que la cultura hecha libro o impresos de los más variados modelos y motivos, pone a nuestra disposición para apurarlos hasta las heces.

Las creencias no ya religiosas, sino aquellas que falsean el sentimiento verdaderamente cristiano —porque quien cree en Dios no puede admitir otra omnipotencia que la de su suprema potestad—, viven tanto en las ciudades como en el campo. Son un resabio que la verdadera Fe rechaza inexorablemente.

Es innegable sin embargo, que pese al sentimiento netamente cristiano de los pobladores de la colonia en su primera época, se movían a la sombra de la religión, ciertas fuerzas secretas que decían manejar algunos seres, en forma inofensiva unos y terriblemente dañosa otros.

Si bien es concebible que el elemento criollo, creyera en supersticiones conocidas, dado que su gran mayoría vivía desconectado completamente de los centros donde había iglesias y pastores, no es fácil aceptar, sin condenar, las mismas creencias, en extranjeros o descendientes de éstos dada su educación religiosa y su contacto permanente con la iglesia y su doctrina.

El curanderismo tan nefasto sobre el espíritu, cuando deja los yuyos inofensivos, para encontrar un sapo, una víbora o "una locomotora", en el estómago de un crédulo inbecilizado, es una de las consecuencias más lamentables de la falta de Fe religiosa.

Desgraciadamente en Villa Elisa he visto curanderas y curanderos de triste recordación unos, y de reideras poses otros.

¡Y pensar que todos tenían de común denominador para cazar incautos, el Signo del Señor... Todos hacían cruces, se santiaguaban, rezaban un Padre Nuestro y pronunciaban el "abracadabra" cabalístico incomprensible que cura todas las enfermedades, menos "el daño".

Hubieron algunos en la villa que con sus maleficios hicieron mucho daño en el espíritu de ingenuos creyentes.

Algunos de éstos no se recuperaron más y vivieron larga existencia en un letargo mental fronterizo a la idiotez o a la anormalidad.

Otros en cambio reaccionaron totalmente volviendo a la Fe que habían bebido en hogares santificados por padres que fueron ejemplos de virtudes católicas.

Estas curanderas malquistaron familias, porque para corromper las conciencias de las víctimas, tomaron como victimarios a honorables personas de la misma familia o amistades antiquísimas.

Aun ven mis ojos de repartidor de pan, muchas víctimas esperando turno afuera de un rancho, y salir a las milagreras de "sus consultorios" desgreñadas, sucias y descalzas, a recibir el pan.

No dañinos como las curanderas eran los secreteadores, aunque algunas veces las dos farsas se encontraban en una misma hechicera.

Aleccionador fue el caso ocurrido en una colonia vecina, donde se hacían aparecer a un honesto colono como causante de maleficios verdaderamente reideros.

Entre las enormidades creídas debo destacar aquella en que el hechizado tenía una trilladora en el estómago, sin que ésto signifique que no hubiera otras peores imposibles de narrar.

No en la Edad Media, vióse tanta brujería...

El resultado de toda esta hechicería fue el de que cuando el colono hechicero entraba a un negocio para pasar un rato en amable tertulia con sus convecinos, éstos desaparecían como por encanto, temerosos del daño imaginario.

También los que sufrían de las muelas solían acudir a un "mago del secreto", para curar su dolor desesperante. Realizados los malabarismos mágicos de cruces, palabras, amuletos, como aquél de "cierto huesito de un zorro" o la "barriga de un sapo vivo" cruzada en cruz sobre la mandíbula afectada, volvían a sus casas completamente curados.

Es que la sugestión puede tanto... que alguno llegó a decir que

será la medicina del porvenir.

En cierta oportunidad que un "pampero", se cernía pavoroso cubriendo medio cielo y yo me encontraba en una casa de la vecindad, una vieja criolla trazaba una cruz en la tierra y en el medio de ella dejaba clavada un hacha, mientras se persignaba muy devotamente.

Un momento después la tormenta se abrió en dos, esfumándose sin viento y sin agua.

En otra oportunidad "le ladeó" el rancho y de nada le sirvió el secreto.

Misterio de las fuerzas secretas de la naturaleza, que escapa al poder del hombre.

En un banquete de antaño en Villa Elisa, un comensal se ahogaba con un trozo de carne que se desvió de su trayecto normal. Parecía morirse irremisiblemente.

Sacudones, tirones y golpes en la espalda dados por amigos desesperados que trataban de sacarlo del trance difícil, era el recurso sin resultado salvador.

Un perro... Un perro... Pronto... gritó uno de los presentes y corriendo hacia donde había uno, como de centinela, esperando que cayera un hueso, le ciñó el cuello con un piolín. Vuelto con éste adonde estaba el accidentado, con la misma medida midió el cuello del moribundo, que estaba en las últimas "boqueadas".

¡Santo remedio!... instantáneamente salió el semiasfixiado de su mal trance.

Una basura hace parar el engranaje de un reloj y sacada con un soplido, aquél sigue andando.

Tal el caso presente.

Una máquina trilladora estaba trillando en la casa del antiguo y apreciado colono don Mariano Sigot.

Alguna chispa del motor, según díceres, produjo el incendio de una parva.

El momento era muy grave por el viento, por la corta distancia de otras parvas y por los intereses en juego.

En ese momento otro colono empezó a correr alrededor de la parva incendiada haciendo "el secreto" del cual era poseedor.

Pese al viento las llamas se arremolinaron sobre si mismas, dominadas por una fuerza misteriosa, impidiendo la propagación del incendio.

Todos los presentes comentaban asombrados y convencidos del "poder del secreto" del colono recordado.

TERMINARON LA TRILLAS

¡VIVA LA FARRA!...

Muchos años habían pasado desde la trilla vista en lo de tío Jorge Francou y con ellos nuevas prácticas ya habían muerto la belleza que se cernía más allá de las horas de trabajo, animando el espíritu de la juventud.

Con el fin de conformar a la peonada en el arreglo final de cuentas, me invitaron mis primos Juan y Eduardo Fellay, para que oficiara de contador en esta ocasión que narro.

El asunto era sencillo: sumas y restas para saber el debe y el haber de cada peón.

Por suerte para los peones, allí no pasaba lo que Martín Fierro cuando estaba de soldado en un fortín pampeano, es decir, entraban en la lista y cobraban todos. Martín Fierro en cambio, entraba en todas las listas, pero en "las de cobrar" nunca, porque el comandante se "comía" el sueldo del milico.

Terminado el ajuste y el pago, comenzó a llamar "el asado" infaltable al final de toda campaña de trilla.

En cada grupo de gente iba y venía el mate, entre risas, chistes y salidas oportunas.

Un acordeón manejado con singular maestría por Carmelo Aguirre o por mi excondiscípulo Gabino Bentos, dulcificaba el ambiente.

Algunos criollos e hijos de gringos bailaban abrazados graciosamente bajo la sombra de un paraisal, haciendo miles piruetas, mientras otros danzaban bajo la acción de la caña ya ingerida, alternando con "alaridos pampas" y risotadas guasonas, las payasadas que alegraban el ambiente.

No faltaba algún "grébano" que con más bigote que un vizcachón, reía feliz mostrando sus dientes amarillentos por la nicotina o algún "portón" como de corral, por la falta de los delanteros.

A la voz de: "bueno muchachos"; "a comer y a misa, que una sola vez se avisa" o "en la estancia de Berro el que no tiene cuchillo, coma a lo perro". Fue un solo pelar de "fierros", refucilar de hojas y ruidos de chairas.

En menos que un gallo canta, todo el mundo estaba mudo.

Al ratito nomás empezó a "correr el tintón" en jarros y tazas y eran de verse algunos bigotes tendidos en su exuberancia pilosa sobre la superficie del "colorao". Parecían raíces de sauce, desparramadas sobre el agua en la costa de un arroyo.

¡Si eran bigotes como para colar borra!...

No eran menos de admirar las chupadas y relamidas que se hacían sus poseedores, después de empinarse el jarro hasta las heces.

Serenados los comensales, después del primer empuje, empezó

el murmullo característico de estas reuniones "espirituosas".

Se llenaron los estómagos, pero el "tinto" siguió corriendo, porque para él siempre había lugar disponible en esas reuniones tan celebradas.

Por ahí alguno dijo con voz fuerte:

"Que canten los hermanos Franco" (así se pronunciaba en toda la comarca mi apellido paterno).

Trajeron dos guitarras, nos acomodamos con mi hermano Adolfo y el bordoneo de las mismas silenció a los presentes.

Se amontonó "la indiada" rodeándonos mientras valses, zambas, milongas y estilos lloraban sus armonías en las cuerdas que acompañaban las voces en tercera, las que "ajustaban" bastante bien, para un auditorio no muy exigente y según díceres de la gente de aquellos años.

"Temblaban los morenos", se ponían pálidos, les entraba como un "fierrito en el corazón" y nos miraban como a dioses, cuando algún punteo hacía gemir las bordonas o un rasgueo quebraba el encordado en un acorde armonioso.

Con intervalos de acordeón, mate y algunos tiritos de taba, nos tapó la noche con su manto.

Como a eso de las veinte se le ocurrió a varios de los presentes que fuéramos hasta la villa, para terminar allí la alegría del día.

Fue así, que apretados "como pila de leña" íbamos como veinticinco personas en un carro playero, dirección al poblado. Unos iban parados, otros sentados y otros echados. Cuando la carreta daba un barquinazo, aquello era de desternillarse. Se amontonaban "como ropa en jabón" y aquello era un entrevero "como pelea e perros". "No empujen" decía una voz en lo obscuro, mientras otro que no se podía "ni lamer de bandeado" que estaba, contestaba: "para que toma si sabe que le hace mal".

Después de muchas escenas reideras llegamos al boliche de don Pedro Rebort y ocupamos el despacho por nuestra cuenta.

Entre los ocupantes debo destacar, estaban: Juan y Eduardo Fellay, Zelungo, Ramón y Carmelo Aguirre, Sabino Bentos y un Fabre de la colonia Vázquez.

Se nos agregaron algunos muchachos de la villa y otros peones de otra máquina, llenándose el negocio hasta el tope. Por el barullo, aquello parecía fonda de vascos.

Sonaron de nuevo las guitarras y las voces de los cantores ya conocidos enmudecieron el ambiente.

Aplausos entusiastas y gritos oportunos sellaban cada canción.

En un arranque espontáneo de inspiración, seguramente hijo del sabor que él encontraba a las canciones, ya que "de raza le viene al galgo", Zelungo Aguirre dijo con emoción visible, medio "atorándose":

"SI YO JUESE DIOS, A ESTOS MUCHACHOS DE FRANCO NO LOS

HARIA MORIR NUNCA"..

Aplausos y risas saludaron la salida del paisano que no desmentía "el filón" musical de su ascendencia, ya que todos sabíamos que su padre don Prudencio fue un excelente guitarrista y que algunos de sus hijos eran destacados acordeonistas.

No menos graciosa fue la salida de mi primo Juan Pedro Fellay, que le gritó, casi a quema ropa:

—¡Cha! ¡que Dios negro íbamos a tener!...

En otro pasaje de la reunión, se le cortó la prima a mi guitarra y Zelungo que "no perdía pisada" a la ejecución y al canto, le gritó fuerte a don Pedro:

—"Pronto patrón, traiga una prima".

—"No tengo más que de acero", respondió don Pedro.

—"Aunque sea de oro", replicó Zelungo llevado por su entusiasmo desbordante.

Una carcajada general, no menos ruidosa que las anteriores festejó la oportunidad el paisano.

Finalmente se trenzaron en un contrapunto formidable Zelungo Aguirre y Ricardo Rieter y aquello fue, como para pagar entrada.

Llegó la hora del desbande y he aquí una pluma cargada de recuerdos de aquella colonia, que pretende captar el alma de mis pagos en un aspecto de costumbres que se fueron como la juventud de aquellos días.

EL ARPA PERDIDA

No se refiere este pasaje evocativo de mi niñez al poeta Esteban de Luca, autor de la "Canción Patriótica", que dice así:

"A la lid más grande
que va a destruir,
a cuantos tiranos
que osan oprimir"

que un día se perdiera para siempre en el Río de la Plata y que inspirara al autor del "Nido de Cóndores", una poesía que lleva el título del epígrafe.

Este pasaje se refiere a un arpa perdida, de miles de cuerdas vibrantes, oculta entre las flores de los manzanos, perales, durazneros y el follaje de los álamos aledaños, formada por miriadas de mixtos que en las horas de las siestas estivales inundaban el contorno con sus cánticos incesantes.

¡Oh maravilla de la creación de Dios, para deleite de los que supieron oír y grabar en el alma!...

Dios Supremo, ya que me diste en Gracia el don de que pudiera oír y grabar hondo, concédeme también la Gracia para desentrañar con la palabra escrita, esas dulzuras que tanto tiempo hace, cantan en mi alma el arrullo inexpresable de tu sublime creación.

Deja que retorne a ser niño, para que como entonces en las horas de las siestas provincianas de los veranos ardientes, pueda acostarme a la vera del huerto florecido a seguir grabando aquellas armonías que modelaban mis sentimientos, para embellecer después, las horas de los recuerdos dulces de la niñez lejana.

Al verme de nuevo allí, solitario y silente, resurgirá la fronda y las bandadas ocultas trinarán como antaño, sus cantos de celos, entre la belleza de las flores abiertas o el verde nilo de las hojas serenas, para saludar el retorno del que no las olvidó en el tiempo ni en la distancia.

Bajo el arrullo de esa arpa perdida volverán como sombras animadas, seres queridos, animales amigos, mariposas furtivas, y se pintarán sobre el ramaje resucitado, las corolas blancas y rosadas de los manzanos y durazneros vestidos de juventud y de primores.

De nuevo las frondas ocultarán los nidos que entretejió el amor de los seres alados y Pomona danzará escondida cuidando los frutos sazonados por las tibiezas del sol.

Pasará tía Francisca con su bondad de madre y tío Isidoro, azada al hombro, caminará hacia el potrero en busca de las hierbas dañinas y plantas espinosas.

Balarán los terneros llamando a las madres que pastan en el bañado cercano y los perros ladrarán el cruce de los viajeros hacia la alcantarilla sombreada de sauces retratados en las linfas cristalinas del Perucho Verna.

Los teros bulliciosos realizarán "sus casamientos" de alas extendidas y saludos ceremoniosos y la algazara nupcial de los mismos llegará del potrero vecino, como una fiesta simbólica de nuevas esperanzas y procreaciones.

El carolino gigantesco cubrirá el patio terroso con su sombra tupida y los cascabeles de sus hojas anchas, marcarán el compás a los horneros trinantes sobre sus nidos construidos en las horquetas de los gajos corpulentos.

Las golondrinas revolotearán en las cumbreras de los galpones y las tacuaritas escurridizas buscarán en las paredes de ladrillos descubiertos, las arañitas con que alimentarán a sus pichones.

Las chicharras en los paraisales vibrarán sus timbales sonoros y las mariposas llenarán de coloridos mágicos los alfalfares olorosos y sonnolientos.

Los gallos radiantes de tornasoles, rondarán a las tranquilas gallinas y los polluelos en bandadas correrán presurosos al llamado de las madres para picar el hallazgo de un grano o un insecto apetecible.

El jilguero de oro trinará intermitentemente en un altivo álamo, jun-

to al nido abandonado de un leñatero o "chinchirrío", cuidando desde ese atalaya a su compañera echada sobre blando plumón de lana, crin y paja.

La brasita de fuego ascenderá verticalmente en aleteos sucesivos y se dejará caer en suave planear de alas extendidas, sobre el árbol donde la hembra incuba sus huevecitos entre un nido de musgos y de líquenes casi invisible.

Las tijeretas y benteveos enfurecidos, cabalgarán sobre el lomo de los chimangos y pirinchos en fuga desesperada, tajeando sus cabezas con embestidas y aletazos furiosos, mientras las torcacitas cantarán sus querellas plañideras desde los verdinegros paraisales.

Los picaflores resplandecerán sus iris espectrales sobre las corolas olorosas, buscando sus manantiales de miel y néctar.

Graznarán los gansos en marcha despaciosa hacia el arroyo cercano, parpadearán los patos caseros en torno mío, y los conejos tranquilos, escarbarán sus cuevas bajo el horno casero de las mil jornadas jubilosas.

Las bandurrias y patos cimarrones, en bandadas inmensas, descenderán suavemente sobre el bañado vecino, mientras el chajá desde sus troyas concéntricas en el azul infinito, planeará soberano sobre el juncal, lanzando al confín su alerta, para inundar el contorno de solemne grandeza.

El "Chorreao" y el "Palomo", lo mismo que el "Pajarito" y el "Azulejo" uncidos al yugo de un destino ingrato, me mirarán tristones desde junto al arado de tantas mañanas y tardes victoriosas sobre las cuchillas y laderas tajeadas en todas direcciones, mientras los chingolos parados sobre los copetes de los cardos en flor o en los hilos tensos de los alambrados, me dirán con sus cantos inolvidables, que la tradición no ha muerto y permanece arraigada en la tierra madre que el trabajo fecundo transforma en graneros inagotables.

En los sembrados vecinos los pechos colorados se dejarán caer con suavidad de pétalos, sobre los trigales pintones o linares como mar y las cachilas desde el límpido azul bajarán a la tierra en sus cánticos de amor y celo, la sinfonía inefable de Dios sobre los cielos y campos que me vieron nacer.

Chirriará la roldana del pozo surgente y los ojos buscarán la tortuga flotante, al par que los labios sedientos beberán del balde abollado la frescura de las aguas con sabor a bañado.

La aurora de los rosados dedos, pintará de oro los doseles del cielo, el sol despertará la vida de las cuchillas ubérrimas y en su lento girar de fecundidad se acostará a dormir entre resplandores de incendios. El véspero de zafir, engarzado en la bóveda azul, como un diamante, y la divina reina de las noches camperas, iluminarán la vastedad majestuosa con la transparencia de sus rayos de plata.

La vida cantará otra vez sobre mi inocencia su canción de cuna

y una lágrima pura como el cristal, caerá desde los párpados cansados, sobre los seres que embellecieron aquellas horas indelebles, sin problemas ni angustias.

Entonces desde el fondo del alma, frente a una imagen sagrada, se elevará con unción de plegaria milenaria, para agradecer al Creador la felicidad que puso en el corazón de un niño y el verso al compás de una dulce guitarra, cantará su armonía envuelto en la pena que lo impulsa a la expresión del sentimiento que busca la forma de quebrar su envoltura para hacerse belleza eterna en los campos amados, diciendo:

Entre tantas remembranzas
que en el alma se guarecen,
seres y cuadros se acrecen
como el sol en lontananzas,
visiones a las distancias
de horas felices, ya idas,
son como cosas queridas,
que yo recuerdo cantando,
al narrar hoy, evocando,
escenas por mí vividas.

IBAMOS CERCA DEL CIELO

Ese día el "carro colono" iba cargado hasta los topes.

Unos palos verticales adicionados y ajustados a la caja del mismo, permitían la elevación de las gavillas y manojos de paja.

Habríamos andado unos trescientos metros y cuando ya estábamos por llegar a una altura que a mis ojos de niño parecía inaccesible, al lugar donde se hacían las parvas, quiso la mala suerte que se desmoronara la carrada y nos arrastrara en su caída rápida.

Quedamos apretados bajo la paja. Yo salí fácil, pero no tía Rosa, que quedó prisionera bajo el enorme montón de gavillas.

Todos corrieron al lugar del accidente y la sacaron del trance difícil.

Salió tía, quejándose de un fuerte dolor interno a la altura del estómago y a un costado del tórax.

Con toda precaución la llevaron a la cama, donde la curaron empíricamente, pues en aquellos años no había médico en la zona.

A los pocos días, la enferma aún no bien repuesta, ya estaba en plena tarea.

Sesenta años han pasado y aún lastiman mis oídos los ayes de dolor de aquella madre de antaño, igual que todas las que arribaron

a esa tierra para iniciar la eclosión maravillosa que generó la riqueza inapreciable de los hijos que pueblan esos lugares de bienestar y progreso.

LO QUE VIERON MIS OJOS

Había entre la esquina de la casa de Filiberto Joannás y el terreno de don Pedro Schoeder, un terraplén bastante alto, que formaba lo que la gente de campo llama "lomo de burro". Los conductores de automotores bien conocen esos "lomos de burro" y hay que ver cómo los respetan.

Varios días hacía que llovía y esa tierra negra de Villa Elisa, que Dios, como una Gracia especial, dió a la región entrerriana, estaba como para empantanar sulkys y tractores.

Pese al estado fangoso del camino, un acopiador de huevos y aves, pasó como un bólido, frente a mi casa paterna en dirección a lo de don José Mediverry, revoleando el látigo y azuzando con gritos a sus caballos para repechar la pequeña cuesta.

Cuando se enfrentó con el "lomo de burro", siguió "mocho" nomás y al treparlo... bueno, aquello fue para verlo, porque con la misma velocidad que llevaba, dio una "vuelta de carnero" sobre el cajón de huevos donde estaba sentado y quedó con "las raíces" para el cielo y se "peló limpito" de la jardinera enterrándose de cabeza en el barro.

En mi vida no volveré a ver barquinazo tan lindo para un recuerdo, por lo espectacular y por lo intrascendente del golpe, ya que el barro fue como un colchón de lana.

La jardinera con el impulso que llevaba, siguió la ley de la inercia, pero el conductor quedó al igual que un escuerzo, haciendo mimetismo en el barro. Quedó el pobre... "como chancho en un pantano", diré, recordando expresiones de mis pagos.

Le costó desprenderse del suelo, juntó después el desparramo de bolsas y cueros de ovejas, miró para todos lados y finalmente lo "conversó" fuerte al "lomo de burro", dejando "recuerdos" poco gratos para los camineros, la familia y hasta para el perro que salió a ladrarlo.

Buscó la jardinera detenida a pocos metros, trepó a ella y torció rumbo hacia la iglesia, dándose vuelta cada cinco metros, para darle los "últimos encargos" al "lomo de burro" y sus constructores.

NUESTRAS MADRES

A todas las madres extranjeras y criollas que poblaron de hijos el pueblo y las colonias de mis pagos natales.

Son ellas que vuelven al llamado
de recuerdos que buscan en lo arcano,
los senderos que en tiempo ya lejano,
dejaron sobre el campo que poblaron;
hoy vuelven a la tierra do cantaron
la canción del arado y de la espiga,
de la abeja, la aguja y de la hormiga,
junto a las blandas cunas que cuidaron.
Desde la eterna Italia o dulce Francia,
de Suiza, de montañas imponentes,
en pos de su destino, hacia occidente,
vinieron a esta tierra de esperanza
y aquí junto a las criollas que llegaron
para unirse en un mismo sacrificio,
levantaron sobre roca el edificio,
de este pueblo y las colonias que poblaron.

En sus risas traían juventud,
en sus caras, auroras sonrosadas,
en sus labios de fresas encarnadas,
las perlas de sus bocas daban luz;
la vida palpitaba en cada entraña,
como un preanuncio a su misión sagrada...
¡Era la primavera en su alborada,
llenando de belleza esta campaña!

Y mientras las semillas germinaban
en las fecundas tierras laboradas,
ellas a su simiente consagradas,
el amor de sus almas le cantaban;
y al par que los hombres desgranaban
las mieses opulentas de este suelo,
ellas con los ojos hacia el cielo,
sus hijos a esta patria le brindaban.

Pasó la vida con su eterno andar,
pasó la juventud rumbo a su ocaso,
pero del patrio suelo este pedazo,
quedó como reliquia para amar,
y los hijos y nietos que nacieron
de esas madres y abuelas abnegadas,
hoy llevan hacia el cielo las miradas,
orando por las madres que se fueron.
.....
Porque fueron en la Biblia modeladas

a imágenes de Rut y de María,
porque en todas ellas vida había,
para darla a las tierras conquistadas;
porque al par que los granos maduraban,
la savia promisoria en las espigas,
y supieron del esfuerzo y las fatigas,
en los días y en los años que sumaban;
porque fueron como el suelo, generosas
y en mil racimos de hijos florecieron,
porque en dios con fervor ellas creyeron,
siendo madres en su misión más santa,
humilde trovador del pueblo canta
a las madres y abuelas que hoy volvieron.

A las que siempre a esta tierra volverán,
en imágenes, espíritu y rezos,
trayendo desde el cielo el dulce beso,
a los hijos que por siempre nacerán;
a las que aquí eternamente vivirán,
como diosas eternas que pasaron,
dejando en la región que ellas poblaron
virtudes de trabajo y de una raza...
¡Bendícelas, Señor, desde la casa
donde junto al Altar ellas rezaron!...

DE NUEVO EN LA SENDA DE 1810

Hacía muchos años que las dianas de Caseros habían saludado el sol de la libertad.

Este sol no era otro que el de la histórica jornada del 25 de Mayo de 1810, nublado por una anarquía que duró cuarenta años.

La batalla de Caseros jalona el lugar memorable en donde la patria encuentra su rumbo inicial para seguir hacia los grandes destinos a que está destinada por el Creador.

Los arados ya habían escrito sus primeras églogas en los llanos de Esperanza en 1856 y en las cuchillas de San José en 1857, mostrando sus bruñidas rejas como espadas de una nueva conquista, mientras que la canción de las cunas —bajo la bendición del Altísimo— era la anunciación de una nueva Argentina redimida por la ley, la libertad y el trabajo.

El espíritu de Juan Bautista Alberdi, y el patriotismo del "Organizador de la Nación", habían dado a la cuna del Libertador de tres naciones, Gral. San Martín, el catecismo cívico de nuestra Constitución Nacional.

El canto de la epopeya inmortal, se unía al coro de las canciones de paz y de trabajo con que la tierra redimida llamaba a todos los hombres de buena voluntad que "quieran habitar el suelo argentino".

Y mientras el asesinato de 1870 troncha injustamente la vida del hombre que más bien hiciera al país después de San Martín, al organizarlo constitucionalmente y los campos florecen sus espigas llenando de ilusiones promisorias a los hogares que fructificaban como el árbol bíblico, los bravos que al lado de su jefe destrozaron al enemigo con el empuje de sus redomones, cuelgan en la soledad de los ranchos entrerrianos sus "tacuaras" aureoladas de glorias en cien batallas inolvidables.

Quede para ellos, como laurel inmarcesible, el honor de haber sido en Caseros, dignos herederos de los "Dragones de la Muerte", que con Pancho Ramírez salvaron la República en los campos de Cepeda, llenando de orgullo la altivez de los hijos de Entre Ríos.

Muchos fueron los que al terminar la vida del patriarca entrerriano, fueron a vivir sus últimos años en mis pagos natales.

De algunos solamente conozco sus nombres y referencias oídas a don Bibiano Ruiz Díaz, Juan Marcelino Leiva, Pedro Irungaray, Antonio Eyhartz, Nicasia y Saturnina Leiva.

De ellos quiero dejar sus nombres a la eternidad de los hijos de mi pueblo natal y sus colonias ubérrimas, como símbolo de gratitud de un descendiente de inmigrante que gozó de los beneficios y el amparo de nuestra constitución y de nuestra bandera.

DON BIBIANO RUIZ DIAZ

A su memoria eterna

Era don Bibiano un criollo de ascendencia española nacido en Concepción del Uruguay.

Estaba emparentado con doña Tomasa Lezcano, madre de doña Adriana L. de Cuturier, Donata L. de Aguirre, Isaac, Anita, Juan y José (Pequecho).

En él prevalecía el físico que lo acercaba al rasgo esencial hispánico.

Su apellido se encuentra entre los capitanes que acompañaron a don Pedro de Mendoza al Río de la Plata.

Bajo de estatura y de complexión escasa, el color de su piel era blanco amarillento.

Llamaba la atención, en los años por donde corren estos recuerdos, su piel apergaminada de finísimas rayas en todas direcciones, las que le formaban filigranas delicadas, cual si fueran los dibujos que entreteje en su rueca maravillosa, la araña "ñanduty".

Su boca de corte fino y de labios poco carnosos, ocultaba una den-

tadura color marrón verdoso, igual que guampa sin lustrar, efecto de la pátina que la nicotina, la yerba y los años habían ido acumulando sobre la misma.

Desgastados sus dientes por el tiempo y uso, las coronas de sus delanteros tenían marcado corte en bisel que se veía sin mayor esfuerzo.

Su nariz mediana, no presentaba ninguna anomalía que le diera aspecto extraño a su cara bien agraciada.

Sus ojos pequeños mostraban en sus párpados inferiores, unas "bolsas" bastante notables, las que se le estiraron paralelamente a los años.

En cuanto a orejas, no pasaban inadvertidas. En el cuello tenía "más arrugas que un cuajo".

Una barba rala, no muy larga, chata y un poquito arqueada hacia arriba "igual que cola de pato marrueco" y como matorral de "mío-mío" en el mentón y cerca de las orejas, dejaba un "abra" grande a la altura de los pómulos y otra "abra" más pequeña, en donde se suele ostentar la "mosca".

Era de esas barbas que en el campo se denominan: "barba cruz".

Su bigote más bien fino y chato, no tenía la rigidez de la cerda del yeguarizo, propia del indio crudo y por el contrario "amenazaba" encrespársele "como raíz de ajo", cerca de la comisura de los labios.

Cubría su cabeza mediana un pelo tupido, el que le invadía generosamente la frente hasta más abajo de lo común, dejándole poco espacio de ese que la gente llama empíricamente: "signo de la inteligencia".

Usábalo bastante largo y en la parte posterior de la cabeza le formaba "como matorral de orégano" por lo abundante, el que hubiera hecho la felicidad de un payador de ley o de un paisano "sampedrero".

Cabello, barba, bigote y pestañas eran de color castaño y ponían de manifiesto en su mestización racial, el predominio de la ascendencia española.

Sus manos grandes, descarnadas y cuerudas, con muchos surcos hondos formados por repliegues de la piel, transparentaban una intrincada red de venas globulosas y tendones gruesos que le daban un aspecto impresionante.

Los nudos de las articulaciones de sus dedos y el desarrollo extraordinario de sus muñecas, hacían pensar en brazos hercúleos que empuñaron el pesado corvo de la caballería gaucha y la tacuara montielera en las campañas del Gral. Urquiza, o en un diestro pialador, domador u hombre de trabajos rudos en las estancias de antaño.

Su indumentaria más habitual fue: bombacha (no muy ancha), saco, camisa y pañuelo de algodón en el cuello.

Completaban su atavío: alpargatas, faja y cinto de cuero con bol-

sillos y hebilla simple.

Un sombrero negro de ala angosta cubría su cabeza y un cuchillo de poca dimensión, colocado en la parte delantera de la cintura y fácil a la acción de la mano derecha, era su arma inofensiva.

No se desprendía del conjunto de su físico y de sus prendas de vestir, sino la existencia de un criollo de condición humilde.

En lo que respecta a su aspecto moral, diré que su vocabulario era vernáculo, propio del paisanaje entrerriano, tan virtuoso en comparaciones para darle vivacidad, intención, belleza e interés.

No acostumbraba términos soeces, reemplazando algunos muy comunes, por derivaciones atenuadas que los hacían intranscendentes, como: "cara... coles", "cás... pita", "jo... robar".

Era hombre de costumbres honradas y pacíficas y si alguna virtud merece destacarse, ella era su prudencia ejemplar.

No tenía otros vicios que esos menores llamados: tabaco, el mate y el asado.

Atando recuerdos, lo busco en las canchas de carreras, de tabas y bochas; en las mesas de truco, "monte y nueve"; en los boliches del pueblo, de los caminos y en los bailes. En todas partes lo encuentro en perfecto equilibrio. Diría como es común oír decir: "despuntando el vicio".

Sería exacto afirmar que pasaba inadvertido.

No tenía morada fija. Sus residencias más habituales eran las estancias: "Santa Rosa", de don Alejandro Yrungaray; "San Ignacio" de don Pascual Yrungaray, y "Santa Bárbara" de don Cándido Fontana.

También paraba en otras casas de la Suiza, cerca del Puente Gualeguaychú.

Allí hacía algo: domador, esquilador, pialador, peón de campo. En su ancianidad encontró siempre la generosidad proverbial de las estancias entrerrianas, la consideración personal de sus dueños y el afecto de sus hijos.

Todo esto fue el premio a su honorabilidad de criollo bueno y a su conducta ejemplar.

Los años lo transformaron en nonagenario pero poco o casi nada había nevado sobre su cabeza.

Conservó hasta muy avanzada edad una salud envidiable y muchos recordarán cómo en las postrimerías de su vejez se trasladaba a caballo a las estancias nombradas, que se encontraban a tres y cinco leguas del pueblo.

En sus últimos años andaba muy seguido por "La Casa de Todos", donde conversaba, bebía sus cañitas y liaba sus cigarrillos, mientras me regalaba el oído con anécdotas del tiempo viejo de nuestro suelo entrerriano.

Falleció en 1926.

No sospechaba entonces que muchos años después, volvería hecho espíritu para contarles en "El Alma de mis Pagos" la historia de esta vida humilde que el tiempo ya no ha de borrar de aquellas cuchillas con olor a trabajo de gringo y tradición de patria.

ASI ERAN LOS SOLDADOS DE LA LIBERTAD

En las postrimerías de su edad nonagenaria, llegó un día a mi casa paterna para pedirle a mi madre (presidenta de la Sociedad de Beneficencia) asistencia en el hospital.

Otorgada la orden, previa la revisión médica, se le preparó mullida y limpia cama.

Pero sucedió que este viejo criollo que nunca le había dado a su "cuerpo humano", en todos los días vividos, más blanduras que la de sus cueros de ovejas, caronas y bajeras, se trajo las pilchas nombradas y el recado para almohada, acostándose en el suelo.

Por más que hizo la encargada no consiguió convencerlo.

Como a la noche siguiente quisiera obligársele a que se acostara en la cama, desapareció sin decir nada.

Pocos días después, al encontrarse con mi madre, ésta le preguntó por que se había ido del hospital: si no se le había atendido bien y si tenía alguna queja que manifestar.

Enojado todavía don Bibiano y "todo ofendido" le contestó:

"I qué se cree, doña María, que a mí me va hacer dormir en una cama".

Río mi madre de buena gana y yo también.

Así debieron ser todos los soldados de esta tierra.

¡Flor de temple debían tener sus cuerpos!...

Con hombres como tú, "Viejo Bibiano", manso en la paz y león en la guerra, San Martín libertó a tres naciones, y el otro Grande que fue tu jefe Gral. Urquiza, plantó el árbol de Mayo allá en Caseros el 3 de febrero de 1852.

Con otros bravos guiados por el otro Grande de la Patria Argentina, hiciste posible que en los campos entrerrianos florecieran colonias que como Villa Elisa y sus aledañas engrandecen con el arado, la tierra de los libres del mundo que cobija la bandera que Belgrano nos legara y que Urquiza hizo "FLAMEAR DE NUEVO" sobre sus huestes vencedoras después de veinte años de dolor, anarquía y luchas fratricidas.

"¡GUARDA LA VIBORA!..."

"¡Guarda la Víbora!... gritaban de intento los muchachos de mis días de gurí y eran de ver los saltos, "cuerpeadas" y posturas que tomaba el viejo, tal como si le hubieran enredado en las piernas una ya-

rará de esas tan temidas en el campo.

Gozábamos ante el espectáculo gritándole: *"¿Para qué son esos saltos si la polka no es así?..."*

Algunos que pretendían saber la causa, decían que era el miedo que se le había "dentrado" en el cuerpo, desde que una víbora se le había enroscado en una pierna maneándolo. Seguramente pensó que era una yarará y por eso le quedaron esos sobresaltos tal cual como si se tratase de reflejos nerviosos.

El caso es, de que el recuerdo "a quema ropa", le erizaba la piel en tal forma, que la mano "se le iba" instintivamente a la cintura buscando arma. Empuñando ésta, trazaba tajos en el aire y rayas en el suelo a diestra y siniestra, no sin decir "cruz diablo" y santiguarse al final de muchas cabriolas.

Todos reíamos de las posturas del viejo y cuando se repetía el grito de *¡guarda la víbora!* solía decir ya fastidiado: "bueno"; "¡Basta muchachos del diablo!"

Busco en el conjunto de recuerdos, el hilo que me ha de llevar al más lejano de todos ellos, para traerlo a la evocación que deseo perdure en estas páginas, ya que por el solo hecho de haber formado en las huestes libertadoras del cincuenta y dos en Caseros, bien merece que su nombre no muera en el olvido y que gane el derecho a la posteridad, aunque más no sea en los pagos que lo contaron como a un criollo típico a quien entre bromas y jaranas se quería entrañablemente, porque era algo así, como el alma de la tradición que perduraba en el suelo nativo, pese a la invasión del extranjero que, cual manga de langosta por lo numeroso, había asentado en 1890 por esos campos incultos, para transformarlos en graneros de abundancia.

Y ya que tomé la punta del hilo que desenvolverá el ovillo, haré que mis diez años, ya lejanos, desciendan la "cuesta abajo" de lo Mena o de Mercedes Martínez y Ortega y me alleguen hasta la carnicería fue don Plácido Sigot tenía en su casa de familia y que desde 1892 hacía compañía a la escuela vieja, a don Victorio Morard y a don Nasario Candelario, dando panorama y vida al ángulo sud del cuadrado pueblerino.

Era don Plácido un piamontés que —al igual que mi padre— se había identificado con las cosas de esta tierra, que de gringo sólo conservaba el nombre y las posturas de las manos sobre la mesa de una "murra", cuando se trenzaba con don Mariano Sigot, Pierrotín Bourlot, Esteban Serra, Filiberto Sigot, Los Petisos Rouggier y otros paisanos de ley.

De su matrimonio con doña María Blanc quedó como simiente de su paso por el pueblo una descendencia numerosa: Josefina, Rosa, Cirilo, Constanza, José María, Estela y María.

Allá llegué yo "como a mi casa ajena" y me encontré con don Plácido, el que había "tendido" un lazo como de veinte brazadas. Al to-

carlo me pareció bordona de guitarra por lo zumbador.

—*"¿Qué andás haciendo gurí?...*, me preguntó en tono cordial.

"Paseando"... respondí y pregunté enseguida: *"¿Y los muchachos?"*

—*"Están en la cocina tomando mate con don Bibiano"* y agregó: *"Andá nomás"*.

Enderecé para la cocina y al enfrentarme con doña María, me preguntó por mi mamá. Vecinas en los años de mi nacimiento yo era un lazo de afecto de antigua data, a quien había tenido en sus brazos en los primeros años de mi existencia.

Cerca ya de la puerta, me encontré con Josefina que le sacaba lustre a una plancha caliente, frotándola contra el suelo.

Pisando el marco de la puerta vi a Rosa "entreverada" con unas ollas, mientras "La Morocha", El Pempe y Cirilo rodeaban a don Bibiano que guitarra en mano estaba "que era un Gabino Ezeiza".

Invitado a pasar "me le atraqué" a un banquito petisón y tomé asiento cerca de Cirilo que "tallaba" en un "galleta" barroso, con más boca que horno de panadería y más "galopeao" que mancarrón de milico.

Tenía "el boquerón" de marras, más "paraguayos" boyando, que postes los alambrados de los campos que fueron de don Héctor de Elía.

"Me alargó un amargo" el tallador, que parecía *lágrima de avestruz* por lo chorreado, al que barajé con sed.

Al mirar *la lavativa*, le hice una "entradita" de esas que oídas a las personas mayores en rueda de fogón, uno repetía sin sospechar alcance:

Mirá que las lavativas no se dan por la boca, porque dañan el estómago.

Y levantando el rebenque volví a castigar de nuevo:

¡Flor de buey! para el arado es el "chorreao" de mi tío Isidoro Fellay.

Se rió mi amigo y cuando "el galopeao" volvió al tallador, "al darle vuelta la pisada", le dio tal golpe de palanca a la bombilla que media carga de yerba quedó afuera, igual que tierra de hormiguero removido, tapándole la boca con una parva como de tres centímetros de yerba.

Baquiano el cebador le hizo correr el dedo pulgar izquierdo emparejando la cebadura, mientras que con la mano derecha movía la bombilla en vaivén, igual que si estuviera aflojando un poste de alambrado enterrado en la tierra.

Lo llenó de nuevo y después de saborearlo "como si fuera catador de oficio", haciendo sonar el paladar con la lengua, expresó satisfecho:

"Está juerte, como tabaco e pito".

"Mirá que el mate no es mamadera"..., dijo el viejo Bibiano, el que pulsando la guitarra se acomodaba las cuerdas de su garganta como pidiendo "yemas" para suavizarlas.

Cantá otra, interrumpió el Pempe, pedido al que nos sumamos todos los presentes.

Se acomodó el viejo en el banco, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha, se llevó "el panza e burro" a la nuca como pidiendo cielo y con aires de payador consumado pulsó la guitarra en un rasgueo de cifra en tono de "La mayor".

Bien dicen, *"que lo que fue buen vino no puede ser mal vinagre".*

Le faltaba al viejo la agilidad que tuvo —según mentas— en sus años mozos, porque se enredaba en las cuerdas como dando tropezones, pero le quedaban "las posturas".

Varios rasguidos nos llenaron de ansiedad, mientras que el Santos Vega de esa mañana no terminaba de "componerse" el pecho. Andaba como con garraspera.

No oí cantar el Batarás... Esta madrugada y me quedé dormido, dije con intención ante la espera ya larga.

Me malició el viejo mirándome *como pato al arreador,* desconfiándome, mientras los otros se hinchaban "igual que sapo" aguantando la risa.

Todos sabíamos que el viejo era "más bravo que un zorrino" en el olor, si lo hacían enojar, pero al mismo tiempo inofensivo, de suerte que al demorar el canto dije *como si nada:*

Y diai...; ¿Para cuándo son las pruebas?...

Iba a *gruñirme,* igual que perro viejo, don Bibiano, pero me salvó don Plácido que en ese preciso instante se acercaba y recostando su machaza estampa de varón en la puerta, dijo con aire "sobrador";

Che Pempe, batile un huevo de avestruz a don Bibiano, que "tiene la voztardía" y como "letrina" el pecho hay que suavizarle la garganta para que entone mejor.

Sonrió el mentado y por fin se "largó" con una cifra llena de sabor campero que se perdió en los tules del tiempo.

Había sido *como la lusera pa el estómago, dijo don Plácido* mientras nosotros echando "charamusca" al elogio del patrón, decíamos:

Canta demás lindo...; Si da gusto oirlo...; Le sobra rollo, para dar lazo...

Se regodeó en el banco el cantor y se le "hincharon las troneras" de la nariz, lo que respiró hondo, al verse halagado.

Valió un amargo..., dijo Cirilo, pasándole "el boquerón" conocido, pero con más espuma que una cascada, después que le hizo una "ensillada" de mi flor.

Devuelto "el galleta", sacó don Bibiano una tabaquera de cuero sobado, apartó del librillo de papel una hojita y lió un cigarrillo, al mismo tiempo que contaba cosas de la revolución de López Jordán.

DON ISABELINO BERGARA "EL GUAYAQUI"

A su memoria eterna

Cuando Urquiza invadió la Banda Oriental y venció al Gral. Rivera en "India Muerta", el 27 de marzo de 1845, cayó prisionero, siendo entonces un muchacho de pocos años, el hombre que hoy evocan estos recuerdos.

Mala era la época para caer prisionero, porque la fiereza de la lucha y los odios desencadenados, siempre buscaban un cuello para probar el filo de un cuchillo.

Imperaba la ley mosaica del talión, es decir: ojo por ojo y diente por diente. La vida del vencido pertenecía al vencedor.

Don Isabelino salvóse de pagar tributo del vencido, por su poca edad,pues formaba parte del taballón de "Guayaquises" organizado por el Gral. Rivera, donde militaban muchachones no mayores de dieciseis años.

Acaso como una revancha de Urquiza a la despoblación causada por el jefe oriental en cierta invasión hecha a la provincia en 1840, al mismo tiempo que el general Paz después de Caaguazú (y que narraba doña Clemencia Santa Cruz de Almada, al referir el paso de una tropa como de ochocientas carretas cargadas de entrerrianos de ambos sexos llevados para repoblar las exhaustas campañas uruguayas) trajo para su tierra a los que quisieron ingresar como soldados de su ejército vencedor.

Uno de esos soldados era don Isabelino Bergara.

Asesinado el vencedor de Rosas, los días lo encuentran viviendo por el Puente Gualeguaychú y últimamente en Villa Elisa donde rindió tributo a la madre tierra a la edad de ciento cinco años, según díceres de algunos pobladores antiguos.

Casado con doña Juana Leyes (hermana de don Silvestre) tuvo una descendencia numerosa, confirmada por los nombres de los siguientes hijos: Desiderio, Gregorio, Liborio, Rito, Demetrio, Isabelino,Melitón, Juana, Sofía, Hipólita y Gila.

Su aspecto físico daba la impresión de un hombre de raza blanca. Ni el color de su piel, ni las líneas faciales, ni el color de sus cabellos, ni su dinamismo al andar, dejaban traslucir algún cruce racial indígena.

Su estatura, disminuida por sus muchos años, era baja y poco vigorosa. Gozó siempre de muy buena salud y su accionar ponía de manifiesto una resistencia de hierro.

Robusteciendo esto último, lo veo (arqueada la espalda) pasar todas las mañanas frente a mi casa paterna, manejando una carretilla sobre la que cargaba el triguillo y afrecho que compraba en el molino, para llevarlo a su casa distante unas siete cuadras.

Otras veces pasaba con media bolsa de la misma carga sobre sus espaldas, haciendo el mismo recorrido.

Casi siempre al enfrentarse con mis padres o conmigo, "echaba unos párrafos" de ocasión. Vivaz y nervioso, debía tener entonces unos noventa años.

En estas evocaciones lo busco por los mostradores de los boliches y no lo encuentro ni de casualidad, pero en cambio lo veo parado a una distancia prudencial de una aglomeración de gente, palpitando, (de curioso nomás) una carrera de parejeros, o una "clavada" de taba, de esas "que no se empardan".

El también en sus años mozo —según mentas— la dejó "como dormida", muchas veces, "con la suerte para el cielo".

Pasó sus últimos años rodeado del cariño de sus hijos y de la simpatía de los pobladores.

La mala suerte lo golpeó "fuerte y fiero" una vez, quemándole el rancho que estaba ubicado más allá de la fonda de Carricarte (después de Gastal y hoy taller mecánico del Sr. Ruiz).

No faltaron corazones generosos que le ayudaron y el viejo rancho remozado fue como un anticipo a la deuda de gratitud que nunca podrán saldar las generaciones argentinas a los vencedores en Caseros en 1852 y que trajo como resultado feliz para nuestra patria la *Organización Nacional*.

Sea este recuerdo, una tea encendida eternamente en el camposanto lugareño donde están sepultados sus restos.

DON SANTOS CASTAÑERAS

A su memoria eterna

Era nativo de Paraná, según mentas del pago.

Petisón y fornido, era el prototipo de criollo "sobón" y tranquilo.

Usaba una barba blanca, grande y nutrida, en los años por donde van estos recuerdos.

Tenía ojos pequeños, boca de labios gruesos y nariz chata.

El color de su piel no era oscuro, pero pertenecía por sus rasgos esenciales al criollo en el que predomina el indígena sobre el español.

Jugador empedernido al truco y al "nueve", tenía justa fama de "carteador y orejeador" sin rival.

Fumaba siempre y su bigote y barba color nicotina, lo delataban a simple vista.

Tenía como la mayor parte de los hombres que andan "como perdidos por el mundo", una modalidad propia que lo hacía popular. Cuando hablaba tenía como pegado el cigarrillo en el labio y parecía moscardón, empezando toda expresión con "um... um... um... um..."

Por eso andaba el refrán: "um... um... um... um.. dijo Castañeras".

Era hombre inofensivo, callado y respetuoso.

Vivió en la casa de la familia de don José Gay, donde era algo así, como peón de patio. Cuando dicha familia se radicó en Casilda, de Santa Fe, allá por el año 1904, se fue a vivir con don Isaac Aranzeta, ex empleado de don Manuel Beristain y estafetero entonces entre Villa Elisa y San José.

A don Isaac le servía como cocinero, doméstico y de peón para otros menesteres de poco esfuerzo.

Junto a este último protector se apagó su vida sin mayor trascendencia y sin dejar descendientes.

Fue sepultado en el camposanto local.

A LOS CRIOLLOS DE MIS PAGOS

"¡Hogares criollos de mis pagos natales, de costumbres sencillas, de creencias ingenuas y de abundantes hijos, donde echó sus más hondas raíces la tradición campera!" "Fuisteis la armonía de la estirpe criolla, dándole acento a la canción de los arados".

"Hijos de mis pagos, que como yo desciendes de extranjera estirpe, recuerda siempre que a la mayoría de los padres de muchas familias criollas que poblaron estos campos que el trabajo transformó en sembradíos y hogares de abundante pan, las dianas de Caseros los encontró al lado de su ilustre jefe, arrancando con sus lanzas de bravos, la libertad al déspota que la había suprimido del suelo argentino y sin la cual no hubieran arribado a estas tierras ubérrimas nuetros antepasados a gozar del bienestar, que ellos hicieron posible con sus brazos en los campos de batalla".

(Fragmento del discurso pronunciado por el autor en Villa Elisa, cuando esta población y su colonia cumplieron el primer cincuentenario. Páginas 44 y 45 de su libro "El Faro de la Cuchilla")

Dedico a los criollos y criollas: Anastasio Almada, Simón Mena, Prudencio y Domingo Aguirre, Wenceslao Medina, Isabelino Bergara, Juan Marcelino Leiva, Alejandro Riquelme, Ciriaco Abrigo, Justo Quintana, Rufino González, Mercedez Martínez, Diego Burgos, Manuel Lezcano, Juan Pedro Lezcano, José Horta, Silvestre Leyes, Inocencio Monzón, Cornelio González, Lorenzo Lezcano, Nicasia Leiva, Zenobia Rojas, Casimira Martínez, Luisa Acevedo, Petrona González, Bartola González, Epifanía Benítez, Cecilio Nuñez, Marcelino Quiroga, Desiderio Olivera, Pablo Chupitea, Agapo Gómez, N. N. Burgos, José Ballesteros, N. N. Denis. N. N. Calleja, Santos Bentos, Juan Machado, Pancho Mendoza, Mauricio Acuña y N. N.

RAIZ HISTORICA DE NUESTRA TRADICION CRIOLLA

LOS CONQUISTADORES

A la memoria del gran poeta tradicionalista Delio Panizza

Vinieron de una tierra muy lejana,
envueltos en las brumas del pasado,
sus nombres indelebles han quedado,
como tronco racial de cuna hispánica
en las páginas de oro de la Historia,
que en la fecunda tierra americana,
España, la del habla castellana,
nos legara para su eterna gloria.

Descendientes de hidalgos o soldados,
venidos con don Pedro de Mendoza,
en aquella expidición, "la más donosa"
que a las aguas del Plata hubo llegado,
de la "nao" Marañona o Magdalena,
bajaron en la boca del Riachuelo,
para hollar del querandí su patrio suelo
y poner el eslabón de la cadena.

Soldados de Alvar Núñez en la empresa
vencedora de selvas y vestiglos,
página imperecedera de proeza,
dejan para memoria de los siglos;
o quizás con Garay del Altiplano,
arreando vacas y ovejas a Asunción,
llegaron para unirse a sus hermanos,
o vinieron en la escolta de Aragón.

Del dulce "Lambaré", muchos bajaron,
siguiendo el vizcaíno en su tesón,
y testigos de su eterna fundación,
hasta el "Cabo Corrientes" se acercaron,
los años impertérritos pasaron
y así fueron soldados de Hernandarias,
o de Vértiz, "Virrey de Luminarias",
en campañas que estos criollos realizaron.

Con Rocamora fundaron Uruguay,
del río cristalino en lindo gajo,
sobre la altura que domina el bajo,
ciudad sagrada —entre todas— si la hay;
aquí arraigó la estirpe más valiente,
dió frutos inmortales la simiente:
dos nombres, La Gran Carta y dos victorias,
son de la patria entera, eternas glorias.

HOGARES CRIOLLOS

Es muy común oir a la gente que no tiene oportunidad de conocer a fondo las costumbres y ambientes del campo, referirse a los hogares criollos teniendo en cuenta únicamente en su imaginación, lo que ha pasado a ser como uno de los símbolos de nuestra tradición campera: el Rancho.

Si bien es agradable al corazón poetizar esta morada humilde que encierra en su interior y en sus contornos, casi toda la tradición que nos viene desde la época colonial hispánica, mezclada con el alma indígena, en honor a la verdad, debe manifstarse que hay otros hogares criollos muy confortables, de paredes de material, muy sólidas, de excelente embaldosado, que están muy lejos de ser esas construcciones de piso de tierra y sin puertas de madera, que la ciencia hostiga en nombre de la higiene y de la salud para reemplazarlas por viviendas más sanas.

En los hogares aceptados como típicamente criollos hay cosas materiales y espirituales que los hermanan en su existencia, como la sangre a los seres de una misma ascendencia, dándoles sus características comunes.

Así la paja brava, la totora, el junco, las tijeras de tacuara, los tientos para el quinchado y los horcones de ñandubay, son elementos comunes que la naturaleza brinda gratuitamente o a muy poco costo para construir un rancho.

Una penca o un tunal plantado a poca distancia de él, es refugio seguro para los nidos de las calandrias que llenan de armonía su contorno.

Un arbusto de saúco, o de "barba de chivo" con sus flores amarillas de largos estambres rojos y donde alguna enredadera de tasi, mimbre, papa o mburucuyá, prende sus garfios como riendas, doblándolos con el peso de sus hojas y frutos, nos hablan de tizanas que curan dolores, de insomnios, de crianza de hijos a pecho, de daños imaginarios y de brujerías que lo rodean.

Un árbol de seibo, de espinillo, de tala o de alguaribay, sobra para llenar de flores y de sombra sus patios de tierra.

Media docena de gallinas "finas de riña" y un gallo de la misma raza inglesa, evidencian que aún no ha muerto en el alma criolla lo que fue una de sus pasiones más sanguinarias: la riña.

Una jaula con un cardenal amarillo o de copete rojo; un cajoncito agujereado por donde asoma su cabeza una lorita parlanchina y una calandria o tordo criado "guacho" y seguidor como perro a su amo, dicen claramente cuáles son en esa casa sus amigos alados predilectos.

La carencia de una vaca con su cría es suficiente afirmación de que el criollo que allí habita, prefiere como desayuno un guiso, un churrasco o simplemente unos mates amargos y que para él el café con leche "es cosa de gringos".

Tres o cuatro perros, un caballo ensillado y con lazo a los tientos, indica claramente que quien vive allí es hombre de faenas camperas.

Un carro playero, con bajeras, bastos, guascas, sobeos, cinchas y tiros, pone de manifiesto el trabajo a que se dedica su morador.

Un barril aguatero montado sobre dos troncos paralelos, dice sin hablar, que su morador no cava pozo y que lo mismo es beber agua de arroyo, que pedirla al vecino.

Un "mortero de un metro de altura, hecho con un tronco de árbol y parado como un centinela contra el quincho del rancho, invita a saborear el locro y la mazamorra, que lo mismo que el asado, son platos infaltables en esa casa sin complicaciones culinarias.

Un parejero atado bajo de un árbol o en una estaca enterrada hasta la cabeza, sujeto a un maneador largo, ancho y bien sobado para que no se "queme" las patas, tapado con capa hecha de bolsa, cola cortada al garrón, con un tuce "como mesa" y entrompetado o comiendo en un morral, pinta mejor que un artista, la afición del paisano que vive en esa morada desde donde lo contempla como si fuera una novia a la que se quiere mucho.

Yuyales donde no faltan: biznaga, chamico, cepacaballo, tutía, espina Urquiza, cardos, hortigas, abrojos, manzanilla silvestre, ni otras hierbas de las tantas que abundan por doquier, es el jardín espontáneo que la naturaleza siembra en cada otoño, llenándolo de flores en la primavera y el verano.

Una guitarra que vibra armoniosa en la noche silenciosa, acompañando a una voz plañidera que canta amores, penas y esperanzas, cuenta que el ser que la pulsa posee un alma sentimental, que sabe volar por el cielo para transformarse en gorjeos melodiosos.

Una cama de hierro; un catre tijera "cruzado con guascas" a manera de jergón; un baúl, una mesa, unas sillas, unos cajones, unos cueros de oveja y unos troncos rústicos, son suficiente mobiliario para la vida modesta que palpita en su interior.

El cuadro de un santo predilecto colgado en el quincho sobre la

cabecera de la cama y al que adorna con flores y velas en algún velorio de "angelito", es testimonio indiscutible de su creencia en Dios.

Una luz amarillenta que oscila agonizante empujada por el viento que se cuela por entre las rendijas y que dibuja siluetas en la penumbra, recuerda un candil alimentado a grasa o aceite de potro y también una vela de sebo ensartada en el gollete, "jineteando" una botella.

Muchos hijos en continuidad sorprendente, son el tesoro y las esperanzas que allí anidan.

Todos los seres y cosas nombradas y que forman la característica común de los hogares criollos de mis pagos natales, los arranqué de cada uno de ellos al recorrerlos en mis recuerdos, para eternizarlos en estas líneas.

Puede deducirse de lo escrito, que sus moradores no fueron afectos al trabajo de la tierra, porque ésta, demasiado pródiga, les dió en abundancia lo que necesitaban para vivir sin preocupaciones mayores que la del pan nuestro de cada día.

Los tiempos han cambiado y la vida cada vez más difícil por las exigencias de la civilización, impone mayores esfuerzos para subsistir.

He aquí la razón de por qué muchos descendientes de aquellos criollos inolvidables a mis sentimientos, al unir sus vidas con descendientes de extranjeros, se han transformado en colonos que hoy dirigen la mancera, uncen bueyes, miden amelgas, sobre los campos donde sus padres —ayer nomás— revoleaban el lazo, domaron potros, arrearon haciendas o rodaron con sus playeros cargados.

¡Sublime conjunción de razas que se amalgaman en este crisol de virtudes que es nuestra tierra, formando una nueva estirpe de trabajo fecundo y de alma generosa!...

¡Qué raza estupenda no saldrá de esta conjunción de sangre, en esta tierra criolla!...

DON ANASTASIO ALMADA

A su memoria

De elevada talla, su hermosa estampa de varón machazo, se me figura uno de esos añosos algarrobos que en la orilla del monte apriscionado entre las márgenes de los ríos Gualeguaychú y Ciudad en el "Infiernillo" se elevan gigantescos entre todos los demás árboles, llamando la atención del viajero que a su vera pasa.

Su recia musculatura tenía algo de la trama fibrosa del tala y su agradable aspecto de varón, parecía haber copiado del guayabo, su esbelto tallo recubierto de cortesa lisa y lustrosa.

Contaría don Anastasio, en los días a que se refieren estos recuer-

dos, unos cincuenta años, más o menos, los que llevaba con prestancia en su erguido cuerpo, a pesar de su larga y penosa lucha con la vida.

Su tez blanca rosada, mostraba un cutis fino y terso, pese a haber soportado muchas heladas en tantos inviernos y mil soles de estíos ardientes, por esos caminos polvorientos, batidos por las ondas calientes que soplaban desde el Norte y que él había recorrido incesantemente más de un cuarto de siglo.

Había encanecido prematuramente, pero se veía a través del espejismo de sus nieves, una fortaleza física poderosa, que mostraba sin esfuerzo, toda la exuberancia vital de su cuerpo robusto, sostenido por un esqueleto que debía ser fuerte como ñandubay.

Grande y espeso bigote canoso, reforzado por una nariz y boca en concordancia, le daba a su cara una fisonomía varonil, respetuosa y agradable a la vez.

Algunas arrugas profundas como tajos en la frente, en el entrecejo y en los ángulos externos de sus ojos azules, eran las cicatrices con que el campo condecora las facciones de sus hombres de trabajo, a fuerza de ponerles el sol por delante y hacerle medir con la vista lejanías infinitas.

Su indumentaria criolla me hace evocarlo de bombacha. No la usaba tan ancha como la "uruguaya" de doble paño, ni tan angosta como la "porteña". Un término medio marcaba el equilibrio de su yo mesurado, pasando desapercibido en el ambiente lugareño.

Sabía usar saco de paño algunas veces, pero era más común verlo con blusa liviana, de tono gris azulado, la que abotonada hasta cerca del cuello, tapaba escasamente una faja negra cubierta por un cinto de cuero color marrón, que ostentaba a manera de rastra, una hebilla niquelada muy sencilla y unos amplios bolsillos, siempre abiertos para los amigos y en donde guardaba los "reales" que el trabajo le brindaba escasamente.

Un pañuelo de algodón de color blanco grisáceo y anudado al cuello como si fuera corbata, daba aspecto simpático a su cara siempre prolijamente razurada.

Alpargatas blancas, bien calzadas en pies como para no caerse, cimentaban su hermosa talla, la que debía tener más de un metro y noventa centímetros de altura.

Un chambergo de ala no muy ancha y algo descolorido por el uso diario, evidenciaba la tesonera lucha entablada hacía tiempo, contra el sol, las lluvias, la tierra y los vientos.

Era en suma don Anastasio, un varón bien plantado, sin otros adornos para realzar su beldad, que los atributos físicos con que la naturaleza dota a ciertos hombres, para mostrárnolos como magníficos exponentes de una raza digna de conservarse sobre la tierra.

Si en su aspecto físico la naturaleza no le había regateado sus dones envidiables, en su yo íntimo, era una síntesis completa del valor que más admiramos en los criollos de nuestra tierra: su nobleza de alma.

Parco en el hablar, su voz era suave y su acento firme.

Reía con facilidad y era conocedor profundo de muchos cuentos que la tradición pasó de fogón a fogón, para hacer más placenteras las veladas criollas de las noches del campo. Con muchísimos de ellos llenó mi imaginación de "guri", en días inolvidables que vivimos juntos en el monte de Irungaray, cuando hachaba árboles del mismo y donde yo pasé horas indelebles de vacaciones en compañía de algunos de sus hijos: Faustino, Anastasio y Héctor.

Padre de doce hijos: Silvio, Lola, Concepción, Josefa, Florentino, Gregorio, José, Rosario, Faustino, Anastasio, Héctor y Catalino, no tenía en esa época de mis recuerdos, más fuentes de recursos que el trabajo tesonero de conducir su carreta cargada con frutos del país, a puertos distantes, cortar árboles en la selva nombrada o los pocos pesos que aportaban sus hijos en solidaria ayuda al mantenimiento del hogar común.

Dicen las personas que saben de las cosas del campo que "no hay vida más cruel que la del tropero y la del carrero". Soles que incendian los pastizales como yesca, polvaredas asfixiantes que ahogan la respiración y vientos calientes que reverberan a la distancia sobre la superficie de los caminos, reinan durante los veranos, mientras que en los inviernos, heladas quemantes, lluvias continuas, cañadas y arroyos insignificantes, enfurecidos, alternan con noches crudas en las que el frío penetra "hasta los caracuces", castigando sin piedad a los que por las vicisitudes del viaje acampan a la intemperie, sin otro amparo que los ponchos y las caronas o bajo el eje protector de esa casa rodante cubierta por "el encerado" que nunca faltó a quienes las inclemencias del tiempo los hizo conocedor de la naturaleza desencadenada, a la vez que previsor para la lucha contra sus enemigos implacables.

Contra todos esos elementos mancomunados para probar el temple de los hombres del campo, luchó "a brazo partido", sin "mezquinarle las arrugas", mi viejo criollo, durante cerca de cuarenta años y no en balde eran las cicatrices que el trabajo había tallado, cual artista en el mármol o bronce, sobre su cara recia y curtida.

Como un equilibrio que la naturaleza fija en la selección de los seres a fin de que la especie se conforme dentro de una línea media y no se extinga sobre el planeta por exceso o falta de desarrollo, tocóle por esposa una mujer físicamente pequeña.

Su diminuta figura hacía más visible la gigantesca talla de don Anastasio.

Doña Antonia —era su nombre— compartió con él su amor, sus años de esplendor económico y su pobreza honorable de "criollo venido a menos", como dicen en el campo cuando se hace referencia a quien tuvo en otros años majada, tropilla, campo y hacienda.

Tan fecunda como buena madre, había en su atildada persona algo que denotaba la procedencia de un hogar de costumbres ejemplares.

Suave en la represión de sus hijos, llegaba fácilmente a sus corazones con la bondad, el ejemplo y los consejos que muchas veces le oí y también me alcanzaron, porque intuía, pese a mis pocos años, que salían de su boca impregnados de ese sabor incomparable que toda madre buena pone en la voz, cuando quiere entrañablemente a su prole.

Activa e incansable, dedicaba toda su vida a los quehaceres domésticos, que no eran pocos, en una familia tan numerosa: lavaba, planchaba, cocinaba, ponía la casa en orden con prolijidad destacable, hecha hábito en su persona.

Pulcra en su vestir sencillo, su cabeza totalmente encanecida y siempre bien peinada, se coronaba en alto con un rodete pequeño que daba a su persona un aspecto agradable, aumentado éste por su aseo y esmero singular.

Pulida en el hablar, mesurada en sus ademanes, amable en el trato, atenta y servicial con sus amistades, trasuntaba costumbres delicadas que su pobreza final respetó, aun en la ceguera con que pasó al sueño eterno en 1912.

Todas esas cualidades y otras que omito, eran en doña Antonia, la supervivencia de su primera edad en uno de esos hogares patriarcales que ponían en cada hijo el sello inextinguible de una buena educación.

En la mesa de este hogar criollo que tantas veces compartí tan contento como inocente, pude ver cuando niño, todo lo bueno de ese ser que valoré cuando hombre en la serena quietud de la distancia y de los recuerdos que mueven esta pluma haciendo resaltar en este noble viejo de mi evocación lo que es esencia innata de las almas criollas que pueblan nuestras campañas entrerrianas.

El locro, el puchero de oveja, la mazamorra, el asado, las achuras, las tortafritas, las empanadas, los pasteles, el pororó y otras comidas

de las consideradas de predilección en los lugares criollos, tenían en mi, el sabor incomparable que dan los años de crecimiento y el orgullo de sentirme envuelto en ese ambiente de tradición campera tan grato para algunos hijos de hogares extranjeros.

Eran los años que la carne valía "un real" el kilogramo; en que a la cabeza se le sacaba únicamente la lengua; que los riñones costaban "un medio" (cinco centavos); que el mondongo, la tripa gorda y los chinchulines quedaban en los potreros donde se había carneado, para que los comieran los perros.

¡Era, en fin... años que no han de volver!

Patente la ven mis ojos en el recuerdo a doña Antonia, ya de pie junto al mortero levantando y bajando la pesada "mano" de ñandubay, ora cuidando la olorosa parrillada o acarreándole mate a don Anastasio, mientras éste trenzaba un sobeo, arreglaba una cincha, algún basto, algunos tiros, o cosía algunas bajeras, preparando elementos de su playero para algún viaje largo.

No se oían en este hogar humilde palabras obscenas, ni expresiones hirientes tan comunes en cierta gente cuya educación no alcanza a cubrir las fallas que la mala crianza deja siempre a flor de labio.

Un ambiente de respeto absoluto hacia sus progenitores se respiraba allí y aun recuerdo con emoción las escenas que mis ojos vieron muchas veces momentos antes de dar las buenas noches, para retirarme a mi casa paterna en busca del descanso necesario a mis andanzas por la vecindad.

Sentados don Anastasio y doña Antonia en un lugar cualquiera del corredor de la casa que alquilaban en aquella época, sus personas escasamente iluminadas por la tenue claridad de la luna o por los resplandores mortecinos y amarillentos de una vela de sebo puesta sobre el fogón de la cocina, añoraban seguramente horas pasadas que amargas o dulces son lazos que atan a las almas de los seres que tienen la suerte de vivir juntos los años que se acumulan llenándolos de hijos, que crecen bajo su amparo, como promesas halagadoras de virtudes que todos los hombres de bien quieren perpetuar en sus descendientes.

Hasta ellos llegaban uno a uno sus hijos en distintos momentos. Juntas las manos sobre el pecho a manera de bendito y haciendo una leve flexión de rodilla, con voz de profundo respeto dirigida al padre, decían:

"¡La bendición, tata!...

Con voz suave y cargada de acento paternal don Anastasio contestaba:

"Dios lo haga bueno, mijo", o "Dios lo haga santo, mijo".

Era la tradición que venía desde el fondo de los siglos enancada en los hogares criollos.

Herencia de los conquistadores de América que dejaron en sus descendientes, inseparable a la lengua de Castilla, la doctrina del Señor, que instituyó la familia como base de la sociedad, dándole al jefe de ella, a manera de su imagen en la tierra, su excelsa jerarquía.

No sé si sus hijos siguieron la lección que de sus padres recibieron, pero pienso que algunos de ellos al unir sus vidas con mujeres descendientes de extranjeros deben haber cambiado las costumbres por la acción materna tan decisiva siempre en los sentimientos y educación de sus hijos.

¡Viejo Almada!... ¡Viejo "Nacho"!... como te llamaban... dejo a tu memoria de criollo noble y al de tu abnegada compañera de hogar, estas líneas cargadas de afectos que morirán conmigo, pero que creo han de ser más fuertes que los horcones de ñandubay que sostuvieron tu último rancho levantado en la Avenida Gral. Mitre, frente al Círculo de Obreros Católicos del pueblo de mi nacimiento.

Sean ellas en su modestia impregnada de cariño, como una "siempreviva", para que tu memoria, unida a la de tu esposa, caiga cual una bendición del cielo, sobre todos los hogares criollos de mis pagos queridos.

VIAJE EN CARRETA A CONCEPCION DEL URUGUAY.

VIAJERO

Viajero desconocido que pasas devorando distancias en brillante automóvil de líneas aerodinámicas y envolviendo en polvo las carreteras que el progreso ha hecho lisas para que vivas el vértigo de la velocidad, sin importarte del prójimo que hace un momento dejaste atrás, no vayas tan de prisa que peligra tu vida.

Viajero de mis pagos natales que hoy te permites el lujo de ir en pocas horas hasta San José, Colón, Uruguay... y estar de regreso para el almuerzo o la cena familiar, contándole a tu esposa e hijos —si los tienes— los pocos minutos empleados para recorrer setenta o cien kilómetros entre ida y vuelta.

Viajero amigo que ansioso sales del contorno que fijó tu destino en la colonia y villa de nuestros antepasados, para recorrer horizontes infinitos de Norte a Sud y de Este a Oeste: que llegas ansioso a ciudades que hasta hace pocos años te parecían inalcanzables y que casi un cuarto de siglo fueran en tu imaginación, algo así como un cuento que animó tu ilusión y acicateó un deseo recóndito que tardaste en ver satisfecho.

Viajero querido de mis pagos inolvidables, que llegas a la ciudad luz, trayendo en tu voz, en tus ademanes, en tu acento, en tus dichos,

en tu yo, un pedazo del terrón natal que moldeó mi alma grabando en ella todas las bellezas de sus cielos cambiantes, de sus praderas pastosas, de sus cuchillas pintorescas, de sus bosques silentes, de sus arroyos tranquilos, de sus linares azules, de sus trigales de oro, de sus maizales de esmeralda, de sus yuyales en flor, de sus aves canoras, de sus arboledas frondosas, de sus haciendas dispersas, de sus hombres de trabajo, de sus madres fecundas y de todo aquello que se gana en el espíritu coloreándonos el alma de fantasías, que cual celajes de mañanas y tardes campesinas o iris suspensos en la bóveda inmensa, dejan caer sus gamas de color para ensancharnos el corazón y hacer más hermosos nuestros sentimientos.

Viajero de todos los tiempos, de todos los pagos, de todos los medios, detén tu marcha y en rueda amiga, a la vera del camino, bajo la sombra de una carreta ruinosa que paró el progreso, escucha. Puede ser que al final de este alto, recuerdes o aprendas algo, si ya lo has olvidado, o no te lo enseñaron cuando niño.

EN VIAJE POR LOS CAMINOS DE DIOS

Nueve años en mi existencia. Albor de vida que nada sabe de ella ni de su destino.

Ansias de ver más allá del horizonte lugareño, algo de lo que oye hablar a sus mayores o de lo que lee en los diarios y revistas que escasamente llegan al apartado lugar de su nacimiento y que él interpreta a su manera, cubriendo con imágenes nuevas aquellas otras maravillosas que la naturaleza coloreó en su alma con sus más bellos matices, en alboradas como pétalos de rosas, en atardeceres como incendios o en días grises o lluviosos y en noches de plenilunios mágicos.

Alma de niño que poco sabe y que sólo lleva en el cielo de su retina imágenes impresas de sublimidad que no explica su impotencia, pero que gusta y vive en toda su esplendidez por instinto secreto de que la naturaleza sólo graba hondo, lo que es bello y eterno, porque es obra de Dios.

¡Uruguay!... ¡Río de los Pájaros!... ¡Ciudad de Urquiza!... Vapores inmensos; trenes negros arrojando humo espeso... Banda de música... de todo eso ha oído hablar y de otras muchas cosas que no conoce y por eso acrece el deseo de llegar en cualquier forma, pero llegar para conocer viendo, lo que bulle en su infantil cabeza.

EL PERMISO DE MI MADRE

¿Me dejás ir mamá?...: mañana sale don Anastasio y me dijo que me llevaba en su carreta.

Papá se va a enojar... me respondió.

No; no dirá nada...; déjame ir... contesté medio llorando, porque sabía que nada ablanda tanto el corazón de toda madre que las lágrimas del hijo.

Bueno, "andá", si don Anastasio te lleva y portate bien.

Salí como alma que corre el diablo con su horquilla, para la casa de don Anastasio, sita frente a lo Mena y distante unas tres cuadras de la mía.

Llegué con la lengua afuera, pero contento el corazón.

Me dejan... Me dejan... don Anastasio.

"Bueno Calacho", (así me llamaba); mirá que el viaje es largo y bravo; no te vas andar cansando; tenemos que salir antes que el sol y llegaremos recién al anochecer". ¿Te animás?"...

Yo sí contesté más contento que un potrillo retozando alrededor de la madre.

El carro playero ya estaba hasta el tope con bolsas de lana que la casa de don Juan Eyhartz enviaba a la estación del ferrocarril de Uruguay.

Instantes después fuimos con "Chin" (Anastasio hijo) a la carnicería de don Plácido Sigot y compramos una tira de asado que parecía trenza de arreador por lo larga.

¡Flor de carne nos cortó don Plácido!; no íbamos a pasar hambre con semejante provisión.

Vestido con un trajecito de brin, jockey y zapatos, esa noche fui a dormir a lo de don Anastasio.

"Me acomodé, a lo perro", abajo de la carrera, sobre unos cueros de oveja tapándome con un poncho.

No habían cantado los gallos aún y ya don Anastasio estaba prendido al cimarrón.

A la primera invitación de "arriba muchachos", abandonamos los cueros.

Formó ronda la tropilla, más obediente que alumnos a la voz de su maestra, y don Anastasio, con veteranía envidiable, arregló pingos y carro.

Listo todo, dio una última ojeada a los arreos de los cinco caballos atados al playero, al cajoncito de provisiones, al "repuesto" atado por un cabestro a la culata del carro y levantó "los muchachos" que mantenían en equilibrio a la carreta para comodidad del "varero" medio perdido entre la encimera y varas que lo aprisionaban.

Brindó doña Antonia a su esposo el último amargo y con un "hasta la vuelta"... y un "que les vaya bien", recíprocos, la carreta se puso en marcha.

Salieron los caballos con más bríos que "estibador nuevo" en las hombreadas de bolsas, en los galpones de cereales.

Siguió el conductor por la cuesta abajo de lo Mena, Mercedes Mar-

tínez y repechó entre lo Marchand y la escuela vieja, tomando finalmente el callejón que conduce a la estancia de don Héctor de Elía.

Tiñó la aurora de rosa suave el cielo y las cuchillas del levante, y una pinceladas de reflejos combiantes al besar con sus haces dorados algunas nubes azuladas (que parecían dormidas sobre el verdinegro de los pastizales de las cumbres cercanas) bordaron de oro sus crestas, anunciando que atrás de otras lomas más lejanas, el astro de las luminarias eternas ascendía esplendente para depertar a la naturaleza al ritmo de la vida que florece en cada amanecer.

Bandadas interminables de mixtos que venían desde el monte de Ballestrín, pasaban en ondulante vuelo, en dirección a las chacras del poniente, en busca del grano apetecible en los trigales maduros.

Cerca nomás, en la chacra de la estancia que trabajaba don Luis Lugrín, la segadora, con su molinete de madera dando vueltas y arrastrada por bueyes, hacía jugar su larga cuchilla entre los dientes que aprisionaban a los débiles tallos, para largarlos sobre el rastrojo en gavillas pletóricas de granos y esperanzas.

Pasamos frente a la estancia pintada de azul y rodeada de arboledas. Eucaliptos, aromos, paraísos, álamos, casuarinas y frutales de gruesos tallos y abundantes copas, daban a la vieja construcción hermoso marco de verdor, aumentando su belleza impresionante la algarabía indefinida de gritos y cantos de sus alados pobladores.

Lenta en los repechos y un poco más rápida en las bajadas, la carreta seguía su andar trepidante, sonando con intermitencias el cencerro de la yegua madrina, crujiendo su armazón por lo desparejo del camino y quedando grabadas en la tierra reseca las paralelas onduladas de sus llantas, que dejaban adivinar en las huellas lustrosas y hundidas, el enorme peso que soportaba sobre su grueso eje.

En su lento andar tragaba lejanías y así pasó por lo don Bautista Barral, José Garnier, Francisco Jaunme en dirección a "La Achiras".

Eran cerca de las once. El sol quemaba y a lo lejos, mirando las lomas que debíamos alcanzar, algo se movía como si fuera el oleaje de un río muy grande.

¿"Qué es aquello que se mueve como si fuera agua"?... le pregunté a don Anastasio, no sin cierto temor, pensando que sería algún arroyo que teníamos que atravesar.

"Es aire caliente, que se arquea como una víbora"... agregando, "ya verás como se va en cuento nos acerquemos". Así fue.

Cerca de las doce llegamos al boliche de don Antonio Piñón, en Las Achiras. Bajamos allí y bebimos unas "chinchibirras" de esas tan dulces y picantes que fabricaba en San José la licorería de Bard Hnos. de tanta aceptación para calmar la sed y agradar al paladar.

Cargamos agua en una damajuana y seguimos, buscando un lugar apropiado donde acampar para comer y pasar la hora de la siesta.

Cerquita nomás, lo encontramos, al atravesar con toda felicidad

un pantano grande, formado en una cañada con bastante agua y pasto verde.

Aquí está lindo para desatar, dijo don Anastasio, pensando seguramente en sus animales.

A unos cien metros del pantano atracó su carreta cerca del aiambrado y desató los caballos. Estaban sudorosos y con los vacíos más chupados que cachete de viejo cuando le faltan los dientes.

Enseguida arreamos los caballos con Chin hasta la cañadita para que bebieran y pastaran.

Los dejamos y cuando volvimos, ya don Anastasio había encendido fuego, calentado agua, puesto el asado a las brasas y saboreaba el mate.

Y a la hora en que los lagartos y lagartijas toman baño de sol permaneciendo impávidos en las orillas de los caminos, entre las arenas de las zanjas, con la vista fija, la cabeza levantada y palpitante la barbilla cueruda debajo de la garganta, los tres viajeros de esta evocación comían un asado hecho por mano maestra, bajo la sombra protectora de una carreta rodeada de cielo y campo sin fin, mientras el sol calcinaba los pastizales.

El sopor que produce el aire caliente, más el cansancio del cuerpo por los traqueteos del viaje, nos tumbaron debajo del playero, para encontrar en el sueño el descanso reparador.

"¡SOCORROOOOO!... SOCORROOOO!"

No haría media hora que dormíamos cuando unas voces pidiendo socorro, nos despertaron sobresaltados.

Al incorporarnos vimos en medio del pantano conocido, un carro con caballos y mujeres vestidas con ropas de colores llamativos, acompañadas por varios chicos y protegidas del sol con sombrillas abiertas.

Rápido fuimos al lugar donde estaban las viajeras y al llegar don Anastasio entabló conversación con las mismas, las que medio lloriqueando le pidieron que las sacara del pantano. Ni lerdo, ni perezoso, don Anastasio puso mano a la obra.

El "carro-colono" estaba metido hasta los ejes.

Voló Chin hasta el playero, regresando con el "repuesto" un sobeo, un maneador y unas cadenas.

Mientras tanto el viejo criollo se arremangó las bombachas hasta más arriba de las rodillas, se quitó sus alpargatas nuevecitas y sin esperar se metió resuelto en el barro y el agua, acercándose cauteloso a los caballos.

Les revisó los tiros, las pecheras y al ver la profundidad en que se había encajado el carro exclamó:

¡"Pucha que está fiero el asunto"!...

Dió órdenes a Chin y éste le alcanzó desde a caballo un sobeo que parecía recién salido de la talabartería por lo amarillo y flamante, pero que había sido trabajado por sus manos. Iba ser sometido a su primera prueba.

Lo ató en la punta de la lanza y ordenó a su hijo que tomara distancia para "cuartear".

Listo todo, don Anastasio se puso al costado de los caballos, arreador en mano, mientras "la colona" que conducía el carro tomó las riendas con seguridad.

A la voz de ¡Aura!... el criollo viejo, revoleó el chicote y castigó de firme, atizando con gritos las mujeres desde arriba, mientras que el de "la cuarta" se afirmó en las cuatro patas.

"¡Fuerza!" "¡Arriba!"... "Dele dele!" se oía decir a don Anastasio y cuando ya parecía que las ruedas giraban, el sobeo, tenso como cuerda de violín, se cortó en dos pedazos.

Trastabilló el cuarteador con su matungo, al mismo tiempo que la punta del sobeo atada al pértigo despedía de retroceso, una lluvia de agua y barro que dejó a la miseria la cara y la ropa de don Anastasio.

Quedó el pobre, "más overo que un surubí".

Hombre acostumbrado a los embates de los caminos, persistió más resuelto aún y después de trabajar "como negro" y de embarrarse "hasta las orejas", consiguió sacar del pantano el carro de marras.

Lo recuerdo como si fuera hoy, pese a los cincuenta años pasados: "¡Ni las gracias nos dieron!".

Tal fue la exclamación de don Anastasio y confieso que pese a mis pocos años me di cuenta de su amargura.

No era mi criollo admirado, un hombre interesado. Nunca lo fue y los que lo conocimos bien, sabemos de su prodigalidad sin límites.

DE NUEVO EN LA HUELLA

Se iba el día y nuestra carreta se acercaba a Concepción del Uruguay.

Desde lejos divisamos la cúpula gris azulada de la iglesia y la emoción primera de la ciudad cercana, me llenó de contento.

Allí dormía sus sueños de gloria el héroe entrerriano que todos veneramos.

Caía la oración sobre los campos, cuando la carreta atracaba su culata frente a la puerta del galpón de la estación de ferrocarril, para dejar su carga.

Fuimos después de atravesar calles que ignoro, a la casa de doña

Juana Aguirre, vieja criolla que vivió el solar donde se encuentra la casa de familia de don Cipriano Bobbett.

Ya oscuro, me llevó a pie don Anastasio, a la fonda de "Lorenzo", donde se encontraba mi padre.

Allí estaban don Luis Lugrín, Amalio Félix, Casimiro Monzalvo y su hijo Fructuoso (Cholo, mi inolvidable compañero de la escuela primaria).

Las cosas que más me impresionaron fueron: el tren, la luz eléctrica, la iglesia, la pirámide levantada en homenaje al Supremo Entrerriano General Francisco Ramírez, la edificación compacta, el puerto, veinte centavos de galletitas que me compró don Amalio Félix y una "carrera" que me pegó otro muchacho, vecino de la fonda y con cara de pocos amigos.

¡Qué tipo aprovechado!...; me vió "pajuerano" y es claro, en pago ajeno, me llevaba "doblado"; pero por suerte yo lo doblé en velocidad y gané la puerta. En cuanto "agarré" la tranca, el aprovechado se hizo humo y es lógico... yo me agrandé como Heriberto Sosa, en mi relato ¡Salud!..., pero sin salir afuera ¡Cualquier día iba a salir!.

El regreso lo hice en sulky con mi padre. Fue todo un placer, pues tenía un zaino más trotador que "La Vidalita" de Tito Claá, la "Yegüita" de don José Schinger y "La Zaina" de Fillón, que tenía Víctor Gastal, que fueron las trotadoras más mentadas de mis pagos.

TREINTA AÑOS DESPUES

Una noche que yo estaba en la vereda de mi casa paterna, pasó Julio Mena y me invitó para ir a un baile que se realizaba en la casa de mi compadre don Juan Leiva, yerno de don Anastasio.

"Allí está el viejo Almada", me dijo.

Su solo nombre fue una incitación y lo acompañé. Hacía "pilas de años" que no nos veíamos. La vida me llevó para otros lares, haciéndome hombre.

El era un anciano de ochenta y dos años de edad más éstos no habían doblado la esbeltez del guayabo descripto en otras páginas de este libro.

En cuanto nos enfrentamos y reconocimos, nos hicimos "uno solo" en un abrazo fuerte y largo. Nos golpeaba el corazón adentro del pecho y cuando nos desenredamos una profunda emoción nos "ataraba" en grande.

Había mucho afecto guardado en ese abrazo inolvidable.

Apartados en un rincón empezamos a recordar horas lindas, como mi niñez, vividas en el monte de Irungaray y desembocamos recorriendo la huella de aquel viaje a Concepción del Uruguay.

"¿Te acordás Calacho" (así solía llamarme) *¡"Ni las gracias nos dieron"!*... me dijo aún con amargura en su voz y en su movimiento de cabeza.

¡Treinta años no habían borrado esa huella abierta como un tajo en el corazón de un hombre bueno!...

No lo olvides viajero que pasas devorando distancias...

Puede que todavía necesites de "una carreta"...

CLAUDIO Y REMIGIO QUINTEROS

Fueron dos hermanos que también formaron en el Ejército Grande y vivieron en Villa Elisa (Referencias de Francisco Guex y de mis hermanos Jorge y Emilio, Tobía Francou y Pedro Irungaray).

Yo no tengo el menor recuerdo de ellos.

DON DOMINGO AGUIRRE

A su esposa doña Donata Lezcano de Aguirre

Si hay un criollo en el pago altamente apreciado por sus prendas morales, ese criollo es don Domingo Aguirre.

Su tez morena, sus ojos vivaces, su nariz amplia y su bigote grande y recio, configuran su prototipo de la estirpe criolla.

Su estampa gruesa y petisona y su vestir campero, nos lo presentan como a uno de esos paisanos de ley, de los que ya van quedando pocos.

Su presencia hace evocar tiempos que ya están lejos y reverdecer imágenes de nuestro pasado tradicional.

Criollo cordial, generoso y correcto, pasa en mi evocación de gurí, formando en las ruedas de fogones, en las mesas del almuerzo bajo las enredaderas tupidas y en el trajinar constante del trabajo de la panadería.

Sea aquel cariño que no tenía dimensión ni distingo en la vida provinciana de mis primeros años, el que vuelve al viejo hogar de mis mayores, a dejar un recuerdo afectuoso para un criollo que como tantos otros, forma parte de "mis vidas humildes", con que rememoré a seres queridos en "El Faro de la Cuchilla".

El hombre de hoy, con la misma alma de hace cuarenta y cinco años, llega con la emoción de esta página, hasta el hogar austero del viejo poblador que hiciera los cimientos de la primera iglesia de mi pue-

blo, como si fuera un abrazo de eternidad, en agradecimiento a un consejo oportuno, a una palabra afectuosa o simplemente a la dicha de haber convivido con criollo tan honorable en el caserón que nos cobijó bajo sus parrales y techos inolvidables.

Atando recuerdos de mis días de gurí, lo veo de chiripá blanco en la panadería que en 1904 alquilaba transitoriamente mi padre, sita donde hoy se levanta el molino harinero, limitando con el sitio de don Filiberto Sigot.

En 1905 tiene la satisfacción de inaugurar el nuevo horno que mi padre hizo construir en "La Casa de Todos", con don Pedro Sala.

Envuelto, en una nube de polvo blanco, veo su robusta y petizona estampa, librando formidable lucha de brazo y pulmón, con ciento ochenta kilos de harina, en un amasijo realizado adentro de una batea como de cinco metros de longitud.

Afirmando con pie seguro en el piso e inclinado su cuerpo sobre el borde de la batea, sus brazos son dos palancas potentes que entreveran los elementos de la mezcla, al compás jadeante de una respiración como fuelle de fragua antigua.

El entrevero es largo y movido.

Aquella mezcla primeramente semilíquida, poco a poco, va tomando consistencia sólida, y es entonces cuando su agilidad de brazos y de cuerpo que corre de un extremo a otro de la batea, llega al máximo.

Conseguido su propósito su puño se hunde en la masa hasta la muñeca, una y mil veces, para dejar la masa en condiciones apropiadas.

Llevada la masa sobre el torno, lo recuerdo en lucha sostenida ya rompiéndola de a puñados, en veinticinco o treinta "tiradas" para hacer el pan, o "brillando" la galleta chata con velocidad increible.

La "brilla" en sus manos, era lo que los palillos de un tambor en las de un técnico de dicho instrumento musical.

¡Cuánta era su destreza en el manejo!...

No había quien pudiera seguir el ritmo, ni "estibador" que no se "atorara" cuando Domingo (como familiarmente le llamábamos) le llovía "como granizada por lo tupido", una después de otra, galleta chata, en una seguidilla impresionante.

En tiempos que esa habilidad se apreciaba debidamente no tuvo competidor, pero sí muchos imitadores.

Preparando el fuego para la cocción de la masa, veo su figura envuelta en los reflejos asalmonados y rojizos de las llamas que vienen desde la hornalla donde se retuercen requebrajándose, los troncos de media carrada de leña en completa combustión.

Frente a la boca del horno, lo recuerdo "pala en ristre", atisbando su interior para entrar el pan o la galleta en hileras perfectas o sacando ya cocido, el producto de su elaboración esmerada.

Terminada la faena, lo distingo alrededor del fogón junto a una pava de agua caliente, saboreando una cebadura que encierra "un galleta espumoso como cascada" y que aprisionado entre sus robustas manos se brinda generosamente cual manantial de vida y de recuperación.

Enharinado completamente, forcejeando en la batea, luciendo su habilidad en el torno, envuelto entre los reflejos de las llamas, haciéndole "cara fea" a las oleadas de calor que le llegan desde adentro del horno para ahogarlo o gozando de las delicias del descanso y de la camaradería después de la jornada intensa, pasa en mis evocaciones este criollo trabajador, honesto y bueno.

También fue tambor de la Guardia Nacional, en aquellos días en que Camilo Galicé "hecho un Cid Campeador" o un Pancho Ramírez arengaba las huestes elisenses, para ir a defender el patrio suelo amenazado de una invasión chilena en 1897.

Posteriormente la vida lo lleva hacia otros rumbos y entonces en el trajinar permanente del hombre que gana el pan con el sudor de su frente, lo encuentro de puestero en el monte de Irungaray, de chacarero en las colonias Villa Elisa y San Miguel y de estibador en los galpones de la casa Eyhartz, Bobbett y Deschampsp.

Vida modesta, dignificada en el trabajo de los humildes, es un bello ejemplo de como un criollo puede desempeñarse eficientemente en los más variados quehaceres, cuando está respaldado por el sentido de la hombría de bien y de la responsabilidad.

En su hogar criollo, muchos seres encontraron el afecto, el sustento, la crianza y el consejo sano, que sólo las almas grandes dan sin ostentación ante los ojos de Dios, secundado por su esposa doña Donata Lezcano.

En este aspecto de su vida tan digna, es un vívido ejemplo de las virtudes de la estirpe criolla, en cuyos blasones tradicionales, la generosidad es patrimonio que engrandece el alma de la raza.

Recoge viejo criollo de "El Alma de mis Pagos", al igual que aquellos artesanos inmortales que embellecen las páginas de "El Faro de la Cuchilla", el afecto hondo hecho veneración en los recuerdos de los albores del pueblo en el que fuiste una más de mis vidas humildes.

DON INOCENCIO MONZON

A su memoria

Fue un criollo que en cuanto a bondad, corrección y decencia y otras cualidades que hacen estimables a los seres humanos, bien pudo estrecharle la mano a don Domingo Aguirre.

Llegó a Villa Elisa con don Ramón Munilla, ocupando la plaza de sargento, en los días en que el crimen cometido contra la familia Smit en 1895 en la chacra que fue después de don Camilo Orcellet, tenía en zozobra angustiosa a todos los hogares del pueblo y de la colonia.

Como sargento era prudente, pero no exento de energía.

Cuenta que cierto día llegó al boliche de don Bartolomé Bourren (hoy sucesión de don Isidoro Marchand) un capataz de "las crucesitas". Era éste un hombre mentado por "taura" y amigo de llevarse "por delante" a todo el mundo.

Medio "enginebrado" el paisano empezó a provocar al patrón y a otros parroquianos.

El sargento Monzón con prudencia muy suya y que fue signo característico, como esencia de su educación aprendida seguramente de alguna madre criolla virtuosa, lo llamó varias veces a que guardara compostura.

El forastero que lo que buscaba era precisamente pendencia, le retrucó engreído y sacando un facón, "se le fue al humo", como para pasarlo por encima.

El sargento que no era "manco ni dormido", sin necesidad de usar armas, desarmó al "malenseñado" y lo arreó después para la comisaría con el fin de que don Ramón le "arreglara las cuentas".

Así fue Monzón, manso con los mansos y bravo con los bravos, sin abusar jamás de su autoridad en aquellos años en que se podía "apalear" sin miramiento alguno.

Después de colgar el corvo policial y dejar sus jinetas de sargento, fue hombre dedicado al trabajo, ya como peón en la villa o en la estancia de Irungaray.

Llevó siempre una vida ordenada y honesta, motivo por el cual el vecindario siempre lo distinguió como un criollo honrado, manso, trabajador y buen vecino.

Fue también compositor y corredor "derecho" sin vuelta de hoja. Sabía lo que era un parejero y le prodigaba todos sus afanes y cuidados.

En mis rememoraciones de las carreras de parejeros en la comarca, lo veo enhorquetado en el caballo *"El Santo"* de don Antonio Eyhartz, en aquella famosa carrera que le ganó al *"Mano Mora"*, en cancha de lo Fontana en el año 1902 en mil metros, de donde extraigo esta décima que lo inmortaliza como corredor:

Desde ese día tres son,
los hombres a recordar:
"EL SANTO", de Antonio Eyhartz
y su corredor MONZON;
piloto en esta ocasión,
fue sargento de Munilla,

hombre apreciado en la villa
por honrado y por decente,
paisano demás prudente,
y entre criollos: ¡MARAVILLA!...

Siempre anduvo bien montado y vestido a la usansa campera. Pingo, recado y vestimenta, ponían de manifiesto a un paisano prolijo y cuidadoso.

Fue amigo leal y corazón sincero, gozando siempre por estas virtudes excelentes, de una envidiable estimación.

Falleció en Villa Elisa en 1945, a la edad de 72 años.

DON MERCEDES MARTINEZ Y ORTEGA

A su esposa doña Bernardina Echanez

Fue de los primeros criollos que se radicaron en la villa.

Casado con doña Bernardina Echanez, sus hijos son: Celestina, Horacio, Erminda, Florentino y Gladis.

Era oriundo de "los lados de la Paz" a orillas del río Paraná.

Andariego, en su juventud conoció Santa Fe, el Chaco y la vida de los fortines, peleando contra los indios.

Más tarde anduvo por Buenos Aires y también por el palacio San José del General Urquiza.

Su estatura reducida y el color de su piel bastante "bajo" (como dicen en el campo) nos hablan de un cruce racial en el que predomina el tipo autóctono.

Su cabellera renegrida en sus años mozos e invasora de la frente hasta muy abajo, lo mismo que su bigote, barba y cejas abundantes, le daban cierto parecido al caudillo riojano Facundo Quiroga.

De todo hizo en la vida don Mercedes para ganarse el pan: milico, sargento, hachero, picador de leña, peón de albañil, alambrador, carpidor, "troceador" de troncos, "marroneador" sin igual, compositor y corredor de parejeros.

Pero hay tres actividades en la que merece destacarse netamente: trenzador de guascas, asador de carne y cuentista tradicional.

Sería interminable abordar todos los aspectos de esta vida humilde, tan adentrada a mis afectos de gurí, adolescente y hombre.

Hay tanta madeja que desenredar que no bastarían para él solo las trescientas páginas de un ligro. Sólo referiré pasajes a los cuales estoy ligado por acto de presencia y que al evocarlos me producen un sano estado de felicidad espiritual.

EL TRENZADOR DE MIS PAGOS

No hay duda de que el trenzado o trabajo en cuero de enceres camperos tiene sus artistas inigualables.

Tratándose de trabajos en metales finos, le llamaría el Benvenuto Cellini de Villa Elisa, pero tratándose de guascas, lo llamo humildemente "El trenzador de mis pagos".

¡Qué mano para lonjear cueros!... ¡Qué pulso, para cortar tientos!... ¡Qué dedos, para tejer en fino!...

¡Qué riendas, bozales, lazos, sobeos, cinchas y botones, modelaron sus manos de artífice!

Y qué decir de aquellos cabos de rebenques ocultos bajo una trama finísima y pareja. Recuerdo uno que le hizo al turco don Amalio Félix ¡Qué primor de trabajo!...

No hay duda que trabajaba en su elemento, con el mismo amor con que un artista pinta un cuadro o esculpe un bronce o concreta una idea.

Para llegar a su perfección se necesita corazón, herramientas, paciencia, esmero, tiempo y conocimiento cabal del arte y todas estas cualidades las tuvo el "Trenzador de mis pagos".

EL ASADOR DE CARNE

Fue "la mano santa" para los asados con cuero y de capones.

Mientras fue joven no tuvo competidores en esta habilidad que solo se aprende alrededor de los fogones.

Cuando viejo fue "COMO MATE CURADO".

En cuanta jugada de taba se preparaba, en cuanta fiesta patria se festejaba, en cuánta máquina trilladora entraba a galpón y en cuanta farra de carácter político o de intimidad se hacía, allí estaba "El Indio Martínez", curtido al calor de las brasas y al fastidio del humo, "sin aflojar un chiquito" y sin probar un trago de bebida hasta completar su obra.

Su diminuta figura vigilaba atentamente el asado, tomando posturas clásicas de criollo auténtico cuando se ponía en cuclillas, o se sentaba en un tronco o se paraba con la mano apoyada en la cintura haciendo descansar el cuerpo sobre una pierna "al quebrar" simultáneamente la cadera. Era una estampa digna del lápiz de Güiraldes o de los pinceles de Bernaldo de Quirós.

Sólo cuando los años hicieron su desgaste lógico, cedió el cetro que mantuvo como medio siglo su reinado.

Cerca ya de sus ochenta años, tuve oportunidad de verlo asar un

capón. Era la misma imagen de mis días de gurí, adolescente y hombre, más agobiada, sí, pero con su "clase" de cuño incomparable.

Sus posturas me hicieron lamentar no haber sido pintor, porque eran dignas de perpetuarse en el "lienzo" como elemento ilustrativo de lo verdaderamente tradicional.

EL CUENTISTA

En este arte hablado, don Mercedes fue también "un punto" muy alto.

Tenía en su vida tanta realidad, imaginación, inventiva, memoria y una "sal" criolla *sui-géneris,* para aderezar sus referidos con ademanes, tono de voz, mímica, posturas y algunas "guayabas" de ocasión, que realmente lo hacían incomparable.

Es sabido que el cuentista para interesar debe recurrir a todas las gamas anteriormente manifestadas, pero lo que no le puede faltar y sí sobrarle, es la memoria, porque de lo contrario cae en el ridículo.

Fueron famosos en mis pagos dos grandes embusteros. Uno es de antigua data y y al que la tradición lo llamaba Manuel Ríos.

En un capítulo denominado "Narraciones Fantásticas", éste se "topará" en un contrapunto con un tal don Pascualón García, de Montevideo, que parece moldeado en la misma matriz y ya leerán los "bolazos" que se mandaban en sus narraciones.

En esta clase de "cuentistas bolaceros" es como para repetir con intención picarezca, la célebre frase de don Agustín Sánchez, cuando cierta vez incorporándose a una rueda en la que tallaba un mentiroso del pago, dijo: "I YA QUE ESTAN CONTANDO MACANAS, YO TAMBIEN VOY A DECIR OTRA MENTIRA".

Para mejor, el embustero era más "malarreado" que toro enamorado y estuvo a punto de "bufarlo", ya que lo traspasó con la mirada. Por suerte que don Agustín era "mucho hombre" e imponía respeto con su estampa machaza, si no me parece "que hasta ahora andamos apartando".

Don Mercedes era un cuentista de otra categoría y aunque en ocasiones "SE LE IBA LA PALABRA", lo hacía con intención socarrona "guiñando el ojo" o alguno de los que escuchaban, como si estuviera jugando al truco.

Su memoria era envidiable, de suerte que no lo iban a sorprender en contradicciones.

Los cuentos de su predilección eran: hechos acaecidos en los fortines del norte, en el palacio San José, en las "regoluciones" (especialmente la de Ahumada), en carreras depositadas, en bailes, en jugadas de taba y en la vida miliciana.

En cuentos de ánimas, luces malas, crímenes, peleas de hombres

"tauras", malones indígenas y aparecidos, "ERA UN LIBRO ABIERTO".

Pero si su repertorio era "INAGOTABLE COMO POZO E BALDE", la forma de contarlo y las actitudes que tomaba simultáneamente, lo hacían por demás interesante.

Era de verlo cuando se llevaba el "panza e burro" a la nuca y mostraba su enmarañada "porra negra"; cuando le pegaba "una pitada al de hoja" y lo hacía quedar "como telescopio mirando pa el cielo", o cuando con voz ronca, pausada y medio como en secreto, hacía agrandar "iguales que a burros", las orejas de sus oyentes:

—"EL COMESARIO ME QUERIA SACAR LA PRIENDA Y ME TENIA PA TODOS LADOS, COMO A MANCARRON PATRIO... PERO ERA JUEGO MALICIAO".

.....

"Y UN DIA ME LE HICE PERDIZ EN SU MISMO CABALLO "PICO BLANCO", MARCA DE DON RUDECINDO AGAMENON, QUE ERA COMO LUZ Y ME ESCAPE".

"ME LARGO TODA LA PERRADA, PERO QUE ME IBA ALCANZAR... CUANDO LLEGUE AL PARANA, ME LARGUE Y FUI A SALIR POR COLASTINE"...

No eran menos dignos de mención los pormenores que daba de algún caballo, por matungo que fuera. No se le escapaba pelo, marca, dueño, procedencia y otras yerbas:

"IBA MONTADO EN UN PETISO OVERO AZULEJO, "LAS OREJAS COMO CHANCHO", QUE ERA MI CREDITO, MARCA DE LAS TRES CRUCES, DE LA ESTANCIA "PAJARO BLANCO" DE NEPONUCEMO MENDIETA".

Y cuando hablaba de Ruma (sargento terrible que tenía Urquiza en el Palacio) y del "sauce no me Olvides" (donde según la fantasía eran degollados los delincuentes) qué decir...; la sangre se nos helaba y el alma se nos iba del cuerpo.

¡QUE DESCRIPCIONES INDELEBLES DEL HOMBRE DE LAS JINETAS! ...

Es verdad que reíamos, pero también teníamos que encogernos de emoción en algunos pasajes.

Es que sus referidos eran páginas vividas, de un libro que no se escribió.

En ruedas de fogones era el animador incomparable.

Cuando el asesinato de "Yan Luis" en 1914, tenía aterrorizada a la villa, porque aún no se habían descubierto los victimarios, todas las noches iba a la panadería de mi casa para acortar las horas con sus cuentos múltiples.

Llama la atención que un paisano sin escuela, pudiera tener "tanto arrastre", como para ser centro de atracción indispensable.

¡Es que hay cosas que sólo Dios las da como una Gracia a sus criaturas elegidas!...

Nunca olvidé que una noche clara de luna, en el campo "La Potenciana" de la estancia "La Flora", sentados ambos en una barranca del Gualeguaychú, nos amanecimos tomando mate, pescando y oyéndole yo sus referidos tan llenos de matices agradables.

Fue don Mercedes Martínez en su humildad criolla, como una síntesis del alma nativa, como un beso de la tierra nuestra, como un abrazo eterno de la tradición campera.

EL SARGENTO MARTINEZ

También anduvo don Mercedes Martínez con "la lata" en la cintura y aunque de cuerpo medio pequeño, por la manera de manejarla confirmaba sus andanzas por los fortines del norte.

Siendo yo niño de unos ocho años, lo vi proceder en el hecho que narro a continuación:

Adentro del despacho de "La casa de todos", entre don José (viejo colono) y don Mauricio (viejo poblador criollo de la villa, que se había ido en vicio por lo grandote), se produjo una discusión.

"Ventajero el paisano", le pegó a don José un "guachazo" en la cabeza y ante la estupefacción de todos los parroquianos, "gano la puerta" para disparar.

Montó a caballo y salió a media rienda en dirección al molino de don Carlos Bournissen, a la herrería de don Francisco Bel y a la alameda de Joannás, para tomar finalmente el camino ancho que lleva al camposanto.

Era la hora en que el sol incendiaba el horizonte.

Llegó el sargento Martínez, y viendo la caña que se derramaba sobre "el mate rajado" de la víctima, entró a accionar.

Informado del rumbo tomado por el pegador, se enhorquetó en un hermoso tordillo que ese día montaba don José y salió en su persecución.

Apenas lo vió don Mauricio, pegó unos "alaridos pampas" y "golpeándose la boca", le cerró piernas a su pingo para poner mayor distancia.

El sargento Martínez "picó el freno" el tordillo y como éste tenía mejor inverne le dió alcance cerca del cementerio.

Cuando lo tuvo "como a tiro de lazo", le pegó el grito:

—DESE PRESO, MAURICIO...

Nada contestó éste y "echándose" sobre el costado derecho de su caballo en plena carrera, desató un estribo con intención de bajar de un estribazo a don Mercedes, cuando con mayor velocidad pasara a su lado.

El sargento que "era como zorro guasqueado", abrió su caballo para guardar distancia al pasar y ganándole la delantera al fugitivo, és-

te no tuvo más remedio que parar su carrera.

En seguida ambos se "tiraron" al suelo, don Mercedes con el corvo policial en la mano y don Mauricio armado de cuchillo y estribo.

—ENTREGUESE A LA AUTORIDAD, MAURICIO, le gritó el sargento.

—LLEVEME SI ES GUAPO, le replicó aquél.

—ENTREGUESE, MAURICIO... ENTREGUESE, MAURICIO... repitió decidido el sargento, acercándose precavido.

Por toda respuesta "le silvó por las orejas" un estribo manejado de zurda, al mismo tiempo que un cuchillo cortaba el aire buscando una cabeza.

Paró el golpe don Mercedes y "cargándolo" de firme, lo hizo retroceder varios pasos.

Se afirmó de nuevo el tape y aquéllo fue un remolino de "hacha y tiza".

A medida que se "agrandaba" el sargento que estaba hecho una pantera, se "achicaba" el chinón y llegó un momento en que "abrió los brazos" entregándose preso.

—¡AMARGO EL PAISANO!...

Finalmente lo echó por delante y lo llevó a la comisaría, sita en la casa que hoy es de don Héctor Bourband, más allá de lo de don Juan Deymonnaz, calle Emilio A. Francou.

Golpeó la puerta del despacho del comisario don Ramón Munilla, quien preguntó:

—¿QUIEN ES?

Penetró el sargento don Mercedes y cuadrándose marcialmente y haciendo al mismo tiempo la venia, contestó triunfante:

SOY EL SARGENTO SUBALTERNO, COMISARIO, QUE LE TRAIGO DETENIDO AL HOMBRE MAS MENTAO DEL PAGO.

—¿Y QUIEN ES ESE MENTADO?... preguntó don Ramón.

—AHI LO TIENE, COMISARIO... replicó haciendo pasar al detenido.

Se asombró de veras don Ramón y después de escuchar el relato dio orden de que el detenido pasara al calabozo.

Finalmente don Ramón felicitó a su diminuto sargento por la hazaña y por haber cumplido con su deber de policía.

Comparando a los dos protagonistas criollos en sus dimensiones físicas, surge la verdad de la historia bíblica:

¿ACASO EL DIMINUTO DAVID NO VENCIO AL GIGANTE GOLIATH?...

Y si ésto no te basta, lector amigo... ¿NO ENCONTRO "DON CAYETANO" EN MI CUENTO CONOCIDO "LA HORMA DE SU ZAPATO?...

EL ULTIMO HORCON

A la memoria de don Mercedes Martínez

30 de diciembre de 1946

Se quebró el último horcón,
de los ranchos del pasado,
y con él se ha sepultado,
la flor de la tradición,
por eso en honda emoción,
el alma se me desgarra,
y pulsando la guitarra,
echo mis penas al viento,
al compás del instrumento
que de hondas ternuras sabe,
y cantando como un ave,
al pago doy mi lamento.

Fuiste en aquella alborada
que alumbró la tierra mía,
imagen, canto, poesía,
de la raza ya olvidada,
la que en mil y una jornada,
peleó por el patrio suelo,
llegando con su desvelo,
más allá de su confín;
la que junto a San Martín,
la libertad simboliza,
y que con Justo de Urquiza
al desorden puso fin.

Fuiste en aquella alborada,
junto a Quirico y Medina,
representación genuina,
de la raza hoy olvidada;
fuiste con el viejo Almada,
Aguirre, Núnez, Bergara,
Mena, González, Tacuara,
Abrigo, Rojas, Lezcano,
mojón en suelo entrerriano

donde empezó mi existencia,
que tenía en sí la esencia,
del cruce racial indiano.

Fuiste con otros hermanos,
de raza como los Leiva,
los Riquelme y los Moreira,
Benítez y otros paisanos,
tales: Leyes, don Bibiano,
Acuña, Horta, Mendoza...,
de esa estirpe generosa,
que anidó en mi patrio suelo,
las que hoy en mi desconsuelo
busco allá en mi edad dichosa,
y que transformada en rosa,
la llevo cantando al cielo.

Fuiste como Ballesteros,
con Gómez y otros varones,
de la raza, ¡flor de horcones!...
y de los criollos primeros;
fuiste con tus compañeros
Monzón y Justo Quintana,
en la vida miliciana
que dirigió don Munilla,
guardián en cada cuchilla,
y de la villa, confianza,
de los buenos: la esperanza
y de los malos: la horquilla.

Evocando tu figura,
compendio de tradición,
vengo a clavar un mojón
en tu humilde sepultura,
en él dejo la ternura
que en los recuerdos se aviva,
porque es la tierra nativa
la que llora su quebranto,
en la paz del camposanto
que tantos seres encierra,
amor ayer en mi tierra,
que hoy en mi alma se hace canto.

En la Cruz hecha mojón
cuelgo esta triste guirnalda,

como corona que guarda
el dolor de un corazón,
y en mi santa devoción
dejo esta trova sentida,
para que mientras la vida,
vaya marcando su huella,
alguna dulce vihuela,
pulsada por un carón,
le cante a la tradición,
que en mis pagos se hizo estrella.

DON PRUDENCIO AGUIRRE

A su memoria

También a él le corresponde el recuerdo en estas páginas porque fue de los viejos pobladores de la villa.

Sus hijos son: Zelungo, Ramón, Carmelo, Prudencio, Emilio, Fausta y Donata.

La guitarra en sus manos tuvo armonías de la tierra nativa, que venían quien sabe de que años y pagos lejanos.

Tristes milongas, vidalitas, pericón, cifras, gatos y otros motivos fueron en sus dedos, como esencia de la tradición campera.

En su rancho del ángulo Este del pueblo se guareció la tradición musical, porque era este viejo de mi evocación, algo así como un símbolo de la estirpe más criolla que gustó en las melodías sencillas de nuestros cantares autóctonos —guardados en las seis cuerdas de una guitarra, en la agilidad de unos dedos maravillosos, en los sentimientos del corazón, en la voz suave de una garganta y en las letras de nuestro arte vernáculo—, toda la dulzura que vibra en el cancionero de nuestra tierra.

Sus hijos también fueron amantes de la música tradicional y algunos de ellos se destacaron como excelentes acordeonistas.

En el rancho mencionado siempre se bailó y por eso fue como un mojón de tradición plantado entre las colonias que achicaban los campos, tajeando cuchillas con el arado de las conquistas más fecundas del progreso, es verdad, pero que avasalla las costumbres típicas del terruño, de las cuales guardan secretos los horcones ñandubay y las guitarras que cuelgan de las cumbreras.;

Yo imagino que don Prudencio llora en el cielo, lo que el medio siglo se va llevando sin compasión.

¡ES LA VOZ DE LA TIERRA QUE LLORA SU PASADO!

DON JUSTO QUINTANA

A su hijo Rufino

¡Buen criollo!... es la exclamación que nace del recuerdo y ella por espontánea, es verdad indiscutible.

Era hombre de "respeto", por acción de presencia y de conducta intachable.

Su fama de hombre correcto la ganó en justa ley ante los viejos vecinos del pueblo que lo incorporó a su vida.

Lo trajo don Ramón Munila, cuando era comisario y su primera actuación fue de sargento.

No era violento y sí de mucha serenidad y tacto en su misión policial. Fue por tal motivo hombre de confianza de su jefe inmediato y de todo el vecindario.

Tuvo su hogar en el ángulo Oeste del pueblo, frente a la chacra de don Pedro Joannás y a dos cuadras de la avenida General Mitre.

Sus hijos fueron: Isaura, Orfilia, Rufino, Alberto, Rito, Ramón, Mirta, Erlinda, Justo y Juana.

Cuando falleció su señora, mi madre se hizo cargo de dos huérfanas pequeñas y las hizo ingresar a un colegio de Hermanas en Concepción del Uruguay, adonde algunas veces la acompañé para informarme del estado y comportamiento de las mismas.

En épocas que no estaba empleado en la policía, trabajaba en las estancias de la comarca.

No era hombre de arrimarse a un mostrador para beber, ni amigo de cosas ajenas, ni carpetero en días que por lo común de las jugadas de "taba y monte", pocos eran los que escapaban a esta influencia nefasta del medio.

Era sí, como buen criollo, aficionado a las carreras de parejeros y recuerdo que fue dueño de un "Moro" muy regular y ganador.

EL GUITARRISTA

Ejecutaba la guitarra con maestría criolla.

En sus manos grandotas las cuerdas vibraban llorando.

Movía los dedos con agilidad sorprendente e imprimía tanta dulzura y limpieza el encordado, que realmente subyugaba.

No he olvidado aquellas escenas a "dos guitarras" en el año 1904

y 1905 en que con el criollo Francisco Arellanas (radicado después en Barú con casa de comercio y casado con Alejandra Leiva) se reunían en la peluquería que por entonces tenía mi hermano Jorge en la casa que hoy es de Felix Moren, para deleitarnos con estilos, pericones, valses, mazurcas, polkas y aires tradicionales.

¡Qué maravilla!... ¡Cómo recorrían el diapasón esos dedos desde el puente hasta la boca del ánima!...

¡Con cuánta rapidez trabajaban los dedos de la mano derecha sobre las tres primeras cuerdas y punteaba el pulgar sobre las bordonas!...

¡Cuánto primor, cuánta dulzura, cuánta armonía!... y también ¡Cuánta dicha haber nacido en esta tierra gaucha tan llena de armonía y que gloria la del ser argentino y llevar cien guitarras en el alma!...

UN CUENTO QUE NO ES TAL

Era comisario en la época de este acontecimiento don Salvador Dardán.

Don Justo Quintana después de muchos años de intervalo, había sentado plaza de sargento en la comisaría de sus primeros éxitos al lado de don Ramón Munilla.

Sucedió que por licencia acordada a don Salvador fue nombrado un sustituto provisorio.

"El provisional" era hombre de costumbres pueblerias, que chocaban con las de este sargento de bigote descomunal y de "pelo en pecho", acostumbrado a usar prendas de vestir propias del varón y no de mujeres.

El nuevo "comandante" se sentía general y se hacía servir "a lo rey" con los milicos: cebar mate a toda hora, prepararle café y además los tenía haciendo mandados de un lado a otro,. "como a muchachos chicos".

No le hacía gracia al recio milico este trastrueque de función y menos aún, los aires de "dotor" que se daba ese "pobre gato", según expresiones del mismo don Justo.

Una mañana que estábamos tomando mate bajo el paraisal tantas veces evocado, " se atracó" a la rueda y entre amargo y amargo empezó a "desembuchar el entripado" que lo tenía incómodo.

Lo puso de "oro y moro" al engreído "comandante; le perdonaba generosamente sus pretenciones, pero lo que no le podía perdonar en forma alguna (porque eso era una ofensa para el sexo del cual él era un formidable exponente) era que usara "CALZONES" cortos y en un arranque de indignación y rabia dijo:

"¡NI VERGÜENZA TIENE; USA CALZONES COMO SI JUESE MUJER!"

Hombres con calzones de mujer —en aquellos años— mandando a un criollo capaz de "clavar un potro" y de "estrellar un tigre"...

¿Qué hubieran hecho San Martín, Belgrano, Güemes y Urquiza con semejantes varones?

¡POBRE PATRIA!

DON JUAN MARCELINO LEIVA

A su memoria y a la de su esposa doña Atanasia Aguirre

Hijo del que fuera sargento de la guardia personal de Urquiza, don Marcelino Leiva, y que forma en el paso de los héroes en "Las trece lanzas de mis pagos", fue antiguo poblador en el límite Oeste de la Colonia Villa Elisa.

Su rancho criollo estaba sito en la casa que hoy pertenece a don Augusto Mout, sobre la calle, que separa a la colonia nombrada, con el campo que fuera de don Cándido Fontana.

Sobre esa rinconada estaba el rancho de Ña Teodora que fuera esposa del otro sargento de Urquiza, tío del que hoy mueve mi recuerdo.

En el año 1916 se radicó en el pueblo con su esposa doña Atanasia Aguirre (hermana de don Prudencio, María, Vicenta, Sermiliana y Domingo) donde aún consume sus últimos días, con ochenta años sobre su fortaleza de ñandubay.

A su rancho cargado de tradición llegué en 1947 y su plena lucidez y excelente memoria, me ayudó a aclarar sucesos acaecidos en años remotos, que al pasar en la tradición oral, se deforman y se pierden en el olvido del tiempo.

Bajo la humildad de sus horcones cayó abatido por la parca inexorable en 1950 este último descendiente directo de unos de los héroes de la lucha por la libertad de la patria.

Paz en su tumba.

DON CORNELIO GONZALEZ

A su esposa doña Olaya Mancieri

Sus hijos son: Casimiro, Gerarda, Araceli, Isabel, Miguel, Luis María, Neri, Aurora, Vicenta, Demetrio y Gumersindo.

Es otro criollo de ley, de la estirpe vieja que anidó en mis pagos natales.

Puestero en el monte de Irungaray, domador paciente, carrero de la época heroica de don Anastasio Almada y camionero en los tiem-

pos modernos, nunca "le hizo cara fiera" al trabajo que ennobleció su vida y curtió de soles, de lluvias y de fríos su trabajada y noble existencia.

Su estampa serena y machaza, con reflejos espontáneos de una bondad ingénita, pasa en mis recuerdos, enhorquetada en una bagual o revoleando el arreador desde su atalaya del playero.

Los vientos tajearon de cicatrices su cara, pero él nunca le "mezquinó las arrugas" al trabajo.

Buscando recuerdos de esta otra de "Mis vidas humildes", para enredarlo en la eternidad, juntamente con todas las que ya han pasado en mis evocaciones, lo encuentro en función de lo que en él fue un verdadero arte campero.

Había mandado mi hermano Emilio —desde Buenos Aires— un "puro de carrera" llamado Torongil porque los domadores lo habían sacado "muy duro de boca" y en una disparada se malogró para su fin esencial.

Estando Torongil en poder de mi hermano Ambrosio, éste vio al criollo que hoy lleva mi pluma, para ver si él, que era un domador mentado, lo podía componer de tan grave defecto.

Tirarlo de la boca a Torongil, era lo mismo que tironear un poste.

Vino don Cornelio a la casa de Ambrosio (hoy Félix Moren) y después de ver el caballo, palparlo y examinarle la boca, vio que era un caso difícil.

Entendido y decidido dijo humildemente el paisano:

"Y... VAMOS A PROBAR"; "TOTAL EL DAÑO YA ESTA HECHO"...

A todo ésto se aparearon como veinte mirones dispuestos a opinar, aunque en su vida lo único que habían domado eran unos bancos de mesa cuando criaturas.

Sin embargo, como lo iba a "tironear desde abajo", esos mirones prestaron un señalado servicio para unir fuerzas y doblegar la "carretilla" del parejero malogrado en Buenos Aires.

Aquello, después de todo, resultó reidero, pues a la voz del domador todos le "echamos los kilos para atrás" en el maneador, pero era igual que tironear un palenque. El Caballo ni se movía de su sitio y eso que éramos como quince los ayudantes.

Después de cinchar, a la voz de "aura" varias veces, por fin "aflojó el puro", no sin abrir la boca "como horqueta" hasta juntar la mandíbula inferior con el pecho y torcer el pescuezo como gancho.

En cuanto aflojó aquello fue victoria y lo llevamos reculando como cincuenta metros, entre risas y chacotas.

Quedó "el puro", más blandito que una seda y más obediente que un perro.

Llevado posteriormente a La Plata, allí logró ganar una carrera, malográndose tiempo después, por causa que nada tenía que ver con la boca.

En mi estada en Villa Elisa en 1951, muchas veces conversé con este criollo "de pura cepa" y lo vi cabalgar sus setenta y ocho "añares" con la misma prestancia y orgullo de antaño, en un zaino tapado.

Su machaza estampa de centauro de los campos amados, fue en mi espíritu como un abrazo con la tradición de aquellos pagos inolvidables.

Golpeado por la mala suerte en sus afectos más hondos, aun conserva su bonanza y de los días juveniles y la Fe en Dios como un signo de la estirpe y de la tradición.

Es que nuestros criollos son suficientes y fuertes.

¡SI PARECEN TALLADOS EN ÑANDUBAY Y CURTIDOS EN CUERO E POTRO!

¡LASTIMA QUE SE NOS VAN ACABANDO!...

DON SIMON MENA

A la memoria de doña Concepción Almada de Mena

Fue de los primeros criollos que se establecieron en la villa.

Su vida en ésta fue breve, pues, un accidente de fatales consecuencias en los albores de su afincamiento en la nueva fundación, puso fin a su existencia.

El lamentable accidente se produjo al disparársele los caballos que tiraban del carro que conducía, desde lo Bartolomé Bourren (hoy Suc. de don Isidoro Marchand) en dirección a su casa.

Al darse vuelta la caja del carro, frente a donde hoy es propiedad de don Aquilino Küttel (más o menos) fue apretado y arrastrado, muriendo como consecuencia de los golpes recibidos. (Estas referencias me fueron dadas por su hija Teresa).

Casado con doña Concepción Almada dejó una descendencia numerosa, cuyos nombres son: Teresa, Anastasia, Emiliana, Felisa, Julio, Simón y Pablo.

Con tantos hijos pequeños, doña Concepción llevó una vida honorable y austera, defendiendo el sustento de su prole con la máquina de coser y la aguja, adminículo éste que en manos de sus hijas fue un instrumento de artífices, por los primores que hacían en bordados y costuras. A mi madre, que entendía mucho de estas cosas y que sabía valorarlas, le oí muchas veces elogiarlas entusiastamente.

La casa de don Simón era de material y constaba de dos habitaciones, que aún se mantienen en pie, junto a los agregados hechos por su hijo Julio.

Cerca de la casa había un enorme galpón de paja brava, dividido en dos secciones. En una guardaba el sulky y en otra estaba la cocina que resultaba de grandes dimensiones.

En el centro de ésta y en el suelo se encontraba el fogón criollo, donde la muchachada o gurisada de aquellos años ha pasado horas indelebles.

Allí se juntaban de noche a tomar mate y a contar cuentos: Aquilino y Zanobio Küttel, Cirilo Sigot, Tito Claá, Zacarías Cáceres, Rosario, Faustino, Anastasio y Héctor Almada, mis hermanos Ambrosio, Alfredo, yo y otros muchos más.

En rueda feliz, tomábamos mate de yerba, té o café, según las ocasiones, sentados en cajones, troncos, cueros de ovejas o en el suelo.

Fue una especie de "Peña", sin pretensiones de tal, en la que se contaban cuentos de "Las mil noches y una noche", de Calleja o esos tan jugosos de don "Juan el Zorro" y "Tigre Overo".

También se narraba la época de Rosas a través de la novela de José Mármol llamada "Amalia", episodio de la Revolución de Ahumada, Episodios Nacionales, asuntos de novelas, peleas, hombres tauras, carreras de parejeros, jugadas de taba, ánimas, luces malas, lobizones, crímenes, bailes y chinas.

Doña Concepción veía con agrado estas reuniones porque en esa costumbre, tenía a sus hijos cerca de ella, sin preocupaciones o aflicciones propias de las madres y nosotros nos sentíamos felices de tener un lugar de entretenimiento saludable al espíritu y a los paladares. Si alguna vez en el decurso de los años, los pobladores venideros de Villa Elisa, tienen que "rastrear" los orígenes de alguna "Peña Literaria", no han de encontrar otra con más profundas raíces de antigüedad que ésta nacida en aquel rancho grandote, donde la inocencia de unos y la adolescencia de otros vivió horas inenarrables de felicidad que deseo perdurar en estas evocaciones.

También en este rancho encontraron hospedaje generoso algunas familias, cuando el horroroso asesinato de la familia Smit en 1895.

DON ZACARIAS ABRIGO

A la memoria de su esposa doña Ciriaca

Criollo de los lados de la colonia Quesada, dejó como hijos a Saturnino, Benigno, Carmen y Juana.

Radicado en Villa Elisa posteriormente, su rancho fue una cumbrera más que dio colorido al panorama tradicional del pago.

De doña Ciriaca, recuerdo que era una criolla muy devota y que concurría a misa asiduamente, cumpliendo con el precepto cristiano que ordena la Santa Iglesia Católica, lo que de por sí es un índice elocuente de buenas costumbres y de virtudes edificantes.

Era una dama en su trato y tenía prestancia señorial que llamaba la atención y que considero signo inequívoco de la dignidad anotada

ya, en los hogares de más rancia estirpe tradicional.

En cuanto a su educación era ejemplar.

En mis evocaciones la veo pasar frente a mi casa paterna, camino a la iglesia, llevando en la mano un libro de misa, un rosario y luciendo en su cara morena, la mantilla con que cubría su cabeza.

Salía a pararse a conversar con mis padres breves instantes, para proseguir su marcha, irradiando esa majestad que no he podido olvidar y que hoy consigno como un merecido homenaje a su memoria.

DOÑA LUISA ACEVEDO

A su hijo Victoriano

Llenó un largo período de la vida elisense.

Su renquera, muy pronunciada al caminar, fue el resultado (según referencias oídas) de sus cualidades de amazona criolla.

Cuéntase que en la estancia de don José Ballestrini, al enlazar montada sobre un caballo en plena carrera, a un toro o novillo, con un tiro que hubiera envidiado el mejor pialador del pago, al cortarse aquél por el formidable cimbronazo, se le dio vuelta el pingo y al caer la apretó contra el suelo, quebrándole la pierna cerca de la cadera y quedando el fugitivo con el pescuezo roto.

Levantó su rancho en el ángulo Este del poblado, cerca de don Prudencio Aguirre. Allí llegaba con mi reparto de pan, grabando imágenes que perduran límpidas como un cristal, después de sesenta años.

Sus hijos son: María, Victoriano y Ramón.

De mis andanzas carnavalezcas por las orillas de la población, recuerdo que una tarde ya entrada la noche, llegamos en comparsa hasta lo don Prudencio, con intención de "revolear las tabas" y tapar con tierra el rancho.

Conseguido el permiso del patrón, sonó la de "doble hilera" y ya salimos "como trenza de ocho" en el remolino de un vals.

En la oscuridad aumentada por el entrevero de ponchos, espuelas, botas y "guasadas" propias de la fecha, "no se veía ni lo que se conversaba" (como solía decir Aquilino Küttel) y ni se sabía cual era la prenda que uno zarandeaba de lo lindo.

Yo notaba que con la compañera que me había caído en suerte, andábamos medio "desencontrados", pues cuando yo quería remontar el vuelo en alas del vals y del balanceo, mi compañera me tiraba para abajo, como colgándose de mi brazo. Quedé al final igual que perro que ha "troteao" mucho atrás de un sulky.

Cuando paró el baile, me encontré que mi compañera ocasional era doña Luisa, la que pese a sus..... y cinco años, tenía más juventud en el alma y en las de zapatear que una muchacha quinceañera.

Charlamos después largo rato, de mis días de repartidor y levantamos más polvadera en el patio de tierra, que el viento en los pamperos del verano.

DON ALEJANDRO RIQUELME

Teniente Honorario de la Guardia Nacional

A su hijo Aurelio

Fue otro de los criollos radicados en la villa.

Aún existe el rancho de su viaje morada, levantado en el límite noroeste del cuadrado que forma la planta urbana, calle de por medio con las concesiones que fueron del primer herrero de la fundación, don Domingo Pioli.

La mayor parte de su vida la pasó con el sable corvo colgado de la cintura.

Su existencia miliciana sabía de revoluciones cruentas, de entreveros "fieros" y de acciones de hombre "taura".

Actuó enrolado en el ejército de "Los Colorados", cuando la revolución de Ricardo López Jordán, y por sus meritorios servicios de guerra le fue otorgado el grado de Teniente Honorario de las reservas.

Conseguida la paz en la provincia del Supremo Entrerriano, fue designado sargento del tercer distrito, con asiento en Puente Gualeguaychú.

Le tocó actuar en una época azarosa de nuestro pasado regional, aquella en que para desempeñarse con eficacia había que tener "más agallas que un dorado" y un coraje a toda prueba, pues en cada intervención era de jugarse la vida, velando por la tranquilidad de los habitantes de la zona a su cuidado.

Eran días en que la razón estaba en la punta de una daga o de un sable y en que cada hombre creía que la justicia estaba en el que cortara primero.

Desde luego (dado el panorama), la policía para imponer respeto y orden en las reuniones camperas, tenía que proceder sin miramientos.

Muchos fueron los lances en que actuó don Alejandro y vencido o vencedor, dejó bien sentada su fama de "hombre toro", título que no muchos podían ostentar con merecimientos.

Era un defensor implacable de la ley y de la autoridad que hacen posible la convivencia tranquila de los individuos.

En Villa Elisa actuó de sargento y de soldado, con intervalos prolongados, alternados con faenas camperas.

Dejó una descendencia numerosa, concretada en los hijos siguientes: Rufino, Doroteo, Elidio, Ramón, Calixto, Aurelio, Justo, Domingo, Alejandra y Felicia.

En el año 1916 fui a visitarlo a su rancho. Estaba ciego.

Llegué con un paquetito de tortas, cigarros de hoja, yerba y otras cositas de poco monto.

Este hecho me llena de felicidad porque me acerca a Dios y a mi madre.

Se incorporó como pudo en su lecho y al conocerme la voz, me tomó las manos sollozando y me las besó pese al esfuerzo que hice para impedirlo. Sé que no debía contarlo, pero fue tan emocionante ese momento y tan grato después a mis sentimientos de cristiano, que debe haberse hecho Cruz en mi corazón aquel día, como hoy plegaria emocionada que busca el cielo.

Era el reconocimiento de un criollo corazón, que más allá de las cosas materiales, veía lo que es esencia de la raza de la cual él era un exponente genuino.

Serenado don Alejandro, me contó pasajes de su vida llenos de peligros, inquietudes y fatigas, en una existencia de cerca de ochenta años, algunos de los cuales ponen de manifiesto su temple de acero y sus virtudes de criollo al servicio de la ley, para la convivencia de los seres humanos en sociedad.

Su radicación en el pueblo en la primera época contribuyó a dar fisonomía tradicional al pago donde el elemento extranjero era gran mayoría.

Su temperamento tranquilo lo hizo hombre de respeto en el medio pueblerino, donde gozó de las consideraciones de estimación propias de la vida sencilla de la gente de la primera época.

De los recuerdos de mi vida de muchacho, hay uno, que frecuentemente ronda mis añoranzas:

Doña Pancha Acevedo de Vernaz tenía un par de ñanduces criado "guacho" tan mal "aprendido" que tenía a mal traer a cuanto transeúnte pasaba frente a la casa de la primera partera que tuvo Villa Elisa.

Cada vez que pasábamos por la calle, estos "bicharracos" nos llevaban "unas cargas" formidables a picotazos, que nos hacían disparar para todos lados. Recuerdo que una vez me rompieron un sombrero de paja que esgrimí para defenderme desde arriba de un poste y los hilos de un alambrado, donde tuve que refugiarme medio desesperado.

Ni las mujeres se escapaban de las arremetidas de estos corredores nada simpáticos en tal función.

Pero como a cada chancho le llega su san martín, según se refranea, cierta vez uno de ellos, "las pagó todas en una" y acaeció lo siguiente:

Pasaba don Alejandro frente a la casa de doña Pancha cuando los avestruces se le fueron en fija, en una carga en que ni alce le dieron para defenderse. Acosado el sargento por uno de ellos, echó mano al cuchillo y de un hachazo le cortó el pescuezo limpiamente.

Salió "el descabezado" disparando para caer sin vida como a cua-

renta metros, en una carrera impresionante.

Todos estuvimos contentos de la eliminación de uno de los "bicharracos" que constituian un serio problema cuando debíamos ir a la carnicería que don José Puttállaz yerno de doña Pancha, tenía en la misma casa.

Víctima de una ceguera en su vejez, lo veo en mis recuerdos, cruzar las calles de la población conducido por un lazarillo en busca de la ayuda que las almas caritativas nunca niegan a los que sufren.

DOÑA PETRONA GONZALEZ

Vieja pobladora del ángulo norte del cuadrante de la Villa que corresponde a ese límite del plano, su rancho, rodeado de un tunal numeroso, daba panorama, de vida a ese alejado rincón, haciendo compañía a los ranchos de don Wenceslao Medina, del "Cordobés" don Cecilio Nuñez y a la casa del Alcalde don José Guez.

Hermana de Cornelio y de doña Bartola, dejó una descendencia que se concreta en los nombres de Victoria, Rafaela, Mariano y Honoria.

DON JOSE HORTA

A su memoria

Fue uno de los viejos pobladores de Villa Elisa que con más frecuencia tengo en los labios y del que acaso menos datos tenga para que viva en estas páginas.

Soy apegado al refranero y "decires" de mis pagos y por eso "cada tres por cuatro" en vez de al "dos por tres" (como decía un reformador lugareño que lo hizo chiste popular) don José me acompaña casi diariamente con su imagen de criollo humilde y cuidador del orden, en su función de miliciano en años alternados.

Sucedió que en cierto momento de su vida, tuvo que irse del pago por razones de trabajo, desesperado por la escasez del mismo y la angustia de "parar la olla".

Eran los tiempos de vehículos lentos y distancias incomensurables. Ir a Colón era ocupar todo el día, e ir a Uruguay no digamos.

Estando yo en San José, donde me preparaba la Sta. Profesora Honoria Cettour para un primer año normal, un 31 de diciembre, hecho un verdadero "Pistón" (personaje que durante cincuenta años de "lingera" hizo el recorrido Colón Villa Elisa, viceversa y a pie) me "largué" también, siguiendo el mismo derrotero, para estar en mi hogar paterno el primero de año.

Ir a lo que hoy es la Estación del ferrocarril, 1° de Mayo, en aquellos años, era como ir a Europa, según el énfasis con que se referían las distancias.

Sucedió que don José le contaba a un camarada su alejamiento de la Villa y con todo énfasis le dijo: sí; la cosa estaba tan fiera, que me mandé mudar a la gran "China", y terminó: "me fui a Mayo".

La expresión auténticamente modificada, se hizo refrán popular por la palabra prohibida y por las solamentes tres leguas a que se encuentra Mayo de Elisa. Su aplicación era muy popular y en mi está como a flor de labios, porque la asocio a un episodio de dos amigos ya fallecidos que con ansias de libertad en sus quince años y para ganarse unos pesos juntando gavillas en las chacras, un buen día se mandaron a mudar de las casas, sin avisar a sus padres.

El suceso tuvo su comentario en pro y en contra, ya que no era habitual, en época en que a los padres se los respetaba como a Dios.

Cuando pegaron la vuelta, con la alegría propia del reencuentro le pregunté a uno de ellos por dónde habían andado y al contarme la historia, entre otras expresiones me dijo: "y nos mandamos mudar a la gran China; nos fuimos a San Antonio".

Fue don José un criollo bueno, tranquilo y apreciado, que como los ex cuidadores del orden público don Inocencio Monzón, Justo Quintana, Mercedes Martínez, Juan Leiva, Elidio Riquelme, Higinio Lezcano, Rogelio Carricarte, Miguel Meistry, Francisco Arallanas, Justo Riquelme y otros muchos de la primera época de Villa Elisa, puso su modesto y valioso aporte para la tranquilidad del vecindario.

En viajes a Villa Elisa, lo encontré muchas veces; estaba cargado de años, pero todas las tardes llegaba a la carnicería de Noir en busca de las achuras y de una cabeza de vacuno. No negaba su estirpe criolla.

Cuando falleció tuve la satisfacción de escribir un pésame a la familia y un hijo me contestó con una tarjeta muy sentida, cosa que valoro enormemente.

JUAN PEDRO LEZCANO

UN CENTAURO EN MIS RECUERDOS

A su hijo Perico

Ese día montaba un redomón,
que a galope tendido parecía,
un centauro que enancada me traía,
de mis pagos la gaucha tradición.

El poncho desplegado contra el viento,
que el redomón cortaba en su carrera,
flameando sobre el anca, cual bandera,
me hizo "creer" que estaba en rueda oyendo un cuento.

Sofrenó su bagual frente a mi hogar,
le acercó las espuelas taloneando,
y al roncar el caballo desconfiando
de un chirlo lo cruzó sin titubear.

Cerca de la baranda ya parado,
voleó pierna bajándose el paisano,
y siendo hombre de campo muy baquiano,
del bozal lo dejó bien amarrado.

Un lazo de tropero bien trenzado,
arrollado a los tientos se traía,
y un lanudo de oveja al que cubría,
sobrepuesto de carpincho ya gastado.

Un sombrero con ala requintada,
que sentaba a su cara tez morena,
dejaba ver atrás una melena,
renegrida, medio larga y recortada.

Un pañuelo de luto atrás atado,
al centauro medio pecho le cubría,
y al galope del pingo parecía,
flamear en sus dos puntas como alado.

Bota negra de caño le cubría,
la bombacha hasta casi la rodilla,

y al recogerse el poncho una cuchilla,
de algo más de dos cuartas le veía.

Su cara era morena y muy delgada,
con "perita" y bigote muy retinto;
usaba un gran "culero" de ancho cinto
con hebilla de plata o niquelada.

Queriendo saludarme se inclinó,
al tiempo que marchaba hacia la entrada,
y al par que caminaba en la calzada,
un ruido de rodajas se sintió.

Junto al mostrador pidió tabaco
"algunos que otros vicios" más compró,
y pidiendo una caña la empinó,
tal cual si a la botella hiciera "un taco".

Cambió palabras este criollo puro,
con mi padre amigo a quien después pagó,
y buscando a su arisco, lo estribó,
con destreza de cuerpo y pie seguro.

Amagándole un chirlo lo apuró,
y partió galopando hacia el poniente;
¡parecióme una visión por lo imponente,
que siguiendo los soles se perdió!...

———

¡Qué imponente su estampa en mi memoria!
me habla de leyendas y revoluciones,
de domas, pialadas, ruedas de fogones,
y de la epopeya heroica de la historia.

Con ellos Belgrano fue hasta el Alto Perú,
Güemes en Salta al invasor venció,
San Martín "El Grande" los Andes cruzó,
y fueron ya libres los pueblos del sud.

Con el otro "Grande", cien ríos cruzaron,
proezas de bravos mil veces hicieron,
en cruzada de libres a Rosas vencieron,
y en Monte Caseros, la patria libraron.

Hecha la patria que en Mayo quisieron,
no pidieron nada por tan grande hazaña,
y en la inmensa pampa de nuestra campaña,
fueron como sombras que se despidieron...

Gauchos de mi patria, criollos colosales,
la tierra nativa, tañe sus vihuelas,
y miles de niños en miles escuelas,
cantan tu epoyepa, ¡Héroes inmortales!.

Juan Pedro Lezcano era casado con doña Eduvige Benítez, hija ésta de don Asensio (ex soldado de Urquiza). Sus hijos son: Petrona, Perico, Aniceto, María, Ramón, Juan y Josefa.

En el rancho de este criollo se desarrolla el hecho referido en verso "Entre Tauras". (Referencias de su sobrino Ventura Benítez).

DOÑA TOMASA RUIZ DIAZ DE LEZCANO

A la memoria de su esposo

Vieja criolla de cabellos enteramente encanecidos, pasa por mis recuerdos, en aquellos días que yo era repartidor de pan y ella vivía en su rancho de paja brava levantado en el sitio del vértice sud que forma la calle don Héctor de Elía y la sin nombre que se extiende desde la casa que fue negocio de Nazario Candelario, Bartolomé Bourren (hoy doña Virginia Marchand) y pasa frente a la casa que fuera la fideería de don Angel Vigatto.

Pulcra en su vestir sencillo y muy educada en las buenas maneras del gesto y del lenguaje, su figura menuda infundía respeto y consideración.

Su bondad transparentada en el trato cordial, humilde y amable dejó en el niño de aquel entonces, que hoy hombre la evoca, una huella indeleble de esa simpatía que irradiaron los primeros hogares criollos radicados en Villa Elisa y que compendiaron en sus viviendas, costumbres y trabajos, la armonía de la estirpe que puso el alma de la tradición en las cuchillas que me vieron nacer.

Sus hijos son: Victorio, Juan Pedro, Adriana, Isaac, José y Donata.

Vivió hasta edad nonagenaria.

HOGARES SUIZO - CRIOLLOS

DON VICTORIO MORARD

Casado con doña Petrona Rodríguez, criolla de pura cepa, este suizo de luenga barba rubia, tirando a rojiza, formó un hogar en el que el predominio de la raza nativa imprimió su sello característico, dominando sobre la europa.

Su casa de material fue construida en el sitio lindero con el de don Plácito Sigot, en las vecindades de "El Faro de la Cuchilla".

De su matrimonio nacieron: Fermina, José, Carlos, Victoria, Francisco, La Morocha y Ramón.

Rastreando recuerdos, distingo la figura más baja, de don Victorio, con su imponente barba rubia que le llegaba hasta el pecho, que va balanceando el cuerpo al caminar, por una renquera muy pronunciada, cuyo origen desconozco.

Habitué de "La Casa de Todos" en aquellos días ya evocados anteriormente en las canchas de bochas, lo veo en posición inclinada midiendo con la mirada la distancia del mingo, para "poner mamando", su bocha. Fue el "arrimador" más cotizado en aquellas tardes domingueras o festivas.

Prudente, tranquilo y buen hombre, las mesas de truco lo contaron entre los parroquianos que dieron fisonomía característica a las reuniones de antaño en los boliches del pueblo.

DON PANCHO VERNAZ

Era hijo de don Abel Vernaz, llegado en el primer contingente de fundadores de la colonia San José en 1857.

Casóse con doña Francisca Acevedo, que era netamente criolla, hija del matrimonio Acevedo, traído desde Misiones por el General Anacleto Medina, gran amigo y compañero de luchas del Supremo Entrerriano y del Gral. Urquiza.

Terminadas las luchas revolucionarias y de la organización, el misionero Acevedo se radicó en los deslindes de los campos del Ballestrini con el arroyo Perucho Vernaz, en los mismos que fueron de los Rocha posteriormente.

Allí nacieron Francisca, Luisa, Tomasa, Rafaela, Pascuala, Evarista, Martinica, Teodosio, Valerio y Francisco, este último conocido con el nombre de Pancho Mendoza.

Don Pancho Vernaz fue un suizo que se adaptó al ambiente criollo y era hombre de llevar lazo a los tientos y cuchillo a la cintura.

Fue puestero muchos años en el establecimiento de don Victoriano Vázquez, que fuera socio de don Alejandro Irungaray en la estancia Santa Rosa.

Fue un hombre muy divertido y alegre.

Entre algunas habilidades que le recuerdo, lo veo estirando desmesuradamente el fuelle de un acordeón de bajos de cucharas, en un "desparramo" de notas, de regular para abajo, al mismo tiempo que entona una canción con letra criolla de subido color picaresco.

No olvidaré mientras aliente la vida mi ser, que una tarde en el boliche de "La Casa de Todos", me cantó una canción acompañándose con dicho instrumento y que una noche de carnaval conjuntamente con tío Isidoro Fellay y don Esteban Serra se disfrazaron de "Rancho" haciendo las delicias de los parroquianos presentes.

DOÑA EPIFANIA BENITEZ

Hija de don Asencio Benítez, que en Corrientes se embanderó en las huestes del Gral. Urquiza y realizó sus campañas libertadoras contra la tiranía de Rosas, se radicó posteriormente por los lados del Arroyo Perucho Verna. Años después se vino a vivir a la Villa, habitando primeramente la llamada "Casita Blanca" que estaba en el sitio 8 de la manzana 26.

Sus hijos son: Ventura, Rafael, María, Luisa y Ramona.

Su rancho posterior está levantado en el sitio 10 de la manzana 1.

CONJUNCION DE PUEBLOS

VISION DE PASADO Y PORVENIR

En el conjunto general de hombres que habitaban las zonas de la colonia, había para todos un denominador común: el trabajo.

Dentro de este panorama aleccionador cada grupo mantenía sus costumbres de origen.

Así los suizos y franceses ubicados preferentemente en el cuadrante Nordeste de la colonia, después de oír misa los domingos y días festivos y de comprar las provisiones semanales, regresaban a sus casas. Difícilmente se los encontraba en alegre camaradería en las tardes del pueblo.

En cambio los piamonteses, muy numerosos y dispersos por todos los rumbos, pero especialmente hacia el Noroeste, eran bullicio-

sos, amantes de las bochas, bailes, murra y en especial del "bel canto".

Los hijos de aquellos padres de origen latino, se confundían con el elemento criollo, incorporando a su manera de obrar las costumbres típicas de esta tierra.

Así por ejemplo acudían asiduamente a las carreras de parejeros, a las canchas de taba en completo auge, a los bailes, a las mesas de truco y a las fiestas del pueblo.

Dejaban el dialecto e incorporaban el refranero tradicional, vestían a la usanza criolla, usaban cuchillo en la cintura, pañuelo tendido sobre la espalda y sombrero de ala requintada.

Ensillaban caballos bien cuidados y apreciaban un tuce bien hecho y un corte de cola al garrón.

En fin, poco a poco hundían sus raíces nuevas en la tierra virgen para incorporar a sus vidas la esencia que tiene hondura de sentimientos generosos.

Quisiera estampar en estas líneas las imágenes de algunos europeos que se ganaron en mi corazón por el trato frecuente o simplemente porque una virtud o un defecto los grabó, como bronce, sobre la tela impalpable donde se pintan, resplandecen y borronean los seres que un día pasaron por la retina mágica del ojo humano.

Así en rápida sucesión desfilan cantando bajo el emblema tricolor de la bandera itálica don Mariano Sigot, José Gui, Camilo y Antonio Orcellet, Pierrotín Bourlot, José Zermatten, Plácido Sigot, Jorge Francou, Francisco y Julio Garnier, Bautista Barral, Juan José Joannás, Domingo Pioli, Juan, Julio y José Guiffrey, Celestino y Luis Lambert, Esteban Raviol, Pedro Joannás, Luis Roude, José Joannás, José Grand, Ambrosio Cottet, Pedro Sala, Filiberto Orcellet, Filiberto Sigot y tantos otros más. Todos ellos van cantando con aire marcial:

"Va for a d'Italia,
Va for a extraneur"...

Los siguen los venidos de la "Dulce Francia" de Carlomagno, forjadora de la civilización cristiana en occidente bajo la espada del "Rey de la barba florida", y de los "Derechos del Hombre" con la Revolución de 1789. Van cantando con los brazos en alto, como en las memorables jornadas de Dantón, Mirabeau, San Just y otros, la canción inmortal de Rouget de L'Isle:

"Allons enfant de le Patrie,
Le your de gloire est arribé".

Allí van entre otros: Camilo Christin, Juan Pin, Francisco Schanseaud, Javier Schinger, José María Antonín, seguidos de los hijos de la laboriosa Helvecia de Guillermo Tell: Oscar Dubulluit, Schamillar José, Silvano Gastal, Elías Deymonnáz, José Guex, Santiago y Jacobo Bren, Luis Lugrin, José, Enrique, Bartolo y Mauricio Bourren, Camilo Treboux, Carlos Hiritier, Jorge Sautier, Francisco Desimaux y otros más.

Cierran la marcha criollos de caras curtidas, en redomones alados.

Lucen botas de potro, culeros con flecos, calzoncillos cribados, lazos a los tientos, boleadoras en las cinturas, facones atravesados, lanzas brillando a la luz del sol, pañuelos tendidos, guitarras sobre las espaldas, sombreros de alas requintadas y un estilo a flor de labio.

Es la tradición de la patria escoltando las rejas fecundas y haciendo flamear como una inmensa bandera, la libertad y el orden sobre las cuchillas entrerrianas.

Allí van los Leiva, los Ruiz Díaz, los Leyes, los Catañeras, los Aguirre, los González, los Bergara, los Benítez, los Medina, los Lezcano, los Riquelme, los Acevedo, los Mendoza, los Horta, los Abrigo, los Almada, los Mena, los Rodríguez, los Barco, los Fagúndez, los Monzón, los Martínez, los Quirico, los Denis, los Olivera, los Ballestero, los Nuñez, los Quiroga, los Moreira, los Rojas y muchos más.

Trece tacuaras de mis pagos cierran la marcha custodiando una imagen grande como el sol: la del Organizador de la Nación, quien hizo posible con la Constitución Nacional esta conjunción de pueblos europeos, con hijos de esta tierra generosa por gaucha.

Más allá del conjunto abigarrado un coro de ¡Aleluyas al Altísimo! nace de la tierra trabajada, de los sembrados opulentos y de los rodeos generosos.

Son las voces de las madres, del trabajo y de la tradición.

Es la voz de la patria en su nueva alborada bendecida por Dios, engrandecida por el trabajo y enaltecida por sus hijos que cantan:

"Y los libres del mundo responden,
al gran pueblo argentino salud"

LA CRUZ DE LA MISION

30 DE OCTUBRE DE 1904

"Las cosas materiales tienen un alma cuando representan una idea, un símbolo, un momento de la vida de un pueblo". (Del "Faro de la Cuchilla". Página 282).

Las tres de la tarde podrían ser
de aquel treinta de octubre ya lejano,
primavera con ansias de verano,
en la tibieza de aquel atardecer.

Un sol radiante sobre un cielo hermoso
color azul, un tanto algodonado,
con "Hilos de la Virgen" adornado,
que el viento balanceaba despacioso.

La fronda de los árboles, lustrosa,
las aves con plumajes relucientes,
los yuyos y jardines florecientes,
hacían la campiña primorosa.

En la iglesia reunida ya la gente,
agrupóse formando procesión,
y escoltando a la Cruz de la Misión,
despaciosa marchó, solemnemente.

Precedían la marcha el Sacro Guión,
el Reverendo Höflack, dos Misioneros
seguidos de los criollos y extranjeros,
que de hogares poblaron la región.

Tomó rumbo al noroeste lentamente,
entre el rezo ferviente de los Curas,
que mujeres, ancianos y criaturas
completaban en voz alta, santamente.

Un grupo de jinetes, bien montado,
cerraba la columna en movimiento,
que rezaba entregada en pensamiento
al símbolo do Cristo fue clavado.

Sobre el linde del pueblo bien trazado,
donde don José Guex clavó mojón,
hizo ronda la lenta procesión,
enclavando el recuerdo consagrado.

Pocas palabras y una bendición,
del Misionero, que pasó y se fue,
fueron el sahumerio de la Fe
que perfumó con su esencia una oración.

Después nos dispersamos a los vientos
del tiempo, de la lucha y los caminos,
los que partimos fuimos peregrinos,
por las rutas de la paz y los lamentos.

Después de medio siglo he retornado
con ansias de vivir aquellas horas,
que grabaron en mí, con luz de auroras
escenas que los años no han borrado.

Busco en mi atardecer lo ya perdido,
lo que en mi corazón fue puro amor...
¡Qué tristeza, Señor!... ¡Cuánto dolor!
¡Cuántos seres queridos, ya se han ido!...

DON MARIANO SIGOT

Julio 1953

Al evocar las imágenes queridas de hombres y mujeres que poblaron ese retazo de suelo entrerriano, la de don Mariano Sigot estuvo siempre, como marcando rumbo, porque en mí representaba el prototipo del piamontés llegado a estas tierras argentinas, como un exponente genuino de aquel pueblo de hombres trabajadores, sanos de corazón y virtuosos del "belcanto".

Amigo de la escuela pública que levantaron los graneros de la colonia, siempre estuvo presente en cuanta inquietud de luz y de patriotismo vivió bajo los techos de esa casa blanca evocada en las páginas de "El Faro de la Cuchilla". Eugenio y Augusto nutrieron sus espíritus y sentimientos de argentinos en la vieja casa materialmente desaparecida y allí estuvo don Mariano, junto a sus dos primeras esperanzas, entonando el Himno Nacional con el mismo fervor que un hijo de esta tierra a la que se incorporó para la eternidad.

Junto a las canchas de bochas y a las mesas de truco y mus de mi casa paterna, vivió la camaradería lugareña, de don Mauricio Kuttel, Francisco Bel, Mercedes Martínez, Justo Quintana, Francisco Bondaz, Filiberto Sigot, Esteban Serra, y otros tantos europeos y criollos que simbolizaban en aquel medio la tierra nativa de su adaptación.

Pero hay un aspecto que sobrepasa el límite de la escuela y de la camaradería lugareña y es el de su voz privilegiada de cantor, con la que llenó un ciclo de cuarenta años. Estaba tocado por la musa del divino arte y don Mariano fue un cantor de corazón.

Con mi padre, del que fuera dilecto amigo, formó un dúo inolvidable, que alguna vez evoqué en las páginas de "Jornada" y que ha de perdurar en "El Alma de mis Pagos", Dios mediante.

¡Cuántas escenas golpean en mi alma al evocar noches de se fueron con los años juveniles!...

Pero donde don Mariano supera todo lo anteriormente dicho, es en la Iglesia vieja, levantada como un símbolo de eternidad en el corazón del pueblo.

Ancianos y ancianas; hombres, mujeres, niños y niñas de aquellos domingos y festividades religiosas, han de doblar sus rodillas de creyentes, bajo la bendición del inolvidable sacerdote Pbro. Augusto Höflack y de los cánticos sagrados entonados por don Pedro Joannás, Francisco Bouchet, Francisco Gui, otros y por don Mariano Sigot.

Su boz estentórea, vibrante y majestuosa, llenaba entonces, el ámbito espacioso de la nave repleta de creyentes que elevaban sus preces al Supremo Creador. El momento se hacía más solemne y la Oración brotaba con sagrada unción en las almas tocadas por el divino don del órgano que ejecutaba don Pedro Joannás y la voz de don Mariano que dominaba todas las vibraciones de la escala musical.

El viejo templo, que levantaron don Domingo Aguirre y don Pedro Sala y armaron en sus Altares, don José Gay, Mauricio Kuttel y don Juan José Joannás, se debe haber estremecido en su contextura, desde la base a las paredes, al pasar bajo su techo la inanimada criatura humana que honró a Dios en la tierra en los valores más recomendables, como ser la de Creer en El y honrarlo, formar hogar y fortalecerlo en virtudes cristianas, ganar el pan con el sudor del trabajo y convivir la armonía de la colectividad que lo contó como una unidad más, al servicio del bien público.

Dios lo ha llamado a su seno y justa es la resignación piadosa que conforta a los espíritus atribulados por la pérdida de lo que por años acumulados, se considera una reliquia.

Para mí que vibró con el alma de todo lo que fue y es Villa Elisa, es una emoción intensa más, que queda grabada en mi corazón sensible al cariño inconmensurable hacia los seres de mi primera realidad en la vida y en el amor con que guardo su recuerdo.

Para él podría poner como epitafio de su sepulcro estos versos

que entresaco del canto titulado "Fue un Colono":

Y en plenitud de vida,
en "La Casa de Todos", con su hermosa familia,
gozó el placer del vino, en la mesa sencilla,
y añorando en canciones la patria tan lejana,
como un zorzal del bosque al venir la mañana,
desató en mil gorjeos una pena escondida.

DEL PASADO

A la distinguida educadora
Sra. Néliz Küttel de Castex

Tierra donde hallé la vida,
que ha mucho fuera de Urquiza,
esto que hoy es Villa Elisa,
era soledad perdida,
llanura inmensa extendida,
vestía verde ropaje,
cruzada por el gauchaje,
galopando en la esperanza,
de dar con alguna estancia,
que hubiera por el paraje.

Montes y arroyos lejanos,
jalonaban la pradera,
donde había hacienda matrera,
"desparramada" en los llanos,
yeguarizos soberanos,
de esos de agarrar a bolas,
con cada "porra en las colas",
y "clinudos" en las cruces,
que "juian" como ñanduces,
sobre un mar de verdes olas.

Asombro causaba ver
el tropel de los venados
si parecían correr
como por vientos llevados,
los ñanduces asustados,
eran balas que pasaban,
y a su paso despertaban
iguanas, lagartos, zorros,
los que "apretaban el gorro".
y a las cuevas se "mandaban".

"Hacheando" el aire del cielo,
las rapaces ya cebadas,
perseguían las bandadas
de las palomas en vuelo,
algún chimango hacia el suelo,
como flecha se largaba,

y entre sus uñas alzaba
una inocente perdiz,
o algún pobrecito cuis,
que entre sus uñas gritaba.;

Era divino mirar,
cómo las aves el cielo,
cruzaban en raudo vuelo
en busca de algún lugar,
o a los bañados llegar
en fantásticos rodeos,
cisnes en suaves planeos,
garzas y patos bajar,
y en las lagunas andar,
entre gritos y aleteos.

En la verdosa extensión
andaban como agrupadas,
becacinas en bandadas
garzas blancas en montón,
bandurrias en procesión,
mirasoles, teros reales,
carau por los pajonales,
cigüeñas y gallinetas,
millares de gallaretas,
gallitos de agua y chajáes.

Siempre pescando y atentos,
en juncos balanceadores,
los Martínez Pescadores
se columpiaban contentos,
pecho amarillo, de a cientos,
volaban por los juncales,
parejas de federales
daban sus cantos silbando,
¡Parecían ir arreando
tropa entre los pajonales!...

Y cruzando los "ramblones"
como si fueran tropillas,
subían por las orillas
nutrias grandes en montones,
otras con muchos pichones
sentadas se entretenían,
tranquilamente roían

sin parecer afligirse,
prontas para zambullirse,
si algún peligro veían.

En los verdes albardones
que entre los juncos habían,
carpinchos con sus lechones,
parecían que dormían,
otros cruzar se veían,
ligeros y desconfiando,
para salir disparando,
al ver gente en la pradera,
a los brincos y "bufando"
como yeguada matrera.

En la gran inmensidad,
dando vueltas en la altura,
para aumentar su apostura,
troyas trazaba el chajá,
y en la azul serenidad
del espacio refulgente,
daba su alerta estridente,
avisando desde el cielo,
que levantaran el vuelo,
pues muy cerca andaba gente.

Y en confusos remezones,
se despegaban del suelo,
oscureciendo hasta el cielo,
miles de patos silbones,
gallaretas con pichones,
batían agua a su paso,
nubes de patos picasos,
gaviotas, teros, chorlitos,
dando millones de gritos,
"tajeaban" aire a aletazos.

¡Qué lindo tiempo canejo!...
este que estoy añorando,
y en mis canciones trenzando
hoy que ya estoy medio viejo,
es sabido que el progreso,
es redomón que no para,
Yo le muestro buena cara

aunque me va basureando,
pero seguiré cantando
mientras haya una guitarra.

Y Uds. que son de "fijo"
la promesa más risueña,
la esperanza que se sueña
hecha, ilusión en un hijo,
no olviden lo que les dijo,
este viejo, ya tapera,
nacido en la hermosa tierra
que ha mucho fuera de Urquiza,
esto que hoy se llama Elisa
EL TEMPE ENTRERRIANO ENCIERRA.

LOS MONTES

A la distinguida educadora
Sra. Estela Sigot de Meyer

De los montes, ni que hablar,
eso sí, que era hermosura,
atravesar la espesura,
entre trinar y trinar,
divino era oir cantar
el jilguero, el cardenal,
la calandria y el zorzal,
y cuanto pájaro había,
¡Si de a ratos parecía,
un concierto celestial!...

En los tupidos chañares,
guayabos y coronillos,
algarrobos y espinillos,
y entre talas seculares,
nidos había a millares,
lo mismos que flores bellas
que lucían como estrellas,
y el verdoso dosel,
y frutas que eran de miel,
para alimentarse de ellas.

Enredaderas prendidas
como en un abrazo eterno,
tejían techo fraterno,
de hojas y ramas floridas,
las lianas más atrevidas,
eran doseles bonitos
y las Flores de patito,
color borla de espinillo,
ponían tono amarillo,
bajo el follaje infinito.

Eran de ver las de tasi
los acolchados que hacían,
si a cubrir llegaban, casi,
los arbolitos que habían.

miles insectos caían
buscando miel en sus flores:
mangangaes zumbadores,
abejas y mariposas,
"carniceros de alas rojas,
y cientos de otros colores".

Como caireles pintados
bajo los verdosos tules
"Clavel del Aire" trenzados,
mostraban flores azules,
y mirando hacia las nubes
el celeste azul del cielo,
coronando algún "abuelo"
las pasionarias tan bellas,
adornaban como estrellas,
un retazo de aquel suelo.

En los lugares sin sombras
y besados por los soles
dibujos, como de alfombras,
eran bordados en flores,
los más vistosos colores,
salpicaban el confín,
de amarillo, azul, carmín,
y otros vistosos primores.
¡Si ver eso, era señores,
estar mirando un jardín!...

En los cactus espinosos,
que apretujados crecían,
flores grandotas lucían
sus colores primorosos,
ellos mostraban, hermosos
el blanco, el amoratado,
el lila suave, el violado,
el amarillo, el salón.
¡Eran flores de ilusión,
igual que amor ya pasado!...

Y del río, en sus orillas
que riega el agua a su paso,
se enredaban como lazo,
las tupidas campanillas,
y sus flores tan sencillas

pintadas entre sauzales
o en verde sarandisales,
se mezclaban a su antojo,
con los racimos del rojo
que sangraban los ceibales.

Y al seguir, no sin temor,
por los senderos que había,
el aroma se sentía,
de la madreselva en flor,
ni una igualaba el olor,
agradable que exhalaba,
ni el néctar que ella guardaba,
saturado de dulzor,
fuente donde el picaflor,
sus ansiedades saciaba.

¡Cuánta belleza perdida
entre la selva infinita!...
desde el ave que la habita,
hasta en la fronda tupida,
desde la flor escondida
hasta la que se hace estrella,
desde la triste querella
de la torcaza doliente,
hasta la suave corriente,
que de plata hace su huella.

Montes que Dios ha creado
en mi suelo, tan amado,
y que mi acento ha cantado,
al compás de un dulce son,
cada verso es ilusión
hecho perfume en sus flores,
recuerdo de horas mejores,
del pago donde he nacido,
y que en mi alma siempre ha sido
¡EL AMOR DE MIS AMORES!

Y aquí termino señores,
el rosario de este canto,
que quiere ser canto santo
donde duermen mis mayores,
quise recoger las flores,
más conocidas y bellas,

y ofrendar con todas ellas
a mi nativo vergel,
para vivir siempre en él
hecho en su cielo una estrella.

Cuando de tarde en tarde, el recuerdo de los días que se fueron con la juventud, me llevan a pulsar mi viejo violín, que también pulsara el mago de los sonidos dulces que se llamó Julio Argentino Cabrera, surge como una ensoñación el vals "Suspiro de Amor" que llenó de ternura el corazón de las jóvenes doncellas de la época, en noches de plenilunios, en bailes inolvidables y de serenatas pueblerinas. Por eso esta evocación en verso:

VIEJO VIOLIN

Viejo violín otrora codiciado,
que pulsara mi mano con ardor
al mirarte tan solo, abandonado,
de mi pasado revive lo mejor.

Bailes y serenatas de otros días,
horas inefables que pasaron,
ilusiones fugaces que cantaron
por tus cuerdas, sus dulces melodías.

Arrullos de parejas en la danza,
sentimientos rondando por el cielo,
en las noches plateadas de mi suelo,
cada nota llevaba una esperanza.

A tu sones pasó cerca a mi hogar,
tejiendo ensueños para un bien querido,
dorada juventud que ya se ha ido
como las olas que se lleva el mar.

Todas las niñas en edad florida
se acercaban al eco de tu son,
entonces tú, todo hecho vibración,
le ponías lindos flecos a la vida.

¿Recuerdas la ignorada de aquel día,
que en pueblo extraño me tiró una flecha?
¡Hace tanto!... que ya ni guardo fecha,
pero sí, lo que en la letra me decía:

pintadas entre sauzales
o en verde sarandisales,
se mezclaban a su antojo,
con los racimos del rojo
que sangraban los ceibales.

Y al seguir, no sin temor,
por los senderos que había,
el aroma se sentía,
de la madreselva en flor,
ni una igualaba el olor,
agradable que exhalaba,
ni el néctar que ella guardaba,
saturado de dulzor,
fuente donde el picaflor,
sus ansiedades saciaba.

¡Cuánta belleza perdida
entre la selva infinita!...
desde el ave que la habita,
hasta en la fronda tupida,
desde la flor escondida
hasta la que se hace estrella,
desde la triste querella
de la torcaza doliente,
hasta la suave corriente,
que de plata hace su huella.

Montes que Dios ha creado
en mi suelo, tan amado,
y que mi acento ha cantado,
al compás de un dulce son,
cada verso es ilusión
hecho perfume en sus flores,
recuerdo de horas mejores,
del pago donde he nacido,
y que en mi alma siempre ha sido
¡EL AMOR DE MIS AMORES!

Y aquí termino señores,
el rosario de este canto,
que quiere ser canto santo
donde duermen mis mayores,
quise recoger las flores,
más conocidas y bellas,

y ofrendar con todas ellas
a mi nativo vergel,
para vivir siempre en él
hecho en su cielo una estrella.

Cuando de tarde en tarde, el recuerdo de los días que se fueron con la juventud, me llevan a pulsar mi viejo violín, que también pulsara el mago de los sonidos dulces que se llamó Julio Argentino Cabrera, surge como una ensoñación el vals "Suspiro de Amor" que llenó de ternura el corazón de las jóvenes doncellas de la época, en noches de plenilunios, en bailes inolvidables y de serenatas pueblerinas. Por eso esta evocación en verso:

VIEJO VIOLIN

Viejo violín otrora codiciado,
que pulsara mi mano con ardor
al mirarte tan solo, abandonado,
de mi pasado revive lo mejor.

Bailes y serenatas de otros días,
horas inefables que pasaron,
ilusiones fugaces que cantaron
por tus cuerdas, sus dulces melodías.

Arrullos de parejas en la danza,
sentimientos rondando por el cielo,
en las noches plateadas de mi suelo,
cada nota llevaba una esperanza.

A tu sones pasó cerca a mi hogar,
tejiendo ensueños para un bien querido,
dorada juventud que ya se ha ido
como las olas que se lleva el mar.

Todas las niñas en edad florida
se acercaban al eco de tu son,
entonces tú, todo hecho vibración,
le ponías lindos flecos a la vida.

¿Recuerdas la ignorada de aquel día,
que en pueblo extraño me tiró una flecha?
¡Hace tanto!... que ya ni guardo fecha,
pero sí, lo que en la letra me decía:

"De tu violín, dulcísimo", escribía,
"imitas de las fuentes su rumor"...
¿Llevaba ese papel dardo de amor,
o de un alma virginal, santa poesía?

Ya no pasan Hortensia, Amada, Dora,
Néliz, Haydée, Carola ni Hubertina,
ni aquella vecinita tan divina,
que era más linda que una bella aurora.

Tampoco por las noches silenciosas,
pasan Balbina, Carmen, ni Isabel,
ni aquel lirio envidiado por las rosas
que por irse con Dios, dejó el vergel.

Cuántas penas me traes en esta calma,
¡viejo violín, otrora codiciado!...
¡Cincuenta años, Señor! ¡Cuánto he soñado!
¡Y cuánto llora, sin querer, mi alma!...

———

Doncellas a las que hace referencia esta poesía:
Hortensia, Amada y Amada Mendiverry.
Dora Deymonnáz y Dora Evequoz.
Néliz y Haydée Küttel.
Carolina y Hubertina Bel,
Celia Deymonnáz,
Balbina Lombardini,
Carmen Gardoy.
Isabel Firpo.

LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

A la memoria de Pedro Irungaray

Lo que oyeron los fogones en las Estancias Santa Rosa.

Más de setenta años de vida, habían tajeado de cicatrices hondas y largas, el rostro del anciano que rodeado de paisanos más jóvenes, "desembuchaba" referidos de una época turbulenta de revoluciones, combates, muertes y hechos heroicos acaecidos en nuestra amada provincia.

Corría el cimarrón de boca en boca, esa noche que comprendía "las mil y una" de la estancia Santa Rosa.

Los tizones que nunca se apagaron desde la primera vez que los encendieron y de esto hacía medio siglo, ponían su nota de rojo vivo en brasas como rubíes.

De cuando en cuando el crepitar de una chispa que volaba por el aire, anunciaba la punta como lengua de víbora, de una llama flexible que lamía los troncos para devorarlos entre caricias ondulantes.

La luz amarillenta de un candil alimentado a sebo, bronceaba el cuadro, dando a los personajes de la escena, aspecto de hombres curtidos, y de recia estampa y musculatura masculina.

Soltaba el viejo sus relatos calmosamente y los presentes lo escuchaban como fascinados, boquiabiertos, sin pestanear siquiera. Tal era su poder de sugestión.

De cuando en cuando, el silencio impresionante era interrumpido por una exclamación de asombro, una risa guasona o una salida intencionada.

Es que en la madeja del viejo narrador había de todo: choques de aceros, una muerte, una trenza cortada a ras de cuero, una "guayaba" o un alma en pena.

Dominando la escena don Bibiano Ruiz Díaz, tomaba posturas incontables: ya se echaba "el panza e burro" a la nuca, se ponía en cuclillas, haciendo rayas en el suelo para ilustrar el terreno de la hazaña que llevaba en el pico, o se sentaba en un tronco petisón o en una cabeza de vacuno.

En otro momento echaba mano a la cintura, paraba con un ademán un hachazo, o le sacaba el cuerpo a una puñalada con destino de vaina.

En otro pasaje, se santiguaba y finalmente sacaba su tabaquera de cuero crudo para liar un cigarrillo, para pegar el papel del librillo con que armaba su cigarro, le pasaba la lengua, con más saliva, que cola de lechiguana chorreando miel.

Era don Bibiano la historia viviente de esos lugares, sufrida en carne propia, en años duros y referida con sinceridad de criollo honrado.

El había actuado en los acontecimientos y conocía pormenores que no recogen los documentos que auténtica la Historia y los guardaba en su memoria, como en un arcón de doble llave, de donde los sacaba para matizar las ruedas del fogón de la estancia donde pasó muchos años de su existencia larga.

Allá van como luminarias para alumbrar las noches de los tiempos lejanos, estas páginas que llevan algo de lo que oyeron los criollos de la estancia Santa Rosa, célebre en la comarca por la generosidad de su patrón don Alejandro Irungaray y sus hijos Pascual, Pedro, Alejandro y Francisco.

Vivan también junto al recuerdo del viejo narrador, iluminadas con la luz amarillenta de los candiles y fogones, las imágenes de algunos criollos que rodearon aquellos tizones ya apagados por el tiempo implacable que todo arrasa: Cornelio González, Florencio Moreira, Rito Bergara, Inocencio Monzón, Toribio Almada, Domingo Aguirre, Agapo Gómez, Cataino Gómez, Rogelio Carricarte, Sabás y Pedro Errecarte, Aurelo Domínguez, Juan Pío Benítez, Rosario Almada (Papiro), Crisosto Benítez y muchos otros más que le dieron vida plena a esa región de la Suiza, regada por el Gualeguaychú y la ciudad o Santa Rosa.

LA BATALLA DE SANTA ROSA

A mi gran amigo Agustín Vizcarra

"La guerra civil que desencadenó el asesinato del General Urquiza acaecido el 11 de abril de 1870, nos puso contra el gobierno nacional".

"El general López Jordán, lanzó un manifiesto diciendo que el gobierno de la Nación había invadido nuestra provincia querida y que había que defenderla hasta con la muerte".

"El pueblo entrerriano se levantó como un solo hombre para defender su terruño". "Tenía López Jordán, un ejército de unos nueve mil hombres, armados de lanzas y fusiles y marchó contra el pueblo de Gualeguaychú para tomarlo".

"Defendía esa plaza fuerte el coronel don Eduardo Villagra, que al saber la superioridad muy grande de López Jordán, abandonó el pueblo, dejando muchas armas y entre ellas un cañón de bronce con muchos proyectiles".

Este cañón fue bautizado por los soldados con el nombre de "PETISO BAYO" y era el único con que contaba nuestro ejército". Llegó a ser un verdadero ídolo porque "escupía lejos". Era manejado por un francés que había sido herrero en el "Palacio San José".

"La batalla más famosa de las libradas, fue la de "Santa Rosa", a unos cuatro mil metros del arroyo del mismo nombre y en el campo de Irungaray, frente a lo Pascual Irungaray". Esos campos eran de Aurelio Jorge y allí había un enorme corral de "palo a pique" de ñandubay, para encerrar la hacienda "baguala" que abundaba por estos campos sin alambrados".

"LOS COLORADOS" (así se llamaban los del gobierno), acamparon cerca del corral y "LOS BLANCOS" (así se llamaban los de López Jordán) lo hicieron en los campos de Santa Medarda".

"La noche anterior a la batalla, el jefe de "El Estado Mayor", Coronel Gallo (abuelo materno de Rogelio Carricarte) tenía reunidas cinco mil yeguas para lanzarlas a toda carrera, con cueros secos atados en las colas, contra los cuadros de "LOS COLORADOS".

"López Jordán" no aceptó el plan, porque dijo, que era contrario a las leyes de guerra".

"Al aclarar el día "EL PETISO BAYO" empezó a "escupir tupido", pero enseguida fue desmontado por una certera bala de cañón de la artillería enemiga".

"Cargó entonces la caballería entrerriana con tanto empuje que aquellos tuvieron que atrincherarse en el corral de palo a pique".

"Ya creíamos ganada la batalla, pero era tan formidable la trinchera elegida, que López Jordán, ante tanto sacrificio inútil de vidas, resolvió abandonar el campo al enemigo".

"Acampó como a tres leguas de allí en las isletas de espinillos del arroyo "Gená". "Al otro día, sin que nadie lo molestase, tumó rumbo al distrito "Las Moscas" y pasando el río Gualeguay se internó en Montiel".

"Cerca de lo Pascual Irungaray hicieron "EL CARNERO" o fosa común,donde fueron enterrados como dos mil muertos". Sobre esa tumba se levantó una Cruz de madera".

"A esta revolución que duró unos nueve meses, los entrerrianos la llamamos "La Primera Guerra".

VILLA ELISA

Provincia de Entre Ríos

MISCELANEAS

1890: Fundada por don Héctor de Elía.

1889: Primer poblador: don Juan José Joannás, su esposa Agustina Francou y sus hijas Inés y Rosa.

1890: Primer poblador: don Domingo Pioli, su esposa Francisca Orato y sus hijos Patricio, Félix, Leopoldina, Domingo y Silvio.

Primer nacimiento: Luis Pioli; segundo nacimiento: Manuel Joannás.

COMISARIA

Fue instalada en el sitio x, de la manzana 58. Calle Maestro Emilio A. Francou y su primer comisario fue don Cornelio Osuna.

1890: Pasó después al sitio 8 de la manzana 21, esquina calle Maestro Emilio A. Francou y José Manuel Estrada. Casa demolida después.

1895: Pasó al sitio 5, manzana 1. Comisario don Ramón Munilla. Pasó después al sitio 8, manzana 41, con el mismo comisario. Casa que después fue de doña Filomena Varcellino y Héctor Bourband sucesivamente.

1906: Ocupa la casa que sucesivamente fue de don Santiago Bourren, José Bourren, Pedro Ambrocio Francou y Félix Moren. Sitio 8, manzana 17.

1908: Vuelve al sitio 8, manz. 41. Comisario don Clemente Paredes (Don Ramón Munilla es trasladado a San Antonio). En 1910, 11 y 12 está ubicada fuera de la planta urbana (chacra que fue de don Domingo Pioli, en una casa que fue de don Francisco Roude y últimamente de don Domingo Aguirre.

1913: Pasa al sitio 8 de la manzana 8, casa del señor José María Küttel, frente a lo de don Simón Mena.

1930: Está ubicada en el ángulo norte del cuadrante del pueblo, fuera de la planta urbana (calle José Guex), en la casa que fuera negocio de don Juan Schaufily. Según referencias oídas la misma fue sucesivamente de don Pablo Bouchet y don Juan Lombardini. Comisario don Angel Concilio.

1940: Por fin se instala en el edificio fiscal actual. Comisario don Héctor Peñón.

ESCUELAS

1892: "El Faro de la Cuchilla". Sitio 9, manzana 53. Director don Emilio A. Francou.

1904: Se oficializa "El Faro de la Cuchilla" y pasa a funcionar en la casa construida en el sitio 5, manzana 45. Hoy sucesión Isidoro Marchand. Directora, Srta. Lidia Cettour.

1905: Se traslada a la casa que fuera de don Domingo Pioli (frente a la plaza), hoy perteneciente al señor Héctor Vilche. Sitio 3, manzana 33.

1906: Se muda a la casa que fue de don Juan José Joannás, Javier Schinger, José Deymonnaz. Sitio 10, manzana 27. Directora Lidia Cettour. En 1907 se hace cargo de la dirección la Srta. María Magdalena Urquiza.

1911: Pasa a ocupa el edificio Fiscal actual. Sitio 4, manzana 28. Directora la última mencionada.

COMERCIOS

Se establecen con comercios en la villa: José y Enrique Bourren en los sitios 3, 4 y 10 de la manzana 40, hoy Banco Agrícola, frente a la plaza. Mauricio se instala en el lote 7, manzana 19, hoy casa Francisca Roude de Portenier, Bartolomé, donde estuviera su negocio don Nazario Condelario; lote 5, manzana 45, hoy casa de la Suc. de don Isidoro Marchand, y Julio en sitio 1, manzana 26.

Suceden en el negocio donde estuvo don Mauricio Bourren, los Sres. Juan Pons y don Alberto Vazón. Al disolverse la razón social, don Alberto Vazón se instala provisoriamente en parte de la casa de don José Deymonnaz, lote 10, manzana 27, para trasladarse definitivamente a su local propio, sitio 1, manzana 40. La casa de don Juan Pons, pasa a ser el comercio de don Emilio Portenier.

CORREOS DE LA NACION

Estuvo instalado en el sitio 2 de la manzana 34. Fue su primer director don Juan Velland.

Pasó después al lote 8, manzana 39. Director don Santos Benítez.

Con el mismo director pasa al sitio 1 de la manzana 34, para ubicarse posteriormente en el sitio 2 de la manzana 41.

Los estafeteros de más antigua data, que iban hasta San José, para llevar y traer la correspondencia, fueron don Isaac Aranzeta y don Rodolfo de Elía.

CARPINTERIAS

1890: don Juan Jose Poannás: sitio 10, manzana 27.

1892: don Mauricio Küttel: sitio 10, manzana 39.

1892: don Filiberto Sigot: sitio 7, manzana 18.

1905: don Filiberto Sigot y don Esteban Serra: sitio 7, manzana 18.

Posteriormente, después de 1913, ponen taller de carpintería los Sres. Pedro Naveira, sitio 10, manzana 34 y Amérlco Küttel, sitio 7, manzana 39.

HERRERIAS, HOJALATERIAS Y PLATERIAS

1890: don Domingo Pioli, sitio 4, manzana 33.

1892: don Alfonso Fellay: sitio 9, manzana 27.

1901: don Enrique Orcellet: lote 9, manzana 27. Sucede a don Alfonso Fellay.

1901: don Francisco Bel: sitio 2, manzana 27.

1905: don Nicolás Sigran: lote 10, manzana 39. Se mudó fuera de la planta urbana, sobre la avenida Gral. Urquiza. Posteriormente se establecieron con talleres los Sres. Aquilino Küttel y Ramón Orcellet en los lotes 3 de las manzanas 47 y 49, respectivamente.

1892: don Isidoro Marchand: primer hojalatero.

1892: los hermanos Alfredo y Leonardo González: lote 10, manzana 47. Plateros.

1892: el paraguayo don Juan Pedro Medina. Platero. Su taller ambulante lo tuvc en los galpones de don Emilio Francou, Enrique Orcellet y en una casita blanca, que existió en el lote 8, de la manzana 26. También lo tuvo en las casas de negocio de don Augusto Guiffrey, en la colonia "La Matilde" y en la de don Martín Zematten en la colonia Villa Elisa.

1904: don Adolfo Kraimer, pone taller de hojalatería e instalación de gas de alumbrado. Sitio 10, manzana 34.

CAMINOS DE CARRERAS DE PAREJEROS

1890: Casa de don Manuel Beristain: fueron los primeros caminos de carreras. Se extendían desde la chacra del señor Máximo Allemand y posteriormente de don Pablo Hautibille, hasta la avenida Gral. Mitre. (Referencias del señor Francisco Guex y otros). También se corrían carreras en campo abierto, en la chacra que fue de don José Guex. (Referencias de doña Leopoldina Pioli).

1892: Casa de don Nazario Candelario: sitio 4, manzana 48. Después A. Carricarte.

1893: Casa Bartolomé Bourren: Los caminos se extendían desde la avenida Gral. Mitre, hasta "El Faro de la Cuchilla". Sucedió a Nasario Candelario en sitio 5, manzana 45. Hoy sucesión Isidoro Marchand.

1893: Casa José y Enrique Bourren: los caminos se extendían desde el Tiro Federal Argentino hasta la plaza, sobre la Av. Gral. Roca, hoy Urquiza. Estos caminos pertenecieron a don Nazario Candelario y después a la casa de don Adolfo Carricarte, hasta 1904, que pasó a ser ocupada por don Víctor Gastal. El 1er. propietario de la casa, fue don Melchor Meyer.

1905: Casa del turco don Amalio Félix; éste alquila parte de la "Casa de Todos" del señor don Emilio Francou y hace construir la cancha de carreras, en la Av. Gral. Mitre, desde la cañada que atraviesa el potrero de don Pedro Joannás hacia el potrero "El Porvenir", hasta enfrente a la casa de don José Mendiverry; sitio x manzana 32. Estos caminos cambian periódicamente de costado, en la misma avenida.

1908: Don Amalio Félix, cambia su negocio al lote 9, de la manzana 27. Termina su contrato don Amalio Félix y ocupa la casa don Enrique Orcellet, con negocio de cosas variadas. Años después don Enrique con su familia se va a Buenos Aires y ocupa la misma don JOsé Puttallaz, quien instalada nuevamente la cancha de carreras.

Después de 1910: tuvieron cancha de carreras los comercios de don Timoteo Fegúndez, sitio 8, manzana 20, sobre la Av. Gral. Urquiza y el señor Juan Schaufily, ángulo norte del pueblo y fuera de la planta urbana.

Otras canchas: en Puente Gualeguaychú, casa de don Pedro Eyhartz, después casa de don Cándido Fontana. También las hubo en Casa de don Augusto Guiffrey en "La Matilde", en casa del señor Martín Zermatten, en la colonia Elisa y en boliche de don Isidoro Lugrin, colonia Vázquez.

IGLESIAS E INSTITUCIONES BENEFICAS

1897: se termina la construcción de la primera iglesia, en la Cruz donde mueren dos caminos, en pleno corazón de la villa. Primer Cura Párroco Pbro. Augusto Huberto Hoflack.

1904: Colocación de la Cruz de la Misión 30 de octubre.

104: colocación de la Campana Mayor. Donación de mi tía Josefina Francou de Moix.

1906: creación de la Sociedad de Beneficencia de Villa Elisa.

1910: Colocación de la primera piedra fundamental del Hospital "San Roque"; "María A. de Francou". Esta ceremonia se realizó en un sitio de mil metros de superficie, donado por el señor Máximo Allemand y su Sra. Elisea Allemand de Allemand. Rifado posteriormente, resultó favorecida la Srta. Argentina Irungaray, quien lo donó a la Soc. de Beneficencia. Datos de don Pedro Irungaray.

1913: fundación del Círculo de Obreros Católicos (7-8-1913). Cura Párroco Pbro. José Megna.

1912: fundación del Apostolado de la oración, con asistencia de Monseñor Guilland, Obispo de Paraná. 17-11-1912.

Presidenta: Sra. María Aguer de Francou.

1916: Colocación de la piedra fundamental del Hospital "San Roque"; "María A. de Francou", en el lugar que hoy ocupa.

MONUMENTOS

1950: Al "Libertador" en la plaza Gral. San Martín y creación de la filial del Instituto Sanmartiniano. 17 de agosto de 1950.

1958: Inauguración del monumento a Sarmiento, en el boulevard Gral. Urquiza.

1957: Inauguración del monumento al Rvdo. Padre Augusto Huberto Hoflack, y de la plazoleta del mismo nombre el 1-11-1957, con asistencia del Exmo. Obispo auxiliar de Paraná, hoy Arzobispo de la misma Diócesis Monseñor Adolfo Tortolo. Cura Párroco: Pbro. Pedro Costa.

1961: Inauguración del monumento al primer maestro de la Villa, don Emilio A. Francou, en el solar declarado histórico por la Municipalidad con el nombre de "El Faro de la Cuchilla". Intendente: don Florentino Chaulet. Presidente de la Comisión de ex alumnos: don Francisco Guex.

CASAS DE COMERCIO MAS ANTIGUAS

1890: Proveduría de la Estancia. Pasa a ser después la casa de don Manuel Beristain, venido de San Francisco. Por fallecimiento de don Manuel, la casa pasó a ser la razón social de don Juan Eyhartz. Sitio 1, manzana 28. En 1912, don Juan se traslada a Uruguay y se forma la razón social. "Eyhartz, Bobbett y Deschamps".

1890: Panadería "LA POPULAR" de don Emilio A. Francou. Era atendida por su sobrino Adolfo Francou, porque aún el dueño permanecía en el Cuartel Norte de la Colonia San José. Sitio 10, manzana 26.

1892: Llega como panadero de "La Popular", don Luis Firpo, con su familia.

1892: en adelante: Casa de don José Irastorza; sitio 3, manzana 41. Pasó después al sitio 1, manzana 20 (almacén y bebidas), y en el sitio dejado se instaló el comercio general de Deymonnaz Hnos. de Villa San José.

1893: Los Hermanos José y Enrique Bourren (asociados) y Mauricio, Bartolomé y Julio, separadamente.

FARMACIAS

1892: de don Juan Ricardini, sitio 5, manzana 22.

1901: de don Enrique Rieter, sitio 10, manzana 27 y sitio 5, manzana 22, sucesivamente. En 1904 don Enrique se va de Villa Elisa.

1900: de don Juan Varcellino lote 4, manzana 39.

1905: de don Enrique Rieter: por fallecimiento de don Juan Varcellino, se instala nuevamente don Enrique Rieter en la misma casa, lote 4, manzana 39. Años después fallece don Enrique y la farmacia pasa a ser del señor Juan Aloi. Hoy pertenece al bioquímico Dr. Carlos M. Guiffrey.

X: Farmacia de don Eudosio Bel; sitio 7, manzana 26.

PELUQUERIAS

1892: de don José Gay; sitio 8, manzana 39.

1901: don Albino Gay; sitio 1, manzana 26.

X: del francés Lallier o Lahier; sitio 6, manzana 14. En esta misma casa sigue como peluquero don Francisco Williman. Pasa éste después al sitio 2, manzana 34. Llega a Villa Elisa y se instala en la casa que dejó don Francisco Williman en 1904, don Israel Ikonicoff, con negocio comercial.

1904: llega con su familia don Rafael Oyarbide e instala su peluquería en la casa que fuera de don Angel Vigatto; lote 4, manzana 57, para pasar posteriormente al sitio 1, manzana 41.

1903: Hubo un peluquero sordo, que ocupó "La Casita Blanca", lote 8, manzana 25, propiedad que después fue de don Filiberto Joannás.

Otras peluquerías fueron las de don Alejandro Cialceta, sitio 1, manzana 26: Roberto Williman, sitio 9, manzana 41; Tomás Villalonga, sitio 2, manzana 34 y Mario Oyarbide, sitio 10, manzana 25.

CARNICERIAS

1892: don N. N. Domínguez y don Pablo Chupitea; lote 2, manzana 42.

1892: don Plácito Sigot; sitio 5, manzana 54.

X: Posteriormente se instalan don José Putallaz: lote 10, manzana 38, pasando después al sitio 8 de la manzana 31. En este mismo sitio le suceden en sociedad, los Sres. Sixto Orasclio y José García.

X: don Francisco Williman se instala en el lote 2, de la manzana 34.

HOTELES

1905: don Víctor Gastal; sitio 4, manzana 48.

1910: don Víctor Gastal inaugura su gran hotel, en sitio 4, manzana 27.

Años después: don José Putallaz, sitio 8, manzana 31 y don César Firpo: lote 1, manzana 34.

ACOPIADORES DE HUEVOS Y AVES

Los primeros: Sres. don Isidoro Apolinario Lugren, Enrique Maffioly, Alejandro Orcellet, Apolinario Lugrin (hijo), Luis Blanc, Eduardo Fellay, José Francou, Julio Dubuluit.

FIDEERIA

1892: don Angel Vigatto; sitio 4, manzana 57.

CARRETEROS

Los primeros: don Anastasio Almada, Canuto Cuturier, Cornelio González, Pedro Putallaz, Justo Faure.

GUITARRISTAS

Los primeros: Sres. Bibiano Ruiz Díaz, Prudencio Aguirre, Justo Quintana, Francisco Arellana, Isidoro Fellay (hijo), Juan Zamarripa.

CANTORES

Los primeros: Isabelino Bergara, Rogelio Carricarte, Olegario Deschamps, Ciprino Bobbett, Luis Deschamps, Isidoro Fellay (h), Juan Zamarripa, Miguel Meistry, Héctor Claá (Tito), Pedro Ambrosio Francou y duo de folklore: Adolfo y Francisco Horacio Francou.

ORQUESTAS

1911: Primer conjunto: Héctor Claá, Francisco Horacio Francou y Pedro Ambrosio Francou; mandolín, violín y guitarra, respectivamente.

1913: Segundo conjunto: Director el Sr. Amílcar E. Casas (flauta), Héctor Claá (mandolín), N.N. (fotógrafo, mandolín), Francisco Horacio Francou (violín) y Pedro A. Francou, Alfredo Francou y José Oyarbide (guitarras). En 1914 se incorporan don Juan y don Pedro Lombardini (clarinete y flauta), respectivamente.

1914: Aparece en Villa Elisa el señor Julio Argentino Cabrera, violinista extraordinario, director de escuela primaria en San Salvador.

1920: Primer bandoneonista: don Adolfo Ireneo Francou.

1892: Banda de música. Era dirigida por don Agustín Barcellino, italiano, de oficio zapatero y hermano de Juan (farmacéutico) José y Luis Barcellino. (Referencias de Tobías Francou, José Guex mis padres y otros). El primero formaba parte del conjunto.

Nota: Las fechas pueden no ser exactas, pero sí aproximadas y en orden que se sucedieron los hechos concretados aquí, de suerte que los lectores tendrán una visión general de los habitantes más antiguos de la Villa, sus ocupaciones y diversiones.

INDICE

A los habitantes de Villa Elisa y sus colonias 7
Un ejemplo edificante 9
Carta a la Presidenta de la Comisión Pro-publicación de la obra "El Alma de mis Pagos" 10
Diccionario Vernáculo 11
Mojonando la Extensión 16
Referencias 22
La Casa de Todos 25
Domingos de mi niñez 26
Después de la Santa Misa 26
Reunión de familias 27
En las horas del dolor 30
En las horas de las alegrías 31
En las canchas de bochas 34
A lo Farruco, flor y truco y los desnuco 35
Un domingo de tantos otros 41
Entreverao con el gringaje 45
La murra 48
El bel canto 50
Los Bailes 52
1906 a 1910 59
El pardito 64
1910 a 1918 68
El Secreto o los Secreteadores 70
Un Jueves a la noche 71
David y Goliat 74
Don Juan le salvé la vida 76
Más ligero que la luz 80
El Secreto 81
Ave de rapiña 83
¡Salud! 86
Pasajes de su vida: la serenata 89
Cinco "potrillos" de lona 90
Su punto vulnerable 90

Soledad 91
Un terremoto 91
La mula Catalina 92
El forastero 93
"Marche pa la comisaría" 93
El pereré, pereré de los milicos 94
Fumado en pipa 95
¡Bnditas las manos que saben trabajar! 96
Lo cortés no quita lo valiente 97
Policías bravas 99
Los bigotazos de don Froilán 100
"Si esto es un manjar", dijo Ricardito 101
"Para qué son esos saltos, si la polka no es así" 102
Ahorcándose con la lengua 103
La tartamudez de Alberto 104
¡Mamá!... ¡El lobizonte! 105
Madre, la Patria me llama 106
Despedida 107
Que cante Cipriano 108
Las glorias argentinas 108
Trovadores de mis pagos 111
Un oriental, un suizo y un italiano 111
Cinematógrafo en carnaval y en una noche oscura 112
Un redomón sangre de toro 113
Zapatero a tu zapato 116
Hogares 119
Un hogar en las colonias 120
Realidad y fantasía 122
Recordar es vivir de nuevo 123
Mi crédito inolvidable 124
Don Luis y doña Margarita 125
En la colonia Villa Elisa 126
Repletos los buches, empezaron las patadas 128
El regreso 130
Conclusión 131
Costumbres en las colonias 131
¡Trilla en lo de Tío Jorge! 133
En la casa 134
El final de las trillas 135
Los tiempos cambian 136
Las deschalas 137
Una deschala en lo tío Isidoro Fellay 138
Mi debut 139
Las veladas en las colonias 141
En un flete soberano 142
Tiros al aire 143
Atentados criminales 144
A plena luz de una luna llena 146
Un baile en lo don Camilo 147
¡Pare el baile! 148
Flor de desentumida 149
Madres abnegadas 151
La tía Rosa 152
En la chacra 153
Como mueren las almas cristianas 153
Jineteando terneros 154
Al tercer volido 155
Los casamientos 156
El casamiento de Tobías 158
La fiesta 158
Las madrugadas 160
Alboradas de oro 160
"El Chorreao" 162
Los acopiadores de huevos y aves 164
Entre Fierros 165
A la memoria de mis hermanos 169
Comisión Propublicación del libro "El Alma de mis pagos" 170
Los inmortales 171
Villa Elisa, Pcia. de Entre Ríos, en su setenta y cinco aniversario 173
La Fundación de la Colonia Villa Elisa 176
Colonos que habitaron Villa Elisa e hicieron su grandeza económica 177
Fue un colono 177
Las creencias 184
Terminaron Las Trillas 187
El arpa perdida 189
Ibamos cerca del cielo 192
Lo que vieron mis ojos 193
Nuestras madres 193
De nuevo en la senda de 1810 195
Don Bibiano Ruiz Diaz 196
Así eran los soldados de la libertad 199
¡Guarda la víbora¡ 199
Don Isabelino Bergara 203
Don Santos Castañeras 204
A los criollos de mis pagos 205
Raiz histórica de nuestra tradición criolla 206
Hogares criollos 207
Don Anastasio Almada 209

Viaje en carreta a Concepción del Uruguay 214
En viaje por los caminos de Dios 215
El permiso de mi madre 215
¡Socorro! ¡Socorro! 218
De nuevo en la huella 219
Treinta años después 220
Claudio y Remigio Quinteros 221
Don Domingo Aguirre 221
Don Inocencio Monzón 223
Don Mercedes Martínez y Ortega 225
El trenzador de mis pagos 226
El asador de carne 226
El cuentista 227
El sargento Martínez 229
El último horcón 231
Don Prudencio Aguirre 233
Don Justo Quintana 234
El guitarrista 234
Un cuento que no es tal 235
Don Juan Leiva 236
Don Cornelio González 236
Don Simón Mena 239
Don Zacarías Abrigo 240
Doña Luisa Acevedo 241
Doña Nicasia Leiva 242
Doña Casimira Martínez 243
Don Alejandro Riquelme 244
Doña Petrona González 247
Don José Horta 247
Juan Pedro Lezcano 249
Doña Tomasa Ruiz Díaz de Lezcano 251
Hogares Suizo - Criollos 252
Doña Epifania Benitez 253
Conjunción de pueblos 253
La Cruz de la Misión 256
Don Mariano Sigot 257
Del pasado 260
Los montes 264
Viejo violín 267
La voz de la experiencia 268
La Batalla de Santa Rosa 270
Villa Elisa. Misceláneas 272

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRAFICOS DE LA IMPRENTA OFICIAL DE LA
PROVINCIA DE ENTRE RIOS
OCTUBRE DE 1990